

Rocío Durán Bollo

# TÍTERES CON CABEZA

*Por muy lejos  
que huyas, los  
muertos no  
desaparecen ni  
los asesinos  
dejan de matar*



**TÍTERES CON CABEZA**

Rocío Durán Bollo

## TÍTERES CON CABEZA



Primera edición: agosto de 2020  
*Copyright* © 2020 Rocío Durán Bollo  
Editado por Editorial Letra Minúscula  
[www.letraminuscula.com](http://www.letraminuscula.com)  
[contacto@letraminuscula.com](mailto:contacto@letraminuscula.com)

Rocío Durán Bollo en YouTube:  
<https://www.youtube.com/channel/UCITblI30AechBBdb3dNdguw>

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

A mi yaya

Y tú, ¿sabes quién maneja los hilos?



Viernes, 24 de diciembre de 2004

Ricardo Gabarra, tumbado bocabajo sobre el suelo, junto al quitamiedos de la carretera más transitada de las afueras de Madrid, respiraba despacio e intentaba recuperar la calma, mientras se juraba a sí mismo no volver a disparar a un hombre.

Lo peor ya había pasado y estaba vivo. Era libre. Jamás había vivido esa sensación antes. Era una mezcla de felicidad, triunfo y miedo que le impedía hasta pensar. No sabía que esos sentimientos fueran la expresión de la libertad, o al menos no era así como los recordaba de cuando era un hombre libre, siete años atrás, antes de que la prisión acabase con cualquier mínimo atisbo de esperanza.

La carretera aún podía verse sin demasiada dificultad, pero pronto se convertiría en unas líneas reflectantes sobre un fondo negro. Levantó la mirada. Con mucho esfuerzo alcanzó a ver un panel de esos que anuncian los pormenores del tráfico, en el que se leía una advertencia: «Peligo, lluvia»; una fecha: «24 de diciembre de 2004»; y un deseo: «Feliz Navidad». Después de leerlo se quedó paralizado un instante al darse cuenta de cómo un simple panel destinado a otras personas y a otros fines resumía tan bien su situación: el peligro, que desde luego existía; la lluvia, que en unos minutos había provocado que el frío se pegase a su cuerpo y que la humedad penetrase hasta lo más profundo de su ser; y, quizá lo peor, que ese deseo era lo más cerca que iba a estar de la felicidad en esas Navidades.

Sacudió la cabeza. Sabía que aún no podía relajarse y mucho menos permitir que su mente le jugara malas pasadas, aunque la ansiedad, el terror sufrido por lo que acababa de ocurrir y una mezcla de sensaciones que luchaban sin tregua dentro de él y que daban paso al cansancio, comenzaban a invadirle. Apartó por un instante los ojos del asfalto que observaba entre la maleza, apoyó la frente en un montón de tierra que asomaba entre los hierbajos aplastados por el peso de su cuerpo y volvió a respirar.

Necesitaba ser otra persona, tener una nueva identidad... otra vez. Pero esta sería la última: o lo lograba o se dejaría atrapar, asesinar, o lo que fuera que quisieran hacerle. No podía seguir huyendo. Estaba demasiado cansado y se sentía demasiado mayor. Además, había abandonado toda idea relativa a reencontrarse con su mujer, que era el motor que había guiado sus pasos hasta ese momento; ella no lo merecía. Tantos años pensando que estaba muerto, todos esos sueños frustrados e imposibles de recuperar.

Por no hablar de las heridas. Miles de heridas forjadas con el paso del tiempo que no cicatrizarían jamás. «Las heridas abiertas son mi especialidad», pensó mientras una ligera sonrisa se dibujaba en sus fríos y agrietados labios.

Quería descansar unos minutos más, pero era consciente de que debía estar alerta. Se enderezó con cuidado para buscar un coche que creyó haber oído acercarse. Fue entonces cuando la vio. No

estaría a más de cien metros de distancia y apenas se distinguía pese a su fondo blanco: la corona real sobre el haz de lictores entrelazado con el hacha y una espada rendida.

«El honor es mi divisa», recordó, y se quedó quieto, abandonado a su destino. Al menos esperaba que realmente fueran los buenos.

—Ni se te ocurra moverte. Una sola estupidez y eres hombre muerto.

El acero que sintió en la nuca lo convenció.

Lunes, 12 de abril de 2004

Ana

—Hola, guapa —dijo el hombre—. ¿Cómo te llamas?

La pequeña miraba a aquel hombre intentando adivinar por qué la saludaba a ella. Sus labios apretados no parecía que fuesen a abrirse para pronunciar palabra alguna desde el asiento trasero de ese Volvo XC90 detenido en la calle Eloy Gonzalo, frente a la panadería Orio, donde se encontraba sentada.

—¿No me vas a decir nada? ¿Cuántos años tienes?

El silencio de la niña incomodó al hombre, pero no se dio por vencido.

—Él se llama Aki y solo tiene seis meses. —Le enseñó un gatito negro, con la punta de la cola blanca, que escondía bajo el abrigo.

El rostro de la pequeña se iluminó.

—Me llamo Ana y tengo siete años. ¿El gatito es tuyo?

—Sí. El gatito es mío. ¿Dónde está tu mamá?

—Ha entrado un momento a comprar el pan.

—Ah, vaya, el pan. ¿Y te ha dejado aquí solita?

—Me dijo que tardaría un minuto. —La niña hablaba con seguridad mientras acercaba a la ventanilla una muñeca vestida de color rosa y con unos tirabuzones de ese rubio blanco y brillante que les suelen poner—. Y no estoy sola, estoy con Pepilla.

—¿Qué bien! —El hombre sonrió de forma exagerada—. ¿Y crees que a Pepilla le gustaría jugar con Aki?

La niña dudó. Agarró más fuerte a la muñeca y la apretó contra su pecho. Desde donde se encontraba podía ver la panadería aunque no a su madre, por mucho que estirara la cabeza. Según se movía, sus pequeños rizos negros se balanceaban y sus enormes ojos oscuros se abrían más y más, buscándola.

—Vale —dijo mientras se quitaba el cinturón y tiraba de la palanca de la puerta—. Pero quiero coger yo al gatito.

—Claro, princesa, no te preocupes.

La niña dio un salto para bajar del coche. Tardó más de lo esperado porque se distrajo un segundo mirando al frente al escuchar que las campanas de la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel comenzaban a sonar. El hombre aguardaba con impaciencia, vigilando la panadería y, a la vez, a la pequeña. Cuando sonó la segunda campanada, a la niña aún no le había dado tiempo a posar ambos pies sobre el suelo. El hombre lanzó el gato contra la pared y,

*con sus dos enormes manos, agarró a la cría, le tapó los ojos y la boca, y la llevó en volandas hasta el maletero del coche aparcado detrás del Volvo.*

*El sonido de la última campanada coincidió con el ruido que hizo la bailarina azul de la pequeña al impactar contra el suelo.*

## Capítulo 1

Miércoles, 6 de octubre de 2004

El rostro vendado y la piel fría, mojada e inerte de una niña junto a un gato negro muerto fue la imagen que, con un sobresalto, despertó a Laura a las dos de la mañana. Tras el desconcierto inicial, se incorporó y se secó las gotas de sudor que perlaban su frente. No estaba segura de saber dónde se encontraba. Miró a su alrededor pero no consiguió reconocer lo que veía. Cerró los ojos de nuevo y respiró hondo con el único deseo de que, al volver a abrirlos, la muerte se hubiese alejado de su mente.

Las pesadillas habían vuelto después de tanto tiempo. Ya casi había olvidado esa sensación de miedo e impotencia que tanto sufrimiento le había causado años atrás. Le resultaba curioso cómo la mente era capaz de olvidar y de recordar con la misma facilidad. Por fin se atrevió y despegó los párpados. Sus ojos se encontraron sin querer con el espejo sobre su cómoda que solía darle los buenos días, y la imagen que reflejó le hizo sentirse vacía.

Se volvió a tumbar en la cama. El sol se colaba por las rendijas de la persiana y mostraba con sus reflejos los colores del arco iris en los sitios más insospechados, como en su mano, y decidió jugar a agarrarlos entre los dedos mientras meditaba y respiraba para tranquilizarse. «Lo bueno de las pesadillas es que, cuando asimilas que lo han sido, empiezas a sentirte reconfortada», pensó. Lo malo de esa pesadilla en concreto era que ya formaba parte de su vida y, por desgracia, tenía gran semejanza con el mundo real.

«Aléjate. Sé objetiva. Relativiza. Como profesional que eres, conseguirás distanciarte». Se lo habían aconsejado una y otra vez, y ella se lo repetía casi a diario, pero no lo lograba. Ese caso, esa niña, ese hombre... la estaban poniendo a prueba. No era la primera vez que le ocurría. Había trabajado en muchos asuntos que la habían llevado hasta el límite, pero nunca se había planteado abandonar. Y ahora, cuando creía que la experiencia y la frialdad por fin la acompañaban, sentía que por primera vez en toda su carrera estaba a punto de darse por vencida. Pero no debía, no podía. A veces sentía como si tuviera una deuda con los muertos que podría saldar con esta niña. Como si todos los asesinatos a los que se había tenido que enfrentar y que no había sido capaz de resolver se hubiesen reencarnado en este, lo que no dejaba de ser algo absurdo y obsesivo. ¿Acaso los muertos daban segundas oportunidades?

Decidió levantarse y sentarse frente al ordenador. Escribió en un buscador las palabras clave: «asesinatos», «niñas», «siete años», pero todo lo que aparecía eran muertes de pequeñas a manos de sus familiares, muchas veces un padre despechado que lo que quería era vengarse de la madre o, si no, depredadores sexuales. En muchas ocasiones pertenecientes al entorno de la menor; en

otras, las menos, simples desconocidos que las pequeñas habían tenido la inmensa mala suerte de cruzarse.

Laura sabía que cuando empezaba a soñar con sus asuntos la cosa era grave y que no dejaría de hacerlo hasta el final: con la sentencia condenatoria. Lo extraño era que las pesadillas solían llegar con los crímenes sin culpable o con un sospechoso contra el que aún no había suficientes pruebas; incluso en los supuestos en los que, pese a haber culpable y pruebas, el juicio se presumía complicado.

Nada de eso ocurría en este asunto: aquí había un asesino confeso que llevaba cerca de seis meses en prisión provisional a la espera de juicio.

Jaime Andradas tamborileaba con sus dedos sobre la mesa de nogal del despacho del jefe de la sección IV de la Unidad de Droga y Crimen Organizado, Joaquín Gutiérrez, mientras este le dedicaba una mirada escrutadora. Su compañero se retrasaba, no era nada extraño, pero sí difícil de disculpar una y otra vez.

—Llevamos más de veinte minutos esperando a Olivares. ¿Dónde demonios se ha metido? —preguntó Gutiérrez aflojándose el nudo de la corbata.

—Lo he llamado al móvil pero no me lo coge. Quizá esté conduciendo. Estoy convencido de que estará a punto de entrar por la puerta —respondió Jaime sin levantar la vista de la antigua mesa y sin dejar de golpear sus dedos contra ella.

Rodrigo Olivares, oficial del Cuerpo Nacional de Policía, llevaba cinco años destinado en la UDYCO central. En concreto en el grupo 41, dedicado a cocaínicos, integrado en la sección IV. Bajito, con el pelo recogido en una coleta y con un tatuaje en el antebrazo derecho —en el que con letras antiguas, grandes y negras podía leerse *non omnis moriar*—, se movía por todo el territorio nacional según la fémora de turno. Era capaz de organizar un viaje a Las Palmas un fin de semana, el miércoles siguiente pasar el día en Valencia, y el jueves llegar a un juzgado de Madrid a declarar en cualquier juicio en el que hubiese sido citado como testigo. Jaime no sabía cómo lo conseguía. Ese rasgo de su personalidad despertaba tanto recelo en el resto de los agentes de la unidad como admiración en su compañero. Pero eso a veces le hacía perder la noción del tiempo, y no siempre en el mejor momento.

—Siento el retraso —dijo irrumpiendo sin llamar en el despacho.

—Joder, llevamos media hora esperándote. —Gutiérrez no pudo evitar golpear la mesa.

—Estaba atrapado en un atasco. —Se secó el sudor con el brazo—. No volverá a ocurrir.

El inspector jefe se levantó de su silla y mientras caminaba alrededor de su despacho —tan oscuro y descuidado que recordaba a la serie *Canción triste de Hill Street*, como si nadie lo hubiera tocado desde los años noventa—, arrugó la frente y apretó los puños.

—Ni atasco ni hostias. Jamás llegas puntual y me tienes hasta los mismísimos. Luego me vienes con que necesitas más datos, que no tienes claros ciertos aspectos... a darme por el culo, vaya. —Volvió a sentarse—. Espabilate. Jaime te contará lo que hemos hablado hasta ahora. Quiero dedicación exclusiva a este caso. Y cuando digo exclusiva, quiero decir exclusiva, ¿entendido?

—Nos emplearemos a fondo, como siempre. Aunque por lo que me comenta no va a resultar sencillo sacar algo en claro —replicó Jaime.

—Recordad la Operación Traviata. —Gutiérrez esbozó una sonrisa y elevó la barbilla—. No

íbamos a sacar nada y...

A Rodrigo se le escapó un bufido.

—¿La Operación Traviata? Hacía mucho tiempo que no teníamos tanta suerte. Aquel niño asustadizo metió la pata hasta el corvejón. No me diga que aún cree que fue mérito nuestro.

Aprovechando que su pierna quedaba oculta por la mesa, Jaime le dio una patada de forma disimulada que provocó que se callara de sopetón. Pero ya era tarde.

—¿Quince kilos de cocaína os parece un golpe de suerte? —Gutiérrez, en pie y con ambas palmas de las manos apoyadas sobre la mesa, los miraba a los ojos con leves movimientos de cabeza según cambiaba de uno a otro—. Dejaos de gaitas, escuchadme y centraos en lo que tenemos ahora entre manos. Hemos recibido un fax. Los de la DEA han conseguido una información importante y han tenido a bien compartirla con nosotros.

—¿La DEA? —preguntó Rodrigo con interés.

—Tienen a un agente encubierto en una organización venezolana que ha averiguado que quieren mover mucha cocaína. Uno de los mayores alijos de los que hayamos oído hablar jamás. Varias toneladas. —Gutiérrez sonrió. Se echó hacia atrás en su silla a la vez que daba golpecitos con ambas manos sobre la mesa.

—De acuerdo. —Rodrigo miró a Gutiérrez—. Aunque tendremos algo más, ¿verdad? Porque con eso poco podemos hacer. Imagino que la droga vendrá en avión.

—En un buque. Creen que atracará en el puerto de Vigo. Al parecer eso es todo lo que hay. Por el momento, claro —dijo Jaime mirándolo de reojo y recostándose en su silla.

—¿Vigo, Pontevedra? —preguntó Rodrigo arqueando las cejas.

—No, Vigo mis cojones. —Gutiérrez se levantó de nuevo, se subió los pantalones por encima del ombligo y se sentó de inmediato—. Pues claro que Vigo, Pontevedra. ¡Qué Vigo va a ser!

—Bueno, no se altere. Es que me extraña. ¿Qué quiere? ¿Que vayamos a Vigo? ¿A Venezuela? ¿O a Virginia a hablar con los de la DEA? Porque ya me dirá qué podemos hacer con esto desde Madrid. ¿Saben algo los compañeros de Galicia?

—Aún estoy en ello, pero el caso es nuestro. Órdenes de arriba. Así que ya veremos. Quiero conseguir algo más sólido antes de decir nada. Poneos a trabajar. Hablad con vuestros confidentes, moveos a ver qué se cuece por aquí, si alguien ha oído algo, ya sabéis. Porque el destino último de la droga es Madrid. Aquí es donde hay mercado. Imagino que tendrán que preparar un almacén donde guardar la sustancia antes de cortarla y distribuirla al por menor.

»Aunque si es tanta droga es posible que le den salida por Francia. No descartemos ninguna hipótesis. Bueno, vosotros trabajáis bien y sabéis lo que debéis hacer. De hecho, por eso os doy este caso. Recordad que el resto del grupo está ocupado cerrando el asunto aquel de Colombia en la Audiencia Nacional. No os lo creáis, pero sois mis mejores hombres.

—Eh... jefe, ¿y sobre lo que le comenté el otro día? La información es de mi mejor confidente. No me diga que nos va a meter en esta historia de Vigo justo ahora que he conseguido que me cuente algo importante.

Gutiérrez fulminó a Rodrigo con la mirada.

—El no del otro día debería haber sido suficiente, pero ya veo que me equivoco. No vais a tirar de ese hilo. No quiero mierda en mi unidad, ¿entendido?

—La mierda ya está entre nosotros. Si hay que removerla, se remueve, ¿o nos vamos a codear con policías corruptos? Para eso no cuente conmigo, jefe. —Gutiérrez hizo un gesto con la mano para callar a Rodrigo, pero este lo ignoró—. Tenemos narcos dentro, manzanas podridas. Ni mil toneladas de cocaína que encontrásemos en Vigo valdrían más que trincar a un corrupto.

—Andradas, dile a tu chico quién es el jefe y quién decide los asuntos que merece la pena investigar. —Rodrigo elevó los ojos mientras suspiraba, intentando controlarse. Jaime señaló con la barbilla a Gutiérrez—. Así me gusta. Otra cosa, que no se me olvide: quiero que contéis con Gálvez.

Rodrigo se levantó, se dio la vuelta y respiró hondo. Antes de que pudiera responder, Jaime se adelantó.

—¿Gálvez? No puede ser. Recuerde lo que ocurrió la última vez que trabajamos juntos.

—Me importa tres narices. Está pensado y decidido. Tú, Olivares y Gálvez. Eso para empezar. Luego ya veremos, porque es evidente que necesitaremos a los demás.

—¿Algo más?

—Sí. He pensado que empezaremos tanteando al juez. Iréis vosotros dos y le contaréis por encima la historia. A ver qué cara os pone. Mientras, bajo mi supervisión, Gálvez se encargará de ampliar la información que nos ha enviado la DEA.

—¿Al juez? ¿A qué juez? —preguntó Rodrigo mientras se daba la vuelta y tomaba asiento de nuevo.

—Pues al juez que va a llevar el asunto. Veréis, he hablado con el fiscal jefe. Nos van a dar manga ancha, pero me ha dicho que tenemos que conseguir que el asunto lo lleve el Juzgado de Instrucción número 35. Aunque no es muy trabajador, o quizá por eso, el juez Ramírez es manejable, y en la Fiscalía ese juzgado lo lleva una joven fiscal con la que no habrá problema alguno.

Los agentes se quedaron callados. Jaime volvió a tamborilear la mesa con los dedos hasta que se decidió a hablar.

—¿No cree que es algo extraño que nos dirijamos al juez sin haber presentado ningún atestado en el juzgado previamente?

—No, no lo creo. Decidle que es para ponerle sobre aviso porque ya lo tenéis preparado y lo vais a presentar el lunes, que él está de guardia. Que tenemos sospechas y que necesitaremos intervenir unos teléfonos. O contadle lo que queráis, vosotros sabréis. —Gutiérrez vio en la cara de los agentes dudas e incredulidad, pero se mantuvo firme—. El asunto lo tiene que llevar él y quiero que lo tanteéis antes. ¿Me habéis entendido?

Rodrigo hizo una mueca, dubitativo.

—¿Qué es lo que vamos a presentar el lunes si todavía no hemos empezado a investigar? —Gutiérrez lo fulminó con la mirada—. De acuerdo. A ver, ¿el fax de la DEA viene de Madrid? Los conozco. Al menos a uno de los agregados. Puedo pasarme por la embajada estadounidense y concretar.

—Y yo puedo ver si alguien ha escuchado algo por aquí. Si es tanta droga como dicen, puede que tengamos suerte —añadió Jaime.



En ese momento llamaron a la puerta y, sin esperar respuesta, alguien, al que Rodrigo y Jaime no pudieron ver, la entreabrió. Gutiérrez hizo un gesto de asentimiento y la puerta volvió a cerrarse.

—Caballeros, disculpadme, pero el comisario viene a tratar unos asuntos de extrema importancia. Mantenedme informado y cerrad al salir.

Ambos agentes se dirigieron a la puerta y, antes de cerrar, escucharon de nuevo a Gutiérrez.

—Ah, Olivares, una cosa más. Cómprate un reloj. Y lo más importante: consúltalo y ajusta tu vida a las horas que marca.

Rodrigo esbozó una sonrisa forzada que, al girarse y ver a Gálvez a lo lejos, apoyado en la pared fuera de su despacho, mirándolo, se le borró por completo.

Lo tenía calculado. No es que fuese como para estar orgulloso ni que implicara haber resuelto algo importante porque había pasado allí los últimos siete años de su vida, pero lo había contado una y otra vez: cinco por tres pasos. Y ni siquiera se podían hacer en línea recta porque lo impedía una pared de unos dos metros y medio de altura que separaba el baño de un módulo compuesto por una mesa, con una silla a cada lado, y que era interrumpida en el centro por una pequeña librería. Al otro lado de la habitación dos literas, con colchones de medio palmo, eran las supuestas camas. Todo de un blanco immaculado que daba grima, excepto las dos sillas de plástico, tan frágiles que a primera vista parecían de juguete; y las dos ridículas cortinas que colgaban de una reducida ventana llena de barrotes, que alguien había decidido poner a juego con las sillas, ambas de un extraño marrón mate. Ricardo Gabarra siempre había pensado que en las cárceles predominarían otros colores. La *suite* 143 de la prisión de Soto del Real, como la denominaba él de modo irónico, empezaba a asfixiarlo.

—Necesitaríamos *poné* aquí algún cuadrito, ¿eh, compadre? —dijo el Manco, con quien compartía espacio—, o un póster de la Sofía Loren. Esa sí que estaba buena, no como las flacuchas que se ven ahora.

—Libros —dijo Gabarra—, necesitaríamos libros. Hablaré con Celestino a ver si nos puede conseguir algunos interesantes, no esos panfletos que adornan lo que se atreven a llamar biblioteca de la prisión.

—¿Libros? No me jodas, compadre. ¡Libros!

—No se me ocurre nada más irónico que una librería sin libros. ¿Has leído *El conde de Montecristo*?

—No, pero he visto la película. —El Manco rio con una carcajada que torció el gesto de su compañero.

—No seas gilipollas, Manco.

—Perdona, compadre, eso intento.

—Pues a veces lo pareces. Te pregunto si has leído un libro y me contestas que has visto la jodida película. Te burlas de mí o eres gilipollas. Una de dos.

—Compadre, esto... no sé *leé*.

Gabarra miró al Manco como si lo viese por primera vez en su vida y, tras unos segundos, reaccionó.

—¿Y qué cojones se supone que te enseñan en el poblado ese al que perteneces?

—A *contá* el parné, compadre. Eso es lo importante *pa* el negocio. —Le guiñó un ojo—. Y luego me *aprendió* mi primo a *letrear*.

Ricardo sonrió, pero la emoción que reflejaba su rostro era pena.

—Anda, vamos a desayunar. Ya hablaremos de esto. Pero recuerda una cosa: el dinero no sirve de nada sin una buena educación. Hazme caso.

El Manco no respondió. Se giró y se dirigió al comedor mientras hacía muecas con la cara como si intentase entender, sin éxito, la frase de Gabarra.

Fueron de los últimos en llegar. El comedor estaba lleno. Gabarra perdió de vista al Manco nada más entrar y decidió sentarse solo en una de las mesas más alejadas de la puerta. El desayuno no estaba tan mal. El café, que solía beber solo y sin azúcar, era infumable, pero las magdalenas rellenas de chocolate le animaban la mañana. Conocía al preso que las hacía, el Antorcha, que fue cocinero antes que recluso y que quemó el restaurante en el que trabajaba con el dueño dentro, de ahí su mote, con un resultado fatídico que lo hizo aparecer en los principales medios de comunicación como un monstruo. En ese momento se acercaba con una bandeja.

—Te traigo algo que te va a iluminar esa cara.

—Gracias, Antorcha, eres un gran repostero, pero algún día me podrías sorprender con un cruasán...

—¿Ya te has cansado de mis magdalenas? ¡No me jodas! ¡Pero si solo llevas siete años degustándolas!

Gabarra esbozó algo similar a una sonrisa mientras mojaba el bollo en el café aguado. Cambiando cruasán por *brioche*, cambiando iluminar la cara por sacarle una sonrisa, esa era la conversación que mantenían en el desayuno. Era duro. Y eso que Gabarra no era hombre de muchas palabras.

Después del desayuno comenzaba su jornada laboral. Se dedicaba a la carpintería, donde coincidía con el Rata, que no sabía ni juntar dos tablas pero era el carpintero jefe. Imaginaba que en el pasado alguien había construido allí esa librería y esas mesas de su celda, y estaba convencido de que el Rata había sido la cabeza pensante. Ricardo no simpatizaba con ningún recluso más. Su lista era corta. Pero el Manco tenía sus contactos. No en vano, y aunque con salidas intermitentes, llevaba más de diez años preso por sucesivos delitos contra la salud pública. Y tras la última condena por un delito de homicidio intentado —apunhaló a un yonqui que no quería pagarle la droga—, no parecía que fuese a salir en una larga temporada. Formaba parte de un clan gitano que vendía droga desde una chabola en el poblado de Valdemingómez. Cuando surgía un problema, él asumía la culpa y su mujer continuaba con el negocio. Gajes del oficio, solía decir, y parecía haber encontrado en la cárcel un segundo hogar. Se rumoreaba que seguía dirigiendo el negocio desde la prisión, y debía de ser muy conocido entre los de su etnia. Los más de trescientos gitanos que había presos lo respetaban y, por ende, respetaban a Ricardo. Era más que suficiente.

## Capítulo 2

Jueves, 7 de octubre de 2004

El cabecilla de la organización, un tal Sombra, tenía a dos de sus tres lugartenientes cubriendo la zona de Europa del Este. El tercero, que según la foto que la policía había unido al atestado era albino, estaba desplegado en la zona de España, Francia y Portugal. A su vez, cada lugarteniente tenía a sus hombres, unos más, otros menos, según la amplitud y las peculiaridades de la zona a cubrir, y, sobre todo, según la droga que se movía en cada una de ellas. Laura garabateaba un organigrama con su bolígrafo en el que incluyó a todos los investigados, desde los que ocupaban la cúspide hasta el último hombre que hacía tareas de vigilancia. Estaba sola en el despacho, por lo que pronunciaba en alto cada uno de los nombres que se sucedían en el atestado, y subrayaba con distinto color los que trabajaban en una zona y los que trabajaban en otra. El Stabulo Boss rosa resaltaba los de la República de Albania cuando sonó el teléfono.

—Dígame.

—¿Señora Lizaurz?

—Sí, soy yo.

—Soy Ana, de la secretaría del fiscal jefe. Don Amancio quiere hablar con usted.

—Ah, bien, buenos días, pásemelo. —Levantó la vista de los folios.

—Laura.

—Sí, Amancio, ¿qué tal estás?

—Muy ocupado, como siempre. Y por allí, ¿cómo va todo?

—Todo bien. Sin entrar en detalles.

—Me alegro. —Él sonrió para sus adentros—. Aunque sabes que siempre tengo tiempo para los detalles. Te llamo por un asunto complicado que se lleva en tu juzgado.

—A ver, cuéntame. ¿Está en la Fiscalía para algún tipo de trámite?

—No, escucha, me ha llamado un inspector jefe de la UDYCO. Van a ir a explicarte lo que tienen, que no es demasiado, por el momento. Solo te pido que tengas paciencia y les des un poco de alas, ¿me comprendes?

—Sí, claro, manga ancha, ¿verdad?

—Dejarles investigar —aclaró molesto por el término empleado por ella—, pero sin cometer ninguna ilegalidad.

—Amancio, somos fiscales. No cometemos ilegalidades.

Se escuchó un carraspeo al otro lado de la línea.

—Veo que nos entendemos. También quiero que me tengas al tanto del asunto. De los avances, de los problemas, de los reveses, de los parones... Al tanto.

—El número de previas es...

—¿Disculpa?

—Decía que si me puedes dar el número de diligencias previas para poder localizarlo en el juzgado. Siempre prefiero estudiarme el atestado y así, antes de que la policía venga a verme, estoy un poco al tanto de lo que hay y de lo que no hay.

—No tenemos número de previas aún, Laura.

Hubo un silencio que duró los escasos segundos que ella necesitó para asimilar esa respuesta.

—Entonces, ¿cómo sabes que se va a llevar en mi juzgado? —preguntó extrañada.

—Porque lo sé. Te he dicho que he hablado con la policía. Cuando ellos contacten contigo seguro que ya lo tendrán y te informarán de todo. Solo quería avisarte.

—Eh... Amancio —balbuceó—, un segundo, no cuelgues, por favor. Me gustaría hablar contigo. Es sobre el caso de la niña.

—¿De la niña ahogada?

—Sí, bueno, de la niña asesinada en el río Manzanares.

—No hay mucho de qué hablar. ¿O es que hay alguna novedad?

—No, verás. No han encontrado signos de violencia en el cuerpo, excepto unos pequeños cardenales en el brazo que se creen anteriores a los hechos porque datan de días atrás. Pero no hay signos de abuso sexual ni un rasguño. Nada. Tiene algún golpe pero ha sido causado tras la muerte, seguramente al chocar el cuerpo contra las piedras del río. Ni siquiera ha sido drogada.

»Al parecer la secuestró, la ató de pies y manos, le puso cinta aislante alrededor del cuello y de la cabeza, dejándole libres los ojos, y la arrojó al río para que se ahogase. Y sin conocerla, o al menos no se ha podido establecer conexión alguna entre ellos. ¿Cómo puede ser posible?

—Eso ya me lo has contado. Pero tenemos culpable. Ha confesado. Lo demás no importa.

—No estoy de acuerdo. Importa, y mucho. Hay un motivo que lo ha llevado a hacer lo que ha hecho, pero solo lo sabe él. O tiene que haberlo. Creo que deberíamos volver a tomarle declaración.

—Laura, no. Comprendo que el asunto es muy feo y que tanto horror es difícil de asimilar pero, créeme, el mal es así y existe. No hay que darle más vueltas.

—Puede que, al no conocer el motivo, se nos escape algo importante. ¿Y si es así? Y si... no sé, tiene un cómplice o algo semejante, ¿qué pasa entonces? Perderíamos nuestra oportunidad de atraparlo.

—No podemos controlarlo todo. Eso ya deberías saberlo. Hacemos lo que podemos. Tenemos a un individuo que ha confesado. También me comentaste que se han encontrado huellas de la niña en el interior de su coche, ¿verdad? No necesitamos nada más. Hay que llevar el asunto a juicio ya. ¿Te han dado traslado para formular acusación?

—No —mintió Laura, que tenía el expediente a su lado sobre una silla—, aún no. Aunque no tardarán. Como dices, ya no hay ninguna diligencia que practicar, el asunto está instruido.

—Entonces, cuando te lo manden, acusas. Y olvida lo demás. Sé que va a ser un jurado duro, pero los has tenido peores. Céntrate y no olvides lo que te he pedido del asunto de la UDYCO. Es

de suma importancia.

Llamaron a la puerta.

—De acuerdo, Amancio. Te mantendré informado. Buenos días.

Sin esperar respuesta, la abrieron. Laura colgó tras escuchar la despedida del fiscal jefe.

—Señora Lizaurz, disculpe, hay dos policías que desean hablar con usted. Están en la oficina. Cuando me diga les hago pasar.

—Qué raro, no esperaba a nadie. ¿Habían avisado? —preguntó Laura sorprendida a su funcionaria.

—No, no. No han llamado. Han venido directamente. Dicen que no le quitarán más de diez minutos. ¿Quiere que se vayan?

—No, está bien, ya que están aquí, que pasen. Ya hablaré con ellos para que la próxima vez llamen. Deme cinco minutos.

Apartó los papeles que tenía sobre la mesa y ocultó el expediente del jurado del asesinato de la pequeña, quitándolo de la silla y dejándolo en el suelo. Tras unos instantes, golpearon la puerta de nuevo.

—Buenos días, ¿se puede?

—Sí, pasen, por favor.

Dos hombres —uno de mediana edad con pelo largo a lo afro y muy delgado, y otro que tendría cerca de cincuenta años, de constitución fuerte y gafas— entraron en el despacho. El más joven llevaba una carpeta marrón poco voluminosa bajo el brazo.

—Tomen asiento —pidió Laura—, y cuéntenme.

—Gracias. Verá, queríamos informarla sobre un asunto que aún estamos investigando. Hemos creído que por su gravedad era mejor explicárselo en persona —dijo el hombre más mayor con tal cara de preocupación que Laura empezó a sentirse incómoda—. Somos de la Unidad de Asuntos Internos del Cuerpo Nacional de Policía.

Laura no tenía noticia de tal procedimiento. Se acordaría. No era habitual tener a un policía investigado por Asuntos Internos.

—¿Están seguros de que el asunto ya está judicializado? —preguntó.

—Segurísimos. Diligencias previas 414/2004. Aunque lleva en el juzgado una semana escasa y las actuaciones están declaradas secretas. Ni siquiera habrá dado tiempo a notificarle a usted nada —dijo el del pelo afro mientras ponía sobre la mesa la carpeta.

Laura leyó el atestado. Al parecer había un policía corrupto que facilitaba información sobre asuntos importantes de narcotráfico, en connivencia con un agente de la Guardia Civil destinado en Resguardo Fiscal y que hacía la vista gorda en el aeropuerto de Barajas. Así conseguían introducir droga en el país. El asunto no estaba muy avanzado; apenas explicaban con generalidades su forma de actuar y se solicitaba la intervención de su teléfono.

—Antes de venir hemos hablado con el fiscal jefe, que nos ha dicho que podríamos contar con usted sin ningún problema. No tenemos otra línea de investigación que la intervención de su teléfono. Con este número creemos que contacta con el extranjero, en concreto con Venezuela, para que le faciliten los datos del vuelo en el que viene la droga, la persona que la trae, la

maleta... y luego se encarga él de organizarlo todo en Barajas junto con el compañero de la Guardia Civil.

—Me ha llamado el fiscal jefe, aunque creo que me comentó que había hablado con un inspector jefe de la UDYCO.

—Sí, su superior jerárquico también está al tanto de todo —dijo el joven.

—De acuerdo. —Laura cerró la carpeta—. Informaré a favor de la intervención telefónica, no creo que el juez la deniegue con un informe favorable del fiscal, y veremos lo que pasa. Será por un periodo de un mes. Necesito que me den algo más si desean una prórroga.

»Lo que tienen ahora son indicios muy débiles. Sin algo más sólido, no habrá prórroga, al menos en lo que a mí respecta. Otra cosa es lo que decida el juez pero, como les digo, suele basarse en mis informes para conceder o denegar las diligencias que ustedes solicitan.

—Quizá debería consultarlo antes con su jefe —sugirió el mayor.

—O quizá debería conseguir pruebas de un hecho tan grave. Las sospechas no sirven para nada, como usted bien sabe —dijo Laura molesta—. Un mes. Buenos días. Cierren la puerta al salir, si me hacen el favor. —La señaló con el dedo y con la cabeza—. Y la próxima vez, llamen antes de venir.

»No es por mí. Es porque yo no estoy siempre en el despacho. Tengo muchos señalamientos fuera de esta sede y, además, me gusta organizar mi agenda.

—Claro, señorita, discúlpenos. —El mayor le tendió una mano y Laura, tras dudar unos instantes, la apretó.

Gabarra necesitaba la hora del patio para respirar. El aire fresco y la prisión eran términos incompatibles. Le gustaba sentarse solo en uno de los bancos de la esquina y observar; y olvidar y meditar. El Manco lo sabía y por eso no solía molestarlo, pero ese día se acercó.

—Qué pasa, compadre, hoy *er* día frío de *cohones*, ¿eh?

La seriedad de su rostro, así como el hecho de que mirara constantemente hacia los lados, provocaron que Ricardo sospechase que el gitano se había acercado por algo grave.

—¿Qué ocurre, Manco? —preguntó incorporándose.

—El Georgiano. El hijo de puta me debe ciento treinta euros. Se los iba a *perdoná*, no quiero líos, y menos con él y sus amigos, pero me ha *pedío* más grifa y no. Eso sí que no. Si no pagas, no pidas, es así de simple. Se lo he dicho y el cabrón no me quita ojo.

»Ha *llegao* a mis oídos que me la tiene jurada. A mí «y al cabronazo ese que parece su sombra». *Joé*, compadre, ten *cuidao*. No me fio de ese hijo de puta. —Negó con la cabeza—. No me fio.

—Gracias, Manco. —Echó la espalda hacia atrás de nuevo.

El gitano asintió. Cuando se giraba para marcharse, una pregunta lo frenó.

—¿Acaso no sabe cómo te hicieron eso?

Gabarra miraba el muñón del brazo derecho de su amigo.

—Creo que si lo sabe, no le importa. Los georgianos ya sabes cómo son. Esos ajustan sus cuentas aunque se enfrenten al mismísimo diablo. Y yo no tengo ni *cuenos*, ni rabo, ni *tidente*, ni *na*, así que...

La metáfora sacó una sonrisa a su compañero de celda.

—Yo no apostaría por lo de los cuernos, Manco. Al menos no lo haría jugándome grandes cantidades de dinero.

—¡Serás mamón! —Rio el gitano—. Guárdate las espaldas, compadre, por *favó*. No me gustaría pasarme el resto de mis días aquí vengando tu muerte.

Desde donde se encontraba, Ricardo podía ver al grupo de los georgianos, que estaban sentados en la zona oeste. Los observó unos instantes mientras imaginaba qué ocurriría si decidiesen ir a por él.

—Quizá si dejases de traficar...

—No jodas, compadre. Que tengo familia y me come *mu* bien.

—Al menos mientras estés dentro. Podrías aprovechar para formarte. Aprender a leer y a escribir es lo mínimo. ¿Hay algo que sepas hacer? Aparte de vender droga y contar pasta.

El Manco se tomó su tiempo. Se tocó el mentón y se metió la camisa por dentro de los pantalones.

—Yo antes vendía la chatarra, ¿sabes? Cuando aún conservaba la mano. Me metía unas palizas de *coholes* con la *fragoneta* y el carro recogiendo *toa* esa mierda y vendiéndola *pa* sacar cuatro duros al final del día. Hasta que conocí a mi Paca. Veía que su padre vivía como un rey vendiendo coca en Las Barranquillas.

»Me enseñó el negocio. Sobre *to* a *mové* el parné. En el tráfico de drogas es importante *invertí* lo *ganao*; así lo llaman ellos. Pero significa esto que te digo: *mové, mové y mové*, ¿entiendes?

—Entiendo —confirmó el otro.

—Yo ahora sigo con las ventas desde aquí. Además, los primos que tengo fuera le explican a mi Paca el estado de nuestras *invirsiones*. Ella también es analfabeta, ¿sabe? Pero he conseguido a *tre* o cuatro *hombres* de confianza que me llevan las cuentas y me lavan el parné.

»Tengo casas, *pósitos*, coches... donde ha ido a *pará* la pasta y que están a nombre de personas a las que ni siquiera conozco. Dinero limpio e *invertido*, ¿me *comprende*?

—Te comprendo.

—Y así es como he *consiguío dejá* de *trabajá* como un perro cargando hierros.

—Estupendo. La única pega que le veo es que llevas diez años en prisión y que un cabrón te cortó una mano con una catana porque esas cuentas tuyas no le cuadraban. Pero, por lo demás, es un plan cojonudo, Manco. Te felicito.

El gitano se colocó los pantalones y lo miró con sus ojos grises.

—¿Y tú qué le has *dejao* a tu *mujé pa* que *puea viví* tranquila? —Los ojos sombríos de Gabarra sostuvieron la mirada del Manco unos instantes—. Perdona, compadre. No es un asunto de los míos. Tú eres un gran *hombre*. Estoy *convencío* de que has hecho lo que has *podío*. Como *tos*.

El gitano se alejó y lo dejó pensativo. Un sentimiento descorazonador lo invadió.

—Gabarra. —Escuchó a su espalda—. ¿Por qué estás tan solo? ¿No te gusta hacer amigos? Si este patio es maravilloso. Hay gente de todo tipo y condición. Con lo mucho que podrías aprender...

Ricardo se giró. Celestino sonreía y guiñaba el ojo sin parar, lo que lo obligó también a sonreír, aunque lo que le salió fue más bien una mueca.

—Manda cojones, Celestino. Hacer amistad con ladrones y violadores. Manda cojones.

—Bueno, sé de uno que está aquí por asesinato.

—Sí, claro, visto así... Pero, ya sabes, yo soy inocente. —Puso cara angelical.

—Es curioso, siempre me ha llamado la atención eso de ti.

—¿Eso? —se asombró Ricardo.

—Eso: que nunca hayas proclamado tu inocencia. Aquí es lo primero que dicen todos al entrar. O que son inocentes, o que el sistema, la sociedad, la intolerancia... los ha llevado a cometer el delito que sea. Tú nunca has dicho nada semejante, ¿por qué?

El preso dejó que transcurrieran unos segundos.

—Porque soy culpable, Celestino, soy un asesino. —Fijó con más intensidad sus ojos en él—. ¿Estás acojonado?

Celestino tardó unos instantes en reaccionar. Pero cuando lo hizo, lo hizo bien, dentro de sus posibilidades.

—Eres un cabrón.

—Lo sé. Pero en el fondo me quieres. Oye, ¿sería posible que me consigueses unos libros? El idiota del Manco resulta que no sabe leer, ¿te lo puedes creer? Y yo, que soy más idiota todavía, he decidido enseñarle.

—No jodas, ¡con lo bien que se le da llevar las cuentas! —Celestino se echó las manos a la cabeza—. Pues claro que puedo. ¡Unos libros! Si vieras lo que me piden por ahí... ¿Qué libros necesitas?

—*El conde de Montecristo*. Creo que merece la pena intentarlo con ese. Aunque si me permites abusar, a ver si me traes a mí alguno de... bueno, ya sabes lo que me gusta.

—Sí. Veré lo que puedo hacer. Pero ¿*El conde de Montecristo*? ¿Es una broma? ¿Te vas a fugar o a vengar? —Sonrió, pero esperaba una respuesta y arqueó las cejas como signo de interrogación—. ¿O ambas cosas?

—Voy a enseñar a leer al Manco. Ya te lo he dicho.

—Ya —repitió alargando la vocal.

—Pero ¿tú crees que si yo me quisiera fugar me pondría a cavar un túnel? Eso ya está pasado de moda, hombre. Por no hablar de hacerme pasar por muerto. Solo he pensado que, si el gitano aprende a leer, puede que se enganche a los libros y deje las drogas. Este lugar podría ayudarle a conseguirlo.

—¿Sabes cómo se podría fugar uno de aquí?

Ricardo agitó la cabeza con mezcla de duda e incredulidad.

—Sobornando a uno de mis compañeros. Con el sueldo de mierda que cobramos, pon dinero sobre la mesa y, si no una alfombra roja, sí todas las puertas abiertas. De aquí a la salida. Sin sobresaltos, sin problemas... Abiertas.

Ante la cara de estupefacción de Gabarra, Celestino no pudo reprimir la carcajada.

—Deja de burlarte de un pobre recluso. Serás...

—Hay que joderse, ¡si te vieras la cara! Vamos a ver, ¿dónde ibas a estar mejor que aquí? ¿Dónde?

—¿Me tomas el pelo? ¿Mejor que aquí? En cualquier sitio. Incluso en el infierno.



—¿Sabes lo que creo? Que has idealizado tu vida en libertad. Acuérdate. Hace siete años eras un treintañero atractivo que se las llevaba a todas de calle, con ese pelo rubio y esos ojitos azules. Ahora no eres más que un cuarentón con entradas al que todas mandarían a tomar por el culo. —El funcionario rio sin esconderse mientras lo golpeaba en la espalda.

—Serás hijo de... El que tuvo, retuvo. Nunca lo olvides, funcionario de los cojones.

—No lo hago. Pero insisto: te has convertido en un cuarentón fondón que no se comería una rosca.

—No sabes lo que dices. Además, ¡tengo treinta y nueve!

Celestino continuó riendo un buen rato hasta que, de pronto, paró en seco.

—Vamos a ver. —Bajó la voz—. Imagina por un momento que consigues salir de aquí. ¿Adónde irías?

—Pues no lo sé. ¿Me lo preguntas en serio o se trata de una pregunta retórica? ¿Adónde iría?

—No es ninguna pregunta retórica.

—Pues no lo sé. A buscarme la vida como pudiera. ¿Adónde iba a ir?

—Te lo digo porque esto es el campo, estamos en pleno monte. Finales de octubre, el invierno se avecina. Tendrías que conseguir llegar andando a la población más cercana. Y luego... luego, ¿qué? ¿Cómo lograrías esconderte? Un asesino fugado se busca hasta debajo de las piedras. Y en muchas ocasiones no se le detiene, se le dispara. Un tiro es fácil de ocultar, y más a un asesino; incluso si es por la espalda.

—Estás equivocado pero, en el fondo, qué más me da. Aquí estoy muerto en vida, Celestino.

—¿Equivocado? Créeme que no. He visto de todo. Cincuenta primaveras me avalan y treinta de ellas como funcionario de prisiones me dan la razón. Funcionario uno, recluso cero. Esmérate más la próxima vez. Por cierto —susurró pegándose a su oreja, cuando ya se había levantado para marcharse—, no deja de ser curioso. Un asesino a sangre fría que, sin embargo, emplea su tiempo en enseñar a leer a un pobre gitano manco que, casi con total seguridad, no saldrá de prisión jamás. Muy curioso. —Celestino levantó la vista y le hizo un gesto a uno de sus compañeros—. Me reclaman, *gigolo*. —Le guiñó un ojo—. Nos vemos. Y no te fugues, ¿eh? No me jodas. Para un recluso con el que puedo hablar...

Ricardo, extrañado, asintió por toda respuesta. No entendía a qué venía toda esa historia de la fuga. ¿Quién había hablado de fugarse? Él solo quería un libro. Aunque, por otro lado, ¿a qué fin iba a enseñar a leer al Manco? Si eso era lo mejor que tenía que hacer en esa prisión, efectivamente, estaba muerto en vida. Aun así, ¿fugarse? «¿Y adónde iría un cuarentón fondón con entradas?», se preguntó en voz alta sin poder reprimir una sonrisa al recordar las palabras que acababa de pronunciar el único funcionario de prisiones decente que había en ese circo al que llamaban Centro Penitenciario Madrid V, Soto del Real, que encima pensaba que era inocente.

Viernes, 8 de octubre de 2004. 09.00 horas

El otoño se había apoderado de la ciudad. Laura pensó que echaría de menos esas tardes de septiembre en las que todavía se podían aprovechar las terrazas de la capital y, por un instante, le provocó un absurdo desasosiego. Auguraba una mañana aburrida celebrando una cantidad aproximada de quince juicios de faltas, pero las había tenido mucho peores.

Al llegar al juzgado y antes de entrar en la sala, al pasar por el despacho del magistrado lo vio al teléfono.

—Buenos días —susurró y señaló la sala de vistas—. Nos vemos allí.

«Voy en cinco minutos» parecía decir él haciendo un cinco con la mano, mientras se echaba hacia atrás en su silla. Pese a que había un hueco considerable, el final de su tripa chocaba contra la mesa. Laura levantó su dedo pulgar.

La sala no era muy grande. Además de los estrados en forma de U presididos por una foto de su majestad el rey y custodiados a sus espaldas por una bandera de España y otra de la Comunidad, había seis bancos, tres a cada lado, en los que se sentaban los implicados, y un micrófono en el centro. También había archivadores por doquier. Causas que, algunas con más suerte, estaban ocultas en unos pequeños armarios colgados de la pared, y otras, menos afortunadas, se acumulaban en el suelo.

Pasados quince minutos, los juicios estaban a punto de comenzar, a la espera de que llegase el secretario judicial. Nada complicado *a priori*: los hurtos, lesiones y amenazas de siempre. Una oficial del juzgado interrumpió la conversación que tenía Laura con el juez, ambos desde sus respectivos lugares ya en estrados.

—Disculpe, señoría, hay dos policías de la UDYCO central que quieren hablar con usted, al parecer es muy urgente —dijo no sin cierto nerviosismo.

Al juez Ramírez no le gustaba recibir a la policía o, como se rumoreaba a causa de una detención por conducir bajo la influencia de bebidas alcohólicas con delito de atentado incluido, no le gustaba la policía.

—¿Ahora? Tenemos muchos juicios y hay demasiada gente esperando fuera.

—Se lo he dicho. Pero insisten.

—Hágales pasar. —El juez levantó la cabeza del estrado y buscó a los agentes con la mirada mientras se colocaba el cuello de la camisa.

El inspector Jaime Andradas y el oficial de policía Rodrigo Olivares entraron en la sala de vistas.

—Buenos días, señoría —dijo el primero—. Sentimos presentarnos así, pero no hemos podido avisar.

Miró de reojo a Laura.

—Buenos días, señora fiscal.

—Déjense de tanto saludo y díganme lo que ocurre —ordenó el magistrado.

—Hemos conseguido una información importante. Va a llegar al puerto de Vigo una partida de cocaína, aunque aún no sabemos cuándo ni quiénes en concreto podrían estar detrás del envío. Todo indica a un cártel venezolano con contactos en las FARC.

—¿Y qué tengo yo que ver con una droga que va a entrar a España por Pontevedra? —se quejó el juez esbozando una leve sonrisa, mezcla de sorpresa y burla.

—Señoría, llevamos pocos días investigando este asunto, pero creemos que se está moviendo desde aquí. Es todo lo que sabemos. Aún no ha ocurrido nada. Tampoco hemos hablado con los compañeros de Vigo. —El inspector disimulaba su falta de datos con un discurso directo, mirando

al magistrado a los ojos sin titubear, quizá de forma un tanto hostil—. Necesitaremos intervenir unos teléfonos.

Pero el magistrado no se dejaba impresionar con facilidad.

—¿Quiere usted que dicte un auto de intervención telefónica sin indicio alguno? Me toma el pelo, ¿verdad?

El juez observaba al inspector mientras se tocaba la barbilla de forma nerviosa y se movía en su silla. Sus gafas de cerca habían resbalado hasta la punta de su nariz.

—Se nos va el tiempo, señoría. Los narcotraficantes se mueven muy rápido, usted lo sabe. Si consiguiésemos una fecha, aunque fuese aproximada, podríamos estar preparados para cuando ataque el barco. Si consigue zarpar sin que lo sepamos será imposible detenerlos.

—Póngamelo por escrito, inspector. —César sonreía sin ganas—. Estudiemos esas prisas.

Antes de irse, Jaime miró a Laura, que tenía sus ojos fijos en los papeles que se esparcían sobre la mesa sin hacer caso de la conversación, al menos en apariencia. Ella no levantó la mirada, pero notó los ojos de él. «Vaya estupidez», pensó. «Estos de la UDYCO parecen nuevos».

## Capítulo 3

Viernes, 8 de octubre de 2004. 13.00 horas

La espuma de su segundo botellín de cerveza se empeñaba con cada sorbo en blanquear su oscuro y espeso bigote. Joaquín Gutiérrez intentaba evitarlo limpiándose con una mezcla de pereza y resignación, como se suelen librar las batallas perdidas, mientras esperaba en el bar de siempre. Jaime y Rodrigo volvían a retrasarse. Sin embargo, justo cuando iba a consultar de nuevo su reloj, aparecieron por la puerta.

—Señores, ¿quieren beber algo? Invito yo. Tres cervezas, Pepe.

El Timón era un bar conocido por toda la unidad. Situado en las inmediaciones del complejo policial de Canillas, se había convertido en una especie de centro de operaciones.

—Hoy tiene un buen día, ¿eh? Ni siquiera nos ha echado la bronca por el retraso —dijo Rodrigo sorprendido.

Jaime se limitó a sentarse y a coger el botellín que Pepe había dejado sobre la mesa. Gutiérrez no se anduvo con rodeos.

—Aquí tenéis las líneas que hay que intervenir en el asunto del que hablamos —dijo mientras le facilitaba una carpeta—. El lunes a primera hora vais al juzgado de guardia y lo solicitáis. Quiero ver el oficio antes, ¿estamos?

Jaime abrió la carpeta. Tres folios con tres números de teléfono y generalidades. Las mismas que él le acababa de contar al juez en la sala de vistas.

—¿Ya? Pero —balbuceó Jaime— ¿vamos a pedir la intervención así, sin explicar nada más?

—Exacto. Eso es lo que vamos a hacer.

Jaime se tomó unos instantes. Observó serio y preocupado a Gutiérrez quien, sin embargo, no reflejaba ninguna otra emoción en su rostro que no fuese la seguridad. Rodrigo cogió el relevo.

—Jefe, necesitamos algo más. Hemos hablado con el juez y nos espera para denegarnos las intervenciones. Si vamos con esto, ya tenemos el no. Y con un no inicial es casi imposible conseguir luego un sí, aunque surjan nuevos indicios. Usted lo sabe. ¿No decía que el asunto era importante? ¿No nos comentó que requería dedicación exclusiva? Denos una semana. Hablaré con mi contacto en la DEA para ver si él puede tirar de algún hilo.

—No. Ya les expliqué que de ampliar la información de la DEA se ocupará Gálvez. Me ha costado mucho esfuerzo conseguir esos teléfonos. Son los contactos que la organización venezolana tiene en nuestro país, no es cualquier cosa. Y entiendo que ellos son los que van a recibir la mercancía. Pero eso hay que acreditarlo trabajando.

»Gálvez y yo no hemos dormido haciendo llamadas y atando cabos. Y lo vamos a intentar. ¿Sabéis por qué? Porque lo digo yo, que soy el responsable de esta unidad. —Gutiérrez se aflojó

el nudo de la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa. Suspiró, dio un largo trago a su cerveza y se limpió con la servilleta—. Entonces, ¿habéis tanteado al juez? —preguntó más tranquilo.

—Sí, pero como le he adelantado, no hay buenas noticias. Quiere la solicitud por escrito —dijo Jaime.

—¡Exacto! Todo marcha según el plan. Su señoría lo tendrá por escrito el lunes. Perfecto. Por cierto, Olivares. Me comentó el comisario el otro día que le habías ido con el cuento de los policías corruptos en la unidad. ¿Acaso te has vuelto loco? Te he dicho ya mil veces que te olvides de eso. Conozco a cada uno de mis hombres y respondo por ellos, ¿te queda claro? Espero no tener que volver a repetírtelo. Al final vas a conseguir que esos cabrones de Asuntos Internos vengan a joderme a mi propia casa.

Apuró la cerveza, se puso en pie y, tras subirse los pantalones hasta cerca de las axilas, se marchó sin decir adiós, con la espuma blanca de siempre en su bigote, que esta vez no se había preocupado de limpiar y que le daba un aspecto a la vez sucio y gracioso.

—¿Qué le habéis hecho al jefe, chavales? —preguntó Pepe.

—El jefe siempre está cabreado, es así —respondió Rodrigo levantando el botellín—. Otros dos, gracias. ¿Qué? —le preguntó a Jaime cuando al girarse vio que lo miraba fijamente, pensativo.

—Tenemos un fin de semana para conseguir algo más. La pregunta es cómo hacerlo sin que se entere el jefe. Y no solo él, también Gálvez y el resto del grupo. Se lo contarían. No voy a presentar un oficio con esto en el juzgado.

—Por no hablar de que, para una vez que uno de mis confidentes canta, se cierra en banda y nos mete en una macrooperación. Hay que joderse. Pero yo no pienso dejar esto así, te lo digo desde ya.

—Ya lo sé. Y me temo que él también. Ya te montará algún lío, como si lo viera. Aunque ahora debemos centrarnos en esto. Vamos a ver lo que encontramos en dos días. Termínate la cerveza —le dio el último sorbo a la suya— y cancela todos tus planes.

Rodrigo obedeció. Antes de marcharse se despidió de Pepe con un gesto mientras veía cómo guardaba la que iba a ser la segunda ronda.

La casa de Jaime estaba en el centro de la ciudad, en el quinto piso de un edificio de ladrillo visto y con pequeñas ventanas revestidas de marcos blancos. Toldos recogidos de color beis daban un aspecto aún más avejentado al edificio, por cuyas calles no se podía circular, como por muchas otras cercanas a la Puerta del Sol. Las escaleras eran de caracol, tan estrechas que apenas cabía una persona, y las rodeaba una barandilla negra con la pintura desconchada. No había ascensor ni portería, y los vecinos habían nacido antes de los años treinta. Como solía decir él, una casa perfecta para un policía.

Tras entrar y colgar las llaves en los cuernos de toro que había sujetos en la pared a tal fin, Jaime dejó sobre la mesa del salón la carpeta que Gutiérrez le había dado y se fue a coger una cerveza. Trajo dos, le dio una a Rodrigo y señaló una silla para que tomara asiento.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo—. Hablaremos con Mark y le preguntaremos por los teléfonos. Al fin y al cabo, esto procede de la DEA, ¿no? ¿Dónde está el fax?

—¿El fax? —preguntó Rodrigo.

—El fax que nos mandaron los de la DEA y por el que hemos comenzado esta investigación. Ese fax. Céntrate. No lo veo por ningún sitio. —Examinó los papeles que llenaban la carpeta—. El jefe no lo ha metido aquí. Qué raro.

—Yo no lo he visto, Jaime.

—Gutiérrez lo mencionó. Es el origen de todo este asunto. Ya sabes que estas investigaciones nunca las abordamos hasta que tenemos algo por escrito.

Jaime le sostuvo la mirada y Rodrigo insistió.

—Repito que yo no sé nada. En lo que a mí respecta, no hay fax de la DEA.

—Claro que hay fax. ¿Y SIRENE y la INTERPOL? Ya sabes que ellos siempre son los que están al tanto de todas estas...

—Yo no he dicho que no haya fax. Lo que he dicho es que yo no sé nada sobre el fax, y menos de SIRENE o INTERPOL —lo interrumpió Rodrigo—. A mí el jefe me pidió lo mismo que a ti: que investigáramos. Pero no vi nada por escrito. Recuerda que llegué tarde. Pensaba que tú tendrías toda la información. Así es como suele ser. De todas formas, ¿es tan importante?

—Hombre, si tengo que redactar un oficio solicitando unas intervenciones telefónicas que han surgido de una información de la DEA, me gustaría hacer referencia a ella y acompañarla. Por no hablar de que estamos investigando un gran alijo de cocaína que va a introducir en España una organización venezolana integrada por no sabemos quiénes y que tiene tres contactos aquí, de los que aún no tenemos apenas nada. Imagino que no habrá sido Mark el que nos ha mandado este regalito.

—No. De ser así, yo lo sabría. Esto no viene de él, pero Mark quizá pueda enterarse. Podemos intentarlo. Aunque... bueno, ya sabes que de ampliar la información de la DEA se ocupa Gálvez —repitió las palabras de Gutiérrez.

—Bien. Esperaremos. Y mañana yo me voy a los juzgados e intentaré hablar con el fiscal de guardia. Suelen ser receptivos cuando vas en persona a explicarles las cosas. Y si consigo convencerlo, me apuesto lo que quieras a que se camela al magistrado.

—Pero ir a ver al fiscal sin que lo sepa el jefe es peligroso. Te juegas el sueldo.

—Por eso yo no te he dicho nada. Tú tranquilo. Además, ¿desde cuándo un fiscal *motu proprio* se pone en contacto con un inspector jefe? —asintió despacio.

—Con un inspector jefe, no, pero con un fiscal jefe, quizá sí —lo corrigió Rodrigo.

—¿Sabes lo que creo? Que las conversaciones entre jefes y los que estamos en las trincheras están sobrevaloradas y que no se dan tanto como pensamos. No hay más que vernos a nosotros. Y mucho menos en la carrera fiscal, ¿acaso no te has dado cuenta del ego que se gastan los fiscales? Como para estar dando cuenta todo el día a sus jefes. Hazme caso. Sé de lo que hablo.

Rodrigo se quedó algo confuso pero no había duda de que, cuando veía un rayo de esperanza, su compañero se venía arriba y el entusiasmo se apoderaba de él en cuestión de segundos.

Y lo mejor del entusiasmo no es el entusiasmo en sí, sino lo fácil que es de contagiar.

Sábado, 9 de octubre de 2004

Jaime llegó temprano a los juzgados que estaban cerrados el sábado por la mañana, al ser festivo, excepto los que se encontraban de guardia. El edificio en el que se asentaban, esa famosa mole de ocho pisos situada en plena plaza de Castilla, por fuera no parecía gran cosa. Por dentro imponía un poco más: largos y estrechos pasillos albergaban a cada lado los juzgados de instrucción correspondientes y otras instituciones como el Servicio de Asesoramiento a Jueces e Información al Detenido o algunas especialidades propias de la Medicina Forense.

Se dirigió a la Fiscalía de guardia y preguntó si podía recibirlo un fiscal. Los funcionarios lo miraron con extrañeza y le respondieron que, a no ser que fuese algo muy urgente y relacionado con la guardia, era imposible. Cuando iba a desistir, la puerta se abrió y alguien entró en la oficina con una maleta tipo *trolley*. Al oír el sonido que hizo al abrir, Jaime se giró pero, antes de que pudiese decir nada, una funcionaria se adelantó.

—Buenos días, señora Lizaurz. Este señor es policía y busca a un fiscal, al parecer con mucha urgencia.

—No se preocupe, Marta, ya me encargo yo.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la derecha, que Jaime siguió, y lo condujo a un despacho que estaba al final de un pasillo. Después de cerrar la puerta y quitarse el abrigo, todavía sin sentarse, se giró, alzó el brazo y le puso la palma de la mano frente a la cara.

—No me diga usted nada. Que necesita unas intervenciones telefónicas. Tienen una información de la DEA, es muy urgente y se les va el tiempo.

Mientras hablaba iluminaba su cara con una sonrisa que, tras sus labios sin pintar, dejaba ver unos cuidados dientes. Jaime no pudo evitar devolvérsela.

—Señora fiscal, como comprenderá no hubiese venido un sábado por la mañana a la Fiscalía si no fuera urgente —dijo mientras intentaba recuperar la seriedad.

—Bueno, eso lo podría rebatir con mil y una anécdotas, pero en breve me tengo que marchar al juzgado. Inspector, siéntese y cuénteme.

Jaime le explicó los pormenores del caso. Laura ni pestañeó.

—¿Eso es todo?

—Me temo que sí —confirmó.

—Pues ya sabe la respuesta. Pensaba que me pediría algo serio y que no me haría perder el tiempo un sábado por la mañana, cuando encima me esperan veinticuatro horas de guardia.

—Usted no lo entiende.

Laura dio un respingo.

—¿Que yo no lo entiendo? Claro que lo entiendo. Usted ha pensado que, si venía aquí a llorarme un poco, yo me apiadaría y le conseguiría un auto de intervención telefónica nulo de pleno derecho. ¿A que lo he entendido?

—No. No he venido a llorar. Solo me intereso por los asuntos que creo que merecen interés. De acuerdo, aún no le puedo contar demasiado porque es un simple presentimiento, pero aquí hay algo raro. Mi jefe me ha ordenado presentar el lunes un oficio pidiendo unas intervenciones basándonos en esto. —Le tendió la carpeta con las tres hojas que Gutiérrez le había facilitado—. Como usted puede ver, no es mucho, y además nos pide dedicación exclusiva en este asunto tanto a mi compañero, que es mi mejor hombre, como a mí, que soy el jefe de grupo. ¿Qué opina?

—No conozco la forma de trabajar de la policía fuera de los papeles que presentan ustedes en el juzgado. Ha dicho que lo tienen que presentar el lunes, ¿está seguro?

—Seguro. ¿Por qué?

—Mire, de verdad, yo no puedo hacer nada.

—De acuerdo. —Le quitó la carpeta de las manos—. Gracias por su tiempo. Espero que tenga una buena guardia, señorita —añadió mientras le dejaba una tarjeta sobre la mesa.

—Espere, ¿puedo preguntarle algo?

Vio que Jaime aguardaba mirándola y, aunque no contestó, supuso que sí.

—¿A qué vino el numerito de ayer en la sala de vistas?

—¿Numerito? No sé de qué me habla.

—No me tome el pelo, haga el favor. El numerito que montaron su compañero y usted viniendo al juzgado sin avisar, intentando convencer a un juez para que autorizara una intervención telefónica. Más o menos lo que acaba de repetir usted aquí conmigo, ¿a qué vino? ¿No se dan cuenta de que es contraproducente? ¿A quién se le ocurrió? Es evidente que si tuvieran algo sólido lo solicitarían por escrito, sin tanta parafernalia. Lo sabemos, porque no somos tontos. Memorícelo para la próxima vez.

—No fue idea mía. Ya sabe que hay veces que hay que cumplir determinadas órdenes.

—No. No lo sé —repuso Laura con seguridad—. Pensaba que su profesión era la de policía, ¿o es usted en un simple funcionario que cumple órdenes?

Lo que dejaba intuir la observación, así como el mero hecho de hacer esa pregunta, violentaron a Jaime, que intentó disimular su malestar respirando hondo.

—Es curioso que una fiscal, sometida al principio de dependencia jerárquica, que no puede, o al menos no debe dar un paso sin el visto bueno de su jefe, me diga eso.

Laura sonrió sarcástica.

—No tiene ni idea de lo que dice.

Jaime decidió marcharse.

—Inspector —lo llamó ella cuando cerraba la puerta. Él se giró y asomó la cabeza por el hueco que quedaba.

—Si sospecha algo, ¿por qué no lo denuncia? Al fin y al cabo, es usted policía, ¿no? ¿No tienen una unidad de Asuntos Internos?

Jaime sonrió.

—Es evidente que usted tampoco.

—¿Que yo tampoco qué?

—Que usted tampoco tiene ni idea de lo que dice.

Y sin más, se dio la vuelta y se fue.

Domingo, 10 de octubre de 2004

*Ring, ring, ring.*

Una nebulosa seguida de un timbre lejano protagonizaba el duermevela de Laura.

*Ring, ring.*



Se despertó. La nebulosa desapareció, pero el timbre no dejaba de sonar. Por fin se dio cuenta. Era el teléfono del dormitorio que ocupaba en el juzgado de guardia. Descolgó medio dormida todavía. Era el secretario judicial. Habían encontrado un cadáver. Según el médico forense, que se había adelantado y ya se encontraba en el lugar examinando el cuerpo, era un hombre quemado. Tenía un cable alrededor del cuello, así que no cabía duda de que se trataba de una muerte violenta. A los efectos de Laura en ese momento ese dato solo significaba una cosa: había que ir al levantamiento.

La madrugada era húmeda en la ciudad y el frío del otoño se dejaba sentir con fuerza mientras el coche policial circulaba veloz con los prioritarios. Llegarían en veinte minutos. Pero la noche ya había terminado para Laura. Después de ver la imagen terrorífica de un hombre carbonizado — por no hablar del olor, que seguramente le duraría hasta el lunes—, cualquiera conciliaba el sueño.

Siempre le había resultado curiosa la ironía de ir en un vehículo policial con los prioritarios activados a los levantamientos. ¿De verdad había tanta prisa? ¿Era necesario ir por la mediana del paseo de la Castellana jugándose la vida para levantar un cadáver? Si no llegaban rápido, ¿acaso iba a salir ir corriendo?

—Laura.

La voz de la jueza la sacó de sus pensamientos.

—Perdona, Sonia, estaba en mi mundo.

—Nada, te preguntaba si estás bien. Te veo preocupada.

Laura se obligó a sonreír.

—Tranquila. Es que llevo unos días durillos. Y el lunes tengo otra guardia de diligencias en mi juzgado. Esto es la muerte.

—Nunca mejor dicho —frivolizó la jueza—. A ver qué nos encontramos. Otro asesinato. Y es el tercero en lo que va de año.

—Nosotros solo tenemos uno, pero es tan feo que...

Antes de que Laura pudiera acabar la frase, el vehículo se detuvo. El descampado en la oscuridad daba casi más miedo que el cadáver, que se veía desde el coche. El hombre, tumbado bocabajo, estaba medio quemado. Se acercaron. El forense les enseñó cómo tenía enrollado el cable alrededor del cuello.

—Bien —dijo la jueza—, parece claro. ¿Ha llegado ya la Policía Científica?

—No, estamos esperando —contestó el médico—. ¡Habéis volado!

—Y que lo digas, José María. —Laura señaló con la barbilla el vehículo policial que los había traído.

—Si os fijáis, parece que no tenían especial interés en calcinarlo para ocultar el ahorcamiento. Creo que se trata de otra cosa. Con esta muerte querían dar ejemplo. Podría tratarse de un ajuste de cuentas.

—Ay, madre, qué racha llevamos de asesinatos terroríficos —se quejó Laura—. ¿Estás seguro?

—No —repuso el doctor—. Si quieres, te veo en la autopsia y salimos de dudas.

—¿A mí? ¿En la autopsia? ¿Y de un muerto que no es mío? Siga soñando, doctor.

José María Elorza no pudo evitar la sonrisa.

—De acuerdo, tenía que intentarlo. Pero luego, cuando me vea usted por los pasillos, no me vaya a preguntar.

—¡Huy que no!

—Acércate —le dijo el doctor guiñando un ojo a la vez que bajaba la cabeza y se ponía de cuclillas—. ¿Qué ves aquí?

Laura obedeció sin sospechar de lo que se trataba. La mera visión de aquello hizo que saltara hacia atrás horrorizada.

—Por Dios, ¿eso es un dedo? —preguntó.

—El dedo meñique de la mano derecha, para ser exactos. Se lo han cortado antes de matarlo y han tenido el detalle de dejárnoslo aquí, al ladito de la mano. —Laura cerró los ojos con fuerza—. ¿A que he conseguido despertar su curiosidad? —añadió el forense—. La espero en la autopsia, señorita.

Y sin más, se dio la vuelta y siguió examinando el cadáver. Laura sintió una mano en su espalda que le hizo dar un pequeño salto antes de girarse. El inspector Carvajal, jefe del grupo V de Homicidios de la Brigada Provincial de la Policía Judicial, que había dirigido la investigación en su asunto de la niña asesinada, la miraba con una sonrisa.

—No me diga que este caso también es suyo, Laura. Lo siento por usted, pero a mí me da una alegría.

—Lamento desilusionarte, pero solo le hago la guardia a una compañera que lo necesitaba. Y te he dicho mil veces que me tutees. Hace años que nos conocemos.

—Cierto. Perdona. Es que muchas veces no me sale. Ya me presentarás a tu compañera, si no te importa.

—Dalo por hecho. Por cierto —se retiró un poco del lugar y bajó la voz—, tú y yo tenemos cierta amistad, ¿verdad? —Carvajal asintió despacio—. ¿Y yo podría utilizarla para volver a hablar contigo sobre el asunto de la niña? Sé que ahora tienes trabajo y que son las cuatro de la madrugada. Si te parece bien nos vemos, digamos, ¿mañana por la tarde?

—Sabes que mi respuesta es sí. No podía ser de otra forma. Pero, de verdad, ese caso está cerrado. Lo he repasado y no hay nada más que hacer. Es admirable tu dedicación y yo también me he empleado a fondo, pero si no tenemos nada más...

—Soy una pesada, lo sé. Mira, hagamos una cosa. Dejemos pasar unos días. Pensaré en algo que me ronda la cabeza y luego me das una última oportunidad, ¿te parece bien? Si me dices que no, prometo no insistir.

—De acuerdo. Llámame cuando quieras y quedamos. Ahora tengo que dejarte. El deber me espera. —Señaló el cadáver—. Un placer volver a verte, como siempre.

El médico forense necesitaba hablar con la Policía Científica y se quedaron un poco más. Pero tras una hora escasa, todo había concluido para la comisión judicial y se marcharon del mismo modo que habían venido. En este caso como si el edificio que alberga los juzgados pudiera fugarse y fuese peligroso, es decir, con los prioritarios luciendo y sonando como nunca en una madrugada madrileña que ya empezaba a rendirse ante los primeros rayos del sol.

Unas horas después, Laura por fin acabó la guardia. Pensó en pasear, aunque llevaba el *trolley*, y parar a darse un pequeño homenaje en la cafetería de siempre. Diego la vio nada más entrar y

corrió a prepararle su desayuno preferido. Tras degustar una barrita con aceite y tomate, un café largo con leche y un zumo de naranja natural, se sentía mejor. Se dirigió calle Capitán Haya abajo, hacia Nuevos Ministerios. Pensó que podría pasear un poco y luego ya cogería el metro. No se quitaba al inspector de la cabeza. Muy lógico no era lo que estaba ocurriendo, y eso que él no sabía la otra parte de la historia: la suya. ¿Por qué la habría llamado ese día el fiscal jefe? ¿Y ese asunto del policía corrupto que trae, precisamente, cocaína desde Venezuela? ¿No era mucha casualidad? ¿Estarían ambos casos relacionados? Su mente necesitaba un descanso, así que se prometió a sí misma irse a casa y relajarse. Mañana lo pensaría. De repente recordó que su juzgado estaba de guardia el lunes, día en el que le habían ordenado al inspector que pidiese las intervenciones telefónicas. También recordó que los policías se dirigieron directamente a su juzgado a explicarle el caso al juez. Laura no era tonta, no sería la primera vez que la policía elige a dedo un juzgado para judicializar un asunto. Y ese inspector se lo había dejado caer. Pero esas prisas no eran normales ni lógicas, máxime porque la intervención iba a ser denegada. Entonces, ¿por qué pedirla? Qué absurdo. El asunto se archivaría. Y aunque se podría reabrir, ya no sería lo mismo. ¿Por qué no esperar a tener algo más sólido?

Al llegar a la plaza de Cuzco notó algo extraño. Un olor a tabaco negro que identificó de inmediato ya que su padre solía fumar Davidoff, la sacó de sus pensamientos. Se paró en el semáforo que regula el cruce con la calle de Alberto Alcocer, pese a que estaba en verde, y giró la cabeza hacia donde parecía que provenía el olor, a la derecha, pero no vio nada. A pesar de ser céntrica, la calle estaba desierta. Imaginaba que sería el día, la hora y el frío. Algún corredor la había adelantado, pero pocos, y en ese momento estaba sola. Continuó la marcha sintiéndose paranoica. «El cansancio, es el cansancio», se repetía, hasta que escuchó unos pasos tras los suyos. Imaginó que el sonido de las ruedas de su *trolley* le había impedido oírlo minutos antes, pero ahora el asfalto de la calle era más liso y hasta los leves sonidos gritaban en el silencio de aquella mañana de octubre. Podría ser cualquiera que caminara por la ciudad, aunque se acababa de girar. Entonces, ¿dónde estaba? No era la primera vez que la seguían y sabía lo que tenía que hacer. Se quedó quieta en medio de la carretera y esperó. No pasaban taxis. Otra vez ese olor a tabaco. No movió la cabeza, sino que llevó sus ojos hacia él lo máximo que le permitieron sus cuencas oculares. Nada. De repente vio un coche blanco con la lucecita verde. Levantó la mano, aunque no habría hecho falta puesto que se interpuso en su trayectoria. El taxi detuvo la marcha.

—Si me para usted desde la acera la veo igual, señora, casi la atropello. ¿Adónde la llevo?

Laura se puso el cinturón sin dejar de mirar por la ventana. Nadie. Se sentía como una idiota.

—Señora, ¿adónde la llevo?

—Diríjase a la calle Serrano, por favor. Ya le indicaré yo dónde debe detenerse.

## Capítulo 4

Ricardo Gabarra se había entretenido en el gimnasio recogiendo el material, por eso estaba solo en la ducha. Cerró los ojos, apoyó las manos en la pared con los brazos en alto y agachó la cabeza. Mientras sentía caer el agua ardiendo por su nuca, recordaba su vida en la ciudad e incluso a su mujer. Era un momento de paz. Pudo ser una sombra o un ligero ruido, o quizá su instinto, pero se dio la vuelta en el instante preciso. El Georgiano llevaba la navaja en su mano izquierda y le asestó un golpe de abajo arriba, directo a la ingle. Ricardo apenas la vio, un simple destello, pero fue suficiente y consiguió esquivarla. Entonces hubo un instante de calma. Superado el factor sorpresa y el golpe inicial, ambos hombres se observaron, tanteándose mutuamente, midiendo sus fuerzas. La navaja le daba ventaja al Georgiano, así como la desnudez de Gabarra, aunque para ninguno de los dos era la primera vez que se enfrentaban a una situación similar y eso equilibraba las cosas. El Georgiano lanzó un nuevo golpe, esta vez hacia el hígado, que Gabarra consiguió bloquear con el brazo, tras lo cual agarró el de su contrincante y lo situó en su espalda, retorciéndolo. Pero el Georgiano tenía otro punto a su favor: cien kilos de pura fibra. Se zafó con una maniobra tan rápida que en un instante ambos volvían a estar de frente. El Georgiano debía de sentirse superior porque sonrió. Gabarra entonces pensó en una de las causas más frecuentes por la que se pierden las peleas: la mente. Debía mantenerla fuerte y clara. Necesitaba pensar y no dejarse intimidar, ni por una navaja ni por una bestia. Se agachó y barrió los pies de su oponente con la pierna derecha. El Georgiano no lo esperaba y cayó al suelo. Se levantó rápido, pero dudó unos segundos y desvió sus ojos de los de Gabarra. Eso le costó la vida. Gabarra se abalanzó sobre él y le agarró la muñeca de la mano con la que sostenía la navaja y apretó. La mano del Georgiano no pudo aguantar la presión y se abrió. La navaja cayó al suelo. El Georgiano intentó recuperarla pero fue inútil. Gabarra lo tenía bien sujeto y lo golpeó con el puño libre, el izquierdo, en el mentón. El Georgiano cayó al suelo, su cabeza chocó contra el plato de ducha y la sangre brotó; perdió su color rojo oscuro para acercarse al anaranjado al confundirse con el agua mientras recorría unos metros, plato abajo, hasta esconderse por el desagüe.

Cuando llegaron los funcionarios, ya era tarde. El Georgiano estaba muerto. Antes de que Ricardo pudiera decir nada, uno de ellos le propinó un golpe en el estómago mientras le gritaba algo que no pudo entender. Cayó al suelo y se hizo un ovillo para protegerse, aunque no le sirvió de mucho. Recibió tres golpes más.

—Basta, joder, ¿qué se supone que estás haciendo?

Celestino intentaba quitarle al funcionario de encima, sin demasiado éxito.

—No sé por qué te arriesgas tanto por este. Solo es un desgraciado asesino. —El otro lo golpeó de nuevo—. Hijo de la gran puta, no das más que problemas, joder.

—¿Y tú te crees mejor que él pegándole así, mientras está indefenso y tirado en el suelo?

—Lo que tú digas. Pero nunca había tenido a un compañero que se preocupara más por un recluso que por mantener la seguridad en la prisión y conseguir que se nos respete. ¿Y el Georgiano? —Señaló su cadáver en el suelo, sobre un charco de sangre—. Ah, que ese no es amiguito tuyo.

—Bueno, ya está bien. Si tienes alguna queja que hacer, por escrito y al superior. Si no, ayúdame a levantar a Gabarra. Hay que evitar que los demás muevan al Georgiano. ¿Ves la navaja? —La señaló con la cabeza—. No debemos tocarla, podría tener huellas. Es más, evita que nadie toque nada. Mientras, yo me lo llevaré a enfermería, ¿me has entendido?

—Tranquilo, yo me encargo de todo.

Celestino levantó a Gabarra con la ayuda del otro funcionario. Los golpes que le había propinado este último le habían dejado dolorido y respiraba con dificultad.

—¿Puedes andar? —preguntó.

Ricardo asintió.

—Ese hijo de puta ha intentado pincharme, he tenido que defenderme —consiguió decir.

—No hables. Agárrate e intenta andar.

El funcionario observó cómo ambos se iban hacia la enfermería. Nada más perderlos de vista, y justo antes de que llegaran otros tres compañeros, consiguió coger la navaja del suelo y metérsela en el bolsillo.

—Escúchame. No te voy a llevar a la enfermería. No es seguro. Iremos a la celda de aislamiento, ¿me oyes?

Ricardo no parecía entender lo que Celestino intentaba explicarle. Abría y cerraba los ojos sin parar y andaba encorvado, con la mano en el costado.

—Joder, que si me estás escuchando. Debo bajarte a aislamiento, ¿me entiendes? ¿Podrás aguantar? —insistió.

Gabarra asintió de una forma lo bastante convincente como para que Celestino se diese por satisfecho.

Llegaron antes de lo esperado. Parecía que Ricardo conseguía erguirse y andar más deprisa, pero justo al entrar en la celda, cuando Celestino iba a echarlo en la cama, se desmayó. Le tomó el pulso y, al ver que latía con regularidad, lo dejó y se marchó. Necesitaba volver a las duchas.

El Manco no tenía hambre. Estaba sentado frente a la mesa y daba golpes con la cuchara en el plato de lentejas que tenía delante. Necesitaba tiempo para pensar, aunque sabía que no tenía demasiado. Los georgianos buscarían venganza cuanto antes. Que Gabarra estuviese en la celda de aislamiento, aun cuando no fuera agradable, al menos lo protegía. Él podía contar con su gente, su grupo era numeroso y sabía que harían lo que él les pidiera, pero bastaba un descuido y alguien moriría; no era tan sencillo. Los georgianos, aunque inferiores en número, eran muy superiores en técnicas de lucha. Casi todos habían sido militares en su país de origen y habían venido a España a robar en viviendas con métodos extremadamente violentos. No entraban en casas al azar, buscaban las que tuvieran posibilidades, con vigilancias, seguimientos precisos... Se podían pasar meses estudiando los edificios y a sus moradores para después esperar a que estuviesen

dentro, y así, tras las torturas correspondientes, llevarse un buen botín. No dudaban en matar si era necesario y siempre actuaban en grupo. Lo demás no les interesaba.

También le preocupaba su habilidad con las armas. No las de fuego, que en una prisión eran muy difíciles de conseguir, sino con las armas blancas ya que, quien más o quien menos, podía hacerse con alguna, más bien casera, pero al fin y al cabo un arma blanca. En el uno contra uno con aquella gente había un claro vencedor. El Manco estaba muy preocupado. Es más, no dejaba de darle vueltas a una cosa: ¿cómo había conseguido Gabarra no ya sobrevivir al ataque, sino matar a aquel georgiano?

Se pasó toda la tarde pensando en lo mismo. No sabía si era mejor adoptar una posición pasiva, alerta y vigilante pero pasiva, en el sentido de permanecer a la expectativa por si los georgianos movían ficha; o si, por el contrario, lo mejor era contraatacar para marcar territorio y que supieran que un ataque a los suyos no les saldría gratis, o al menos con una sola baja: la que habían arriesgado. Zaza Zagreb era uno de los mejores hombres que tenían, uno de los escuderos de Levan Miroslav. El jefe tenía a muchos otros por debajo que podrían haber hecho el trabajo, pero había mandado a uno de los mejores. Y falló. No creía que lo dejaran pasar.

Otro problema que le hacía decantarse por mover ficha era que los georgianos nunca dejaban un trabajo sin terminar. Cuando regresase Gabarra, de nuevo intentarían matarlo, y no podían sentarse a esperar. Por no hablar de que quizá se habían propuesto matar a alguien más, incluso antes de que Gabarra volviera. Decidió reunir a sus hombres para tomar una decisión en común. El asunto revestía la gravedad suficiente como para eso.

La reunión no resultó pacífica. Los ánimos estaban muy exaltados en el grupo de los gitanos y, aunque harían lo que el Manco les pidiera, Gabarra no era de los suyos. Fernando Motos, el hombre de confianza del Manco, no estaba dispuesto a mover un dedo.

—Esto desencadenará una guerra, es un error. Hasta ahora hemos *conseguido mantené* el equilibrio, y no ha *sí*o fácil. Si *hacemo* algo, cualquier cosa, por *mu* pequeña que sea, hará que los georgianos no paren hasta que se consideren *saldo*s. Y todo por tu amigo, el payo. No *debemo* *actuá*—dijo.

—*Amos*, primo, a Gabarra lo han *intentao asesiná* porque saben que está de nuestra parte. Los *problemas* los tienen con nosotros. —El Manco hablaba tenso, sin saber qué otro argumento utilizar porque no lo tenía y porque no quería hablar de su amistad con Ricardo—. Gabarra era el blanco fácil o, al menos, eso pensaron, porque siempre está solo.

—Haremos lo que tú digas, primo, pero va a *estallá* la guerra y morirá más de uno. ¿Estás *preparao pa llevá* esa carga? Porque será tuya.

El Manco no lo estaba, pero Gabarra se merecía eso y mucho más. Su amistad casi le había costado la vida y esas cosas para él eran sagradas. Así que mintió y emplazó a los demás a otra reunión para la semana siguiente, cuando ya sabría lo que hacer. O eso esperaba.

Laura ordenó detenerse al taxista frente al restaurante más concurrido que encontró en la calle Serrano. Era generoso afirmar que estaba concurrido, pero teniendo en cuenta el día y la hora le resultó suficiente que tres grupos de personas estuviesen desayunando. Se sentó cerca de uno de ellos, en la esquina, de frente a la puerta, de tal manera que pudiera ver la entrada. Pidió un café.

Cerró los ojos y dejó que sus manos se calentaran poniéndolas alrededor de la taza. Respiró hondo e intentó dejar su mente en blanco, pero no pudo.

Cogió su teléfono móvil y escribió: «Está bien, inspector. Usted gana. Tiene un mes». Ese fue el mensaje que hizo vibrar el teléfono de Jaime.

Meses después, en otra ciudad y rodeada de otras personas, hubiese deseado no haberlo enviado jamás.

Rodrigo de repente lo vio, aunque a duras penas. Le bastó cruzar sus ojos con los de él por un instante para imaginar que algo pintaba bien. Después, cuando subió las escaleras como si volara y lo perdió de vista en el segundo piso pese a sus dos horas de entrenamiento diario, lo supo.

Esta vez no hubo cerveza. Conectó el ordenador y se puso a teclear con la carpeta que les había dado el jefe abierta frente a él. Rodrigo permanecía sentado y lo miraba con cara de resignación hasta que se le agotó la paciencia.

—Si no me necesitabas, ¿para qué me has llamado?

Jaime no contestó. Se limitó a seguir escribiendo hasta que Rodrigo, dejándole una carpeta sobre la mesa, le dijo que había hablado con Mark y que en la DEA no sabían nada. Le anticipó que había preguntado a gente de su confianza y que estaba seguro, sabiendo que él se lo cuestionaría. Jaime dejó de teclear.

—¿Qué dices? ¿Que no saben nada? ¿Nadie? Eso es imposible.

—Me temo que no. —Rodrigo se levantó y anduvo unos pasos—. He pensado que puede ser una información que ha venido por otro lado y nosotros lo habremos entendido mal. Deberíamos ir a hablar con el jefe. Se lo preguntamos y asunto arreglado.

—No —lo interrumpió Jaime—, no es necesario. Lo llamé ayer justo antes de ir a la Fiscalía. Estaba convencido de que había metido el fax en la carpeta que nos facilitó. Y como sabes, no es así. Es raro. Pero lo de la DEA ya no importa, al menos por ahora, porque he hablado con la fiscal. Tenemos autorizadas las intervenciones telefónicas.

Los ojos de Rodrigo se abrieron de par en par. Regresó a su sitio y se dejó caer en la silla.

—¿Que tenemos autorizadas qué? ¿Con lo que hay? ¿Y el juez? ¿Qué me dices del juez? Se va a reír en nuestra cara y en la de la fiscal. Además, si lo de la DEA se confirma y es mentira, haremos el ridículo, Jaime.

—Te repito que tenemos autorizadas las intervenciones, estoy redactando el oficio. Mañana lo presentaré a primera hora en el juzgado de guardia. Puedes venir o no.

—Irás solo —dijo—. Me voy a casa. Es domingo. He anulado un viaje a Granada por este asunto y ya me estoy arrepintiendo. Pero lo que más me jode es perder el tiempo en esta gilipollez teniendo un soplo de los buenos. No me has defendido frente a Gutiérrez en esto, parece que tampoco te importa que podamos tener algún corrupto en la unidad. ¿Me puedes explicar por qué?

Jaime bufó y dejó de teclear por unos instantes.

—Tienes razón. Pero ya te dije que podías investigarlo. Vuelve a hablar con tu confidente y a ver qué podemos hacer. Yo me ocupo de esto.

Rodrigo no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa.

Lunes, 11 de octubre de 2004

Dos guardias de veinticuatro horas tan seguidas no solían asumirse, pero Laura se sintió obligada a encargarse de su juzgado pese al cambio que había hecho con su compañera. Además, tuvo que levantarse más temprano de lo habitual porque sabía que aquel inspector se iba a presentar en el juzgado a primera hora. Ella debía llegar antes para hablar con el juez, quien, por otro lado, no solía madrugar. Pero por si acaso.

Eligió un trayecto alternativo, que le hacía bordear el paseo de la Castellana y subir un poco más hacia las torres Kio. Pese al rodeo, le pareció una buena idea cambiar la ruta después de lo ocurrido la mañana anterior. Como quizá fuese una paranoia suya, no diría nada. Pero para que alguien la siguiera tendría que tener algo importante entre manos. Aunque después de tantos años acusando a cientos de personas por innumerables delitos, algunos verdaderas aberraciones, a saber... Y esa gente tarde o temprano saldría de prisión. Se había fijado en que, pese a que ella veía mil caras y tenía muy buena memoria fotográfica, luego por la calle era incapaz de reconocerlos, pero ellos a ella sí. Imaginaba que alguien que se esmera en una sala de vistas para que te condenen a quince años de prisión, se te queda grabado. Pensó en uno de sus primeros asesinatos. Fue un asunto gordo de ajuste de cuentas entre mafias, había memorizado el nombre del asesino y tenía calculado cuándo saldría de prisión, tras unos supuestos diez años a los que lo habían condenado. Sin embargo, ya no recordaba su cara. Si se cruzaba con él por la calle no se daría cuenta. Y estaba segura de que él sí la reconocería a ella.

Al entrar en el juzgado se dirigió a buscar al juez, que aún no había llegado. Una funcionaria la avisó de que ya tenían algo: una solicitud de intervenciones telefónicas. Laura se llevó el oficio a su despacho. Cuando llegó a su mesa, lo leyó rápidamente. Era su intervención telefónica. Tuvo que reconocer que lo poco que había estaba muy bien aprovechado. El inspector se había preocupado por detallar la información de la DEA y analizaba, uno tras otro, los tres contactos de la organización en España. Y ahora le tocaba a ella. Hizo el informe y se extendió en explicar los requisitos para conceder las intervenciones telefónicas, como si no se los supiese el juez, y luego los aplicó al caso concreto. No le resultó demasiado difícil porque se apoyó en el oficio. Ya solo le faltaba lo más importante: hablar con el magistrado.

El juez llegó a mediodía. Se había retrasado más de lo habitual por haber pinchado una rueda. Maldecía a diestro y siniestro mientras los funcionarios lo perseguían con diversos expedientes. Se peinaba como podía con una mano y tenía cuidado de no dejar su maletín en cualquier sitio con la otra. Intentaba leer y escuchar a la vez, hasta que vio a Laura y, sin más, dijo:

—Denle traslado de todos los expedientes a la señora fiscal para que informe. Si lo ha hecho ya, se hace lo que ella diga.

Laura sonrió.

—Pasa, César. —Señaló con un gesto el despacho del juez de guardia—. Tenemos que hablar. Luego te invito a un café y a un cruasán.

César obedeció y cerró la puerta. Se le veía cansado y sin muchas ganas, y menos fuerzas, de afrontar una guardia. Pero, aun así, la escuchaba con atención.

—¿Te acuerdas de los policías que vinieron a hablar contigo el día en el que celebramos los juicios de faltas? —Él asintió—. Pues aquí tengo la solicitud de las intervenciones telefónicas.



Hay muy poco, César, poquísimo, pero hay algo. La autorización no sería nula. Necesito que confíes en mí. Hay que autorizarlas.

El magistrado se levantó, se volvió a poner su abrigo y abrió la puerta haciéndole un gesto para que saliera. Laura obedeció. Una vez en la oficina, se dirigió a un tramitador mayor que tecleaba con fuerza delante de un ordenador.

—Dícte un auto de intervención telefónica en los términos expuestos por la señora fiscal en su informe. Por el plazo de un mes. Y acuerde el secreto de las actuaciones por el mismo plazo.

Cuando Jaime llegó a las dependencias de la UDYCO con unos papeles en la mano, Rodrigo ya sabía lo que traía. Al cruzar las miradas, elevó el dedo pulgar y asintió. Le extrañó que Gutiérrez no hubiese llegado aún. Esperar al jefe no era lo habitual. Se fijó en el despacho, tenía algo diferente, pero Rodrigo no acertaba a adivinar lo que era. Mientras contemplaba absorto las paredes, notó que Jaime ya había entrado y tomaba asiento.

—¿Dónde demonios estabas? Te he llamado mil veces —dijo mientras dejaba los papeles sobre la mesa.

En ese momento se abrió la puerta y entró Gutiérrez. Su cara no auguraba nada bueno. Encendió un cigarro. Jaime le puso el auto de autorización de las intervenciones telefónicas sobre la mesa. Dejó el cigarro en un cenicero.

—Por fin una buena noticia, joder. Por fin —repitió mientras leía la resolución judicial—. Ahora debéis estar atentos. Tenemos un mes, y un mes puede ser mucho tiempo o puede pasar volando. En el mismo momento en el que os enteréis de algo de relevancia, aunque sea mínimo, quiero saberlo. Si conseguís algún dato que conecte a los usuarios de los teléfonos con alguien de la organización venezolana, me lo decís.

—¿Y el fax de la DEA? —preguntó Rodrigo—. No lo tendrá a mano, ¿verdad? Me gustaría echarle un vistazo.

—No. Le dije a Andradas que lo metí en la carpeta que os entregué. Además, ¿qué importa eso ahora? Poneos a trabajar. Yo tengo que hacer muchas llamadas.

Y descolgó el teléfono sin más. Los agentes se marcharon sin decir nada, pero a la salida decidieron pasar por la oficina.

—Tú te encargarás de escuchar los teléfonos. No quiero que delegues en nadie.

—Entendido. Pero no pienso dejar lo otro de lado, Jaime. No puedo. Aunque tenga que trabajar veinticuatro horas.

—Tienes vía libre. Vete ya y empieza a organizarlo todo.

Rodrigo salió del despacho pensando en las horas que emplearía en escuchar conversaciones absurdas. El asunto no le daba buena espina y estaba convencido de que iba a ser una pérdida de tiempo. Otra más. Y lo peor era que le quitaría un tiempo precioso para tirar de su hilo.

—Rodrigo —gritó Jaime cuando salía por la puerta—, no me llames al móvil. Si quieres algo, o al despacho o a casa. Lo he perdido. No sé ni dónde. Me acuerdo de haber leído un mensaje que la fiscal me envió ayer, pero ya no recuerdo nada más sobre el teléfono.

Rodrigo se volvió.

—¿Cómo que lo has perdido? ¿No dices que me has estado llamando?

—Desde una cabina, ya ves. Pero esta tarde me compro otro. Ya te daré mi nuevo número.

—¡Ah, coño! —exclamó—, eras tú. Joder, perdona, no lo he cogido creyendo que era una... esto... una amiga con la que no me apetecía hablar. No te rías, cabrón.

Pero ya era tarde.

—¡Rodrigo! Qué vergüenza. ¿Dando largas a una señorita? No es propio de usted, casanova.

—Que le den, inspector. —Se llevó el dedo a los labios haciendo la señal de silencio.

Salió del edificio y se dirigió al bar de siempre. Se sentó y le hizo un gesto a Pepe, quien se dio por aludido y sacó un botellín de cerveza.

—Olivares, ¿cómo vas con esos teléfonos? —Escuchó a su espalda.

Se volvió, aunque no para saber quién le hablaba, lo había identificado al instante, sino para que le viese la cara de disgusto que le había causado su mera presencia.

—Gálvez, no estoy de humor. Ya nos veremos.

El otro no atendió su petición y se sentó frente a él, lo que provocó que Rodrigo suspirase y se echase hacia atrás.

—¿Sabes qué pasa, Olivares? Que estamos juntos en esta investigación. Te guste o no. Esto es la policía, chaval, y las órdenes del jefe mandan. Si no te parece bien, hazte detective privado o sexador de pollos. Lo que quieras, vamos. Así que te lo preguntaré otra vez. ¿Cómo vas con esos teléfonos?

—Mira, gilipollas, te he dicho que no estoy de humor. Y las lecciones sobre órdenes y mandos te las metes por donde te quepan.

Se levantó y se fue. Justo en ese momento llegaba Pepe con el botellín y se quedó sin saber qué hacer.

—Gracias, Pepe, déjalo aquí, yo me tomaré la cerveza de mi compañero. —Con una sonrisa, Gálvez observaba la espalda de Rodrigo abandonando el local.

## Capítulo 5

Lunes, 18 de octubre de 2004

Rodrigo no había interceptado ninguna llamada interesante. Aunque pudiera parecer lo contrario, un mes no era demasiado tiempo. Debería emplearse a fondo. Necesitaba identificar y ubicar a esos tres contactos, o al menos oírlos hablar de droga. Por eso había decidido escuchar las conversaciones en tiempo real.

Mientras esperaba, recordó su último viaje a Las Palmas. Las Islas Afortunadas eran una joya. En realidad, él se sentía feliz en cualquier viaje que realizaba, con independencia del destino. Desde el momento en el que ponía el pie en el avión hasta que las ruedas del aparato tocaban tierra en el viaje de vuelta. El placer de volar, el placer de conocer otra ciudad, aunque solo fuese para ver de qué azul es su cielo o a qué huele su suave brisa; y, por supuesto, el placer de la compañía femenina. Estaba tan sumido en sus recuerdos que el sonido del teléfono lo sobresaltó. Dos varones con acento gitano hablaban de un intercambio. El problema de los teléfonos es siempre el mismo: todos sospechan que están intervenidos y hablan en clave. Pero lo que Rodrigo sí fue capaz de escuchar fue un lugar: Valdemingómez.

El vertedero de Valdemingómez, en el sector VI de la Cañada Real, era el mayor punto de distribución de cocaína y heroína de la Comunidad de Madrid, título heredado del poblado de Las Barranquillas que estaba desapareciendo. Después de muchos años iba a convertirse en un gran espacio verde, lo que había provocado una migración de narcotraficantes. Casi todas las chabolas que lo poblaban estaban habitadas por clanes gitanos que vivían de la venta de droga y contra los que cada vez era más difícil luchar. Según se desmantelaban, en dos días ya estaban reubicados en otro lugar y funcionando a la perfección. Y los que dirigían los clanes rara vez daban la cara, ya que contaban con otras personas que realizaban el trabajo diario de campo, los machacas, mientras ellos permanecían en el anonimato.

Estuvo pendiente de los teléfonos durante los días siguientes y consiguió identificar cinco nombres que se repetían con cierta asiduidad. Más bien eran cinco apodos pero, al fin y al cabo, así se conocían todos en la barriada. Conseguir centrarse en una casa en concreto donde poder trabajar ya era otra historia. Los clanes se movían en sus chabolas y nunca hablaban de calles, porque allí no las había. La Cañada Real es una vía pecuaria cuya edificación no está regulada. La mayoría de las casas no son más que infraviviendas y muchas han sido construidas en concreto para la venta de sustancias estupefacientes. Ellos solían referirse a las mismas como parcelas. Llevaba su informe bastante avanzado, si no para ir a hablar con los compañeros de Vallecas —lo que aunque pudiera resultar conveniente, ya que ellos son los que mejor conocían esa zona, le

gustaría evitar por el momento—, sí para solicitar una prórroga de las intervenciones. Pero aún le quedaban otros quince días más y los pequeños avances le hacían mantener la esperanza. Ahora bien, ni una sola vez había escuchado mencionar la República Bolivariana de Venezuela.

Los gitanos decidieron no actuar. Aunque lo entendían, preferían esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Aun así, el Manco se fue contento de la reunión. Le habían prometido proteger a Gabarra.

Se sentó solo y en un extremo del comedor. Últimamente le gustaba la soledad; la necesitaba para pensar. Las judías blancas estaban un poco aguadas pero el pan era uno de los que habían dado fama al Antorcha, esponjoso y recién hecho. De pronto, sintió algo a su espalda. Fue un leve roce, pero los últimos acontecimientos le habían hecho estar más alerta que nunca. Se giró con el brazo preparado para agarrar del cuello a quienquiera que fuera el atrevido y se paró justo en el instante preciso.

—¿Ya no saludas a los amigos, Manco? No me jodas que hasta tú me vas a pegar.

Gabarra sostenía en alto la bandeja que había conseguido salvar de la ira del Manco por muy poco. El vaso de agua aún se tambaleaba y él hacía una especie de malabares con la cuchara para que se mantuviera en su sitio. Al gitano se le iluminó la cara. Jamás imaginó que fuese a salir tan pronto de aislamiento y menos aún con tan buen aspecto. Pero a la vez se alarmó y no pudo ocultar la sombra que inundó su rostro.

—Manco, estoy bien, tranquilo. Sé que estás preocupado. Yo también. Esta semana encerrado he tenido mucho tiempo para pensar. Escucha.

—He *hablao* con los míos y te *vamo a protegé*. Es lo mínimo que *podríamo hacé* por ti. Eres de los nuestros, compadre, sabes que lo siento así.

—No —lo interrumpió mientras tomaba asiento frente a él—. No os podéis exponer así por mí. Yo he matado al Georgiano y yo asumo las consecuencias. No permitiré lo contrario.

—Pero, compadre, el Georgiano te fue a *pinchá* por lo que tú y yo *sabemo*, no fue una *casualidá* ni *na* personal contra ti, fue porque saben que estás conmigo. El *poblema* lo tienen con el Manco; y el Manco siempre da la cara. Él te intentó *pinchá*, ¿*verdá*? Ese hijo de puta...

Gabarra lo miró mientras masticaba sin decir nada. El Manco le sostenía la mirada esperando un atisbo de esperanza o incluso de comprensión y empatía, que no llegó.

—¿Has acabado? —dijo Gabarra mientras se limpiaba con la servilleta—. Pues he dicho que no. Y es mi decisión.

El gitano iba a decir algo, pero Ricardo lo paró alzando la mano.

—Escúchame, Manco —le susurró acercando la cabeza—, tengo poco tiempo. Celestino se la ha jugado por mí y, en vez de devolverme a la celda de aislamiento, me ha dejado aquí diez minutos para que pudiera hablar contigo. Vuelvo al primer grado. La Junta de Tratamiento está ahora revisando mi expediente, esta tarde quieren hablar conmigo y mañana me trasladan al juzgado de instrucción para declarar como imputado por el asesinato del Georgiano.

»Me pueden caer otros quince años, así que todo se ha complicado mucho. Por lo visto, soy uno de los criminales más peligrosos del país, ya ves. Pero no te preocupes, yo estaré bien, ahí abajo no hay ningún peligro. Sin embargo, tú sí debes tener cuidado. Los georgianos van a vengarse y lo

más probable es que lo hagan contigo. Y bueno —dudó—, he pensado en fugarme. Creo que es posible.

El Manco se atragantó.

—Pero ¿qué *cohones* me estás contando? Aquí no se fuga nadie. ¿Te has vuelto loco? Si te descubren, te matan. Aquí te tienen ganas. Pero no solo los georgianos, aquí te tienen ganas *tos*, hasta los funcionarios. Te dispararían incluso por la espalda. Si te cogen, ¿crees que se van a *tomá* la molestia de detenerte? Deja de decir tonterías, joder.

»He visto a la Paca, ¿sabe? A mi Paca. Ha *veníó* a visitarme. Me ha dicho que estoy aquí *mejó* que en ningún sitio, que el barrio está cada vez *peó*. ¿Lo has oído? Aquí *mejó* que en ningún sitio. Y me ha hablado de mi princesa, ya tiene nueve años, no me jodas, ¡nueve años! Me ha traído una foto, mira. —Le mostró un papel arrugado—. Mira la foto de mi niña. *Estamos* saliendo adelante, coño. ¿Y el Ricardo, compadre? Que acaba de *cumplí* cinco años, que le puse ese nombre por ti, que *llevamo* mucho tiempo juntos.

»¿Qué coño piensas hacer ahí fuera? La pasma detrás de ti *to* el puto día, sintiéndola en la espalda, con su aliento en tu nuca. ¿Y de qué vivirás? ¿Crees que alguien le va a dar trabajo a un *condenao* por asesinato? ¡Pero si va a estar *to* el país buscándote! ¿Cómo te vas a esconder? ¿Dónde te vas a esconder? ¿Vas a estar toda tu vida huyendo? Por no hablar de tu... —No se atrevió a nombrar a su mujer ni el hecho más que probable de que no podría volver a estar con ella jamás—. *Amos*, no te vayas... no te vayas, joder.

»Si te vas, busca a la Paca, allí en Valdemingómez, ya sabes. Es la última chabola a la derecha, verás una casa con barrotes marrones, ahí está mi Paca. Cuidando del negocio y de mis hijos, como una gran matriarca, que es lo que es. Y muy buena hembra, de lo mejor. Que vas de mi parte, de parte del Manco. Coño, ¡si te conoce más que a su padre! Ve y ella te dará todo lo que necesites.

Gabarra sonrió al pensar lo que iba a echar de menos a aquel gitano.

Lunes, 25 de octubre de 2004

Laura repasaba el refranero español mientras golpeaba la mesa con un bolígrafo. Su compañera de despacho la miraba con desdén, esperando que dejase el soniquete para poder concentrarse en su trabajo.

—A perro flaco todo son pulgas —murmuró lo bastante alto como para desahogarse un poco y lo suficientemente bajo como para que su compañera no la escuchara. Aun así, recibió la mueca correspondiente de la mesa de enfrente. Sonó el teléfono.

—Señora Lizaurz, soy Ana, de la secretaria del fiscal jefe. Don Amancio quiere hablar con usted.

El corazón se le aceleró. «Otra vez», pensó.

—Pásemelo, gracias.

Se escuchó un silencio en la línea que duró tres segundos escasos.

—Laura, soy yo, no te preocupes, no es nada grave.

—Buenos días, Amancio —dijo mientras respiraba mentalmente—. Entonces, ¿qué ocurre?

—Te llamo para que me informes sobre el asunto aquel que te comenté hace un par de semanas. No te olvides de que tienes que darme cuenta, como te pedí. Es importante que yo conozca cualquier avance.

—No ha habido ningún avance. —La preocupación comenzaba a dar paso a la impaciencia—. Si lo hubiera habido, te lo habría dicho. Como bien sabes, hace quince días se dictó el auto que autorizaba las intervenciones telefónicas por tiempo de un mes. Imagino que la policía está trabajando. Tienen aún quince días, así que tendremos que esperar.

—Quiero que llames al inspector de la UDYCO encargado de la investigación para que te cuente todas las novedades —insistió él.

Un silencio incómodo siguió a esas palabras y duró el tiempo que Laura tardó en reaccionar de forma prudente.

—De acuerdo, lo llamaré, a ver si lo localizo. También existe la posibilidad de que no quiera contármelas.

Amancio rio de tal manera que provocó que Laura se alejara el auricular de la oreja.

—¿Que no quiera contártelas? Entonces le dices que me llame a mí.

—No será necesario. Ahora lo llamo. Pero tengo una duda sobre las diligencias previas número 404/2004, declaradas secretas.

—¿Qué diligencias dices?

—Las 404/2004 —repitió.

—No lo sé. No me suenan. Dame detalles. ¿Cómo quieres que sepa a qué te refieres con un número?

—Pues porque justo creí que me llamaste aquel día para ponerme sobre aviso. Y de repente me he dado cuenta de que no hablabas de ellas sino de esta historia que, francamente te lo digo, me parece mucho menos importante.

—No te entiendo —dijo el fiscal jefe después de tomarse su tiempo.

—Nada. Déjalo. Te llamaré en cuanto sepa algo de tus diligencias fantasma.

Colgó y buscó el número del inspector, pero tenía el móvil desconectado. Llamó a la UDYCO. Le costó que le cogieran el teléfono y, como se temía, él no estaba. Tuvo que conformarse con dejar su número, en espera de que le dieran el recado y él la llamara. Confiaba que no lo hiciera demasiado tarde. Lo demás que se le venía a la cabeza era algo sobre lo que meditaría después, pero debía hacerlo antes de hablar con el inspector. Él le había contado sus sospechas, ¿debía hacer ella lo mismo?

Transcurrió otro día y Jaime no la llamó, por lo que decidió presentarse en las oficinas de la UDYCO. Allí la recibió el inspector jefe, que le pidió disculpas con mucha amabilidad, lo que no le resultó ni suficiente ni útil porque el inspector tampoco se encontraba allí en ese momento. Insistió.

—Señor Gutiérrez, entiendo que el inspector esté ocupado pero, como usted sabe muy bien, llevo varios días esperando para hablar con él de algo muy urgente.

—Lo comprendo. Pero entienda usted también que los policías trabajan en muchos asuntos y suelen hacerlo fuera de su despacho, sin atender a sus teléfonos, porque una llamada en un mal momento puede perjudicarlos. Es más, suelen tenerlos apagados.

—Perfecto. ¿Tiene que pasar por aquí después del servicio?

—Claro.

—Pues lo espero. —Tomó asiento en una de las sillas azules que formaban una fila pegada a la pared.

Gutiérrez fingió una sonrisa y, tras una leve inclinación de cabeza, se volvió a dirigir a ella.

—Estoy pensando que, aunque el inspector no esté, sí podría usted hablar con otro de los policías que se encarga de la investigación.

—Ah, ¿sí? ¿Con quién? —preguntó Laura y se levantó de la silla.

—Con Raúl Gálvez. Seguro que él podrá ayudarnos.

Laura guardó silencio unos instantes. Estaba confusa. ¿Quién sería ese Gálvez? Aunque recordó que Jaime entró aquel día a la sala de vistas con un compañero. ¿Sería ese?

—Me parece bien —dijo, al fin, disimulando su confusión con una sonrisa—. Si él está aquí, acabaremos antes.

—Claro, acompáñeme —dijo Gutiérrez más aliviado.

Condujo a Laura hasta el despacho de Gálvez. El oficial de policía hablaba por teléfono con los pies sobre la mesa cuando escuchó a alguien acercarse por el pasillo. De un respingo colgó y bajó los pies. Y lo hizo en el preciso instante en el que los nudillos del inspector jefe golpeaban su puerta.

—Adelante —dijo.

—Gálvez, creo que aún no conoces a la fiscal Laura Lizaurz, que lleva el asunto de la droga de Venezuela. Ha venido a hablar con Jaime, pero como no está, le he dicho que tú le explicarías los avances en la investigación.

Gálvez se había levantado y estiraba su mano para estrechar la de Laura, que hizo lo propio, asintiendo con la cabeza a la vez que decía «encantada» y se sentaba en la única silla que había frente a la mesa del oficial.

—Los dejo solos —dijo Gutiérrez con una sonrisa de satisfacción.

Antes de marcharse, y a la vez que se giraba, fijó sus ojos en los de Gálvez, quien le contestó con un leve gesto con la barbilla. Laura se dio cuenta, pero prefirió ignorarlo.

—Así que toda una autoridad judicial se ha dignado a venir a vernos a nuestros aposentos. Será la primera vez en la historia de la justicia. ¿Tan importante es este asunto?

—No lo sé. Dígamelo usted.

—No lo creo. O, al menos, por ahora no lo parece. Estamos dando palos de ciego, ¿me entiende? Buscando algo, no se sabe muy bien qué y por una información que viene de los yanquis.

—He llevado algún asunto en el que ha intervenido la DEA y me parecen grandes profesionales. ¿No lo cree usted también?

—Sí y no. Estados Unidos está muy lejos, y Venezuela también. Yo creo que siempre es mejor que investiguen ellos desde allí, porque nosotros en estos momentos iniciales de la operación podemos hacer muy poco. Máxime si el asunto ya está judicializado y empezamos con las prisas porque tenemos a un juez y a una fiscal pidiéndonos resultados en los escasos quince días que llevamos trabajando. —La sonrisa burlona que le dedicó tras estas palabras frunció el ceño de Laura.

—Me obliga usted a recordarle que el asunto está judicializado por las ansias de la unidad de policía a la que pertenece. —Fijó sus ojos en los de él—. Aunque imagino que usted en eso ni pincha ni corta, si me permite la expresión y dicho sea, como lo haría un abogado, en estrictos términos de defensa.

Gálvez, que se había echado hacia atrás y sujetaba ambos apoyabrazos de la silla con las manos, se aproximó a Laura poniendo los codos sobre la mesa y descansando la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

—Mire, la he recibido porque mi jefe la ha traído a mi despacho a traición y no me ha quedado más remedio, pero quiero que sepa que yo no soy partidario de estas reunioncitas entre ustedes y nosotros. Yo no tengo por qué darle explicaciones. Entienda que la policía trabaja como trabaja porque lleva muchos años investigando asuntos similares, y sabemos lo que se debe hacer y lo que no.

»Usted viene aquí con aires de superioridad y me hace preguntas para las que no tengo respuestas. ¿Quiere resultados? Déjenos trabajar y tendrá sus resultados. Y si no, otro archivo más, ¿no es cierto? No es tan grave. La justicia sobrevivirá a este y a otros muchos asuntos cuyas investigaciones no han arrojado nada, ¿me equivoco? A no ser que sea una mancha en su expediente difícil de borrar.

Laura dudó. Podía enfrentarse a ese oficial de policía listillo y soberbio, pero no le pareció una forma inteligente de actuar.

—Pues la verdad es que se equivoca bastante, pero yo sí que no pienso darle explicaciones. Dígame lo que tenemos por ahora. ¿Cómo van las intervenciones telefónicas? ¿Se sabe algo más de la DEA?

Gálvez sonrió y se puso en pie, quizá algo disgustado porque ella no hubiera entrado al trapo. Rodeó la silla y se aproximó a Laura, pero se paró a medio camino para sentarse en el borde de la mesa.

—De las intervenciones se encarga mi compañero Olivares y no sé nada. De la DEA me ocupo yo. Tienen a un agente encubierto dentro de la organización que les da información a cuentagotas. Me temo que en quince días solo ha tenido tiempo de facilitarnos los teléfonos que han resultado intervenidos. Me encantaría decirle que hemos sorprendido a la mitad del Gobierno venezolano en el puerto de La Guaira con dos toneladas de cocaína y que el mismísimo Hugo Chávez estaba cargando fardos, pero no ha podido ser. Al menos por el momento.

Laura se levantó.

—Gracias por su tiempo. —Volvió a tenderle la mano—. Intentaré no molestarle más en lo sucesivo ahora que sé que no le gusta reunirse con nosotros. Eso sí, si detiene al comandante, tenga la bondad de llamarme.

Se dio la vuelta y se fue, dejando a Gálvez aún sentado en la mesa. Lejos de haberse molestado, lucía una de sus mejores sonrisas.



*Ana*

*—Mami, mami, ¿dónde estás?*

*Lo único que escuchó la pequeña fue su voz devuelta por el eco: «Mami, mami, ¿dónde estás, tás, tás, tás...».*

*—Mami, tengo miedo, no puedo ver.*

*«No puedo ver, puedo ver, ver...».*

*El habitáculo en el que se encontraba, que la niña creyó sin luz, estaba situado en un lugar recóndito de la sierra madrileña, pero ella nunca lo sabría.*

*Escuchó algo. Una voz sórdida, grave y terrorífica gritó «cállate» y la pequeña no volvió a decir una sola palabra.*

*La cinta adhesiva que acto seguido le pusieron en la boca no hubiera sido necesaria.*

*No tenía intención alguna de contradecir sus órdenes.*

## Capítulo 6

Miércoles, 27 de octubre de 2004

Un gato negro muerto y ensangrentado tras ser empotrado contra una pared obligó a Laura a abrir los ojos. «Al menos ya son casi las seis», pensó cuando reunió las fuerzas suficientes para consultar su reloj. Aprovecharía para repasar los juicios que tenía en apenas unas horas. Y pensando en la mañana que le esperaba sin haber descansado por la noche —y con esas fotos, esas pruebas, ese hombre y esa pesadilla aún presentes—, se dirigió a la cocina a prepararse el desayuno. El olor que desprendió el café le hizo sentir que el día iba a ser bueno o, al menos, mejor de lo que le había parecido unos instantes antes.

De repente, un dolor súbito la sobrecogió. Un sentimiento que solo se podía definir como negro y oscuro la invadió por un instante cuando los ojos inertes de la pequeña le vinieron a la cabeza.

Los veía en sus sueños y también cuando estaba despierta.

Eran como un *flash* recurrente que asaltaba su mente una y otra vez.

Unos ojos oscuros sin vida que, paradójicamente, miraban a alguien.

La miraban a ella.

Se sentó a descansar. Inmersa en esa oscuridad, necesitó dos cafés para volver en sí. Cuando la cafeína comenzó a hacer su trabajo, decidió que ya era hora de que ella también fuese a hacer el suyo, y se puso en marcha. Sin darse cuenta de la hora, marcó el número de Jaime.

—¿Sí? —Escuchó que decía él al otro lado de la línea.

—Eh... ¿inspector? —preguntó extrañada por su parquedad.

—¿Qué hora es? ¿Quién llama? —Su voz sonaba más adormilada que molesta.

Laura miró su reloj y se sintió avergonzada.

—Soy Laura Lizaurz, la fiscal que lleva el asunto del tráfico de drogas. Lo estoy buscando desde hace unos días pero, discúlpeme, me he desvelado y he perdido la noción del tiempo. Lo llamo dentro de un par de horas.

—No. Perdone, no sabía que era usted. Perdí el móvil, este es nuevo y aún no tengo registrados todos los números. Al menos he conseguido recuperar el mío. Me dio su teléfono mi jefe. Debí guardarlo. Qué desastre. Le pido disculpas. —Se escuchó la risa de Laura—. Me alegra divertirla —dijo él.

—Me río de sus miles de disculpas cuando he sido yo la que lo ha llamado a las seis y media de la mañana. Aunque se las acepto por el retraso en ponerse en contacto conmigo —adoptó un tono más serio.

—Tiene razón. A lo largo de la mañana me acerco a su despacho si quiere. ¿Es posible?

—Tengo juicios en la Audiencia Provincial.

—Ah, de acuerdo, entonces...

—Pero la tarde la tengo libre —lo interrumpió—. ¿Dónde podríamos vernos? Necesito que lleve todo lo que tenga del asunto. Por favor, es importante. Me están pidiendo resultados.

De inmediato se arrepintió de las cuatro últimas palabras que había pronunciado. Le hubiese gustado que el inspector pensara que era ella la que llevaba las riendas.

—Si quiere la recojo en la Audiencia, la invito a comer y le explico lo que hemos descubierto. Localizaré a Rodrigo.

—¿A Rodrigo? No. No quiero que este asunto se nos vaya de las manos. Cuantas menos personas estén al tanto, mucho mejor —zanjó.

—Pero Rodrigo es mi mano derecha. De hecho, él está encargándose de los teléfonos —dijo molesto—. Está trabajando muchísimo y es él, más que yo, el que le puede explicar lo que tenemos.

—¿Rodrigo es su compañero? —preguntó ella divertida—. No tenía ni idea. Claro que puede venir. No sabía su nombre. Es ese agente bajito y con la coleta que irrumpió en la sala de vistas con usted aquel día, ¿verdad?

—Exacto. Me sigue alegrando divertirla. ¿Cómo es posible que esté usted con ese buen humor a estas horas de la mañana y con la que tenemos encima?

—Es un mecanismo de defensa —confesó—. La risa, incluso a destiempo, me ayuda a superar los problemas y a olvidar el horror que muchas veces veo en mi trabajo. ¿Usted cómo lo hace?

—Yo no veo demasiado horror. Ya sabe, lo mío es la droga, no está tan mal...

Ella no pudo evitar volver a reírse.

A las tres de la tarde, Laura seguía celebrando juicios. Había leído un mensaje de Jaime en el que le decía que la estaba esperando en la salida de la Audiencia y, lo peor, el fiscal jefe la había llamado dos veces. Mientras informaba el letrado de la defensa, cogió con disimulo el móvil y contestó que bajaría en media hora. La media hora se convirtió en una hora. Salió de la sala de vistas y se dirigió a la calle, con la toga en un brazo, el Código Penal en la mano y las carpetillas de los juicios bajo el brazo que le quedaba libre. Él no estaba. Se sentó en un banco para volver a disculparse mediante un nuevo mensaje cuando una sombra le tapó el poco sol que lucía esa tarde de octubre.

—La impuntualidad es un defecto que habla mucho y mal de quien lo padece —dijo una voz masculina que ella reconoció de inmediato.

—Oiga, no estaba de copas precisamente —se defendió ella mientras levantaba la cabeza.

—Déjeme que la ayude. Pues sí que va usted cargada. Imagino que tiene hambre.

—Mire, ya no tengo ni hambre. Solo necesito descansar. Entre lo poco que he dormido y lo que se han alargado los juicios, estoy hecha polvo.

—La llevo a casa y lo dejamos para otro día —dijo él apurado.

—No, no es posible. Mientras estaba en sala me ha llamado dos veces el fiscal jefe —confesó—. Llevo esquivándolo dos días, pero ya no puedo alargarlo más. Comeremos algo mientras usted me cuenta lo que tiene... o lo que tienen. ¿Dónde está su compañero?

Jaime hizo un gesto con la cabeza hacia la carretera. En una parada de taxis, y con gesto

contrariado, Rodrigo permanecía sentado en el asiento del conductor de un Citroën C3. Al ver que se aproximaban, se apeó del coche.

—Rodrigo, te presento a Laura.

—Rodrigo Olivares. Encantado.

—Laura Lizaurz. Es un placer.

—Lizaurz... —dijo pensativo—. ¿Es vasco?

Ella asintió.

—Nací en Irún —confirmó y buscó alguna clase de emoción negativa en la cara de Rodrigo. Pero solo encontró dos ojos verdes fijos en ella.

Jaime abrió la puerta del copiloto.

—Es tarde. Pase delante.

Ella obedeció. Insistieron en ir a casa de Jaime. A Laura no le hacía especial ilusión, pero estaba demasiado cansada para discutir. Como el inspector vivía en las proximidades de la Puerta del Sol, Rodrigo tuvo que aparcar en un *parking* público, cerca de los antiguos cines Luna. El resto del recorrido lo hicieron andando. Cuando ella vio aquel quinto piso sin ascensor le entraron ganas de marcharse.

—No me diga que no hay ascensor. Debe de ser una broma —apuntó con toda la educación y prudencia que fue capaz de reunir a las cinco de la tarde, sin haber comido y habiendo dormido escasas cuatro horas, que era poca.

—Y porque todavía no ha visto las cucarachas —dijo Rodrigo mientras subía las escaleras de dos en dos con una sonrisa.

Jaime ya estaba arriba y Rodrigo en el tercer piso cuando Laura resopló y, mirando con cuidado por donde pisaba con sus tacones, comenzó a subir esa escalera vieja y estrecha con posibles bichos negros. Se prometió a sí misma no volver a poner un pie en ese lugar.

Entonces no tenía ni idea de la cantidad de veces que rompería esa promesa.

El piso por dentro no estaba tan mal. Era pequeño, pero un inmenso salón con una chimenea bajo un cuadro del Madrid antiguo enmarcado en pan de oro hacían que el resto de la casa no importara demasiado. A un lado, un enorme televisor de plasma intentaba ganarle espacio a una librería que cubría la pared del suelo al techo, repleta de ejemplares de todo tipo, como si la tecnología y la tradición compitieran en una lucha sin cuartel para buscar cada una su sitio. Laura se acercó.

—¿Puedo? —Miró a Jaime y señaló un ejemplar de *La ciudad y los perros* que parecía ser una de sus primeras ediciones.

—Claro, está usted en su casa.

Al cabo de diez minutos, y sin que ella hubiera percibido cómo al estar absorta con el libro, parecía que allí se fuese a celebrar una fiesta. Varios platos de comida llenaban la mesa de madera maciza para unos diez comensales que ocupaba aquel salón. No pudo reprimir su sorpresa o, más bien, una pronunciada sonrisa.

—Madre mía, qué buena pinta —dijo mientras colocaba el libro en su sitio.

—Como no sé lo que le gusta, he sacado varias cosas.

—¿Pero es todo para mí?

—No, yo soy de los que meriendan —dijo Rodrigo tomando asiento.

—Vaya, ¿y eso? —preguntó al ver un saxofón en lo alto de una balda, sobre la chimenea.

—¿Le gusta el jazz?

—No mucho.

—Entonces imagino que se quedará igual si le digo que es un Selmer —aclaró Rodrigo.

Ella sonrió expectante.

—Es uno de los mejores saxofones que existen. El inspector solía tocar. Cuando era... digamos... joven.

—Vaya, son ustedes una caja de sorpresas —dijo curiosa—. Es precioso. Bueno, será mejor que nos demos prisa. No querría entretenerles demasiado y me gustaría que nos diese tiempo a hablar con calma de nuestro asunto.

Así que se sentaron y comieron. Después degustaron un café mientras Jaime recapitulaba datos y explicaba los avances de la investigación.

—Estados Unidos es una nación muy poderosa y la Administración para el Control de Drogas es esencial en la lucha contra el narcotráfico. Piense que tiene alrededor de ochenta oficinas en el extranjero, en más de sesenta países.

—¿La Administración para el Control de Drogas? —preguntó Laura.

—La DEA, *Drug Enforcement Administration*. Le hablaba de su nombre en español —aclaró.

—Ah, disculpe mi torpeza.

—No se preocupe. Nadie la llama así. —Se remangó la camisa—. En ciertos países la situación es complicada. Los venezolanos, por ejemplo, creen que pueden controlar solos el narcotráfico, pero tienen un grave problema: la corrupción se ha comido el país.

»Muchos de los altos funcionarios del Gobierno están metidos en operaciones de narcotráfico internacional; son personas con mucho poder y con mucho dinero que delinquen amparados por un régimen como el chavista que, créame, tiene unos tentáculos muy largos. Cada vez que los Estados Unidos detiene a alguien, lo convierten en una persecución política: «el imperialismo yanqui, la opresión...».

—¿Han colaborado ustedes en algunas de esas detenciones?

—No. Pero tenemos amigos en la DEA que sí. Y lo hacen, se lo aseguro. Aunque hay otro problema fundamental: muchas veces solo se consigue detener al último eslabón de la cadena, ya sabe, al don nadie, porque los grandes están muy protegidos y dejan el trabajo sucio a los de abajo. Y cuando detienen a uno, lo sustituyen por otro. No son grandes pérdidas.

—Bueno, eso es lógico. Los peces gordos se protegen y no dan la cara nunca.

—Pero lo suyo sería llegar hasta ellos. Si no lo conseguimos, todo esfuerzo es inútil. Muchos países piensan que Estados Unidos está usando la guerra contra las drogas por toda Latinoamérica como excusa para tener más efectivos sobre el terreno y así establecer nexos con fuerzas militares y policías locales.

»Gracias a la NSA tiene acceso casi absoluto a las redes nacionales de telecomunicaciones. No sé si será verdad, pero estoy seguro de que la DEA sabe más de lo que dice. Conoce quiénes son los narcotraficantes, cómo operan y les consta que muchos están en el Gobierno. Otra cosa es llegar hasta ellos.

—Bueno, en el Gobierno... ¿Afirma usted que Hugo Chávez es narcotraficante? —preguntó Laura incrédula.

Jaime bajó la vista y suspiró.

—No recuerdo haber mencionado al comandante. —Sonrió—. Aunque le voy a contar una anécdota, o un detalle, como quiera verlo. Chávez retiró a un grupo de militares, amiguetes suyos, que tenían trato con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Eso está en los periódicos. Ellos se dedicaron a transportar cocaína a Venezuela y a cambio les vendían armas a las FARC. Tenga usted en cuenta la situación estratégica de Venezuela en el mapa, la corrupción que hay en el país, y que en realidad allí apenas se cultiva cocaína.

»La cocaína se cultiva en Colombia y, en la mayoría de las ocasiones, desde allí la llevan a Venezuela. Así que muchas veces el origen del narcotráfico está en Colombia, concretamente en las FARC. Las FARC, inteligencia iraní, el G2 cubano... no se imagina los contactos que maneja esa gente ni con quién pueden llegar a trabajar. Por no hablar de los millones de dólares que mueven, casi siempre en paraísos fiscales como Bahamas, Panamá, islas Caimán...

—¿El G2 cubano? —preguntó Laura.

—Grupo de inteligencia cubano —aclaró Rodrigo echándose hacia atrás, satisfecho por fin después de comer sin parar—. Creado cuando comenzó el Gobierno castrista en Cuba para luchar contra los enemigos internos de la revolución.

—Ah, vaya —balbuceó Laura—. Pero nosotros solo tenemos un alijo de cocaína que transportarán desde Venezuela a Vigo y que creemos que acabará en Madrid, ¿verdad? Esto no es la gran causa contra la corrupción y el narcotráfico venezolano con Chávez a la cabeza, ¿no? No me asusten...

—Claro que no. Tendrá que disculpar a mi compañero. Se emociona con facilidad.

—Rodrigo tiene razón. Me apasiona este tema. Le pido disculpas. —Se pasó la mano por el rostro y suspiró—. Aunque nunca se sabe. Una vez detuvimos a alguien con cierto renombre e intentamos tirar de la cuerda a ver hasta dónde conseguíamos llegar, incluso escuchamos el nombre de Chávez. Fue con una operación muy mediática. La Operación Traviata, ¿le suena?

Laura pensó que le estaban tomando el pelo. O que quizá intentaban impresionarla.

—La verdad es que no. Jaime, si usted es un apasionado del tema y sabe tanto, que parece que sí, ¿por qué es el tal Raúl Gálvez el que se encarga de ampliar la información de la DEA?

Los dos policías se miraron confusos.

—¿Y eso cómo lo sabe? —preguntó por fin Jaime.

Les explicó cómo habían coincidido aquel día en las dependencias de la UDYCO y observó a los agentes esperando alguna reacción por su parte. El silencio fue toda su respuesta, así que insistió.

—¿Por qué no me habían dicho que eran tres?

—No tenemos buena relación con Gálvez —dijo, por fin, Rodrigo—. La última vez que trabajamos juntos llegamos a las manos. Me refiero a Gálvez y a mí. Jaime diremos que es más... civilizado.

—Pues vaya. Es lo que nos faltaba —concluyó Laura, que intentó aparentar que no le daba importancia—. Háblenme de esa Operación Traviata.

—La extraviada —susurró Rodrigo.

—¿Cómo dice?

—¿Conoce la ópera de Verdi? Tuve ocasión de verla representada hace poco en el Teatro Real. Fue impresionante.

—¿En serio? No tiene usted pinta de frecuentar la ópera.

Laura se arrepintió de haber pronunciado esas palabras mientras veía cómo los ojos de Rodrigo duplicaban su tamaño. Por suerte, Jaime decidió intervenir.

—Hace dos años investigamos un asunto importante. Sabíamos que llegaría a Madrid, vía aérea desde Venezuela, un alijo de una tonelada de cocaína aproximadamente —explicó—. Interceptamos una llamada en la que lo decían con claridad. Pero pasaban los meses y no dábamos con él. Duplicamos nuestros hombres en el aeropuerto y comprobamos todos los vuelos que venían de Venezuela.

»Cuando íbamos a cerrar la operación sin resultado, tras un año de investigación en el que registramos un almacén cercano a Barajas donde no había nada, y practicamos muchas otras diligencias que prefiero no mencionar, Rodrigo consiguió que uno de los don nadie de los que le hablaba antes cantara. El alijo no saldría de Venezuela sino de Colombia, y el destino no era Madrid sino Barcelona. Desde allí pensaban transportar la droga por la costa mediterránea en un camión de mercancías hasta Francia.

»Pero no les dio tiempo; los detuvimos en el aeropuerto del Prat. Al parecer, la llamada era tan clara porque era una pista falsa, ya que sabían que teníamos sus teléfonos intervenidos. El que cantó nos dijo que no era la primera vez que lo hacían así y que tampoco sería la última.

»Era el típico señuelo consistente en conducirnos hacia un lugar para tenernos entretenidos y meter la droga por otro. Se ofreció para hacer de confidente, pero nuestros superiores no se fiaron y cerramos el caso. Y de ahí el nombre que le dimos a la operación porque, entre otras cosas, la descubrimos gracias a que alguien cantó. Y, bueno, luego también por...

—¿Y cómo consiguieron que cantara? —interrumpió—. No es fácil encontrar a narcotraficantes que así, de repente, colaboren con las fuerzas del orden.

—El que cantó no era narcotraficante —aclaró Jaime—, era el amante de uno de ellos. El narco era un empresario venezolano de renombre, afín al chavismo y gran amigo del comandante, que no soltó prenda. En prisión estará. Iba todos los viernes a un burdel para estar con el chaval con quien, por lo visto, también se sinceraba. En fin, cosas que pasan.

—Pues vaya casualidad —dijo Laura—. Entre eso y lo del señuelo no me extraña que sus superiores no se fiasen de aquel hombre.

—Mucha —añadió Rodrigo—. Yo tampoco me fiaba, aunque me hubiera gustado intentarlo, con cautelas. ¿Le importa? —Mostró el cigarro que sujetaba entre sus dedos.

—No.

Laura se lo imaginó muerto de cáncer de pulmón, como su padre. Se levantó con disimulo y anduvo unos pasos hacia la chimenea. Al darse la vuelta, se extrañó al verlo guardar el cigarro. Pensó que quizá su cara de asco no había pasado tan desapercibida como le hubiera gustado.

—¿No iba a fumar? —se apresuró a decir mientras regresaba a la mesa—. Fume usted, en serio. A mí no me importa.

—No, si lo estoy dejando.

—Pues haría bien. Dígame —se volvió a sentar—, ¿qué tal las intervenciones telefónicas?

—Estoy contento. Es un no parar de citas, pases, dinero... Pero he de serle sincero, en ningún momento se habla de grandes alijos ni de otros lugares, ciudades o países que no sean nuestro querido poblado de Valdemingómez. Eso sí —añadió, y alargó el brazo para coger un bolígrafo y un cuaderno que le acercó Jaime porque estaban en la esquina opuesta de la mesa—, si esto es el poblado —dibujó una larga línea curva—, en la esquina sur, al final del todo, hay una parcela de una tal Paca que es el centro neurálgico de la zona.

»Imagino que con unas vigilancias, más las llamadas que tengo hasta ahora, tendríamos suficiente para conseguir un auto de entrada y registro. Y encontraríamos droga. Cocaína y heroína. Y dinero, porque ya le digo que el tráfico es abundante. Aunque quizá nos sería más útil para nuestra investigación esperar un poco a ver si escuchamos algo más gordo, porque esto no es lo que estamos buscando. Tengo números nuevos que convendría intervenir.

Laura meditaba. ¿Valdemingómez? Por una chabola que vendía droga no tendría al jefe detrás todo el día. Tenía que ser algo más importante. Mucho más.

—¿Cree usted que la droga puede traerla esa tal Paca de Venezuela?

Rodrigo bufó.

—Demasiada suerte, demasiado fácil, demasiado... no. Debe de adquirirla de algún proveedor de su confianza que se la facilita poco a poco. Otra cosa es que ese proveedor, a su vez, la adquiera de otro proveedor... no sé si me explico.

—Como comentábamos antes, la mayoría de la cocaína viene de Venezuela y de Colombia. Al igual que la mayoría del hachís viene de Marruecos. Pero los intermediarios se multiplican. No es tan sencillo —añadió Jaime.

—Lo sé. Lo decía porque como su jefe nos facilitó esos teléfonos, imagino que sería porque tienen relación con la información del alijo. ¿De dónde los sacó?

—Gálvez y él los consiguieron a través de la DEA. Se trataría, en principio, de los responsables de la organización en España —aclaró Rodrigo apretando los labios.

—Ya, pero usted mencionó un fax —se dirigió a Jaime—. Y también recuerdo que cuando vino a Fiscalía y hablamos no lo encontraba. ¿Lo tiene ya?

—Me temo que lo he debido de traspapelar.

—Bueno, es muy probable que lo tenga el tal Gálvez, que es quien se está encargando de ampliar esa información. Hubiese sido interesante adjuntarlo en la solicitud de las intervenciones telefónicas, pero ya no importa. Según me dijo Gálvez, no espera demasiado de la DEA. Ni tampoco parece que tenga mucha fe en la investigación.

»No sé, creo que precisamente de la DEA es de donde más podríamos sacar, y me da la sensación de que es donde menos nos estamos moviendo. ¿Y el agente que tienen en Venezuela? Debería ser nuestra mejor baza.

—Como le dije antes, la DEA no ofrece información así como así. No es un libro abierto, para entendernos. Si le sumamos que es Gálvez quien lleva esa parte de la investigación, no podemos ir más allá.



—De acuerdo. Nos centraremos en las llamadas. Me parece bien. Pero volveré a hablar con Gálvez. Me gustaría que nos reuniésemos los cuatro la semana que viene, a ver cómo va todo. Para entonces espero que ya hayan solicitado la prórroga y la nueva intervención. Yo me aseguraré de que no haya problema alguno en el juzgado, ¿les parece bien? —preguntó Laura.

Luego miró su reloj. Eran las diez de la noche.

—Madre mía, es tardísimo. Me tengo que marchar —dijo—. Espero que al menos hoy no me despierte ese gato del demonio a las tres de la mañana —susurró.

—¿Se le ha colado un gato en casa? —Se sorprendió Rodrigo—. ¿Un gato callejero?

Laura sonrió mientras se ponía en pie. No imaginaba que la hubieran oído.

—No, no es eso. Es una pesadilla. Un sueño recurrente que tengo desde hace... bueno, desde que tengo un caso por asesinato que me está volviendo loca —confesó—. Aparece un gato negro muerto, y una niña ahogada y maniatada. En fin, no es agradable y no quiero aburrirles.

—¿Y qué tiene que ver el gato con la niña? —insistió Rodrigo.

—En principio, nada. Bueno, en principio y en final. Nada en absoluto. Es un sueño.

—Claro. Qué tontería. Imagino que será una pesadilla horrible.

—Lo peor es que no soy capaz de volver a dormir, pero pasará. Seguramente, con la sentencia condenatoria. Cuando ya no tenga que verme con la toga puesta en una sala intentando explicarle a un jurado los motivos que puede tener un hombre para atar y tirar a una niña de siete años a un río y dejar que se ahogue.

—Joder —se le escapó a Rodrigo—. Menudo hijo de la gran puta.

—Pues sí. Eso es lo que tengo —dijo con la mirada perdida—. Un asesinato raro y sin motivo. En fin, no les aburro más. —Se giró hacia la puerta.

—La acerco a su casa —dijo Rodrigo—. No acepto un no —añadió antes de que Laura pudiera abrir la boca.

—Por cierto —Laura miró a Jaime—, le debo una disculpa y no querría marcharme sin ofrecérsela. El día que vino usted a hablarme de este asunto a la Fiscalía de guardia le dije cosas que en realidad no pensaba y, bueno, que no debí decir.

Él la interrumpió alzando la mano.

—No, el que se pasó de la raya fui yo. Lo lamento mucho. No volverá a ocurrir, tiene mi palabra.

Laura sonrió y asintió, mientras Jaime volvía a estrecharle la mano. Se alegró de que aquella conversación quedase aclarada. Además, la reunión no había salido tan mal. Habían avanzado y podría llamar al fiscal jefe para darle novedades. Eso era un alivio para ella, que empezaba a asfixiarse con tanta presión por los resultados. Se marchó tranquila, con el único deseo de que ese maldito gato no le diera la noche.

## Capítulo 7

Jueves, 28 de octubre de 2004

—Hemos engañado a la fiscal.

—No —dijo Jaime—. Tú has engañado a la fiscal.

La respuesta provocó un directo de Rodrigo que le alcanzó el mentón.

—¡Ah! —gritó Jaime—. Pero no te enfades —continuó mientras daba pequeños saltos hacia atrás para alejarse de los puños de su oponente, quien avanzó unos metros y, cuando recuperó su posición, lo golpeó por segunda vez.

—Cúbrete, joder, que estás mayor —gritó al ver que conseguía alcanzarlo de nuevo.

—Cuando ella preguntó, tú le explicaste que los teléfonos nos los habían facilitado los de la DEA. Eres tú el que tiene contactos allí y ella también lo sabe. Tú has engañado a la fiscal.

Con ambos puños tapando su cara, excepto lo necesario para poder ver a Rodrigo, Jaime se movía por todo el cuadrilátero dando pequeños saltitos, sin otra intención que no fuera esquivar los golpes de su contrincante.

—Me vi en la obligación. Ella preguntó y mi jefe dio la callada por respuesta —dijo mientras asestaba otro golpe, esta vez al aire.

—¿Te estás poniendo nervioso? Porque no me has dado.

—Anda, respira, que te vas a asfixiar, y dime qué vamos a hacer ahora.

—No lo sé. Tengo que pensar. Me preocupa lo de Gál...

Un golpe en el mentón le impidió acabar la frase.

—Espero que la pistola la sepas utilizar mejor, porque lo que es los puños...

—Joder, no me distraigas. Necesito concentración para esquivar tus golpes.

—El boxeo no solo es esperar atrás y defenderse, de vez en cuando también hay que avanzar y atacar. Más o menos como en nuestras investigaciones. Y en la vida.

Rodrigo se cubrió y se adentró en el ring, haciendo retroceder a Jaime, que ya estaba contra las cuerdas.

—Ven aquí, compañero, y dame un abrazo, que ya no puedo más —dijo con la respiración entrecortada y agarrándolo por la cintura—. Y sí, todo eso de avanzar está muy bien, pero también hay que pensar, y para eso necesitamos tiempo.

—Aguanta un poco, jefe, que apenas estoy sudando. —Rodrigo se soltó, y lo golpeó con la derecha en el hígado.

—¡Joder! —Se quejó agarrándose el costado—. Quiero que pienses en la reunión con Gálvez.

—Tenemos dos opciones. O le mentimos, no le decimos nada y nos inventamos una excusa para eludir su presencia, o lo invitamos a venir y a ver qué pasa. Hay muchas posibilidades de que diga que vayamos solos.

Mientras escuchaba a su compañero, Jaime se secaba las gotas de sudor como podía con sus guantes rojos. Seguía bailando e intentaba buscar un hueco que no encontraba por el que golpearlo.

—Yo creo que mejor no le decimos nada porque como quiera venir, a ver qué hacemos. Y sobre la fiscal, no has barajado una tercera opción. Confiar en ella y contárselo todo.

—Creí que esa opción estaba descartada desde el momento en el que comenzamos a mentir —dijo tras darle un nuevo golpe, esta vez muy flojo, marcándole las costillas—. Jefe, bailas poco, mal y a destiempo. Y ponte recto, que estás demasiado encorvado.

—Apenas hemos coincidido con ella un par de veces, creo que aún podemos sincerarnos sin problemas. O si lo descubre nos hacemos los locos y decimos que nosotros tampoco lo sabíamos. ¿Crees que ella nos ha mentido?

—Pues claro. Hombros atrás y estómago dentro. Vamos, vamos, vamos. —Rodrigo saltó de forma exagerada intentando animar a su jefe.

—¿Por qué estás tan seguro de que nos ha mentido? —Se paró de pronto.

—Porque ella es fiscal y nosotros dos simples polis que le han ido con un cuento para no dormir. Lo que todavía sigo sin entender es lo de las intervenciones telefónicas. ¿Qué le contaste?

—Que era cuestión de vida o muerte para mi mejor hombre, Rodrigo Olivares.

Rodrigo bajó los brazos y se quedó quieto, por lo que no pudo evitar lo que vino después, que le hizo chocar de espaldas contra las cuerdas.

—Toma directo que te ha soltado el anciano.

Fuera del ring, Petrov Almirov observaba atónito la escena.

—Con trampas. ¿O qué pensabas, búlgaro de los cojones? ¿Y de dónde has salido? ¿No está cerrado el gimnasio a estas horas?

—Llevo aquí un rato esperando ver un golpe decente. Quién me iba a decir que lo iba a soltar el anciano. Y resulta que esto —dio una vuelta sobre sí mismo con ambos brazos en alto— es mío.

—¿Con qué trampas? —se defendió Jaime—. Ha sido un directo perfecto. Yo no tengo la culpa de que hayas bajado la guardia de repente en medio del combate.

—¿Combate? Combate, dice. Vamos, Jaime, no me jodas. No le contaste eso, ¿verdad?

—Olivares, si quieres un combate de verdad, te espero. Larga al viejo y nos damos unos golpes —dijo el búlgaro mientras saltaba y asestaba puñetazos al aire—. Aunque si estás cansado o tienes miedo...

—En dos minutos —le dijo y se dirigió de nuevo a Jaime—. En serio, ¿qué le contaste?

—Nada en realidad. Fui a la Fiscalía de guardia y ningún fiscal podía atenderme. De repente, ella abrió la puerta y me escuchó, pero estuvo bastante desagradable y me dijo que lo que le pedía era imposible. A la mañana siguiente recibí un mensaje con el sí. ¿Has visto algo más extraño? Por eso te preguntaba si te daba buena espina, porque algo nos oculta también ella. Si no, ¿a qué ha venido ese cambio de criterio?

—Ya, joder, no lo sé. Lo peor es lo de Gálvez. Está investigando una información inexistente, ¿cómo puede ser posible?

—No creo que eso sea lo peor. Lo peor es que Gutiérrez nos ha pedido que nos dediquemos en exclusiva a un asunto que, al parecer, no es tal. Tendremos que averiguar por qué. Gálvez estará como nosotros. Extrañado y perdido. Y cabreado, sobre todo cabreado. Ya lo conoces.

—Oye, hay otra cosa. Yo sigo con lo mío, ¿recuerdas? He avanzado algo. Deberíamos hablar con calma.

—Si vais a seguir charlando, ¿podéis bajar de mi ring? —los interrumpió Petrov.

—¿Tú no querías probar mi derecha?

—Llevo queriendo probarla desde que vienes a boxear aquí, pero no has conseguido darme ni un miserable golpe. —Rio el búlgaro—. Anda, abuelo —se dirigió a Jaime—, vete a la ducha, que el aprendiz de madero te ha dado pero bien.

—Pero ¡qué coño aprendiz! —protestó Rodrigo—. Soy oficial de policía, joder. Un respeto.

—Pues espero que seas mejor madero que boxeador, porque es de vergüenza. Vamos, a ver si al menos con un contrincante de verdad sabes hacer algo.

—Eres un cabronazo, búlgaro —le dijo Jaime mientras bajaba y le daba un abrazo—. Gracias por dejarme hacer el ridículo con el aprendiz. Y dale una paliza, hazme ese favor, que como te gane luego no habrá quien lo aguante.

El búlgaro le guiñó un ojo a Jaime y subió de un salto al cuadrilátero, donde comenzó a saltar y a boxear en el aire, gritando palabras en su idioma materno.

—Me voy, Rodrigo. Luego hablamos. Tantearé al jefe y a Gálvez. Y cúbrete bien —señaló al búlgaro—, que este tío es una bestia.

Rodrigo asintió y se giró. En ese preciso instante recibió el primer directo.

Toc, toc, toc.

Ricardo escuchaba golpes entre sueños, pero decidió que no merecían la pena tanto si estaba despierto como si estaba dormido.

Pum, pum, pum.

Dudó. La intensidad no hacía sino aumentar y pensó que quizá debería levantarse. Sin embargo, justo cuando iba a hacer el inmenso esfuerzo de abrir los ojos, los golpes cesaron. «Estarías soñando, Ricardo», decidió. No sabía qué hora era, pero no parecía demasiado tarde. En breve vendrían a buscarlo para llevarlo al juzgado a declarar. Aunque esos no llamarían. Entrarían sin más y derecho al furgón.

No había pensado ninguna estrategia. Los límites que fijaba el Código Penal para el cumplimiento de las penas de prisión en este país a él no iban a serle aplicables. Lo esperaban las rejas para el resto de su vida. No entendía cómo había podido ser tan estúpido. Creer que un día podría salir de prisión y volver a ver a Sara... No se lo permitirían. Nunca. Su pasado lo había marcado. «Un error», pensó. «Un solo error y mi vida destrozada para siempre». Sintió cómo el cerrojo se corría.

—Vamos, Gabarra, es hora de despertarse. Cómete esto y andando, que tenemos un paseíto hasta los juzgados.

En apenas diez minutos, ya iba esposado hacia la salida de la prisión; en cuarenta y cinco

minutos más, ya estaban en los juzgados de la plaza de Castilla. Lo dirigieron a los calabozos aunque lo mantuvieron separado del resto de los detenidos. Ricardo no entendía tanta cautela... o quizá fuese lo mejor, no estaba seguro. En realidad, estaba más cómodo y, en cualquier caso, lo llevaron a declarar enseguida.

La jueza Emilia Guerrero exploraba en su despacho a una menor víctima de un abuso sexual por parte de su padrastro. Las preguntas que la fiscal le hacía a la pequeña se escuchaban desde donde Ricardo se encontraba. «Lo que me faltaba justo ahora es tragarme este dramón», pensó.

—Disculpen, guardias —dijo una funcionaria desde la oficina del juzgado—. Acérquense un momento que vamos a leerle sus derechos. —Señaló a Ricardo.

Gabarra escuchó cómo el secretario judicial le decía todo aquello de que tenía derecho a no declarar contra sí mismo, a no confesarse culpable, a no contestar a alguna de las preguntas que se le formularan, a un abogado.... Estuvo tentado de pedir que lo viera el médico forense, pero le dio miedo.

—Acompáñeme —dijo la misma funcionaria—. La declaración se hará en el despacho de la jueza.

Cinco minutos después ya no había nadie en la oficina y lo metieron a declarar. Nada más ver la cara de la jueza, tuvo un mal presentimiento.

—¿Ricardo Gabarra? —dijo ella.

Al asentir Ricardo, la jueza prosiguió.

—Guardias, ¿hay algún inconveniente en quitarle las esposas?

—Sí, señorita —contestó uno de ellos—. Los funcionarios de prisiones nos han advertido de la peligrosidad del preso. De hecho, lleva siete años en prisión por un delito de asesinato.

Ricardo se giró y observó a aquel guardia. La sonrisa que reflejó su rostro consiguió esconder la ira que sentía en realidad.

—Conozco los antecedentes del imputado, lo que necesito saber es si, en estos momentos, hay algún motivo para considerar que si le quitan ustedes las esposas pueda peligrar nuestra integridad.

—Sí, señorita. Este señor es impredecible.

—De acuerdo —concedió la jueza—. Entonces, permanecerá usted esposado. Ya sé que le acaban de leer sus derechos, ¿va usted a declarar?

—Sí —dijo Gabarra.

—Bien. Vamos a ver. Al parecer ha golpeado usted a otro recluso hasta causarle la muerte, ¿es así? —preguntó mientras hojeaba unos papeles que tenía frente a ella.

—No, no es así.

Su parquedad y seguridad hicieron que la jueza levantara la cabeza de las hojas.

—Ah, ¿no? Pues no es eso lo que pone aquí.

—Yo no sé lo que pone ahí, señora. Yo lo que sé es que no golpeé al Georgiano hasta causarle la muerte.

—Señorita —aclaró—. Para usted soy señorita.

—Pues señorita, yo no maté al Georgiano.

—Pero el Georgiano está muerto —continuó ella subiendo las cejas—, y usted era el único que se encontraba en las duchas esa tarde, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto.

—Muy bien. ¿Alguna pregunta, señora fiscal? Le ruego brevedad, que tengo la agenda muy apretada esta mañana.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —comenzó la fiscal.

—Ah, no, no, no —interrumpió la jueza—, como que nos vamos a tragar ahora toda la historia que nos quiera contar este señor. Que tengo cosas que hacer. ¿No me ha oído? Preguntas concretas.

En la cara de la fiscal, que ya estaba algo torcida tras el interrogatorio de la jueza, se dibujó una mueca de desagrado que sorprendió hasta a Gabarra. Pero solo fueron unos leves instantes tras los cuales se giró y, mirándolo a los ojos con una especie de sonrisa triunfal que él no entendió, continuó preguntando.

—¿Cuando usted entró en las duchas había alguien más?

—No, estaba yo solo porque me entretuve.

—¿En algún momento vio usted al Georgiano antes de meterse en las duchas? No sé, por el pasillo, en un patio...

—No, en ningún momento.

—¿En qué instante se dio cuenta de que el Georgiano estaba en las duchas con usted?

—En el instante en el que me pareció ver un destello.

—¿Un destello?

Ricardo estaba muy sorprendido. No solo porque la fiscal, pese a tener lo que imaginaba que era una copia de las actuaciones sobre sus rodillas, no las había hojeado en ningún momento, sino por el interés que mostraba en sus respuestas.

—Sí, lo que me pareció que era una navaja.

—¿Le pareció o lo era?

—En ese momento me pareció. Yo estaba de espaldas a él, con los ojos cerrados e intentando relajarme bajo el agua caliente. Luego confirmé que lo era.

—¿Y cuándo lo confirmó usted?

—Cuando me di la vuelta y le vi la mano derecha, donde la llevaba.

—¿Así que el Georgiano lo atacó a usted por la espalda con una navaja?

—Ya basta —interrumpió la jueza—. No permitiré esta línea de interrogatorio, señora fiscal.

—¿Esta línea, señoría? ¿Qué línea?

—Esta línea absurda que lo único que hace es seguirle el juego al imputado. No pienso tolerar tomaduras de pelo, señor Gabarra —le dijo mirándolo fijamente.

Ricardo se apercibió de que en ese preciso instante sus escasas opciones se desvanecían.

—¿Son mis preguntas acaso impertinentes, inútiles o sugestivas? —continuó la fiscal, para sorpresa de Gabarra—. Si es así, hágalo constar, y yo formularé la correspondiente protesta, señoría —remarcó cada una de las sílabas de la última palabra.

La mirada de la jueza, que en ese momento aún sostenía la de Gabarra, se dirigió, como si de un misil se tratara, hacia la fiscal.

—Le recuerdo que quien dirige este acto soy yo.

—Y yo le recuerdo que puedo preguntar lo que considere oportuno, para eso estoy aquí y soy la fiscal que va a llevar este asunto. Y le reitero que, si considera que alguna pregunta es impertinente, lo hacemos constar pero no verbalmente, sino como previene la Ley de Enjuiciamiento Criminal, que es la que rige este acto, ya que usted solo tiene facultades para dirigirlo.

La magistrada no contestó, lo que la fiscal interpretó como vía libre para continuar con las preguntas.

—Estábamos en el momento en el que usted se encuentra frente al Georgiano y confirma que lleva una navaja. Dígame, ¿recuerda cómo era?

—Sí, tenía las cachas rojas.

—Bien, ¿y después qué ocurrió?

—Intentó clavármela en varias ocasiones, pero conseguí esquivarla. En un momento dado, pude barrerle con mis piernas y cayó al suelo. Cuando se incorporó, se despistó un momento y aproveché para agarrarle la muñeca. Apreté cuanto pude hasta que la soltó.

—¿La navaja se quedó en el suelo?

—Conseguí darle una patada porque el Georgiano intentó cogerla de nuevo.

—¿Pudo ver usted dónde fue a parar?

—Señora fiscal, impropediente. No hay navaja, luego no puede ir a parar a ningún sitio —volvió a interrumpir la jueza.

—Señoría, él dice que ese señor lo atacó con una navaja. Y ni usted ni yo estábamos allí. ¿Por qué no le permitimos que nos cuente su versión de los hechos? Está aquí para eso, creo yo.

—Porque nos está mintiendo, ¿no lo ve? —insistió la jueza—. Examine las actuaciones. No se encontró ninguna navaja en el lugar de los hechos.

—Eso es cierto —concedió la fiscal—. ¿Cómo es eso posible, señor Gabarra?

—Después de que ocurriera todo, dos funcionarios de prisiones entraron en las duchas y se dirigieron directamente hacia mí para engrilletarme. Uno de ellos me golpeó en reiteradas ocasiones. Caí al suelo y quedé semiinconsciente.

—¡Vaya por Dios! —exclamó la jueza dando una palmada—. Ahora resulta que le pegaron los funcionarios. ¡Qué raro! ¿Tiene algún otro delito que imputar? Es muy fácil decir que un muerto que ya no puede defenderse intentó matarlo y que unos funcionarios lo golpearon, sin dar nombres y sin tener lesiones, porque ni lo uno ni lo otro, ¿verdad?

A Gabarra se le escapó una sonrisa aunque, en realidad, era expresión de su desesperación.

—¿Se divierte usted? Pues le recuerdo que se enfrenta a un delito de homicidio y que, al ser reincidente, podrían condenarlo a quince años de prisión. ¿A que se le han quitado las ganas de reírse?

—¿Escuchó usted a los funcionarios mencionar algo sobre una navaja? —prosiguió la fiscal sin prestar atención a los comentarios de la jueza. Ahora miraba las actuaciones sin levantar los ojos de ellas.

—Escuché cómo uno de ellos le pedía al que me golpeó que, mientras me llevaba a la enfermería, cuidase el lugar de los hechos de forma que nadie tocara la navaja, que seguramente tendría huellas.

—¿Quién? —insistió la fiscal—, dígame quién, porque aquí no consta. Tampoco se señala nada relativo a su paso por la enfermería.

—Porque al final no fui. El funcionario me condujo directamente a aislamiento. Dijo que la enfermería no era segura.

La magistrada no pudo evitar reírse.

—Vamos, vamos. Que habían premeditado matarlo y estaban al acecho por si el plan A fallaba, ¿no? Señor Gabarra, ¿de verdad es usted tan importante? ¿Por qué quieren matarlo? A ver, dígame. —La jueza se incorporó en su mesa y apoyó la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

—Eso debería preguntárselo a los georgianos, señoría.

—Lo que aún no nos ha dicho es cómo el Georgiano acabó tirado en el suelo con la cabeza abierta —dijo la fiscal.

Esta vez la magistrada se limitó a levantar las cejas, miró a Ricardo y lo invitó a contestar.

—Le pegué un puñetazo en el mentón mientras lo tenía agarrado por la muñeca y cayó a plomo. Se golpeó contra un saliente del plato de ducha. Creo que el puñetazo lo dejó inconsciente y un peso muerto contra esa piedra...

—Así que al final resulta que lo mató —concluyó la jueza—. Tantas vueltas para llegar al punto de partida.

—En legítima defensa, señoría.

—Ah, vaya, si hasta utiliza términos legales. Esto ya es el colmo. Señor letrado, ¿tiene usted alguna pregunta? Imagino que no porque la fiscal ya le ha hecho todo el trabajo.

—No he acabado, señoría —repuso la fiscal.

—¿Que todavía no ha terminado? Por el amor de Dios. Esto tampoco es un juicio, señora. Haga el favor de concluir de una vez.

—Dígame el nombre de ese funcionario, señor Gabarra.

Ricardo respiró. Pensó en Celestino. En cómo lo había tratado desde que entró en la prisión. Sus charlas, sus ánimos y, sobre todo, los riesgos que había corrido ayudándolo. No podía hacerle eso. Sencillamente no podía.

—No sabría decirle, señora fiscal, estaba muy aturdido.

La fiscal bajó la cabeza y suspiró.

—No tengo preguntas, señoría —se adelantó el letrado.

—Lo imaginaba —confirmó la jueza—. Muy bien. Imprimimos y firmamos la declaración. Y ustedes se lo llevan de vuelta a la prisión. Porque imagino que la señora fiscal va a interesar la prisión provisional del imputado por estos hechos, ¿verdad?

—Sí —confirmó ella.

Tras celebrar la comparecencia de prisión, la fiscal esperó a que todos se fueran y después se dirigió al despacho del secretario judicial.

—Sebastián, ¿cuándo vuelve César? Guerrero es insoportable.

—La semana que viene. Ya sabes que se iba a Nueva York.

—Pues verás qué risa cuando vuelva y se entere de que tenemos otro jurado. —«Y me da casi peor espina que el del asesinato de la niña», pensó Laura.

De vuelta a Soto del Real, la cabeza de Ricardo bullía. No dejaba de pensar en ese interrogatorio.



No porque se arrepintiera de no haber nombrado a Celestino sino porque, por primera vez en diez años, le había parecido que una autoridad judicial lo creía. Y encima una fiscal, ni más ni menos.

—Gabarra, vamos. El director quiere hablar contigo antes de irse a comer.

«Joder, no me dejáis descansar ni una hora seguida», pensó.

La puerta del despacho del director estaba abierta. Evaristo Mayordomo fumaba con la mirada perdida en el gran ventanal desde el que podía ver todo el centro penitenciario. Pero en cuanto Ricardo franqueó la puerta, como si tuviese ojos en la espalda, advirtió su presencia.

—Siéntate.

—Estoy bien de pie, director.

—He dicho que te sientes.

Evaristo pensó que no era necesario darse la vuelta, al menos por el momento. Tras esperar un plazo prudencial para que Ricardo obedeciese, continuó:

—Tu situación se complica. Llevas siete años en este centro y no parece que hayas aprendido demasiado. Sabes que las penas están orientadas hacia la reeducación y la reinserción social. Y dime, si después de tantos años trabajando eso contigo por una condena por asesinato vuelves a matar, ¿en qué situación te deja eso? Yo te lo diré. Peor que el primer día que pisaste el suelo de esta prisión.

—Señor...

—No. Cállate y escucha. He tomado una decisión y es por lo que te he hecho llamar. Sales de aislamiento y vuelves al segundo grado en una semana. Lo que tarde el papeleo.

—¿Cómo dice? ¿Al segundo grado? Está usted de broma, ¿no?

—¿Acaso tengo cara de chiste? —dijo el director mientras apagaba su cigarro contra un cenicero de cristal, después de girarse por fin y mirarlo a la cara por primera vez.

—No, pero no puede ser verdad. ¿Me va a soltar ahí de nuevo? ¿Con los georgianos? Sabe mejor que yo que no duraré ni dos telediarios.

La sonrisa del director le sacó de dudas.

—Vamos, no me joda, Mayordomo. Cámbieme de centro o manténgame en el primer grado. No me importa estar asilado.

—Aquí no se permiten tacos, Gabarra. —Le hizo un gesto a un funcionario que, tras levantarlo, le propinó un codazo en la boca del estómago que le provocó una arcada y le hizo doblarse.

—Hijo de... hijo de la gran puta —susurró Ricardo.

—Lléváoslo —ordenó. Lo agarró del pelo para subirlo hasta su altura y añadió en su oído—: A ver si puedes matarlos a todos, cabronazo.

## Capítulo 8

Jueves, 4 de noviembre de 2004

Un gato negro muerto. En realidad, se trataba de un pequeño gatito que ella veía indefenso y asesinado en su sueño. Imaginaba que era una de esas formas que tiene la mente de explicar lo inexplicable: el asesinato de un ser inocente y vulnerable. Como si en nuestros más profundos pensamientos intentásemos crear eufemismos de lo que nos toca sufrir día a día cuando es terrorífico. Siempre es más fácil asimilar el horror escenificado en un animal que en un ser humano, y más si es un niño. El problema era que Laura tenía la realidad demasiado presente y demasiado cerca. En esos momentos, encima de la mesa.

Desde que se había denunciado la desaparición de la pequeña en las proximidades de su domicilio, el esfuerzo realizado por encontrarla fue ímprobo. Aquel atardecer, cuando coincidieron en el levantamiento de su cadáver, pudo ver reflejado en los ojos de Carvajal el dolor, y pérdida la esperanza, como si se tratase de un mosquito al que acababan de aplastar de una palmada. Abrió de nuevo el expediente y se detuvo en la inspección ocular del lugar de los hechos realizada ese día. Intentó buscar en cada una de las fotografías algo que no estuviese ya estudiado y analizado por la policía, aunque con pocas esperanzas. Todos los funcionarios implicados en la operación, que fueron muchos, se volcaron en la investigación. Minuciosos y precisos, habían comprobado la Cuenca Alta del río Manzanares sin escatimar esfuerzo alguno: todos los rincones. Y no solo eso, también habían investigado con meticulosidad los alrededores de la zona ampliando el radio habitual de acción, así como el lugar donde había desaparecido la niña. Nada relevante para la investigación.

Recordó por un instante ese día y recreó en su mente el cuerpo sin vida de la pequeña, con ese vestido azul, y su pelo rubio recogido en una trenza. Después buscó la imagen en el expediente. Según la madre, esa no era la trenza ni ese el vestido con los que la niña había desaparecido cuatro días atrás en el barrio de Chamberí. Alguien se había preocupado de cambiarla y de peinarla. ¿El mismo hombre que después la ató, la amordazó y la lanzó al río para que muriera ahogada? Eso no tenía ningún sentido. Es más, según el médico forense llevaba escasas horas muerta, por lo que estuvo alrededor de tres días secuestrada. ¿Para qué?

Miró su reloj y se dio cuenta de que debía apresurarse o llegaría tarde a su cita. Estaba preocupada porque no había encontrado nada nuevo que decirle y no sabía cómo convencerlo para que siguiera investigando. Se le había ocurrido preguntarle si tenía más fotos guardadas que hubiesen sido descartadas para la investigación, o si podían volver a estudiar la causa juntos, folio por folio, porque ella sola no sabía dónde buscar. Al fin y cabo, dos cosas absurdas. Cerró

el ordenador, guardó el expediente de forma que quedase oculto bajo la mesa, y acercó la silla. Tras levantarse repasó su escritorio y quedó satisfecha: la causa no se veía. Cogió su abrigo y su bufanda, y salió del despacho.

El soplo de viento que golpeó su rostro nada más abrirse las puertas de cristal que separaban el edificio de la Fiscalía de la calle Capitán Haya le recordó que el invierno se acercaba. Odiaba esa estación: la lluvia, la humedad, el frío... todo provocaba que sus pensamientos y emociones la transportasen a *otro sitio* donde había vivido años atrás, y que intentaba olvidar.

El autobús de la línea 27 llegó justo cuando ella cruzaba la acera. El trayecto era largo. Había decidido quedar en una zona bastante alejada de su lugar de trabajo para que nadie pudiera verlos. Al cabo de tres cuartos de hora, las puertas se abrieron frente a la plaza de Cibeles. La diosa lucía con esplendor pese a que el sol no se reflejaba en su cuerpo de mármol; los leones miraban al frente, descuidados, como si los múltiples vehículos que a esas horas circulaban por el lugar fuesen invisibles.

Cuando llegó al restaurante, él ya estaba sentado en la mesa, distraído, mirando a ratos el teléfono móvil, a ratos la carta.

—Tan puntual como siempre —dijo al llegar—. Y sí, yo tan impuntual, *mea culpa* —añadió con una sonrisa de disculpa.

—Si me sonríes así... —Él se levantó para saludarla.

—No, en serio, lo siento. El tráfico de la Castellana debería estar penado. Hasta estoy pensando en actuar de oficio.

—No estaría nada mal.

Carvajal hizo un gesto al camarero.

—Lee la carta. Hay arroz con bogavante para dos personas...

—No se hable más. Necesitaremos acompañarlo con un buen vino.

—Blanco —interrumpió él.

—Tinto, por favor. Vino tinto. —Subió las cejas y juntó las manos como si rezara.

—En fin, eres una maniática incorregible. —Levantó el brazo—. Por favor, pónganos un arroz con bogavante para dos y una botella de tinto Luis Cañas.

El camarero asintió, recogió las cartas y se dirigió hacia la cocina.

—Y no es mi único defecto, como bien sabes.

—Lo sé. —Sonrió.

Tras unos instantes de silencio, el rostro de Laura se ensombreció. Carvajal se dio cuenta.

—¿Qué ocurre, Laura?

—Ya lo sabes, es el asunto de la niña.

Carvajal enarcó las cejas y se colocó la servilleta en el regazo.

—A ver, dime. Tenemos al responsable entre rejas, tú vas a celebrar el jurado y me consta que vas a poner todos tus esfuerzos para que lo condenen a unos cuantos años de prisión. Tenemos su coche con huellas de la pequeña y tenemos su confesión. ¿Dónde está el problema?

—¿Cómo llegasteis a él? Quiero decir, la primera pista. ¿Cómo y por qué lo investigasteis?

Carvajal le sostuvo la mirada perplejo.

—Todo lo imprescindible relativo a la investigación consta en el expediente. Y analizado con minuciosidad.

Ella esperó, pensando que añadiría algo más, pero no lo hizo. Justo en ese instante, el camarero trajo el vino. Carvajal hizo un gesto para indicar que Laura lo probaría. Después, esperó a que le llenara su copa y se la bebió de un solo trago.

—Vaya, te he puesto nervioso. Lo siento mucho.

—No. Es que me duele que dudes así de mí.

—No se trata de eso, Ignacio.

—Entonces, ¿de qué se trata? No dejo de darle vueltas desde que empezaste a insistirme en todo esto. Lo he repasado. Desde el principio, créeme. Y no solo una vez, sino varias. No hay nada. Cabos sueltos, pruebas pasadas por alto, errores... yo no encuentro nada. Ilústrame tú, te lo pido por favor. Y, de paso, acabemos con esto.

Laura se vio obligada a confiar en él y contarle sus sospechas. Y su teoría: creía que podía haber más responsables en esa muerte o había algo importante que se les escapaba.

—Pero no hay dónde buscar —dijo después de escucharla con atención—. No lo hay. O, al menos, yo no lo encuentro.

—Ya lo sé, ni yo tampoco. Pero este asunto me asalta día y noche. Tengo hasta pesadillas. Sueños recurrentes en los que secuestran a una niña y aparece ahogada en la orilla de un río. Y luego está lo del gato. Siempre aparece junto a la pequeña un gatito muerto.

—¿Y eso es un cabo suelto en la investigación?

—No lo sé. Nunca sueño con mis casos y, ahora, sin embargo...

—¿Y no puede ser, simplemente, que estés afectada por la forma tan absurda y horrible en la que asesinaron a esa niña?

—He visto niñas mutiladas, ¿entiendes? Pequeñas que iban a jugar al parque y que tuvieron la mala suerte de pasar al lado de un coche al que *alguien* había adherido una bomba lapa.

Carvajal se echó hacia atrás y negó moviendo la cabeza hacia los lados.

—Está bien —dijo al fin—. Lo volveremos a repasar. Juntos, ¿de acuerdo? Tendrá que ser en mi casa, si no te importa, porque allí lo tengo todo, en mi ordenador. Me refiero a que guardo no solo lo que hay en el expediente judicial, sino también mis notas y mis indagaciones. Las compartiré contigo y, si encontramos algo, actuaremos en consecuencia.

La sonrisa de Laura en esos instantes hubiera iluminado hasta la cueva más oscura.

—Pero te voy a pedir una cosa —añadió con suavidad—. Si no encontramos nada, olvidarás todo esto y te centrarás en lo que consta en ese expediente. ¿Hay trato?

Laura, exultante, levantó su copa de vino y, sin apenas esperar a que él cogiera la suya, las chocó, y esta vez fue ella la que, a continuación, se la bebió de un trago. «Hay trato. Siempre que encontremos lo que estoy buscando», pensó.

Viernes, 5 de noviembre de 2004

La casa de Jaime tenía mejor aspecto con la luz del sol. Al golpear la fachada, los rayos del mediodía se reflejaban en los cristales de las ventanas y ese brillo hacía parecer menos sucio todo

el edificio, que lucía mejor que nunca. Eso o que Laura estaba muy optimista esa mañana de viernes.

El portal estaba abierto así que se dispuso a subir los cinco pisos sin ascensor, sin poder evitar recordar la posibilidad de que apareciese alguna cucaracha por los rincones. Al llegar arriba llamó a la puerta y, mientras esperaba, recorrió con sus ojos las paredes de aquel lugar. Concluyó que, quizá, unos rayos de ahí afuera les podían hacer mucho bien, aunque no tanto como una buena mano de pintura. Por fin, Jaime abrió la puerta. Estuvo tan cortés como siempre, pero su cara reflejaba contrariedad, por lo que ella se puso en guardia.

Al entrar en el salón vio que Rodrigo hablaba por teléfono y lo saludó con un gesto. Miró alrededor. Solo eran tres.

—¿Dónde está Gálvez? —preguntó.

—No ha podido venir.

—Le dije que quería que nos reuniéramos los cuatro. —Tomó asiento en una de las sillas que había frente a la mesa. Su optimismo comenzaba a ceder al enfado.

—Lo sé. Iba a venir pero, en el último momento, resultó que tenía cosas importantes que hacer —respondió Jaime encogiéndose de hombros.

Laura le sostuvo la mirada unos instantes, tras los que se concentró en hojear los folios que había sobre la mesa.

—De acuerdo —continuó—. Por lo que veo, este es el resumen de las intervenciones telefónicas. —Sujetaba unos papeles en la mano—. Y ya sé que pidieron la prórroga de los teléfonos que teníamos, más la intervención de otros nuevos, ¿me equivoco?

—No. Está en lo cierto. Esto es lo nuevo. Aquí tenemos el número intervenido de la Paca. Se trata de Francisca Jiménez Gallardo y es la mujer de un conocido traficante, apodado el Manco, que cumple condena en Soto del Real.

Laura no dio aspecto de interesarse demasiado.

—¿Sabemos algo más de la DEA? Y haga el favor de no contestarme que de la DEA se ocupa Gálvez.

Rodrigo, que ya había colgado el teléfono y tomado asiento, encendió un cigarro y, mientras exhalaba el humo, daba toques con su dedo en la boca de un botellín de cerveza que acababa de abrir.

—Siento decirle que de la DEA no hay avances y sí, de esa parte de la investigación se encarga Gálvez, yo lo lamento más que usted. —Mientras hablaba despacio, fumaba sin rubor, lo que exasperó a Laura, que intentaba no exteriorizar su desagrado—. Pero le repito que se supone que tienen un agente encubierto que les pasa información, y esa información, por lo que sea, no nos está llegando.

»Yo, sin embargo, sí puedo ofrecerle avances. Los teléfonos —continuó mientras cogía una de las carpetas que había sobre la mesa— son estos tres, eso usted ya lo sabe. Hace una semana pedí la prórroga y la intervención del de la Paca, tal y como quedamos, y he descubierto algo. —Hizo una pausa para tomar un trago de su cerveza, que Laura aprovechó para intervenir.

—Disculpe que lo interrumpa, pero quiero que sepan —miraba a Jaime— que los problemas que tengan ustedes con su compañero no deben afectar a la investigación. Usted es el inspector y

por tanto su jefe, ¿verdad? Pues debería actuar en consecuencia.

Jaime pensó antes de contestar, tanto que perdió su turno de palabra.

—Como le decía, esto es lo que he descubierto. —Rodrigo ignoró las últimas palabras de Laura—. El cuartucho ese de escuchas, si se tiene paciencia, siempre acaba contando algo importante. Francisca Jiménez, además de estar casada con uno de los mayores narcotraficantes de la ciudad, llamado Francisco Vargas Heredia, alias el Manco, tiene un sobrino con el mismo nombre, Francisco Jiménez, de ahí que los apodenen como el clan de los Pacos.

»Pues bien —se paró unos instantes y miró a ambos—, he descubierto que el sobrino tiene un taller donde repara y vende vehículos de segunda mano pero, en realidad, es una tapadera. Tiene allí un almacén donde oculta droga que, al parecer, le envían desde Venezuela.

Laura enarcó las cejas y Jaime esbozó una sonrisa.

—No me jodas, Rodrigo. ¿Cuándo te has enterado de eso? —preguntó Jaime.

—Ayer mismo. No me ha dado tiempo ni a contártelo a ti.

—Soliciten ya la entrada y registro en la casa de la Paca. Con lo que hay es suficiente. El taller hay que encontrarlo. Y cuanto antes.

—Quizá sea mejor esperar y encontrar antes el taller. Si entramos en esa casa es posible que todo se vaya al traste —dijo Rodrigo.

—O puede que allí encontremos algo que nos ayude a dar con ese taller o con el envío que esperamos —insistió Laura—. Y la causa es secreta, no afectará al buen fin de la investigación.

—¿Entrar en la casa de la matriarca del clan y desmantelarlo, detenciones incluidas, no afectará al buen fin de la investigación? —se sorprendió Rodrigo.

—A ver —interrumpió Jaime—. No tenemos ni la más remota idea de dónde pudiera estar, ¿verdad?

—Ni la más remota.

—Bien. —Se puso la mano en la nuca y esperó unos instantes, con la mirada perdida—. Esa llamada, ¿era del teléfono de la Paca?

—Sí —confirmó Rodrigo.

—¿Su interlocutor es su sobrino?

—No. Es el que supuestamente va a enviar la droga. Se hace llamar Chanclas y el teléfono móvil con el que ha efectuado esta llamada tiene prefijo de Venezuela, por eso le presté especial atención. Dice que el envío llegará pronto, que tengan todo preparado en el taller.

—De acuerdo. Esto es lo que haremos. Voy a dar órdenes al grupo para que busquen al tal Francisco Jiménez. ¿Sabemos algo de él? ¿Está fichado?

—No he tenido tiempo material, Jaime. La llamada es de esta misma madrugada.

—Bien. Yo me encargo. Tú sigue con los teléfonos.

—¿Y la casa de la Paca? —insistió Laura—. No podemos esperar demasiado.

—Aguantaremos un poco.

La cara de Laura expresó contrariedad. Jaime se acercó y tomó asiento frente a ella.

—Laura, hágame caso. Sé lo que hago. Mandaré a unos hombres para que vigilen la vivienda y hablaré con los compañeros de la comisaría de Villa de Vallecas a ver qué saben. No nos alargaremos demasiado y, si veo que hay un mínimo riesgo, ordenaré que intervengan.

—Tantos policías cerca de una chabola donde venden droga no me gusta. Seguro que tienen a alguien encargado de vigilar la zona.

—Mis hombres son profesionales y han hecho mil vigilancias. No se preocupe.

Rodrigo apagó su cigarro en el cenicero, aplastándolo en exceso, lo que provocó que parte de la ceniza cayera sobre la mesa. Después se echó hacia atrás en la silla y miró a Jaime. Pero no habló. Laura decidió intervenir.

—Puede que al tal Chanclas lo conozca el agente de la DEA que hay allí, ¿no creen? Habrá que ver qué opina Gálvez.

La mirada de Rodrigo hacia Jaime se intensificó.

—Es posible. Se lo diré —aseguró Jaime mientras se levantaba y comenzaba a recoger los papeles que llenaban la mesa—. Habrá que contarle los avances de la investigación. Yo me encargo, usted no pierda el tiempo con estos detalles. En cuanto sepamos algo, la llamaré.

—¿Cómo va su sueño? —preguntó Rodrigo—. Me refiero a su asunto, el de la niña, ¿le ha provocado alguna pesadilla más?

Laura se giró sorprendida por el repentino cambio de tema.

—Estoy en un callejón sin salida.

—¿Sigue soñando con el gato?

—Sí. Y con la niña. Además, como ustedes empiezan a comprobar, soy muy terca y estoy obsesionándome.

—Más o menos como nosotros con este asunto, ¿verdad? —Sonrió Rodrigo.

—Más o menos, pero aquí parece que vamos obteniendo frutos. Lo mío es más... digamos... complicado. Debería abandonar.

—Todo es complicado. Las investigaciones son así. Si no lo fueran, sería raro y no habría mucho que investigar. Y ahora, si me permite, le voy a dar un consejo.

—Adelante —confirmó.

—Si tiene un presentimiento, sígalo.

Ella se sorprendió. No se esperaba esas palabras que, incluso, hicieron que se sintiera reconfortada. Sin saber por qué, decidió confiarles algo.

—Miren. Esto es lo que me desvela, ¿qué opinan? —Les mostró una fotografía de la pequeña muerta cuando acababan de sacarla del río—. Estaba así. Como ven, también la maniató. No pudo salir, claro. Todo indica que la tiró y dejó que se ahogara. Lo que no sabemos es si se quedaría a verla morir.

Jaime se incorporó.

—¿Lleva una foto de la niña encima?

—En realidad, no. No sabría explicarle por qué la cogí hoy del expediente. Imagino que ha sido una mala idea, ya que provoca que no me la pueda quitar de la cabeza. Pero la miro, la vuelvo a mirar, la estudio de nuevo... A ver si así descubro algo. Yo qué sé.

—Iba muy bien vestida —dijo Rodrigo—. No se le ve la cara, pero parece una niña preciosa.

—La vistieron y peinaron a conciencia. Fíjese en la trenza que sobresale tras la cinta de carroceros.

—Un bonito pelo rubio —confirmó Rodrigo—. Entiendo su desolación. Y lo lamento. Espero que pueda encontrar lo que está buscando.

—Y yo.

Rodrigo quería quedarse a hablar con Jaime. Puso una excusa y observó cómo el inspector acompañaba a Laura a la puerta. Se encendió otro cigarro mientras esperaba a que regresara. Cuando lo hizo, lo miró fijamente.

—¿A quién le vas a contar todo esto? Espero que lo de Gálvez fuese una broma, así como lo del resto de la unidad y lo de los compañeros de Vallecás —dijo al fin, observando cómo el humo salía de su cigarro.

—Tienes que aprender a actuar, Rodrigo. Lo raro sería no pedir colaboración.

—Y ya veo que lo de sincerarnos con la fiscal lo has pensado mejor.

—Aún es pronto. Tenemos que ser más inteligentes. Tampoco le he contado nada que no fuera verdad; al menos, nada trascendente. No hemos avisado a Gálvez, cierto, pero tampoco afecta en exceso a la investigación. Lo único, que ella quería que estuviera y nosotros no. Hay que usar la diplomacia.

—Pues no sé, yo más bien lo que veo que estás usando es la hipocresía.

—Rodrigo...

—No, Jaime. No me gusta. Decimos que ella nos ha mentado pero, en realidad, yo no lo veo. ¿En qué? ¿Qué puede saber ella que ignoremos tú y yo? Actúa en un segundo momento, va por detrás, y lo único que hace es informar favorablemente todo lo que pedimos en el juzgado, y es evidente que influida por nosotros.

»Para entendernos, nos está dejando hacer lo que queremos. Y no me parece justo seguir engañándola. Si luego todo esto llega a ser un desastre tipo la Operación Traviata, ella se verá afectada. Lo mínimo es avisarla.

Jaime se dejó caer en la silla.

—Está bien. A ver qué te parece. Voy a hablar con Gutiérrez y con Gálvez. Yo solo. Según lo que me digan, actuaremos. Si veo que me mienten, o si tan siquiera lo sospecho, se lo contaremos todo a Laura, ¿de acuerdo?

—No eres infalible. A ti también te pueden engañar. ¿Cómo estar seguros de si los demás nos mienten o nos dicen la verdad?

—Les voy a preguntar sin rodeos. Les pediré que me enseñen la información de la DEA.

—Entonces estarás reconociendo nuestras sospechas. ¿Lo has pensado?

—Sí. A estas alturas ya no me importa. También hablaré con Elena para que se ocupe de lo del taller. Sobre los compañeros de Vallecás, esperaremos, pero necesito controlar esa casa.

—De la casa me ocupo yo.

—Rodrigo, es demasiado.

—No, tranquilo. Puedo hacerlo. Y lo de Elena me parece bien. Quizá ella, ya que se pone, también pueda recabar más información sobre la Paca. Pensaba hacerlo yo, pero...

—Pero solo eres una persona con dos manos, dos piernas y una cabeza; está claro. Otra cosa. Tú confías en mí, ¿verdad?

Al otro parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas.



—Pero ¿qué pregunta es esa? Claro que confío en ti. No me jodas.

—Mejor porque, mientras tú trabajas, yo voy a aclarar todo esto, así que debes confiar. Al cien por cien. Oigas lo que oigas y veas lo que veas, ¿entendido?

—Por supuesto.

## Capítulo 9

Viernes, 5 de noviembre de 2004.

—Pero... no *pue sé* —dijo el Manco incorporándose en su cama—. ¿Qué coño haces aquí?

—Déjate de preguntas estúpidas y mira lo que traigo. Ya puedes ir espabilándote.

Ricardo había entrado en la celda sin mirar siquiera a su compañero. Dejó caer un libro sobre la litera que ocupaba el Manco, la de arriba, y luego se tumbó sobre la suya, la de abajo. Su cabeza le daba vueltas a los acontecimientos de los últimos días: el interrogatorio ante la jueza, esa fiscal que parecía que lo creía y que estaba dispuesta a escucharlo... y Mayordomo, cuya decisión implicaba una muerte casi segura para él. «Matarlos a todos», recordó, y su propia imagen golpeando al Georgiano le hizo estremecerse. Se pasó la mano por el rostro y vio cómo el Manco bajaba de su cama con el libro en la mano. Lo hojeó durante unos instantes y enseguida lo dejó de nuevo en el mismo sitio. Después se sentó en una de las sillas, frente a la mesa.

—No me jodas ahora con libros. Quiero *sabé* qué ocurre —insistió.

—Empezaremos por las vocales. Quiero que te las estudies. Abre el libro y rodéalas con un lapicero. Luego me las escribes en el cuaderno que hay en el primer cajón de la librería.

—Compadre, por *favó*. Dime lo que estás haciendo aquí. ¿Por qué no sigues en aislamiento? ¿Ha *ocurrío* algo en el juzgado?

—Manco, no me toques los cojones. Déjame tranquilo. Quiero dormir un rato. Tenemos toda la vida para hablar.

El silencio se adueñó de la celda durante varios minutos, los que Ricardo necesitó para reunir fuerzas y contarle cómo sería la situación a partir de ahora.

—Perdona. Estoy bien jodido y necesito asimilarlo. Eso es todo. Pero no debí pagarlo contigo.

El otro se vino arriba.

—*Amos*, compadre, nada puede ser tan malo. Mientras *estemo* juntos, *podremo sobreviví*, seguro que...

—Estoy cansado —lo interrumpió—. Estoy hasta los cojones de luchar. Contra todo y contra todos. Lo mejor que podría pasarme es que un cabronazo de estos me metiese un navajazo. Y lo antes posible.

Aunque Gabarra no lo vio por la oscuridad de la celda, el rostro del gitano se ensombreció. Por ello quizá tardó un largo rato en contestar. O puede que fuese porque en realidad no sabía qué decir y, en el fondo, entendía a su amigo.

—Cuéntamelo, compadre —susurró.

—La declaración en el juzgado fue mucho mejor de lo que pensaba. Me voy a comer la muerte del Georgiano, pero eso ya lo sabíamos. Sin embargo, la fiscal me ha escuchado, y juraría que hasta me ha creído.

—*Amos*, compadre, ¿la fiscal te ha *creído*? Me reiría si no fuese algo tan grave. Entonces, ¿por qué te van a *encalomar* su muerte?

—Porque no he querido hablar.

—Tú nunca hablas. Ni con tu *mejó* amigo.

—Hay cosas que es mejor que no sepas. Hazme caso.

—Esta no es una de ellas.

—Créeme que sí.

—*Mu* bien. —El Manco se giró hacia la pared—. Me voy a *poné* aquí, en esta estupenda mesa, con el librito que me ha *traído* mi compadre, que dice que debo *aprendé* a *leé* y a *escribí*, pero que no debo *conocé* quién le está jodiendo la vida de mierda que lleva en esta prisión ni tampoco por qué.

El Manco se sentó con el libro. «*El conde de Montecristo*», dijo en voz alta. Aunque solo lo supuso, porque no tenía ni idea de lo que ponía en la portada aquella.

—Es gordito, ¿eh? ¿No podías haber *traído* uno un poco más ligero? Y con mujeres desnudas con pechos grandes. Uno así me hubiese hecho *aprendé* a *leé* en dos días.

Soltó una carcajada mientras miraba hacia atrás para comprobar que Gabarra lo escuchaba. Ricardo, sin poder evitarlo, rio también.

—Ese tipo de publicaciones ni son libros ni tienen apenas texto —dijo Ricardo aún con la sonrisa en la boca.

—Ya, pero y lo que alegran la vista, ¿eh, compadre? Hay que *joerse*.

—¿Cómo te ha ido a ti en los juzgados, Manco? Quiero decir, a lo largo de tu vida. Sé que los has frecuentado y me gustaría saber tu opinión sobre la justicia.

El otro se tomó su tiempo. Mientras pasaba las hojas del libro, pensaba en la respuesta. Tras peinarse con la mano su canoso pero abundante pelo dijo:

—Yo los llamo los tribunales de la injusticia. Creo que con eso es suficiente, ¿o quieres detalles?

Gabarra se volvió a tumbar poniendo ambos brazos bajo su cabeza.

—Joder, Manco, te lo he preguntado en serio. Como has tardado unos minutos en contestar, pensaba que me ibas a responder como Dios manda.

—Con el buen resumen que te he hecho, ¿de qué te quejas? No me gusta ser *hiproquita*, ya lo *sabe*.

—La fiscal me creyó. Estoy seguro, lo vi en su cara. Y me dejó hablar y contar todo lo que ocurrió. Es la primera vez que me pasa, ¿por qué lo habrá hecho?

—*Pa da* por el culo a la jueza, ¿a que ella también era *mujé*?

—Vamos, Manco. —Gabarra se incorporó de nuevo—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Jueces y fiscales... Hay que *joerse*. Luchan entre ellos por *ve* quién es *mejó* y más listo. Y en esas luchas nos pasan por encima, compadre. Son así de hijos de la gran puta. Y encima si ambas son hembras...

—Joder. Estás enfermo.

—¿A que la jueza no te creyó y no paró de meterte el *deo* en el ojo como una zorra sin *escúprulos*? ¿A que parecía que te quería *quemá* en una hoguera *improvisá* en su propio despacho? —La cara de Gabarra le contestó—. ¿*Ve*? Ahí lo tienes. Dos perras en celo luchando para *quedá po* encima la una de la otra. Les importas una mierda. A las dos.

Ricardo no estaba de acuerdo con esa conclusión. Esa fiscal le había creído. A él. Aunque las palabras del Manco le hicieron recordar su pasado y, en parte, no le faltaba razón. Pero no solo jueces y fiscales, el sistema en general pasaba por encima de ellos en su lucha por alcanzar el poder. Era como si la casta, pese a saber que lo era, mantuviera luchas internas por ser de una casta superior.

—Desde el día en el que puse un pie en esta prisión tú nunca te cabreas conmigo ni me cuestionas. ¿Por qué? —decidió preguntarle.

El Manco se giró para verle la cara. En realidad, Gabarra no estaba seguro de querer saber la respuesta a esa pregunta. El gitano tampoco parecía convencido de deber ofrecérsela.

—Te observé aquel día. Un joven de *po* más de treinta años que no era *capá* de sostenerme la mirada. Parecías un chiquillo *asustao*. ¿Qué coño te pasó, compadre? ¿Qué te hicieron? He *cruzao* mis ojos con los de muchos asesinos a lo largo de mi vida, de la que he *pasao* los últimos *dié* año en prisión.

»*Mirás* de hombres *desquiciaos* en los que el asesinato fue consecuencia de su propia locura; de hombres violentos que mataron *po placé*; de *depreaores* sexuales a quienes no les importó que sus víctimas acabasen muertas con tal de *satisfacé* su deseo; incluso de drogadictos que asesinaron por un miserable pico de caballo. Pero tus ojos, compadre, lo eran de *to* menos de un delincuente.

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Qué mirada tenía?

La sonrisa de Ricardo se mantuvo en su cara mientras se enderezaba y se sentaba en la cama, negando con la cabeza. Se puso las manos sobre las rodillas antes de levantarse, esperando a que el Manco acabase su disertación.

—La de una víctima.

La respuesta le quitó la sonrisa de sopetón.

Jaime esperaba con paciencia el momento oportuno. Fingía leer un expediente cualquiera que había colocado sobre su mesa y, de vez en cuando, tecleaba un informe fantasma en su ordenador. Al tac-tac de las teclas sonando sin sentido ni intención lo acompañaban las gotas de lluvia que golpeaban la ventana con saña. El silbar del viento se dejaba oír a través de las paredes y la oscuridad había avanzado, serena, hasta dentro de su despacho, que solo iluminaba un pequeño flexo. A las ocho de la tarde apenas se escuchaba mucho más en las dependencias de la UDYCO si no fuera por Gutiérrez. Jamás hubiera pensado que el jefe trabajara hasta tan tarde, y menos un viernes. Salió al pasillo, desde donde podía ver su despacho. Tras la puerta entornada adivinó la luz encendida a través de los únicos rayos que no podían esconderse tras ella y que asomaban por su rendija. Al cabo de unos cinco minutos, escuchó cómo se marchaba. Esperó hasta que el sonido de sus pasos se desvaneció y, entonces, se levantó sin hacer apenas ruido y se dirigió hacia el pasillo. Tras unos segundos lo pensó mejor y, después de encender las luces, llamó en voz alta a

varios compañeros. No hubo respuesta. Aun así, dio una vuelta por el resto de las estancias y, en efecto, estaba solo.

Se dirigió, ya sin tanto sigilo, hacia el despacho de Gutiérrez. Empezó por la mesa. Aunque llena, tanto de carpetas como de folios sueltos, la tenía en orden, y no encontró nada importante. Continuó por los cajones, apenas dos a cada lado y sin cerrar con llave. Los abrió. Más papeles, pero ninguno interesante. Y todos guardados en sus respectivas carpetas con un pequeño resumen de su contenido en la parte exterior. Empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo, y no solo eso: una sensación de inquietud le hacía mirar cada pocos segundos hacia la puerta y tuvo la tentación de abandonar. Si por lo que fuera algún compañero apareciese por allí, o el mismo Gutiérrez que hubiera olvidado algo, su carrera a la basura.

Pero necesitaba intentarlo. ¿Y si esa información de la DEA de verdad existiese y, por lo que fuera, Gutiérrez la quisiese ocultar? Eso confirmaría la peor de sus sospechas. Fuese lo que fuese, tenía que estar en ese despacho. La información de la DEA, los teléfonos... Era el último cartucho que tenía antes de hablar con él directamente, y pensaba gastarlo. En la mesa no había nada, así que continuó con la librería. Gutiérrez no era un gran lector, eso saltaba a la vista. No porque no tuviese libros allí, sino porque estaban nuevos. Algunos, incluso, envueltos en plástico. Motas de polvo que se veían a trasluz los adornaban y daba la sensación de que apenas los había movido. Las fotos eran otra cuestión. Podría tener unas cincuenta. Con marcos relucientes, se notaba que su familia era para él lo primero. Su mujer y sus dos hijos se repetían a lo largo de la estancia, rodeados de diplomas y condecoraciones. Pero lo que a su juicio hacía del despacho un lugar distinto era un trofeo de caza. Los cuernos de un venado de quince puntas que, al parecer, le habían hecho ganar una medalla de plata, se alzaban en medio de la librería, en un hueco dejado a tal fin. «Finca El Pajarejo. 23-02-2001», ponía debajo en una placa dorada y ovalada, según comprobó al acercarse. Los restos del esqueleto de la cabeza del animal sobre el que se elevaba la cornamenta, vistos de cerca, lo inquietaron, aunque recordó que a veces, en sus reuniones, cuando el jefe se levantaba de la silla, los cuernos coincidían sobre su cabeza, lo que había provocado más de una mirada de reojo con Rodrigo, seguida de la sonrisa correspondiente.

Se llevó una desilusión, aunque en el fondo lo intuía. El jefe no sería tan estúpido de, si tuviera algo que esconder, hacerlo allí. Decidió marcharse. Antes de abandonar la estancia echó un vistazo rápido para confirmar que todo seguía tal y como se lo había encontrado. Y al final, al salir, algo le hizo detenerse. Había una imagen que no encajaba con el resto. Retrocedió y se giró. Ahí estaba. La única foto sin enmarcar y en la que, en vez de su mujer y sus hijos, salía él acompañado de otro hombre cuya cara le resultaba familiar, pero que en esos momentos no lograba reconocer. Ambos estaban en cuclillas y en medio sostenían lo que parecía ser un gamo abatido. Gutiérrez vestía un pantalón de pana verde oscuro, un jersey de lana de un tono similar y una boina. La escopeta con la que había matado al animal lo ayudaba a no perder el equilibrio, y la sonrisa que lucía en su cara Jaime jamás se la había visto esbozar fuera de esa instantánea. Le costó reconocerlo.

Estuvo tentado de llevarse la foto, quizá no se notase tanto al estar en segunda fila y medio apoyada contra el fondo de la librería, pero pronto concluyó que era un error. La cogió, la observó

y le dio la vuelta. «Finca Matamuñoz. 20-01-2000», había escrito una temblorosa mano. Le hizo una foto, la dejó en la estantería y salió de aquel lugar.

La noche ya era cerrada, pese a que solo eran las nueve, y sintió una oscuridad fría y desalentadora que lo golpeó de lleno, casi más que sus sospechas. Sospechas que, en otro lugar y tras una pantalla de ordenador, para otro hombre —que había podido observar todos y cada uno de los movimientos de Jaime a través del objetivo de una cámara situada estratégicamente dentro del cráneo del animal que colgaba en el centro de la estancia— empezaban a convertirse en certezas.

Sábado, 13 noviembre de 2004

—No recordaba ese reloj.

Cucú, cucú.

—Me parece que no está en hora porque solo es la una y sigue cantando.

Cucú, insistía el pequeño pajarito que salía del reloj de cuco que presidía una de las paredes del salón del piso de Carvajal, sin hacer caso a las palabras de Laura, que lo miraba ensimismada. El pajarito se asomaba por una de las ventanas de una pequeña casa con balcones repletos de flores, la cual se sostenía sobre una repisa donde había un árbol, una mesa y un banco. Todo de madera y se notaba que había sido hecho a mano.

—No funciona bien. Suena cuando quiere y da la hora que quiere —dijo Carvajal sin mover los ojos del ordenador.

Con el ratón pasaba fotografía tras fotografía y, a juzgar por la rapidez con la que lo hacía, buscaba al parecer una en concreto.

—Es muy bonito —dijo ella acercándose—. ¿Quién te lo ha regalado?

—Lo hizo mi padre hace años. Le gustaban las manualidades. Se pasaba horas tallando la madera. Tengo muchas otras cosas. Por ejemplo, ese cuadro. —Señaló a su lado derecho, de nuevo sin levantar los ojos del ordenador. En esa pared había una talla de madera enmarcada, que reproducía un cuerpo de mujer.

—Vaya, es precioso —se sorprendió Laura.

—Aquí está.

—¿Cómo?

—Aquí la tenemos. Si te fijas en esta foto, refleja con exactitud el lugar donde desapareció la niña.

Laura se sentó junto a él y se aproximó a la pantalla. Una acera de una calle de Madrid. Punto. No supo qué decir.

—Si acercamos la imagen justo en esta zona —dijo él pulsando el ratón—, lo veremos mucho mejor.

Laura apartó los ojos de la pantalla para fijarlos en Carvajal que, sin embargo, seguía con los suyos fijos en el ordenador.

—Es sangre. Una pequeña mancha, ¿la ves?

Laura tenía la cara casi pegada a la pantalla. Y sí, por fin la vio. Era una ridiculez que cualquiera hubiera pasado por alto.

—Tuvimos que estudiar el lugar al milímetro para descubrir algo así, como podrás imaginar, a juzgar por el tamaño de la mancha. Los compañeros de Policía Científica se emplearon a fondo.

Y, entonces, Laura se sintió idiota.

—Oye, creo que todo esto se me está yendo de las manos. Tú eres el inspector y el experto. Yo no soy más que una fiscal que estudia si hay pruebas suficientes para llevar a alguien a juicio por cometer un crimen y que, en este caso, está obsesionada por culpa de un presentimiento absurdo.

Ignacio sonrió por primera vez en toda la mañana, en la que había permanecido tan serio que ella había llegado a inquietarse.

—No. Tú te preocupas cuando crees que tienes motivos para ello. Eso no es malo. Yo solo quiero que veas que no he pasado nada por alto y que puedes celebrar ese juicio con total tranquilidad. Sin embargo, no es sangre humana —continuó tras hacer una leve pausa—. Puede que sea de algún animal, por eso olvidé el hallazgo. Suele ocurrir. Y ya sabes que cuando encontramos el cadáver de la niña no tenía heridas aparentes, al menos de consideración, de esas que hubieran hecho que sangrara de manera suficiente como para que cayese una gota al suelo. Eso confirmó que el hallazgo no tenía ninguna importancia.

Laura se quedó pensativa.

—¿De un animal? —preguntó al fin.

Carvajal lo vio en sus ojos.

—Horror —dijo—. Ya tienes a tu gato en la escena del crimen. Geos, a mí.

La carcajada de Laura le provocó una sonrisa pero, a la vez, confirmó sus peores presagios.

—Es que podría ser, ¿no? Bueno, al menos es posible.

—Un gato, un perro, un mosquito, un grillo, una araña... ¿sigo?

—No, vale, déjalo.

Después decidieron repasar el resto de las fotografías. Las del lugar donde se produjo la desaparición de la niña, donde se la encontró muerta y, por último, las de su casa, centrándose en su habitación.

—Una pequeña de siete años muy normal.

—Exacto, familia de clase media alta. Casa en el barrio de Chamberí y segunda residencia en la sierra. Madre enfermera y padre empresario. Un hermano dos años mayor que ella, que estuvo presente el día que fui a hablar con los padres, tanto cuando la pequeña desapareció como cuando encontramos su cadáver, y que no levantó los ojos de su regazo. Poco más. Aunque... —comenzó Carvajal, pero se quedó pensativo unos instantes, tras los cuales decidió callarse.

Laura lo conocía y decidió esperar. Mientras, ojeó los resultados de los posicionamientos de las antenas de los teléfonos móviles. Era una de las medidas de investigación que se adoptaron primero tras la desaparición y, después, tras la muerte de la niña, al no contar con ninguna pista. Ni testigos, ni huellas... nada. Ni siquiera una miserable colilla tirada en el suelo. Aunque no fuese del responsable, al menos hubiera sido algo con lo que poder trabajar. Ana no tenía teléfono móvil, por su corta edad, pero lo más probable era que el que la mató sí lo tuviera. Si en ese momento, por una llamada o un mensaje de texto, lo hubiese utilizado, las antenas que daban cobertura al lugar lo habrían captado. Luego era cuestión de averiguar la titularidad del teléfono y

ya tendrían al primer sospechoso. Pero esa diligencia tampoco había arrojado resultado positivo alguno.

—¿Los padres tenían algún enemigo?

—Tenían enemistades, pero no más que tú o yo. Hablé con toda la familia, me refiero a la extensa, por si acaso. Abuelos, tíos... gente normal. Estaban destrozados y confiaban en mí. Ellos pensaron que yo iba a ser capaz de... bueno, que traería a su pequeña de vuelta a casa sana y salva. Y a los cuatro días tuve que volver para decirles a la cara que la había encontrado asesinada.

Esas últimas palabras de Carvajal hicieron que se estremeciera. Pero no quería que él lo notase y decidió no levantar los ojos de los papeles que tenía enfrente. «Desaparición inquietante», leyó en el borrador del atestado que levantó Carvajal nada más recibir la denuncia.

—Desaparición inquietante —dijo en alto para que él pudiera oírla.

—Sí, ocurre siempre en caso de menores. Lo que hacemos es activar un protocolo que consiste en difundir la foto de la menor a todos los cuerpos policiales, aportando los datos de identificación, última vestimenta que llevaba... Y, luego, ya sabes, los teléfonos, los familiares... Yo hablé con la madre nada más desaparecer la niña. Estaba tan hundida que apenas pudo articular palabra. Sin olvidar la inspección ocular del lugar de los hechos, claro, donde encontré esa gotita de sangre de, probablemente, un felino —dijo Carvajal a la vez que giñaba un ojo.

—¿Y por qué tú?

Carvajal la miró con cara de extrañeza.

—Sí, si no me equivoco, tú eres jefe del grupo V de Homicidios. Tu trabajo comienza cuando hay un cadáver. ¿Por qué te encargaron investigar la desaparición de la niña?

La sonrisa tranquila del inspector provocó otra en Laura.

—No pierdes detalle. Así me gusta —le dijo—. Órdenes de arriba. No en el mismo momento de la desaparición, pero sí al cabo de media hora escasa. Creo que estaban casi seguros de que aparecería muerta. Aun así, no es lo habitual, y me extrañó. Pero, bueno, reconozco que me motivé muchísimo ante la sola idea de encontrarla viva.

—¿Qué es lo que ibas a contarme antes, cuando te has detenido de pronto?

—Que el hermano de la niña, el que no hablaba, sostenía en brazos a un... animal.

Los ojos de Laura se abrieron hasta límites imposibles.

—¡Un gato! —gritó—. ¿Te das cuenta de que mi sueño al menos tiene un poquito que ver con todo esto?

Carvajal asintió con paciencia mientras soportaba el entusiasmo absurdo de su interlocutora.

—Exacto, un gato. Imagino que como en miles de hogares españoles. Pero no era negro y, por suerte, no estaba muerto. El niño lo tenía en su regazo y, como te comenté antes, se refugiaba en él para no mirarme.

—Te equivocas, Ignacio. España es un país de perros. —Enarcó las cejas y dirigió de nuevo su mirada hacia el atestado—. Tu trabajo me resulta insoportable.

Carvajal se sorprendió.

—Buscar personas desaparecidas sin apenas pistas y no encontrarlas jamás, o encontrarlas muertas. Entonces, buscar a los que las asesinaron, también sin pistas. ¿Puede haber algo peor en



la vida?

—Que alguien reduzca mi trabajo a esa afirmación. Y te recuerdo que eso solo ha ocurrido esta vez. Yo siempre parto de un cadáver. Lamento desilusionarte.

Laura no sabía cómo disculparse. Carvajal se adelantó.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? Todo el día acusando a unos y a otros, intentando que los metan en prisión. Eres la mala.

La comparación tranquilizó a Laura porque le pareció que no era fruto de un enfado demasiado grave.

—Yo no soy la mala, yo soy la buena... no hagas como los abogados, que siempre se ponen del lado del imputado. Piensa en la víctima.

—El lugar donde apareció el cadáver —dijo él de pronto—. Aquí tengo las fotos en papel y aquí las puedes ver en el ordenador. Mis notas son estas. Como recordarás, la zona era la Cuenca Alta del río Manzanares, partido judicial de Colmenar Viejo, al que yo acudí por estar encargándome de la desaparición de la niña.

»Cuando llegué ya estaban allí los compañeros de la Guardia Civil, que colaboraron con nosotros. Se encargó de levantar el cadáver el Juzgado de Instrucción número 2 de Colmenar Viejo; sin embargo, la fiscal que vino al levantamiento fuiste tú. Imagino que tu compañera de Colmenar te quiere por evitarle el trago.

—Es amiga mía. Me llamó al enterarse de quién era la víctima porque sabía que el asunto lo llevaba yo. Y decidí ir. Cuando se trata de jurados me gusta ver la escena del crimen. Se me queda grabada en la mente gracias a mi memoria fotográfica y me ayuda en el juicio. Lo sabes...

—Lo sé —confirmó Ignacio—. Pero no estaba seguro de que te diese tiempo a llegar ni de que te avisarían. Yo no quise hacerlo.

—Ya me di cuenta. Muchas gracias. —Intentó decirlo molesta, pero se le dibujó una sonrisa en la cara.

—No era necesario, Laura. De verdad, no lo era. Y si no hubieras venido, quizá ahora no estarías con esas pesadillas ni ambos aquí perdiendo el tiempo.

El comentario la molestó, aunque lo ocultó. En el fondo tenía que reconocerlo; por ahora era lo único que habían hecho: perder el tiempo.

—Bien. El lugar de los hechos. ¿Qué tenemos?

—Tenemos poco. En cuanto al lugar en sí ni sangre ni restos de comida, colillas, papeles... nada. Solo prado verde, piedras y agua. En cuanto a la niña, aún se encontraba dentro del río y atada de pies y manos, con cinta de carroceros alrededor de la cabeza, excepto los ojos, que los tenía destapados. Por lo demás, era una zona repleta de vegetación... Bueno, eso ya lo sabes.

»Estuve después en la autopsia. La médico forense confirmó el ahogamiento como única causa de la muerte. Tenía pequeñas heridas en el cuerpo, pero fueron causadas *post mortem* por los golpes contra las rocas, ya que la corriente del río la arrastró pero creemos que poco. Eso nos obligó a abrir el radio de actuación e inspeccionamos unos kilómetros a la redonda, por si acaso, pero sin resultados concluyentes.

»Y luego el roce de las cuerdas en muñecas y tobillos también le había causado heridas al intentar desatarse, pero el único ADN que hallamos en el cuerpo de la niña era el suyo: ni sangre,

ni semen, ni señales de lucha... Las uñas estaban impolutas, sin rastro alguno de piel o fibras textiles ajenas a las que ella vestía. Por eso las primeras hipótesis iban en la dirección de que se la había llevado alguien conocido.

—Ni tampoco tenía signos de haber sido abusada...

—Eso es relativo. Restos de semen no había y se cogieron muestras de su boca, vagina y ano. Tampoco tenía heridas, desgarros o similar. Pero eso no es concluyente. Muchos tipos de abuso sexual no dejan huella.

—Antes has dicho que la familia de la niña tenía una casa en la sierra, ¿verdad? De ahí surgió la pista que os llevó al vehículo del asesino, donde encontraron huellas de la pequeña en el maletero. Todo eso consta en la causa. Lo que no he leído por ningún sitio es cómo conseguiste la información sobre el vehículo.

—Eso es parte relativa a la investigación policial. No hacemos constar todo el trabajo que realizamos, que es mucho más extenso que lo que se lee en el atestado final. Ahí pone que lo averiguamos gracias a un vecino.

—Ya, pero...

—Aún tenía restos de comida sin digerir en el estómago —continuó Carvajal sin hacer caso a Laura—, por lo que no llevaba mucho tiempo muerta, entre dos y tres horas. Eso nos indicó que, como había sido secuestrada cuatro días antes, la habían retenido en algún sitio, que aún hoy no hemos podido descubrir. Hemos dejado la búsqueda, ya que la niña ha aparecido muerta y hemos detenido al responsable. Me imagino que también te parece mal.

Laura no respondió. Se encogió de hombros y esperó a que él continuara.

—En cuanto a los análisis de toxicología, los resultados también fueron negativos. Ni drogas ni ningún tipo de sustancia similar de abuso. Tampoco había restos de calmantes o somníferos, aunque eso no es importante. Bueno, quizá serviría para pensar que la niña fue drogada para que no sufriera en el momento de la muerte. Algo que hubiera sido absurdo e incongruente con la forma en la que se llevó a cabo el crimen: ahogamiento sin posibilidad alguna de defensa.

»De una cosa estoy seguro: la manera de asesinarla fue premeditada para hacer sufrir a la pequeña. No sabemos si la drogaría en el momento del secuestro. Si lo hizo, dado el tiempo transcurrido, es posible que los efectos de la droga en cuestión hubiesen desaparecido.

—¿Fue elegida al azar?

—Eso parece. Aunque sí hay una cosa importante: el asesino vivía bastante cerca de la casa de la sierra de la pequeña. Imagino que una vez que la eligió y centró su objetivo, investigó a la familia hasta averiguar su lugar de residencia en Madrid, donde la secuestró. No es difícil. Al principio pensé que podía haber un móvil económico, un secuestro condicional, ya sabes, pero la familia no recibió jamás ninguna llamada pidiéndole dinero.

»También investigué su entorno, sus amistades... Son bastante queridos tanto por los vecinos como por los amigos. Y la niña también lo era. Todo indica a un desconocido con un móvil sexual, que es lo más frecuente. Nuestro imputado, que no hemos podido demostrar que sea un pederasta ni por qué lo hizo. Yo me quedaría con eso. Y te recuerdo que ha confesado y que tenemos huellas de la niña en el maletero de su coche.

—No sé, es raro. No me cuadra. Algo no encaja.

Laura vio expresión de desagrado en Carvajal y sabía que estaba robándole demasiado tiempo.  
—Poco más que contarte, Laura. —Enarcó las cejas y suspiró. Después la miró con paciencia—. Hablé con un guardia civil retirado que vive en Colmenar Viejo. Conoce a todo el mundo y es amigo mío. Me ayudó a comprobar matrículas de todos los varones entre treinta y sesenta años que viven por los alrededores. Cuando encontré la que correspondía al vehículo del asesino, me hizo sospechar porque tenía antecedentes por tenencia ilícita de armas. Una tontería.

»Pero me acerqué a su casa solo para descartarlo y porque no teníamos mucho más. Cuando me abrió la puerta, ya sabía a lo que iba. Reconoció haberla matado, Laura. Así fue. Así de fácil y así de extraño. Lo peor es que cuando lo llevé detenido a la brigada a declarar, se negó. Igual que en el juzgado. Solo dijo que la había matado él. Y como no habló, no sabemos nada más, y esas lagunas en esta historia son las que te hacen plantearte cosas. Lo entiendo.

»A mí también me ocurrió en un principio, sobre todo por si era inocente y lo que intentaba era encubrir a algún ser querido, o si solo buscaba notoriedad. Hasta que encontramos las huellas de la niña en el maletero de su coche. En ese momento, mis dudas se disiparon. Espero que las tuyas lo hagan tras la sentencia condenatoria. Entonces se habrá hecho justicia. Ya sabes que la justicia a veces solo llega a la condena del culpable. No es mucho, claro que no. Tienes que pensar que a lo mejor hemos conseguido que no vuelva a matar. Eso también es justicia, ¿no crees?

—Gracias por contármelo.

—En realidad, no había razón para ocultártelo y así dejas de pensar cosas raras.

—¿Interrogaste a su familia?

—No tenía familia. Estaba solo.

—Bueno, pues imagino que eso es todo. —Laura se levantó—. Quizá después de hablar contigo, mis pesadillas acaben.

—No sé si tendremos tanta suerte. Me conformaré con que te quedes tranquila cuando estés despierta.

Ana

*Escuchó un maullido. Otro. El caso es que en una ocasión le pareció haber acariciado a un pequeño gatito negro con la punta de la cola blanca. Sin embargo, el recuerdo era tan vago que dudaba de si no habría sido fruto de su imaginación. Pero, entonces, ¿dónde estaban todos esos gatos?*

*Recordó a Diva, su gatita. Su imagen consiguió tranquilizarla unos instantes, hasta que tocó algo que había a su lado. Un lomo suave y una colita larga. Por fin encontraba a uno de esos gatitos. «Gatito, gatito», lo llamó. Pero el animal no le hizo caso. Lo agitó. Notó que ni siquiera se movía.*

*De pronto, un pensamiento le cruzó la mente y la asustó todavía más, mucho más que los gritos del hombre o la soledad y la oscuridad, y eso que creía que su miedo no podía aumentar.*

*El gatito estaba muerto.*

*Ella no lo sabía, pero empezaba a imaginar cosas.*

*Eso significaba que su mente comenzaba a fallarle.*

*Y era lo único que le quedaba para salir de ese lugar.*

## Capítulo 10

Lunes, 22 de noviembre de 2004

Llegaba tarde y apretó el paso. Sabía que no era necesario ser puntual, pero no le gustaba retrasarse. Los juicios rápidos empezaban a las diez de la mañana y estaban señalados con un espacio temporal de cuarenta minutos. Ya eran las nueve y media y acababa de salir de casa. Aun así, llegó justo a tiempo. Tras firmar y recoger los atestados en la Fiscalía de guardia, subió al juzgado. César ya estaba sentado frente a su mesa.

—Pero, bueno, ¿si has llegado antes que yo! —dijo Laura en tono burlón.

—¡Pues sí! Y odio decirle esto, pero... allá voy: llega usted tarde, señora fiscal. Unos minutos más y doy cuenta a su jefe —contestó César en el mismo tono.

Sonó un teléfono. Tras unos instantes de silencio, Laura se dio cuenta de que era su móvil. Lo sacó del bolso y ahí estaba la llamada.

—Hablando del rey de Roma... Es Amancio. Lo cojo que si no luego, con el lío de la guardia, me va a ser imposible devolverle la llamada. Estúdiese los atestados, señoría, y luego me los explica. Hay que ganar tiempo.

Se giró sin poder ver el gesto con el que César la mandaba a paseo.

—Buenos días, Amancio.

—Perdona que te moleste, sé que estás ocupada.

—Exacto. Estoy de guardia, pero aún no hemos empezado. Dime, será algo urgente, imagino, relativo a los atestados de hoy.

—No, no —carraspeó—. Me temo que te llamo por el asunto de siempre.

—Pues precisamente tenía que hablar contigo. ¿Sabes que tengo buenas noticias? Por fin hemos encontrado algo con las intervenciones telefónicas. Los de la UDYCO han interceptado una llamada donde mencionan en concreto un envío de droga. El emisor es venezolano y llama desde un teléfono de allí, y también cita un taller, que aún no sabemos dónde se encuentra, al que supuestamente remitiría el envío.

»La policía cree que es una tapadera y en realidad ese taller es un simple almacén donde ocultar la droga. Su dueño es sobrino de una conocida narcotraficante de las de toda la vida, un tal Paca, que vende droga desde su casa de Valdemingómez. Tenemos suficiente para pedir una entrada y registro.

—Muy buen trabajo. Y dime, ¿sabemos algo más sobre ese taller tapadera?

—Me temo que no. Yo quería entrar ya en casa de la Paca, pero la policía dice que es mejor que encontremos primero el taller. Y en eso están ahora.

—Exacto. Que lo busquen. Y, sobre todo, que no pierdan de vista ese envío. Es un gran avance. Dales la enhorabuena a los policías de mi parte.

—Gracias, Amancio, lo haré.

—Tengo que dejarte. Entro en una reunión. Mantenme informado.

—Descuida.

Laura colgó el teléfono con un estado de felicidad que César reconoció nada más cruzar de nuevo la puerta de su despacho.

—¿Qué ocurre? ¿Te nombran fiscal general del Estado?

—Pero qué dices, es aún mejor. El jefe está muy satisfecho con nuestros avances en el asunto de la salud pública. El de Venezuela.

César torció el gesto.

—¿En serio? Pues yo creo que eso está abocado al fracaso. Hace dos semanas dicté el auto de prórroga de las intervenciones telefónicas originales y acordé otras nuevas, como bien sabes. En quince días cumplimos dos meses. Hay que encontrar algo de peso, lo sabes mejor que yo.

—Lo sé. Has de tener fe.

Alguien abrió la puerta tras dar tres toques con los nudillos.

—Señoría, disculpe, el abogado del primer asunto ya está aquí, y el imputado también. Quiere hablar con la fiscal por una posible conformidad —dijo una funcionaria con una voz débil y casi en un susurro.

—Gracias, Begoña. Ahora vamos a la sala.

La funcionaria cerró la puerta.

—Y dime, ¿ya no te atormenta el señor de los gatos?

—¿El «señor de los gatos»? ¿Qué señor de los gatos? —se sorprendió Laura.

—Bueno. Nuestro asesino de la niña. Perdona que lo haya llamado así. Sé que estás muy afectada por ese caso.

—Pero ¿por qué lo llamas así, señor de los gatos? —preguntó. Miraba al magistrado sin parpadear, estupefacta.

—Discúlpame de nuevo. Como te preguntó aquello sobre los gatos cuando declaró como imputado, me ha salido así.

Laura abrió los ojos y la boca desmesuradamente. Apenas podía articular palabra.

—¿Algo sobre gatos? A mí ese desgraciado no me preguntó nada.

—¿Cómo que no? No quiso declarar, solo reconoció haberla matado y cuando tú le preguntaste que por qué lo había hecho, en vez de contestarte te preguntó, retándote: «¿Le gustan los gatos, señora fiscal?». No me puedo creer que no te acuerdes. Lo corté de inmediato. Menudo desgraciado. Se acoge a su derecho a no declarar pero te pregunta esa chorrada. Encima vacilándonos. Lo que nos faltaba, aguantar estupideces de un asesino.

Pero Laura ya no escuchaba al magistrado. Su presentimiento sobre que ese sueño con un gato muerto pudiese significar algo acabó en ese preciso instante. Ella no lo recordaba. Imaginaba que su subconsciente se había quedado con las palabras de ese malnacido. Por eso veía a ese gato en sus sueños. Por eso y por nada más. Maldita sea.

Jaime madrugó aquella mañana. La Puerta del Sol estaba desierta, aunque las calles aún reflejaban

los estragos que los jóvenes y sus botellones habían causado la noche anterior. Se cruzó con un vagabundo tumbado en un banco y pensó en la ironía del alcohol. A algunos les hace pasar grandes noches entre amigos; a otros les arruina la vida como el peor de los tumores.

Anduvo un par de manzanas con la intención de que el aire matutino lo despertara por completo y después se introdujo en el metro. Tras recorrer medio Madrid bajo tierra, llegó a su destino. Al entrar en el complejo policial de Canillas, sus pensamientos se centraron en la mañana que se avecinaba. Llevaba varios días dándole vueltas a lo mismo. No quería enfrentarse con Gutiérrez. No al menos de la manera en la que creía que debía hacerlo. Desde luego, no iba a ser la primera vez que le preguntara sobre una operación, pero sí que le echara en cara una mentira, y tampoco sabía si era lo correcto. Al atravesar la puerta de las dependencias de la UDYCO se dirigió hacia Elena que, como de costumbre, estaba sentada frente al ordenador. Tras ponerle unos papeles delante, sobre su mesa, le dijo:

—Necesito que averigües todo lo que puedas sobre el clan de los Pacos. En concreto, y sobre todo, de Francisca Jiménez Gallardo y su sobrino, Francisco Jiménez. Y cuanto antes, por favor. Aquí está la información que tenemos por el momento. Como ves, es poca.

—Delo por hecho.

Elena cogió los papeles y comenzó con la búsqueda.

—Ah, otra cosa importante. Hazlo con discreción y, cuando descubras algo, me buscas y me lo explicas a solas.

—Sin problemas.

Luego se dirigió a su despacho. Tras entrar y cerrar la puerta, se sentó para repasar los datos esenciales de la operación. Abrió el primer cajón de su escritorio, que nunca cerraba con llave, para coger unos folios, y lo que vio lo dejó paralizado unos instantes. Su teléfono móvil, el que había perdido días atrás. Intentó encenderlo pero no tenía batería. Se preguntó si podría llegar a ser tan imbécil como para haberlo dejado allí y olvidarse, porque lo que sí sabía con certeza era que no había tenido mucho tiempo para sentarse en su escritorio y trabajar tranquilo, así que era posible que no hubiese abierto ese cajón desde hacía días.

Unos fuertes golpes de nudillos contra la puerta lo distrajeron, pero no levantó los ojos de su teléfono mientras decía un lacónico «adelante». El visitante, al ver que Jaime ni siquiera lo miraba, se aproximó y puso un papel sobre la mesa.

—El fax de la DEA —dijo Gálvez sin saludar—. Es este. Y es falso.

Jaime reaccionó despacio. Tras el impacto inicial, acertó a dejar el teléfono donde se encontraba en un principio. Cerró el cajón y después cogió aquel papel con ambas manos con sumo cuidado, como si con un mero roce se pudiera romper. Miró a Gálvez, que no le sostuvo la mirada más de un segundo, porque volvió a señalar con la vista el documento.

—Estoy hasta los mismísimos de seguir esta pista, información o como coño queráis llamarlo. No voy a continuar dando palos de ciego como si fuese un gilipollas. Díselo a Gutiérrez.

Gálvez se dio media vuelta e hizo ademán de abandonar la habitación. Jaime se levantó, ya repuesto de la sorpresa, y lo alcanzó cuando agarraba el pomo de la puerta. Lo sujetó del brazo izquierdo y lo obligó a permanecer en el despacho.

—Siéntate, joder. ¿Adónde vas? Tenemos que hablar de esto. Explícame lo que sabes.

Gálvez, que se lo esperaba, se giró, obedeció y tomó asiento. Esperó a que Jaime ocupase también el suyo y, tras incorporarse y apoyarse con los antebrazos en la mesa, suspiró.

—No tenemos caso.

—Eso no es suficiente. Has dicho que el fax es falso, ¡falso! Joder, ¿qué quieres decir con falso?

—En la DEA no me lo han corroborado. He hablado con ellos varias veces para conocer detalles y para ampliar la información, y me dicen que, pese a que tienen agentes infiltrados en Venezuela, no nos han dado esa información que consta en el fax. Eso quiero decir con falso.

—Joder, ¿y qué más has averiguado?

Gálvez entrelazó los dedos de ambas manos antes de continuar.

—No tienen noticia de ningún gran alijo de droga que vaya a llegar a España en un corto espacio de tiempo. Lo cual, según me comentan, no significa que no pueda ocurrir, pero ellos no nos han notificado tal cosa. Pensé en remitirles el fax, pero dudé. Si el fax es falso sería muy grave. No he querido levantar la liebre antes de hablar contigo. Piensa en quién nos dio el documento.

Jaime se tocó la cara con un nerviosismo evidente mientras Gálvez aguardaba paciente a que asimilara la información.

—Joder.

—Eso ya lo has dicho.

—Tenemos que reunirnos todos, pero te adelanto que hemos avanzado bastante con las intervenciones telefónicas. Rodrigo...

La carcajada de Gálvez hizo que Jaime parara en seco.

—¿Qué ocurre?

—¿Dices que habéis avanzado bastante con los teléfonos? Perdona, pero eso es imposible. ¿Acaso no me has escuchado? Te digo que el fax es falso, es decir, alguien lo ha falsificado. ¿Qué teléfonos? Olvídate de esos teléfonos. Olvídate de esa información, del chivatazo, de la droga, de la DEA, de Venezuela... olvídate de todo.

—Te repito que hemos descubierto muchas cosas. Entre ellas, que en Valdemingómez hay un clan, llamado de los Pacos, que trafica con droga y...

—No me jodas que eso es un avance —lo interrumpió Gálvez—. Que en Valdemingómez haya un clan que vende droga no es descubrir las Américas precisamente. ¿Y cuándo se ha mencionado ese poblado? En nuestro caso, me refiero.

—¿Me dejas acabar? —Gálvez asintió, incrédulo—. Hay una casa donde los intercambios de droga se multiplican, y la matriarca tiene un sobrino que almacena en su taller sustancia estupefaciente que le envían de Venezuela.

Gálvez permaneció impasible durante unos instantes. Se echó hacia atrás, se pasó la mano por la boca y, por fin, se incorporó de nuevo.

—Eso y nada es lo mismo.

—Pero ¿qué dices?

—Lo que oyes. La información decía que iba a llegar a Vigo un gran alijo de cocaína enviado por barco desde Venezuela. Léelo. Ahí tienes el fax. ¿Y tú me hablas de unos gitanos de

Valdemingómez? No me hagas reír. No es el mismo caso. Piensa. Lee y piensa. —Tocó con los dedos el fax que Jaime tenía frente a él.

—Creo que ahí te equivocas. Te vuelvo a decir que esos gitanos almacenan en un taller tapadera la droga que les envían desde Venezuela. Tenemos caso.

—De acuerdo —concedió Gálvez—. Y todo eso lo sabes por las intervenciones telefónicas que Gutiérrez te ordenó que pidieras, ¿no? —Jaime asintió—. De unos teléfonos que proceden de la DEA, cuando en la DEA no saben nada de este asunto. Cuando menos curioso, ¿no crees?

—Pues ahora que lo dices, ¿esos teléfonos los conseguiste tú? Gutiérrez me contó que tú y él no habíais dormido para dar con ellos.

Gálvez torció el gesto y se humedeció los labios. Con cara de preocupación, a la vez que acercaba su cabeza a la de Jaime, susurró:

—Estamos jodidos pero bien porque no tengo ni la más remota idea de dónde ha podido sacar Gutiérrez esos teléfonos.

Unos toques a la puerta hicieron que Gálvez se girara hacia atrás y que Jaime levantara la cabeza. Elena se asomó, pero al ver a Gálvez se disculpó y cerró la puerta.

—No —alzó la voz Jaime—. Elena, pasa y cuéntame. ¿Has encontrado algo?

Ella entró en el despacho sin dejar de mirar a Gálvez, que se mantenía a la expectativa con una leve sonrisa en la cara.

—Perdón —asintió—, no sabía que estaba con alguien, jefe. Si quiere vuelvo después.

Los ojos de Elena seguían sobre Gálvez, como si el mero hecho de su presencia le impidiese mirar hacia cualquier otro sitio.

—Elena, de verdad. Puedes hablar delante de Gálvez. Tranquila.

Suspiró y se acercó a la mesa. Se tomó la libertad de sentarse en la silla que quedaba libre frente a Jaime.

—Francisca Jiménez Gallardo, alias la Paca. Matriarca del clan de los Pacos. Los de la comisaría de Villa de Vallecas la conocen bien. Han podido detenerla una decena de veces. Su casa ha sido registrada en varias ocasiones. Bueno, sus casas; va cambiando según la descubren. Ya sabe cómo son esas chabolas de Valdemingómez. Se montan y se desmontan casi como si fueran tiendas de campaña. Aquí tiene sus antecedentes policiales y su ficha. —Puso unos folios sobre la mesa que Jaime hojeó—. Como ve, es una mujer de cierta edad, así que ella dirige el negocio, pero los que se mojan son otros.

»Su marido es Francisco Vargas Heredia, alias el Manco, un traficante de los de toda la vida. Antes de Valdemingómez, en Las Barranquillas. Y no solo droga, también delitos de sangre. El último, que no el único, un homicidio relacionado con la droga. Está preso en Soto del Real. Tenía su historial refundido y no le quedaba demasiado para salir, pero por el último homicidio le han caído otros ocho años. Es el marido de la Paca. —Le volvió a poner más papeles sobre la mesa—. Y, por último, Francisco Jiménez Montoya, su sobrino. En realidad, es sobrino de la Paca. Hijo de su hermano. Menor de edad. No tenemos nada. Contactaré con el GRUME, pero claro...

—¿Menor de edad? —se sorprendió Jaime.

—Dieciséis años.

—Joder, eso no me lo esperaba. ¿Y el taller?



—Aún estoy en ello. Al ser menor es más complicado porque, en teoría, no debería ser propietario de ningún taller. Claro que si es una tapadera, incluso puede que esté a nombre de un tercero que no tenga nada que ver con ellos. —De pronto se paró y se quedó quieta y callada mirando al techo, como pensando—. Estoy tocando unos contactos —dijo al fin—, deme un par de horas.

—Tres gitanos con una chabola en Valdemingómez en la que venden droga. Una mujer, un manco y un menor de edad. ¡Ah! Y un taller fantasma. ¿Ese es el caso que tenemos? De aquí salimos condecorados, jefe —se burló Gálvez. Elena lo fulminó con la mirada.

—No te enfades, guapa —se dirigió a ella con una sonrisa—. Estoy convencido de que la cruz roja te la darán a ti. Aunque solo sea por ese cuerpazo que te gastas.

—Gálvez —le recriminó Jaime—, ya está bien. Yo le he dicho que busque información. Discúlpate.

A Gálvez le encantaba disculparse, sobre todo ante una mujer.

—Discúlpame, preciosa. Me he dejado llevar por... no sé, creo que por el entusiasmo. Es impresionante todo lo que has descubierto.

—Está bien —se dirigió a Jaime—, me marcho. Si consigo dar con ese taller se lo haré saber de inmediato.

Y sin esperar respuesta, se levantó y se fue. Gálvez intentó no sonreír, sin conseguirlo.

—Joder, Gálvez, ¿siempre tienes que ser tan capullo? —le preguntó Jaime cuando la puerta se cerró.

—¿Por qué le has pedido nada a Elena? Todo lo que nos ha dicho lo podríamos haber averiguado cualquiera de nosotros.

—Pues porque confío en ella y no somos más que tres. Necesito averiguar mucho y rápido. Y no sé de quién puedo fiarme y de quién no. Por ejemplo, tú; hasta hoy no estaba seguro de por dónde te daba el aire.

—Pues imagínate yo.

—De acuerdo. Pues ya están las cartas sobre la mesa. Nos reuniremos los cuatro y pensaremos cómo solucionar todo esto.

—Me parece bien —confirmó Gálvez—. Pero ¿qué cuatro? ¿Elena vendrá? Yo encantado pero el asunto es delicado, creo que deberíamos vernos solo los tres.

—Laura Lizaurz, la fiscal que lleva el caso. Creo que la conoces. Está muy encima del asunto porque desde su jefatura han puesto mucho interés.

Gálvez abrió los ojos como si hubiese visto un fantasma.

—Vamos, no me hagas reír... ¿La Fiscalía ha puesto mucho interés? ¿Hasta la jefatura? ¿En una información falsa? Esto es más grave de lo que creía. Solo falta que me digas que el fiscal general del Estado en persona también está detrás del asunto.

La sombra de la preocupación pobló el rostro de Jaime en cuanto asimiló las palabras de Gálvez.

—Vamos, andando. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Tenemos que espabilar. Ahora que empezamos a tener determinadas cosas claras, el tiempo se agota. No sé cuánto nos quedará antes de que Gutiérrez se entere de lo que sabemos.

—¿No vamos a hablar con él?

—No. Lo mejor es que intentemos evitarle lo máximo posible, aunque dudo que podamos hacerlo. Estaba muy interesado en este asunto. Lo raro es que lleve varios días sin preguntarme por los avances. Eso me descoloca. ¿Tú has hablado con él últimamente?

—Yo trabajo solo. Y me relaciono poco... o nada. Me refiero a con los buenos. Es una de las razones por las que aún soy oficial de policía. Si tuviera don de gentes, estoy convencido de que ya sería comisario general. —Gálvez se besó los dedos de ambas manos y repartió los besos por sus mejillas.

—Por eso y porque eres un estúpido engreído, Gálvez.

—No. No te equivoques. Esa es una de mis mejores virtudes para ascender.

Tras decir esto, soltó una carcajada fantasmagórica que hizo girarse a la mitad de los policías que allí se encontraban.

—Jefe, lo tengo. «Chapa y pintura», en Humanes. No está a su nombre, pero los del GRUME lo conocen —dijo Elena aproximándose a Jaime, que ni siquiera la había visto acercarse y que olvidó al instante la conversación con Gálvez.

—Qué eficacia. Buen trabajo. Nos vamos a Humanes. Elena, vienes con nosotros. Coge las llaves del coche. ¿Dónde está Rodrigo? —Ante el silencio de sus compañeros, Jaime continuó—. De acuerdo. Lo llamaremos por el camino.

»Que nadie me moleste, ¿entendido? En caso de urgencia, habláis con el subinspector. O incluso con el jefe —se dirigió al resto del grupo. A continuación, no pudo evitar pensar en alto—: Nunca me llaman. Ninguno. Hacen siempre lo que les da la gana. Excepto cuando estoy ocupado. Cualquiera diría que lo hacen por...

—Por joder, jefe —concluyó Elena—. Lo hacen por joder.

La carcajada de Gálvez enturbió aún más la cara del resto de los policías que allí se encontraban.

Rodrigo apuró su cigarro sin perder de vista la chabola de la Paca. Solo llevaba allí dos horas y el trasiego era tremendo. La parcela era frecuentada por multitud de yonquis que procedían de las denominadas *kundas*, los taxis de la droga, pero también había otro tipo de público, y no todos trataban con el mismo vendedor. Se había fijado en que algunos ni siquiera pisaban la casa, sino que compraban desde fuera, a través de una ventana con barrotes, lo que debía de ser una o varias papelinas. El público más selecto entraba por una puerta que parecía construida al efecto. Intentaba descubrir si los que entraban por la puerta irían a ver a la Paca y si tendrían algo que ver con su asunto.

—Olivares.

Escuchar su apellido le sobresaltó. Se dio la vuelta.

—Joder, Torres, me has dado un susto de muerte. ¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Vigilo la zona. Y en concreto esa casa a la que no le quitas ojo. No estaréis los de la UDYCO detrás de la Paca, ¿verdad? Queremos pillarla con algo de entidad y conseguir meterla en la trena de una vez, donde debería estar desde hace años.

—No. Tranquilo. Estamos tras un gran alijo. Solo intentaba ver cómo consiguen meter la droga en el poblado.

Torres sonrió.

—Estos gitanos hijos de puta, analfabetos muchos de ellos, son listos como ratas. Observándolos desde aquí no averiguarás una mierda, Olivares.

—Ya. ¿Fumas? —preguntó Rodrigo ofreciéndole la cajetilla.

—Fumo. Dame fuego, haz el favor —pidió Torres mientras señalaba hacia el frente y después hacía círculos con el brazo—. ¿Lo ves? Todo esto es igual. No hay más que chabolas medio en ruinas. No es lugar para grandes alijos, Olivares. Aquí solo traen pequeñas cantidades a las que dan salida poco a poco. Lo que sí suelen tener es mucha pasta, que acumulan y esconden. Pero es interesante ver por aquí a uno de los peces gordos antidroga.

Rodrigo fumó y exhaló el humo.

—Lo que yo veo es que aquí no solo vienen drogas. Hay mucha gente con buena pinta y que, aunque entra y no se queda demasiado tiempo, no parece que salga con mercancía. Pero eso sí, siempre mirando hacia ambos lados. ¿Quiénes son?

Torres bajó la vista.

—Así que te pillo de extranjis vigilando mi zona y encima pretendes sacarme información. Hay que joderse —dijo golpeándolo fuerte en la espalda.

—Solo estoy de visita, Manuel. Yo sé que los de Vallecas tenéis esta zona muy trabajada. El jefe quería que hablásemos con vosotros de forma oficial, pero ya sabes que a mí me gusta saber en qué terreno estoy moviéndome y pisarlo yo mismo. Manías que tiene uno.

—¿Gutiérrez? Mira que me extraña. No te ofendas pero, de un tiempo a esta parte, parece que solo piensa en ponerse los galones de cualquier operación. Incluso aunque no sea suya.

—Mira ese tío que acaba de llegar. —Indicó Rodrigo—. Se ha asomado a los barrotes y enseguida se ha ido hacia el fondo y ha entrado por la puerta de atrás. Tiene una carpeta bajo el brazo. ¿Te has fijado?

—Me he fijado.

—Verás como sale con las manos vacías.

—Veremos.

—No me refería al gran jefe, hablaba de mi compañero.

—Coño, Andradas. Hace años que no sé nada de él. Seguíis trabajando juntos, claro. Se rumoreaba no sé qué... —Torres calló de repente—. Mira, ya sale. Efectivamente, mucha precaución pero manos vacías. Qué hijo de puta. ¿A qué habrá ido?

—Es lo que intentaba explicarte antes. Aquí hay mucho trasiego, pero no solo para comprar droga. —Rodrigo hizo una pausa para apagar su cigarro contra el suelo—. ¿Qué se rumoreaba? —preguntó.

—Que quería dejar la unidad. No sé qué de otro puesto, otra ciudad. Pero serían rumores, ya sabes cómo es esto. Todo el mundo habla hasta de lo que no sabe. Más o menos como los tertulianos en los programas esos de la mañana. —Nuevo golpe en la espalda acompañado de una carcajada—. Bueno, no quiero joderte porque sé que lo aprecias, pero algunos dicen que huele a podrido, tú ya me entiendes.

Rodrigo no dijo nada, aunque sus ojos se duplicaron. Sintió cómo vibraba su teléfono móvil en el bolsillo y eso lo salvó. Sin siquiera ver quién lo llamaba, se despidió.

—Me marcho, Torres. Me ha gustado verte. Investiga eso. Creo que puede ser importante.

—Lo haré. Y oye, si estáis trabajando por la zona, meted los datos en el ordenador, no vaya a ser que un día nos liemos aquí a tiros entre nosotros, joder. Ya sabes que no sería la primera vez.

Rodrigo asintió y elevó el pulgar de la mano derecha mientras se alejaba. Un trueno lo sobresaltó. «Qué desastre de mañana. Y encima ahora se pone a llover», pensó. «Hay que joderse», dijo en alto mientras se cubría la cabeza con la cazadora y apretaba el paso.

Llegaron a Humanes en apenas cuarenta minutos. Encontrar el taller les tomó un poco más de tiempo.

—El GPS está para algo. Usémoslo, por favor.

—Es la primera vez que te oigo suplicar, Gálvez —dijo Jaime pasando por segunda vez por la misma calle.

—Y yo que te veo a ti conducir. Por cierto, lo haces como el culo. ¿Sería posible dejar de dar vueltas?

—A ver, gire a la derecha, jefe —pidió Elena desde el asiento de atrás—. Según el mapa, esa de ahí es una calle perpendicular a la que buscamos.

Sonó el teléfono de Jaime.

—Rodrigo —contestó tras descolgar—. Tengo conectado el altavoz. Estoy en Humanes con Elena y Gálvez. Creo que hemos descubierto dónde está el taller.

Rodrigo no se lo esperaba. Sorprendido, no sabía si enfadarse o si alegrarse.

—Pero ¿cuándo pensabas contármelo? ¿Y quién lo ha encontrado?

—Me temo que tu compañera la rubia —se adelantó Elena.

—Qué placer escuchar una voz femenina. Te felicito, compañera. Quiero saber todos los detalles.

Nadie vio cómo Gálvez elevaba los ojos hacia el cielo. Sí escucharon, sin embargo, el tamborileo de sus dedos sobre la puerta del lado del copiloto donde se encontraba.

—Vamos a tantear un poco a ver. Quiero asegurarme primero, y también hacerme una idea de cómo es, para decidir qué hacer con menos posibilidades de errar. No te necesitamos. Aun así, te he llamado —dijo Jaime, molesto—, pero no lo has cogido.

—Mira a ver si es ahí —lo interrumpió Gálvez señalando al frente—. ¿Es posible?

—Sí, tiene que ser eso —confirmó Elena.

Un taller ocupaba la esquina de la calle. Desde fuera parecía más bien un gran almacén, pero la puerta de entrada, entreabierta, no dejaba lugar a dudas: coches a ambos lados y operarios trabajando en ellos.

Jaime decidió esperar. Eran las doce de la mañana y el trasiego era intenso tanto en la calle como dentro del taller. Si se apeaban del coche seguramente llamarían la atención. Darían una vuelta y se irían.

—Rodrigo, nos vemos en comisaría en una hora, ¿de acuerdo? —preguntó Jaime.

—Ya creía que os habíais olvidado de mí. Yo estoy llegando. Aquí os espero.

Laura, de pie y al lado de Gutiérrez, vio que Rodrigo atravesaba la puerta y acto seguido colgaba el teléfono móvil.

—Buenos días, ¿no vienes con Andradas?

—Está en camino. Ha salido con Gálvez. No tardarán en llegar.

—Fabuloso —confirmó Gutiérrez—. Debemos hablar todos. Ya sé que las escuchas han dado sus frutos, que habéis localizado una chabola en Valdemingómez que mueve mucha droga y, además, estáis buscando un taller que pudiera ser el lugar donde se reciba nuestro envío, que a su vez está conectado con la chabola. ¿Algún avance más?

Rodrigo intentó ocultar su desconcierto.

—Yo ninguno. A ver qué nos cuentan los demás cuando lleguen.

—He estado ocupado unos días con unos graves problemas familiares —dijo Gutiérrez—, pero ya he vuelto. Necesito que nos reunamos y que me contéis todas las novedades con detalle. La señora fiscal me ha puesto al corriente de los aspectos judiciales de la operación. Ahora lo que quiero saber es hasta dónde han llegado vuestras pesquisas.

Pese a sus esfuerzos, el agobio de Rodrigo brillaba con luz propia.

—Como le comentaba, Jaime está en camino. Me ha asegurado que tardará alrededor de una hora.

—Esperaremos en mi despacho. Además, la señora Lizaurz necesita hablar con vosotros con urgencia. Aprovecharemos. Si es tan amable —se dirigió a Laura y alargó un brazo hacia delante para que lo siguiera—. Vamos para allá.

Laura se encaminó hacia donde Gutiérrez señalaba. Para ello esquivó a Rodrigo que se encontraba en medio y seguía sin conseguir ocultar su preocupación. Se dio cuenta porque se había fijado en que, cuando estaba nervioso, se mordía el labio inferior hasta dejarlo blanco.

Se introdujeron en el despacho de Gutiérrez. Laura observó la estancia y se detuvo en detalles como el escritorio de nogal y la cuerna de ciervo.

—Vaya, un venado de quince puntas. Es precioso, ¿lo ha abatido usted?

Gutiérrez se sonrojó.

—No me diga que le gusta la caza. —Laura sonrió y asintió—. ¡Qué maravilla! Fue hace unos dos años, en una montería en la sierra de Madrid, por la zona de Colmenar Viejo, ¿la conoce?

—Es una zona que solía frecuentar con mi familia cuando era joven. A ellos les encanta la caza. Tienen una finca por allí: Los Manantiales. ¿Ha oído hablar de ella?

—Por supuesto que sí. ¡Qué maravilla! —repitió—. No sabía yo nada de esto. Cada vez somos menos los aficionados a este deporte. Quién se iba a imaginar que tendríamos una afición en común, en concreto la cinegética.

De pronto Gutiérrez torció el gesto y se levantó de su asiento. Con la mirada fija en la librería se acercó extrañado. Cogió una foto y esperó unos instantes. Después se giró y dijo:

—Qué raro. Juraría que esta foto no estaba aquí. En fin, supongo que no importa. Mire, ¿reconoce a alguien? —Gutiérrez le mostró la foto.

—¡Cómo no hacerlo! —Sonrió Laura—. Mi querido Amancio Soller. Pero no sabía que él también fuese amante de la caza. Qué curioso. ¿Tienen mucha amistad?

—Bastante —dijo Gutiérrez exultante—. A mí me gusta trabajar en coordinación con la Fiscalía y él da muchísimas facilidades. Ocupamos nuestros respectivos cargos casi al mismo tiempo, hace

ya unos años, y ya sabe lo que dicen: el roce hace el cariño. Este día fuimos juntos a una montería en Ciudad Real y abatí este hermoso gamo.

—Desde luego —confirmó Laura—. Lo que apunta sobre la coordinación de la UDYCO con la Fiscalía he tenido ocasión de comprobarlo en varias ocasiones. Sobre todo en esta.

Gutiérrez estalló en una carcajada.

—Y ya verá cómo obtenemos nuestros frutos. —Le guiñó un ojo. Luego se acercó y le cogió la foto de la mano, dejándola, ahora así, en su sitio, un estante más abajo.

Sonaron unos golpes en la puerta. Gutiérrez permitió que la abrieran. Jaime y Gálvez entraron en el despacho. Al verlos llegar solos, Rodrigo relajó el gesto.

—Buenos días. Creo que nos esperaba —dijo Jaime mirando a Gutiérrez—. Venimos de Humanes.

—¿De Humanes? —se sorprendió Gutiérrez y miró a Rodrigo con un gesto de reproche.

—No le he dicho nada porque prefería que fuese el inspector quien le informara —se defendió él.

—Bien, de acuerdo, es igual. Pasen, pasen, ¿qué tenemos?

El despacho era de dimensiones muy reducidas, por lo que los recién llegados se quedaron de pie.

—Muchos días sin verlo, jefe —comenzó Jaime con incertidumbre.

—Sí, sí. Ya les explicaré. Pero ahora cuéntenme.

Jaime dirigió la vista hacia Laura, que lo miraba expectante.

—Bien. Gracias a las intervenciones telefónicas, Rodrigo...

—Sí, sí, sí. Lo de la droga en la Cañada Real, eso ya lo sé. Han identificado una casa en concreto. Pero lo nuestro es mucho más serio que todo eso. Hábleme del almacén.

Laura notó que Jaime se molestaba con la interrupción. Y no solo con eso, también con la observación de que lo de Valdemingómez no era importante.

—Lo del almacén aún lo estamos investigando. Nuestras sospechas nos han llevado a buscar hoy en Humanes, pero no hemos encontrado nada.

—Disculpen la interrupción —dijo Laura—, pero ahora que estamos todos aquí reunidos me gustaría hacer una pregunta.

Gutiérrez esbozó una sonrisa forzada. Daba la sensación de que la señora fiscal empezaba a sobrarle.

—Por supuesto. Adelante.

—Quería saber cómo va Gálvez con la información que nos facilitó la DEA y si se sabe algo más del agente encubierto.

Gutiérrez lo miró, invitándolo a contestar.

—Estoy en ello. Como ya le comenté en otra ocasión, el día en que tuve el placer de conocerla —sonrió—, la DEA ofrece información muy poco a poco. Hay que tener paciencia. Por ahora solo tenemos los teléfonos que resultaron intervenidos y hemos averiguado cosas interesantes gracias a ellos, ¿no cree?

—Por supuesto —concedió Laura mirando a Gutiérrez que, contrariado, frunció el ceño—, pero esto no parece el alijo del siglo, que es como me pintaron a mí la operación, si me permiten la

expresión. Además, su jefe acaba de decir que lo de la casa de la Paca en la Cañada Real no tiene mucha importancia y, si no me equivoco, es lo único que hemos descubierto con esos teléfonos.

Gálvez suspiró y Gutiérrez hizo una mueca de desagrado con la boca. Jaime, sin embargo, permanecía impassible.

—Bien —intervino Gutiérrez—, quizá lo mejor sea que veamos los papeles. Usted —se dirigió a Laura— puede que prefiera marcharse porque ya conoce el estado de la investigación.

Laura se sorprendió, aunque lo ocultó lo mejor que pudo. ¿La estaban echando?

—De acuerdo. —Se levantó—. En realidad, se me ha hecho tarde y, efectivamente, ya conozco el estado de la investigación. Si hay algo nuevo, le rogaría que me avisara —añadió mirando a Jaime.

—De hecho, y si no le importa, jefe, preferiría poder organizarme y traerle ordenado todo lo que tenemos —dijo Jaime—.

Gutiérrez guardó silencio. Escrutó el rostro del resto de sus interlocutores y finalmente accedió.

—Me parece bien. Así, además, alguien podrá acompañar a la señora fiscal a su domicilio —confirmó Gutiérrez.

Tras salir, Laura observó cómo Jaime se marchaba. Después se giró para buscar a Rodrigo, pero el único que permanecía allí era Gálvez, con su sonrisa habitual.

—Y bien, señorita, ¿la llevo a casa? —preguntó—. Son órdenes de mi jefe.

Gálvez acercó su cuerpo al de ella, acorralándola contra la pared. Se quedaron unos instantes sosteniéndose la mirada, hasta que ella la movió escasos centímetros.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó señalándole el cuello.

—¿Esto? —Se tocó la base del cuero cabelludo tras la oreja izquierda—. Es un tatuaje. Una araña. En concreto, una pequeña viuda negra.

Gálvez sonrió con suficiencia, mientras Laura bufaba y se zafaba de él con rapidez.

—Yo tengo uno en la zona lumbar —le dijo al oído antes de marcharse, devolviéndole la sonrisa.

Él se quedó paralizado y no se atrevió a seguirla, como comprobó ella al girarse. Al final un pequeño tatuaje la había librado de un mal viaje.

## Capítulo 11

Martes, 30 de noviembre de 2004

Una llamada de César a las nueve de la noche no era habitual. Laura tuvo que mirar durante unos segundos la pantalla del teléfono móvil para asegurarse de lo que veía. Pero sí, era el magistrado. Tras un corto saludo la emplazó a las diez de la mañana del día siguiente en su despacho. «Es un asunto muy urgente y no se puede tratar por teléfono», insistió cuando ella le preguntó de qué se trataba. Esas palabras la inquietaron aún más.

Su vestido gris con el cuello blanco y botones en la parte delantera apenas se veía, oculto tras un abrigo de paño azul marino. Un fular de tonos beis y rosa palo bien anudado le cubría el cuello por completo. La mañana era fría en la ciudad y una humedad que amenazaba lluvia se metía entre los huesos, a pesar de la ropa, y el vaho que salía de su boca no hacía más que aumentar esa sensación. Ya no cabía duda: el invierno se había echado encima.

Las nueve y media de la mañana no era una buena hora para llegar a los juzgados porque la mayoría de los juicios y señalamientos comenzaban a las diez, y multitud de personas se agolpaban en la entrada. Las sorteó y se dirigió a la puerta que estaba reservada exclusivamente para el acceso de los funcionarios. Siguió de frente hacia las escaleras y subió los cinco pisos andando, incómoda por el peso de su maletín y sus tacones. Al llegar, César ya la estaba esperando. Su cara no auguraba nada bueno.

—Buenos días —saludó con la mejor de sus sonrisas. Pero el rostro del magistrado continuaba imperturbable.

—Siéntate, por favor.

Laura obedeció. El juez se tomó su tiempo. Después de suspirar y de mirarla fijamente durante unos instantes, cogió dos expedientes que tenía sobre la mesa, separados de los demás. Los puso frente a ella y tomó asiento.

—Son las diligencias previas del asunto del tráfico de drogas y las diligencias que tenemos declaradas secretas del otro caso contra la salud pública, el del policía corrupto. Imagino que te suenan ambas...

—Claro —se adelantó Laura—, las conozco a la perfección. Son dos de los asuntos más importantes que llevamos, César.

—Bien, pues has pasado por alto algo esencial.

—¿Yo? No lo creo. Precisamente acabo de informarlas. Si no me equivoco, ayer mismo.

—Te digo que no te has fijado bien en una cosa, doña perfecta. Y es importante y grave. Mira el inicio de ambas diligencias, el primer atestado, ¿qué tienen en común?



Pero Laura no estaba para adivinanzas.

—Sea lo que sea, dímelo ya. No entiendo este suspense. Si no lo he visto al estudiarlas para emitir mis informes, es evidente que no lo veré ahora en un vistazo rápido aquí en tu despacho.

—El número de carnet profesional del funcionario investigado por asuntos internos, el que supuestamente deja pasar la droga en el aeropuerto, coincide con el de uno de tus policías. Mira.

César se lo mostró. Efectivamente, coincidía. En concreto, con el del inspector.

—Jaime... —empezó a decir Laura—. Pero eso es imposible.

—¿Cuál es tu relación con esos policías? ¿Por qué me pediste en aquella guardia que autorizase las intervenciones telefónicas cuando sabías, mejor que yo, que el asunto no iba a llegar a ningún sitio? Dímelo. Quiero saberlo. Y, sobre todo, quiero que seas sincera.

Laura no conseguía articular palabra. Jaime... Era el que más se estaba esforzando desde que comenzó todo. De hecho, era quien se había volcado en la investigación desde el principio. ¿Jaime?

—No puede ser, César. Además, él está destinado en la UDYCO central, ¿cómo va a poder influir en el aeropuerto? No hay ningún vínculo. No me lo creo.

El magistrado frunció el ceño y se puso las gafas. Cogió otro asunto. Esta vez era el jurado. Laura lo supo porque conocía de memoria aquellas portadas grises.

—No has calificado el jurado y has pedido que vuelva a declarar el imputado, ¿para qué? Te lo he denegado porque no tenía ningún sentido, y has recurrido mi auto en apelación. Pero ¿qué es lo que pretendes? Dime que esto no tiene nada que ver con esos policías amigos tuyos. Dímelo, Laura, por favor.

—Pues claro que no. Qué estupidez, ¿qué podría tener que ver? —El magistrado se encogió de hombros—. Sabes que nunca dejo que nadie se inmiscuya en mi trabajo y que me empleo a fondo. Si lo he pedido es por algo.

—Soy todo oídos —dijo él y cruzó los brazos sobre su regazo. Había apoyado la espalda en la silla y miraba a Laura sin apenas pestañear.

—Bien... —empezó, insegura—. Creo que hemos cerrado el caso de forma precipitada.

Precipitada, parecía repetir mentalmente el magistrado.

—Precipitada —dijo en alto al fin—. ¿Precipitada en qué sentido?

—No sabemos por qué la mató.

César se incorporó.

—Ya estamos. Tú y el señor de los gatos. ¿Has vuelto a tener pesadillas?

—Eso ahora no importa. Quiero volver a interrogarlo. No recordaba aquello que me dijo.

—¿Sobre si te gustan los gatos? ¿Y qué importancia tiene eso?

—Lo ignoramos. Por lo mismo de siempre. No sabemos por qué la mató.

—Ni ganas. Sabemos que la mató. Suficiente.

—No todos pensamos como tú. Y no eres más que el juez instructor, ¿o acaso te vas a poner la toga y vas a dar la cara por este asunto en juicio?

César la miró extrañado.

—¿De qué demonios estás hablando? Ese es tu trabajo.

—Por eso. Ya que soy yo la que lleva el peso del caso, me gustaría hacerlo a mi manera.

—¿A tu manera? ¿Y cómo es eso? ¿Retrasando el juicio y buscando fantasmas?

—No. Atando cabos sueltos. Esa es mi manera. Además, he consultado el asunto con varios policías expertos y...

—No me digas más —la interrumpió—. Con tus amigos los polis antidroga. Por fin se cierra el círculo.

—No entiendes nada. Nada en absoluto.

—Pues explícamelo. Para eso te he llamado. Y porque... Bueno —dudó y aprovechó para respirar profundamente y quitarse las gafas—, quería avisarte. Voy a citar a tu inspector para que declare en calidad de imputado.

—¿Crees que un inspector del Cuerpo Nacional de Policía que lleva años luchando contra el narcotráfico se va a dedicar a traer cocaína desde Sudamérica? ¿De verdad lo crees? —preguntó enfadada.

—Eso es lo que estamos investigando y él mismo lo dice. Mira. —Se puso las gafas otra vez y señaló unos folios en las diligencias.

Y lo decía. La transcripción de las intervenciones telefónicas no dejaba siquiera lugar a una mínima interpretación. Y el número de su teléfono, tampoco. Incluso lo llamaban por su nombre en varias ocasiones.

—Todo indica que tu amigo está metido en el tráfico de drogas. Y no es tan raro. Piénsalo. ¿Cuánto dinero puede ganar un inspector de policía? Más bien poco. Además, conoce a los traficantes, sabe cómo se mueve la droga, tiene confidentes... Y no seas ingenua, sabes que sin contactos en las fuerzas del orden los narcos no podrían traer tanta droga. De hecho, hasta me parece lógico. Tenga contactos en el aeropuerto o no los tenga.

Laura no quería continuar con esa conversación. Descruzó las piernas, dejó de leer y miró al magistrado.

—Tiene que haber un error. Algo no cuadra. Es demasiado... evidente.

—Por favor —estalló el magistrado elevando la voz de tal forma que ella se echó hacia atrás—. ¿Qué error? No hay ningún error. Léelo, por amor de Dios. Estás ciega, Laura. Llevas unos meses ciega. Creo que ha sido a raíz del asunto de la muerte de esa niña. No consigues superarlo. Ves fantasmas donde no los hay y en causas que están más claras que el agua. Y luego, sin embargo, cuando encontramos algo serio que tenemos que investigar, te cierras en banda.

—Puede ser —contestó ya recuperada del arranque del magistrado— pero, al menos, tendrás que reconocer una cosa.

El magistrado se llevó las manos a la frente en señal de resignación y luego volvió a mirarla. Sus ojos reflejaban vanos intentos de tener paciencia.

—Nunca te he fallado. Siempre que me has preguntado, tanto fuera de los expedientes como cuando me has dado traslado de forma oficial, siempre he respondido, ¿no es cierto?

—Lo es. Pero puedes equivocarte.

—Con Jaime no.

—Joder, Laura. —La fuerza con la que arrojó las gafas contra la mesa hizo que ella diese un respingo—. Abre los ojos, por favor.

—De acuerdo, haremos una cosa —concedió—. Déjame hablar con él y, si veo que es verdad, me retiraré de este asunto. Te lo prometo.

César se quedó inmóvil. La miraba fijamente.

—¿Vas a decirle a un sospechoso en una causa secreta que está siendo investigado y a avisarle de que el juez ha decidido citarlo para declarar en calidad de imputado?

—De acuerdo. Tienes razón... es demasiado.

—Laura, te he avisado por amistad. Y porque me preocupa la relación que tienes con esos policías. No son trigo limpio.

—Que yo sepa lo único que tenemos apunta hacia Jaime. Rodrigo y Gálvez no salen en la causa ni una sola vez.

—Por ahora... —la interrumpió el magistrado.

Laura decidió que era momento de marcharse. Recogió sus cosas y se dirigió a la salida del despacho del juez. César permanecía en su asiento, a la expectativa, hasta que se levantó y acudió a su encuentro.

—Laura. —La agarró del hombro por detrás. Ella se giró—. Confío en ti, ¿de acuerdo? Haz lo que tengas que hacer. Pero no me falles, por favor. Las consecuencias podrían ser fatales.

Laura se obligó a sonreír, aunque se le notó demasiado el esfuerzo. Ya no pensaba en el juez, sino en cómo solucionar todo aquello. Las consecuencias iban a ser fatales pasase lo que pasase, y seguro que para más de uno. Se encontraba descolocada y solo se le venía una persona a la cabeza. No quería, pero lo necesitaba. Contactaría con Jon. Él sabría lo que debería hacer. Recordó por un momento su despedida, cuando se prometieron no volver a llamarse.

Jamás imaginó que sería ella la que rompería esa promesa.

## Capítulo 12

Jueves, 2 de diciembre de 2004

Jaime colocó el disco de vinilo en el plato. Cogió el brazo fonocaptor y lo situó con sumo cuidado sobre él. En cuestión de segundos las agujas hicieron su trabajo y las notas empezaron a sonar. Rodrigo levantó el vaso de *whisky* en señal de brindis, gesto que él imitó.

—Venir a cenar contigo es volver a casa hecho polvo.

—No digas eso, compañero. El bueno de Young y su saxofón lo único que pueden traernos son magníficos recuerdos.

—No a mí. Deja aquí el *whisky*, joder, ¿para quién lo guardas?

Jaime se levantó sonriendo y volvió a sacar la botella de Johnnie Walker etiqueta negra que acababa de colocar en la vitrina. Después se sentó de nuevo en el sillón de orejas situado frente al sofá donde Rodrigo lo esperaba con un cigarro en la mano y un vaso, casi vacío, en la otra. Dejó que su compañero lo rellenara.

—Me gustaba más cuando tocabas en el antro aquel. Ahora todo se ha convertido en un doloroso recuerdo. Cada vez que entro en tu casa y veo el Selman me acuerdo de que hubo una época en la que no éramos polis y vivíamos felices.

—¿Ganando cuatro perras en un tugurio donde lo menos importante era mi música?

—No estaba tan mal.

—Era un prostíbulo, joder. Bien no estaba. Pero bebe —dijo tras unos segundos de silencio. Rodrigo lo miró con extrañeza—. Necesito que estés borracho para que puedas asimilar todo lo que tengo que contarte. Han pasado muchas cosas en estos días que hemos estado trabajando cada uno por nuestra cuenta. Demasiadas.

Rodrigo levantó su vaso de nuevo. Al verlo al trasluz, el color dorado del *whisky* se fundió con el fuego vivo que devoraba troncos de encina en la chimenea.

—Soy todo oídos.

Jaime se tomó su tiempo. Elevó la mano y la movió al compás que marcaban las notas que Teddy Wilson, acariciando el piano, hacía sonar a través de los altavoces, antes de dar paso de nuevo al saxofón de Young, todo ello aderezado con el chisporroteo de las ascuas.

—Me sigue relajando el *jazz*, ¿a ti?

Rodrigo exhaló el humo del cigarro hacia un lado y después se incorporó, apoyando los brazos sobre sus piernas.

—Jaime, no me jodas. Me gustan los rodeos más o menos lo mismo que a ti, es decir, nada.

—De acuerdo. Gálvez ha descubierto algo trascendental —suspiró y dio otro trago largo—. El fax de la DEA. Te lo voy a enseñar porque lo tenía él. Mira. —Dejó el *whisky* en la mesa baja y sacó un papel de una carpeta que tenía sobre ella.

Rodrigo estiró el brazo y lo alcanzó. Lo leyó unos instantes, durante los cuales el otro aprovechó para seguir el compás, esta vez de las notas del saxo, con su pie derecho.

—Hay que joderse. El fax existe. Y nosotros pensando que era mentira. Tócate los cojones. Esto disipa todas las dudas que teníamos sobre Gutiérrez. Es... —dudó— es una gran noticia.

Jaime lo paró con la copa en alto y negó con la cabeza.

—No. El fax es falso.

Rodrigo lo fulminó con la mirada.

—¿Falso? ¿Cómo que falso? —Volvió a coger el documento y lo examinó de nuevo—. Yo lo veo muy auténtico. Como tantos otros que hemos recibido.

Jaime se levantó despacio, como si quisiera ganar unos instantes aunque fueran escasos. Tras caminar tres metros, se giró y se situó frente a la chimenea.

—Ha llamado a la DEA y le han confirmado que ellos no lo han enviado. Así de simple.

—¿Lo has comprobado?

—No.

—Mal. ¿Desde cuándo nos fiamos de Gálvez?

—Desde que ha venido a mi despacho y, sin que yo le pidiera nada, se ha sincerado conmigo en vez de ir a hablar con Gutiérrez. Y te digo más. En la DEA no tienen noticia de ningún gran alijo que vaya a llegar al puerto de Vigo. Así que no es que sea falso el fax, es que también lo es la información que contiene. Llevo días haciendo gestiones.

—Me cago en la puta, joder.

—Dice Gálvez que el fax se lo dio Gutiérrez y que también le facilitó los teléfonos a intervenir.

Jaime se giró y cogió un par de troncos. Los echó a la chimenea y se sentó de nuevo en el sillón.

—Creo que es un error excluir a Gálvez —dijo Rodrigo mientras se llenaba el vaso.

—¿Excluirle de qué, de la investigación?

—No, hombre, no. De las sospechas.

—No estoy de acuerdo. Te repito que me ha contado todo: lo del fax, la información, los teléfonos... Él está convencido de que no tenemos caso y de que lo de Valdemingómez en realidad no tiene nada que ver con lo que se suponía que iba a ser nuestra investigación, la llegada a Vigo de un gran alijo de cocaína. Dice que lo del taller no es importante porque lo hemos descubierto por la intervención de esos teléfonos que nos dio Gutiérrez. Yo en eso no estoy de acuerdo.

—Eso espero, porque llevo más de un mes enclaustrado en el cuartucho de escuchas y por una vez que encuentro algo...

Rodrigo apagó el cigarro contra el cenicero que había sobre la mesa y volvió a coger el fax. Lo observó durante unos segundos, dándole la vuelta, acercándose a la cara, como si quisiera descubrir algo que delatase su falsedad.

—Que nos llevemos mal con Gálvez no significa que nos esté ocultando algo.

—Ya lo sé. Pero conozco a un inspector de policía que desde hace mil años que comencé a trabajar con él me insiste en una máxima de la investigación policial: no descartar ninguna

hipótesis.

Jaime sonrió con nostalgia. Levantó la botella, Rodrigo acercó su vaso y lo rellenó. Después hizo lo mismo con el suyo y se recostó en el sillón.

—Hay algo más. He registrado el despacho de Gutiérrez.

Rodrigo se atragantó. Se levantó, tosió y, cuando se hubo tranquilizado, se volvió a sentar.

—¿Te has vuelto loco?

—Es posible. Lo reconozco. No lo pensé demasiado. Esperé hasta que se fueron todos y entré. Nadie me ha visto, tranquilo.

—Joder, ¿cómo se te ocurre?

*Tea for two* empezó a sonar. Jaime se dejó llevar por las primeras notas y Rodrigo vio que, de repente, se abstraía, como si se transportara a otro lugar. Pero fueron solo unos instantes, tras los cuales volvió en sí y dirigió su mirada hacia él.

—Me temo que no he encontrado nada.

—Vaya, qué sorpresa.

Jaime frunció el ceño y dio un largo trago a su *whisky*.

—Gutiérrez esconde algo, estoy seguro. Ahora solo tenemos que averiguar qué. Déjame pensar y atar cabos. Y, por favor, haz tú lo mismo. Por otro lado, he metido a Elena en la investigación, como ya has visto. Ella ha buscado la información sobre el clan de los Pacos y ha descubierto lo del taller, pero eso ya lo sabes. Decidí no entrar. Quería esperarte. Solo dimos una vuelta por los alrededores. Es un taller grande y la calle está muy transitada. Lo suyo sería hacer un registro nocturno o a última hora de la tarde. ¿Cómo lo ves?

—Bien. Si quieres, mañana redacto el oficio y lo presento en el juzgado. No podemos esperar, hay que entrar ya.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

—Eso parece. Pero una duda, ¿cómo es posible que Elena haya dado con el taller tan rápido?

—Bueno, ya sabes, eficacia es su segundo nombre. Me comentó que había tocado algún contacto.

—De todas formas, demasiado fácil.

—Ya, pero creo que ha dado en el clavo, así que no hay motivo para preocuparse por eso. Luego tenemos el problema de que Gálvez quiere sincerarse con Gutiérrez. Yo creo que es un error y lo he frenado. Pero si al final habla con él, tendremos que hacer lo mismo que dice la canción que hemos escuchado hace un rato.

Rodrigo se extrañó.

—*I guess i'll have to change my plan* —aclaró Jaime.

Rodrigo dirigió la mirada hacia la chimenea. El fuego seguía creciendo y consumiendo leña, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. «Más o menos como Laura», pensó, y sintió que el corazón se le encogía.

—Has mentido... de nuevo. Gálvez estaba allí, por lo que ya sabe de qué va este juego. Además, por lo que me has comentado, ya estaba más o menos al tanto de todo. Pero Laura no; y Elena tampoco. Nos escaqueamos, pero cuando veamos a Gutiérrez, creo que deberíamos decirle

lo del almacén, de eso tiene que enterarse. ¿O pretendes que presentemos el oficio en el juzgado en secreto?

—Dame una tregua. Le diremos al jefe lo del taller, eso es necesario. Por el momento, lo de Laura y Elena no.

Rodrigo se removió incómodo en su asiento.

—Rodrigo, confía en mí. Me prometiste que lo harías.

Iba a replicar cuando sonó su teléfono. Lo cogió y escuchó largo rato a su interlocutor. Cuando colgó dejó su *whisky* sobre la mesa y se levantó.

—Tenemos que irnos. Era Manuel Torres, de la comisaría de Villa de Vallecas. Me lo encontré el otro día en Valdemingómez. Ellos estaban vigilando a la Paca y el verme hoy allí creo que les ha provocado moverse con rapidez. Entran esta noche en su casa. Al menos me ha avisado y no tenía por qué hacerlo. Deja eso y coge tu abrigo. Nos están esperando.

Antes de que Rodrigo pronunciase las últimas palabras, Jaime ya tenía las llaves en la mano.

—No hables demasiado. Así evitaremos que la media botella de *whisky* que nos hemos metido entre pecho y espalda sea la que guíe nuestras palabras.

Viernes, 3 de diciembre de 2004

Eran las cinco horas y cuarenta y cinco minutos de una de esas escasas madrugadas en las que Laura y su pijama de flores verdes con rayas horizontales rosas y blancas llevaban desde las diez de la noche en la misma posición: la horizontal. Ninguna perturbación ni mucho menos pesadilla o sensación extraña la había molestado durante esas casi ocho horas de sueño. Para bien o para mal, la ansiedad y la inquietud habían dado paso al cansancio. Y el gatito negro de sus sueños había muerto definitivamente en lo más profundo de su subconsciente. Aunque ahora tenía el problema de Jaime. No había podido hablar con él en las dependencias de la UDYCO, pero ya lo haría. Se había prometido a sí misma tomárselo con calma tras convencerse de que ese asunto era mucho menos grave que el de la pequeña.

Como si fuera imposible que todo continuase así, el sonido de un mensaje en su teléfono móvil la sobresaltó. Era Jaime: «Han detenido a la Paca. La ponen a disposición del Juzgado de Instrucción número 25 esta misma mañana. La operación ha reventado». El mensaje, su contenido y el descanso acumulado por las horas de sueño provocaron que su mente comenzara a trabajar de forma inmediata.

Pensó en el titular del Juzgado de Instrucción número 25, al que conocía, y en la compañera que estaría esa mañana de guardia. Por suerte, era una de sus amigas íntimas en la carrera, de la que se había hecho inseparable desde que Nerea había venido de Barcelona cinco años atrás. Pese a que había confianza, tuvo la prudencia de esperar hasta las ocho, y entonces le mandó un mensaje. La llamada de vuelta no tardó más de cinco minutos.

—Laura, dime, ¿qué ocurre? Ya sabes que hago todas las guardias de mi juzgado, salvo fuerza mayor —le dijo expectante.

—Nerea, necesito que me hagas un favor. Hay un asunto que se lleva en mi juzgado y hoy han detenido a una de las implicadas. Es algo gordo y me gustaría asistir a la declaración, si no tienes inconveniente —explicó Laura con prisas.

—¿Cómo lo voy a tener? Aunque creo que habría que comentarlo con el jefe. Ya sabes que es especialista en sacar problemas donde no los hay.

—Ya lo había pensado. Ahora lo llamo. Creo que no habrá inconveniente porque es un asunto de mi juzgado y yo soy la que lo conoce a fondo. Además, también lo sigue él muy de cerca, ya te contaré. El nombre de la detenida es Francisca Jiménez Gallardo. Es un asunto de Valdemingómez, un delito contra la salud pública. Cuando llegues a la guardia y veas los atestados, comprueba, por favor, que sea tuyo.

Laura colgó y reunió fuerzas para llamar al fiscal jefe. No le costó localizarlo. Le dijo que le parecía muy lógico que fuese ella la que pasase a la detenida y demostró una serenidad que la tranquilizó. Intentó contactar con Jaime pero le resultó imposible. Le devolvió el mensaje y se dirigió hacia los calabozos de plaza de Castilla.

Llegó pronto a los juzgados y se dirigió a la Fiscalía de guardia. Y ahí estaba su compañera, que la recibió con una sonrisa.

—Aquí tienes el atestado. Es el asunto número cinco. Si quieres quédate aquí y, cuando vayamos a pasarlo, te doy un toque al móvil.

—Muchas gracias, ¡por fin! Este asunto me estaba volviendo loca. Es uno de esos con intervenciones telefónicas, actuaciones declaradas secretas... un horror. —Se sentó frente a ella y dejó sobre la mesa el atestado.

—Entonces César estará contento —dijo su amiga mientras reía—. ¡Con lo que odia este tipo de asuntos!

—Bueno, no lo lleva tan mal, pero los demás estamos saturados —dijo soplando aire hacia la frente.

—¿Los demás? ¿Quiénes? —preguntó mientras apuntaba las palabras «comparecencia de prisión» en uno de los asuntos de la relación de los detenidos que la funcionaria le había facilitado a primera hora.

—¿Me está usted interrogando, señora fiscal? —dijo Laura mientras sacaba la lengua—. He dicho que te lo contaría. Pero ahora no.

—Imagino que por deformación profesional.

Unos nudillos en la puerta interrumpieron la conversación.

—Disculpe, señora López, la llaman de calabozos.

—Gracias. Te has librado. —La señaló con el dedo índice—. Pero pronto hablaremos y me lo tendrás que contar todo. Atenta al móvil. Te llamaré.

Laura sonrió. Tras los cinco pasos que su compañera necesitó para atravesar el despacho de la guardia, cruzar y cerrar la puerta, se quedó sola. Por fin podría estudiar con tranquilidad el atestado.

Habían encontrado de todo: hachís, cocaína, heroína, básculas de precisión, navajas y cuchillos para realizar el corte, bolsitas para meter la droga, y 15 475 euros en metálico distribuidos en una suerte de billetes variopintos, entre los que destacaban cincuenta y cinco billetes de diez euros y setenta de cinco euros. Además de a la Paca —que, según pudo comprobar en los antecedentes policiales, llevaba varias detenciones por los mismos hechos—, habían detenido a dos de sus sobrinos, de quince y dieciséis años de edad, que habían sido puestos a disposición de la Fiscalía



de Menores. En el domicilio, por si fuera poco, vivían los dos hijos de la detenida, de seis y nueve años. El sonido de su móvil hizo que diera un salto. Era su compañera. Cerró el atestado y se preparó para bajar.

Los calabozos de plaza de Castilla se encuentran situados en la planta sótano del edificio. Bajó andando, ya que la Fiscalía de guardia está en la primera. Al llegar abajo y pasar la puerta que da al aparcamiento del edificio, un guardia civil frente a una mesa le dio los buenos días. Después avanzó unos metros hasta llegar a la enorme puerta de barrotes que separaba aquel inframundo del mundo real. La puerta tenía un enorme cerrojo que había que abrir, pero además era controlada a distancia mediante un mecanismo eléctrico por los funcionarios de prisiones, que se encontraban unos metros más adentro. Los dejó atrás y avanzó hasta llegar a la última puerta, donde se podía leer «Juzgado de detenidos G». Su destino. Después había un pequeño desvío hacia la izquierda para llegar hasta la sala donde se practican los reconocimientos en rueda, pero no creía que hoy fuese a ser necesario penetrar más en aquel lugar.

Llamó, abrió la puerta y se fijó en que su compañera ya no estaba, pero vio al magistrado, que la reconoció al instante.

—Vaya coincidencia, Laura. Siéntate. Me alegra mucho que seáis vosotros los que llevéis el asunto este, que tiene una pinta estupenda —le dijo mientras le sonreía burlón—. Si te parece, yo te doy la palabra y tú te encargas de hacer el interrogatorio.

—Me parece muy bien. Si ves que me pierdo, me encuentras. —Le guiñó un ojo.

Él no pudo reprimir la carcajada pero a continuación, y de forma incluso artificial, la seriedad invadió su rostro y con un simple gesto le pidió al agente judicial que hiciera pasar a la detenida con su letrado.

—Tomen asiento —dijo el magistrado—. Francisca, ¿verdad? Francisca Jiménez.

La mujer iba vestida íntegramente de negro. Llevaba el pelo recogido en un moño alto, y las marcadas arrugas de sus manos, cuello y cara auguraban que había traspasado la barrera de los cuarenta hacía años. Se limitó a asentir.

—Le han leído sus derechos, ¿los ha comprendido?

Nuevo asentimiento.

—Muy bien, entonces le pregunto: ¿Va usted a declarar?

La gitana se giró y miró a su letrado, que se encogió de hombros. Ella, sin pronunciar palabra alguna, asintió.

—Pues responda a las preguntas que le haga el Ministerio Fiscal. Señora fiscal.

—Gracias, señoría. A ver, Francisca. —Fijó los ojos en la mujer—. ¿Conoce usted los motivos de su detención?

—Por vender droga en mi casa, creo. —Paca abrió la boca por primera vez.

—Exacto. Y dígame, ¿son ciertos los hechos?

—Bueno, ciertos no, a ver, no *mu* ciertos. Algo hubo, pero poca cosa, desde que encarcelaron a mi *marío na*, ya no *vendemo* ahí *na*.

—Su marido es un histórico traficante de drogas, ¿verdad?

La Paca asintió con una especie de orgullo que exasperó a Laura.

—Bien, dígame, toda la droga que se ha encontrado en su domicilio, ¿para qué la tenía usted ahí si no es para venderla?

—Pues *na, pa* cuando vienen los chavales que se fuman algo y *pa* los amigos, pero *na*.

—¿Y los chavales y los amigos también son los que le han pagado los 15 475 euros que se han encontrado en su casa?

La Paca hizo una mueca mientras miraba de reojo a su letrado, que tenía la vista perdida hacia el frente.

—Porque ese dinero, Francisca, procede de la venta de droga, ¿verdad? —continuó Laura—. ¿En qué trabaja usted?

—Eh... no, no. Yo no trabajo. Verá, parte del dinero es de un coche que vendió uno de los niños que se dedica a eso, y luego de algo de la chatarra que *conseguimo vendé* por ahí y, bueno, mi sobrina ha tenido un niño y el Estado le ha *dao* dinero.

—¿Pretende usted que creamos que el Estado le ha pagado una prestación a su sobrina dándole cincuenta y cinco billetes de diez euros y setenta billetes de cinco euros en efectivo? —Laura enarcó las cejas.

—Sí.

—A ver, Francisca, le han leído sus derechos antes de empezar su declaración, y lo sabe bien porque no es la primera vez que la han detenido. Tiene derecho a guardar silencio o a no contestar a alguna de las preguntas que aquí se le hagan, pero usted lo que no tiene es derecho a tomarnos el pelo, ¿lo entiende?

Ese último reproche funcionó como un despertador para el letrado que, por primera vez, abrió la boca.

—Señoría, la señora fiscal se está cebando con mi cliente. Le ruego que le haga moderar su interrogatorio. Además, ni esto es un juicio ni ella tampoco es juez para decirle a mi patrocinada los derechos que tiene y los que deja de tener, y mucho menos cómo ha de ejercitarlos.

Laura se lo esperaba y sonrió por dentro. Lo que no tenía tan claro era cuál iba a ser la respuesta del juez, de la que dependería el tono del resto de su interrogatorio.

—Señor letrado, soy yo y no usted quien dirige este acto. La señora fiscal está realizando un interrogatorio escrupuloso por la trascendencia del asunto que nos ocupa. Y su defendida está mareando la perdiz, se lo digo desde ya. Continúe, señora fiscal.

—Gracias, señoría —dijo Laura sin levantar los ojos del atestado—. La policía ha realizado vigilancias en su domicilio y ha interceptado a alrededor de veinte personas que salían de su vivienda con pequeñas cantidades de droga. ¿Me está diciendo que todos son sus sobrinos y los amigos?

—Sí.

—Además, su marido es un conocido traficante de drogas que cumple condena, precisamente, por vender sustancias en su domicilio. ¿Me está diciendo que ya nadie vende allí?

—Eso le digo.

—Señoría, ¿se le podría mostrar el folio cuarenta y cinco del atestado para ver si reconoce su vivienda y la persona que aparece en la instantánea?

El juez, sin prisa alguna, cogió el atestado y buscó el folio indicado por Laura. Con la misma calma le dio la vuelta y lo puso frente a la Paca. Francisca no pudo reprimir las lágrimas. Frente a los barrotes de una de las habitaciones principales de su casa aparecía de espaldas un señor de mediana edad, y de frente una niña que en ese momento acababa de coger un billete que le daba el hombre, mientras ella le facilitaba una papelina con polvo blanquecino en su interior. La imagen era tan nítida que no dejaba sitio para la duda.

—Ay, virgencita, mi niña, es mi niña. ¿Dónde la tienen? Se la han *llevao*. La policía entró a mi casa y se llevó a mi niña, y también a mi niño. Señoría, ay mi señoría, haga *usté*...

—¿Es esa Rosario, su hija de nueve años de edad, sosteniendo en una mano un billete de veinte euros y en la otra una papelina? —la interrumpió Laura.

—Mi niña, por Dios, es mi niña... Mi señoría, se lo ruego, haga algo, *po favó*, yo...

—¿Utiliza usted a su hija de nueve años para vender droga, Francisca? —la volvió a interrumpir Laura.

La gitana hacía aspavientos con las manos, que se llevaba a la cabeza para luego elevarlas al cielo y, supuestamente, implorar al Altísimo mientras sollozaba sin parar. El magistrado se vio obligado a intervenir.

—Francisca, tranquilícese. Sus hijos, al ser menores y no haber nadie en su domicilio que pudiera quedarse con ellos, han sido enviados a los servicios sociales y allí los están atendiendo. Por eso no debe preocuparse. Pero tiene que pensar una cosa: que usted utilice a su hija de nueve años para vender droga es un delito muy grave, incluso podrían privarla de la patria potestad. Quitársela, para que me entienda.

—Mi señoría, lo sé, mi señoría, solo fue esa vez. Se lo juro, tenga *compasió*, mi señoría... —rogaba la Paca que, en un inusitado movimiento ágil, que nadie hubiera imaginado debido a sus más de cien kilos de peso, se había puesto de rodillas frente a la mesa y había juntado las palmas de las manos como si le rezara al mismísimo Cristo encarnado en el magistrado.

—Francisca, levántese y vuelva a su asiento —dijo el juez—. Cuando acabemos con el interrogatorio, hablaremos de sus hijos, ¿de acuerdo? Estese tranquila.

La Paca se levantó, ya con más esfuerzo, y se volvió a sentar al lado de su letrado, mientras este le reprobaba su comportamiento mordiéndose el labio inferior y negando con la cabeza.

Un funcionario de prisiones, ante el escándalo, entró en la habitación y, con un gesto, hizo saber al magistrado que se quedaría durante todo el interrogatorio.

Laura volvió a preguntar.

—Tenía usted en su domicilio una libreta con multitud de nombres y números de teléfono, un pequeño cuaderno de tapas negras, ¿es eso cierto o necesita que se lo muestre?

—Es cierto, pero el cuaderno no es mío, yo no sé *leé* ni *escribí*.

—Entonces, ¿de quién es?

—De la casa.

Laura suspiró.

—A ver, de la casa donde usted vive, luego entiendo que el cuaderno es suyo. ¿Quién ha hecho las anotaciones?

—Me acojo al derecho ese de no *contestá* que me dijo *usté* antes —respondió la Paca con aire triunfal.

—En el cuaderno hay varios números de teléfono con el prefijo 0998, ¿sabe de qué país es ese prefijo?

—No.

—¿Dónde consigue usted la droga?

—La droga me la consiguen a mí amigos que tengo. Yo tengo muchos amigos, en muchos sitios. Casi todos gitanos. Gente que se mueve y que conoce el negocio.

—¿Y los que no son gitanos es posible que sean venezolanos?

—Es posible, pero tengo muchos amigos, ya le digo.

—¿Conoce usted a un tal Chancas?

—No.

—¿No le suministra este señor, junto con otros y desde Venezuela, la cocaína y la heroína que usted vende?

—No, ya le digo que la droga me la consiguen amigos gitanos.

—¿Le ha ofrecido usted a ese señor la posibilidad de guardar la droga que trae de Venezuela en un almacén de su propiedad?

—No.

—¿Es en ese almacén en el que trabaja uno de sus sobrinos, en concreto Francisco Jiménez, que también ha sido detenido hoy? ¿Tiene allí, a modo de tapadera, un taller donde, supuestamente, repara vehículos de segunda mano antes de venderlos.

—No.

—El taller, Francisca. Dígame dónde está.

La Paca se limitó a mirarla a los ojos.

—¿Ha oído usted hablar de colaborar con la justicia? Si usted nos da nombres, nos señala lugares y nos dice lo que queremos saber, su condena puede verse disminuida, ¿lo sabía?

El letrado dio un pequeño salto en su silla.

—Señoría, la señora fiscal se vuelve a exceder, esta coaccionando...

—La Paca no es ninguna chivata —lo interrumpió la gitana.

—Muy bien, pues no hay más preguntas —dijo Laura—. Y si el señor letrado no tiene ninguna, la fiscal interesa que se celebre la comparecencia de prisión.

La Paca palideció.

## Capítulo 13

Viernes, 3 de diciembre de 2004. 21.00 horas

—Se han precipitado.

Laura daba vueltas alrededor de sí misma. Arrojó el abrigo y el bolso sobre el sofá verde oscuro —que, en el centro del salón de la casa de Jaime, estaba desbordado por una cantidad excesiva de cojines—, y se sentó en el sillón que había al lado.

—No han contado conmigo, no me han avisado. No lo entiendo.

Rodrigo y Jaime se miraban sin saber muy bien qué decir.

—No hemos encontrado nada. Me refiero a nada de lo que estábamos buscando.

—Mire, debe entender usted algo. Estamos inmersos en una operación policial —Gálvez enfatizó las letras de la última palabra—, y usted no es policía. Esto excede de sus competencias.

—No —protestó ella—. He dirigido esta investigación desde el principio. De hecho, esta operación ha salido adelante gracias a mí, y yo...

—Por Dios, haga el favor de guardar ese ego donde quiera que lo esconda cuando aparenta ser una persona normal —interrumpió Gálvez golpeando la mesa con el puño—. ¿Cuántas vigilancias ha realizado usted? ¿Cuántos teléfonos ha escuchado? ¿Gestiones? ¿Tiene una ligera idea de las horas que nos hemos pasado investigando?

—Vaya, pues es curioso que lo diga usted precisamente, cuando yo no he visto que haya movido ni un solo dedo.

Gálvez se levantó de su asiento.

—Raúl, tranquilízate y vuelve a sentarte —ordenó Jaime, que apenas había hecho un solo gesto en toda la conversación. Revisaba el atestado y la declaración de la Paca—. Todos. Tranquilizaos. Yo creo que hemos encontrado mucho.

—¿Mucho? —insistió Laura—. Tenemos a una pobre gitana con un montón de menores a su cargo que se dedica al menudeo de drogas en Valdemingómez y que, además, tiene un marido manco en prisión por, precisamente, delitos contra la salud pública. ¿Esta es su gran operación de narcotráfico? —dijo enfadada—. «Grandes toneladas de cocaína desde Venezuela» —imitó la voz de Jaime—. «La DEA nos ha facilitado unos teléfonos», «pueden estar implicadas hasta las FARC»... Vamos, hombre, por favor, dos gitanos con cuatro papelinas.

—No es verdad —se defendió Jaime ofendido—. Hemos encontrado mucha droga y mucho dinero.

—Pero no es lo que estábamos buscando. ¿Qué pasa con Venezuela? ¿Y el almacén? Habíamos quedado en que primero íbamos a encontrarlo. ¿Algún dato? ¿Algo que nos pueda dar alguna pista

de dónde se encuentra? Existe, porque ella me lo ha venido a reconocer, pero tampoco he podido preguntarle demasiado. Si había algo allí, desaparecerá en pocas horas, si es que no lo ha hecho ya.

Los agentes escuchaban pensativos, sin estar muy seguros de lo que debían contestar.

—Eso no es tan fácil de hacer. Me refiero a que desaparezca la droga si es una cantidad elevada —repuso Rodrigo—. Esas cosas hay que hacerlas con calma si no quieres cometer ningún error.

—Pues encuentren ese almacén. Ya —se enfadó Laura.

—Eh, bueno, creemos que ya lo hemos encontrado —confesó Jaime—. No se lo habíamos dicho porque queríamos estar seguros.

Después de esas palabras del inspector, hubo un largo silencio. Ninguno de los policías se atrevía a romperlo y Laura lo necesitaba para asimilar lo que acababa de escuchar.

—Y ya que parece que nos estamos sincerando —dijo Gálvez por fin—, le contaré otra cosa. El fax de la DEA con el que hemos empezado a investigar este asunto es falso, por lo que no tenemos caso. ¿Cómo se queda?

Laura dirigió sus ojos hacia Jaime, que bajó la vista.

—¿Que es qué? —acertó a preguntar tras tragar saliva.

—Bueno, aún lo estamos investigando pero, según las gestiones que ha hecho Gálvez, en la DEA no saben nada de esa información, así que creemos que ese fax...

—No puede ser posible —lo interrumpió Laura y notó cómo el rubor acudía a sus mejillas—. Me han engañado.

—No ha sido así exactamente —dijo Rodrigo—. Lo que ocurre es que había cosas que era mejor que no supiera.

—¿Que había cosas que era mejor que no supiera?

—En realidad no estábamos seguros de en quién podíamos confiar. Fue una cuestión de prudencia —aseguró Jaime—. En todo caso, ha sido decisión mía. Tampoco hemos hablado con Gutiérrez, para que se haga una idea.

—Yo quiero hablar con él —dijo Gálvez y evitó que Laura pudiese responder—, pero el inspector no me deja.

—Exacto. Han avanzado mucho —Laura ignoró las palabras de Gálvez— gracias a esta tonta que ha confiado en ustedes y que ha informado favorablemente cualquier cosa que pedían. Incluso he llegado a hablar con el magistrado para que no archivase este asunto aun sabiendo que sobre la mesa apenas teníamos nada para continuar. ¿Y ahora me dicen que no tenemos caso?

—Laura —dijo Rodrigo—, escúcheme un segundo. Sobre lo de esta mañana. Los compañeros de Vallecas estaban detrás de la Paca. Ellos han decidido intervenir. Han presentado ante el juzgado de guardia un oficio solicitando la entrada y registro en su domicilio. A nosotros nos ha venido todo hecho y no hemos podido hacer más que colaborar. ¿No se ha fijado en que el atestado no era nuestro?

—No lo sé. No he mirado quién pedía la entrada. Solo me he fijado en el resultado.

—Nos avisaron —dijo Jaime—. Rodrigo coincidió con un compañero de Villa de Vallecas en una vigilancia y le contó que estaban investigando a la Paca, que querían pillarla con algo de

entidad para poder meterla en prisión una larga temporada. No pudimos hacer nada porque ellos estaban investigando de forma... digamos —carraspeó— oficial.

—¿Oficial? ¿Y de qué forma están investigando ustedes? ¿De forma extraoficial? Qué curioso, dado que el asunto ya está judicializado. Vamos, que tenemos hasta su teléfono intervenido.

—Ay —Gálvez negó con la cabeza—, no entiende nada. Abandone esto, hágase ese favor, que le queda grande. La policía es la policía. Y los juzgados son los juzgados. Por eso usted nunca comprenderá cómo trabajamos nosotros en nuestro ambiente ni nosotros cómo trabajan ustedes en el suyo.

—Muy bien. Me marcho.

—No —corrigió Gálvez—. No se preocupe. Ya me marcho yo, que veo que esta reunión no nos va a llevar a ningún sitio. Y voy a hablar con Gutiérrez. Lo lamento —añadió mirando a Jaime.

Escucharon el portazo que dio Gálvez al salir. Laura decidió tomarse un momento. Se sentó en uno de los sofás opuestos al sillón donde se encontraba Jaime desde que entraron en el salón, y dejó a Rodrigo a su lado mirándola con la cara como un poema.

—Necesito ir un segundo al servicio.

—Faltaría más —dijo Jaime—. Es la puerta del fondo a la izquierda.

Esperaron unos instantes en silencio hasta que sonó la puerta del aseo al cerrarse.

—Joder —susurró Rodrigo—. La hemos jodido pero bien.

—Seguiremos con el caso. Sabes mejor que yo lo que hemos avanzado, y aún nos queda ese taller esperándonos. Estoy convencido de que allí vamos a encontrar algo gordo.

—La información de la DEA no existe. Alguien se lo ha inventado para no sabemos qué. Creo que debemos cambiar de estrategia.

—¿Cambiar de estrategia?

—Sí. Dejar un poco de lado la búsqueda de la droga y encontrar al cabrón que nos ha tomado el pelo. Lo tenemos dentro. Deberíamos centrarnos en eso. Lo mismo está relacionado con mi soplo.

—El otro día registré el despacho de Gutiérrez, ¿no te parece suficiente?

Rodrigo se encogió de hombros.

—Por lo visto, no.

Se escuchó la puerta y después los tacones de Laura contra el suelo. Acto seguido, entró de nuevo en el salón.

—Me marcho —dijo—. Y quiero que piensen, aunque me llamen egoísta, que mi carrera se va a ver afectada por esto. Estoy convencida de que me expedientarán. Y todo gracias a ustedes. Piénsenlo. Buenas noches.

Cogió su bolso, su abrigo y su bufanda y, sin siquiera ponérselos, salió de la casa. Rodrigo se levantó y, tras esperar unos instantes, se dirigió de nuevo a Jaime.

—Me voy tras ella. Hace frío, es muy de noche y esta zona no me gusta demasiado. Aunque no me deje acompañarla, al menos me aseguraré de que llegue sana y salva a un taxi.

Jaime lo agarró del brazo antes de que pudiera salir del salón.

—Espera un momento. Siéntate.

—Con el cabreo que lleva se va a ir zumbando. Déjame que la alcance, ya hablaremos mañana. Jaime negó con la cabeza.

—No es posible, lo siento. Tengo que decirte algo importante. Y Laura ya es mayorcita. En muchas peores se habrá visto que en el centro de Madrid a las diez de la noche y en vísperas de Navidad.

Rodrigo cedió y se sentó. Aún contrariado, suspiró y miró a su interlocutor con paciencia.

—¿Qué te pasa con esa mujer? No hay que ser muy listo para darse cuenta de que estás llevando todo esto a un plano que va mucho más allá de lo profesional.

—¿Qué es lo que quieres oír? ¿Que me gusta? Pues hale, ya lo has oído. ¿Puedo marcharme ya?

—Rodrigo, a ti te gustan todas. O, al menos, te gustaban. Esto es distinto. Hace semanas que no te veo detrás de ninguna y sin embargo...

Rodrigo se restregó la cara y se echó atrás en el sofá.

—Tú ganas —dijo derrotado—. Estoy enamorado de ella. Y no me jodas, eh, no me jodas, que bastante jodido estoy ya. Mejor no digas nada y ponme una copa.

Ni siquiera sabía por dónde iba. Estaba tan enfadada que lo que menos le importaba era la dirección de sus pasos. La niebla había dejado una sensación de frío y desamparo que la exigua luz de las farolas no hacía sino aumentar, aunque ella no lo percibía por estar embebida de desconcierto e indignación.

Sin embargo, el hombre que la observaba desde cerca, sí. Llevaba mucho tiempo esperándola. En realidad no habían transcurrido más de unos minutos, pero el frío los había convertido en horas. Había conseguido que sus botas no hiciesen ruido al caminar y que su ligero abrigo fuese suficiente para que la humedad no se le agarrase a los huesos, pero la noche ya era cerrada y esa sensación no duraría. Tenía que darse prisa. Sujetaba su Davidoff y veía cómo el humo que desprendía se mezclaba con la niebla calada tras calada, pisada tras pisada. Sin perderla de vista ni un segundo, sus pasos golpeaban el asfalto, silenciosos, en la negrura de la noche, acompasados con los de ella, por lo que solo se oían unos tacones contra el suelo.

El paisaje cambió de forma radical al entrar en la Puerta del Sol, abarrotada por las fechas, el puente de la Inmaculada. Ella ni siquiera se fijó en la estatua del Oso y el Madroño cuando la rodeó y la dejó atrás. Su paso firme y decidido hizo que ganara aún más confianza y que continuase hablando sola; y la algarabía a su alrededor, que se le escapase algún impropio. Cuando la vio desaparecer de la calle Mayor por una callejuela llamada del Correo, apretó el paso con sigilo tras ella. La estrechez de la acera le dio alas, por lo que metió la mano en el bolsillo del abrigo y acarició las cachas de su pistola. En la calle de la Paz, a la altura del teatro Albéniz, la sonrisa burlona del burro que ocupaba un inmenso cartel anunciando la obra *El retablo de las maravillas* le sacó a él otra. El corazón comenzó a latirle con fuerza. A medida que sentía el arma dentro de su bolsillo, más se emocionaba. Ya no había nadie alrededor. Solo ellos dos. Decidió sacarla.

Sin embargo, tuvo que guardarla de nuevo al entrar en la plaza Mayor. Demasiada gente. Se fijó en los puestecillos ambulantes con figuritas de Navidad, que pugnaban con otros llenos de artículos de fiesta, algunos incluso soeces, que parecían declarar una guerra sin fin a los tradicionales belenes vecinos.

Según atravesaban la plaza, el hombre se ocultaba entre la gente, disfrutando aún más, si cabe, de ser testigo de la desesperación de esa mujer brillando entre los cubos repletos de bombillas de



colores, que colgaban suspendidos por multitud de cables invisibles al camuflarse con el cielo negro. Por fin dejaron la plaza atrás.

Una de las farolas de la calle por la que se encaminaron estaba fundida, y allí vio el hombre su oportunidad. Siguió andando, más sigiloso que nunca, lo que hacía prácticamente imposible que pudiera oírlo. Lo de verlo ya era otra cuestión. Si hubiese fijado sus ojos en el retrovisor de una Yamaha aparcada en la acera, las brasas de su Davidoff lo habrían delatado. Decidió arrojarlo al suelo.

Y justo en ese preciso instante, como si hubiese podido leer su mente, la mujer se giró. «Joder», pensó mientras se ocultaba en un soportal. Se quedó inmóvil. La fiscal ya no decía nada. Solo se escuchaba el silencio de la noche y eso solo podía significar una cosa: lo había visto.

Entonces volvió a escuchar sus pasos, pero no se atrevió a salir de nuevo.

Laura olvidó todo lo relativo a su enfado. Maldita sea, alguien la seguía. Otra vez. Tenerlo ahora tan claro hacía que un sentimiento absurdo la inundase, pensando en lo estúpida que había sido todo este tiempo, aunque no parecía ser el mejor momento para reprocharse nada. Se giró de nuevo porque necesitaba ver la calle exacta en la que se encontraba. Lo único que halló fue silencio. Un silencio quizá demasiado absoluto y sobrecogedor, sobre todo, sobrecogedor. No había nadie más por allí y aún le quedaba un largo trecho por andar, ya que se había desviado. Su respiración se agitó. Intentó hacerla más profunda para tranquilizarse, sin éxito. Su mente se saturó de pronto. Una punzada de ansiedad la atravesó y retrocedió seis años, cuando *aquellos* la acorralaron en la localidad de Irún. Jamás hubiera imaginado que en este lugar, en la capital de España, en el Madrid del siglo XXI, se pudiese llegar a sentir como se había sentido *allí*.

Cogió su teléfono. Notó que la mano le temblaba, mezcla de frío y terror, y marcó el número de Jon. En el segundo tono el teléfono se quedó sin batería. «Mierda», pensó. Miró por fin a su alrededor y se dio cuenta de que se encontraba en un callejón de mala muerte donde sería una presa fácil. Sin embargo, ya no acertaba a escuchar ni a ver a nadie. Decidió que no podía quedarse allí plantada, esperando que algo horrible le ocurriese. Anduvo sobre sus pasos hasta que regresó de nuevo a la plaza Mayor. Nadie sospechoso. Otra vez los jóvenes y turistas que había visto antes. Entonces recobró el paso con la misma ira y desesperación con la que media hora antes había abandonado el piso de Jaime.

## Capítulo 14

Domingo, 5 de diciembre de 2004

El Manco se restregaba la palma de la mano izquierda contra el muñón y los calentaba con su aliento.

—*Joer*, compadre, en verano nos *quejamo* de la *caló*, pero qué hijo de puta es este frío húmedo. Estoy *helao*.

Cogió el libro que había dejado en el banco, entre Gabarra y él, y lo abrió por la primera página.

—¿Cuánto pesas, Manco? ¿Sesenta kilos? Con ese volumen lo raro es que no te hayas muerto ya —dijo Ricardo, apretándole uno de sus bíceps—. ¿Ves? Además, tienes media hostia.

—¿Qué *cohones* media hostia? Mírame la espalda. —Se levantó de un salto y se giró extendiendo y cerrando los brazos, mientras hacía fuerza para poner duros los músculos de la espalda, con multitud de extraños movimientos—. ¿Qué *dicís* ahora, compadre? ¿Qué *dicís*? Yo he hecho mucha natación, ¿*sabe*? Mira, toca, toca... Como el acero de los barcos.

—Pero ¿qué acero ni qué cojones? —Gabarra rio—. Si no fuese porque esto está lleno de gitanos que te respetan y te cuidan, les hubieses durado a los dominicanos, o a mis amigos los georgianos, menos que un caramelo en la puerta de un colegio.

—*Pué* que tengas razón. Pero eso es porque son muchos, no porque yo sea poca cosa —insistió—. Mis primos... hay que *joerse*. Qué gran familia.

—Tu familia son tu Paca y tus hijos, Manco. ¿Nunca piensas volver con ellos? Es allí donde está tu vida: con tu mujer y con tus hijos.

El Manco se calentó la mano izquierda restregándosela contra la pierna, a la vez que se golpeaba con el muñón en el pecho.

—Mi Paca es mi hembra. No he *querío* a otra ni la querré. Y me ha *dao* a mis dos niños. No *pueo* pedirle más.

—Pocos hijos para un gitano, ¿no?

La sonrisa del Manco le enseñó el hueco que tenía entre dos de los dientes de arriba.

—*Joer*, compadre, que llevo muchos años en la trena. Se ha hecho lo que se ha *podío* en los pocos permisos que me han *dao*.

—He oído hablar muy bien de los vis a vis.

—*Amos*, no jodas. A mí lo que me gusta es hacerle el *amó* a mi *mujé* en mi casa, *tumbao* en mi cama. Los *vi a vi pa* su puta madre.

—Vale, joder. Ahórrate los detalles.

El Manco lo observó unos instantes.

—Se le marchita la flor a la Paca. No quiero *joerte* donde más te duele pero la única flor que se está marchitando no es la de mi Paca, compadre. Aunque el *amó* nunca se marchita. Ahí puedes estar tranquilo. Eso es *pa* siempre, si es de *verdá*. Haz caso al Manco, que ha *vivío* mucho. — Gabarra cerró los ojos y asintió. Vio que el Manco volvía a coger el libro y pasaba hojas—. Tú y yo somos de una pasta *especiá*.

»*Estamos* aquí como parte de este sistema, aunque nos ha *tocao* bailar con la más fea. *Llevamo* muchos años bailando, de hecho. Los dos. Pero no sé si te has *fijao* en que yo llevo el compás desde el principio y sin ningún *poblema*, mientras tú parece que quieres *bailá* un vals en los *surburbios* de Buenos Aires donde, como *to* el mundo sabe, solo se baila el tango.

—Pero ¿de qué coño hablas, Manco? Ponte a leer, joder. —Le dio una colleja—. Y déjate de gilipolceces. Puede que no esté aquí toda la vida para enseñarte. ¿Has rodeado las vocales como te dije? ¿Y desde cuándo sabes tanto de bailes?

—¿*Ve*? Ya estás bailando a un compás diferente del que toca. ¡Escucha la música, compadre! Y que sepas que ya estoy acabando con las *consosnantes*. Que soy mucho más listo de lo que *paeece*.

—Las metáforas calés no las capto, Manco.

—*Joer*. Que te bajes de la nube. Que te adaptes y aceptes tu destino. Esta es nuestra puta vida. No *tenemo* otra. Nuestra mujer, nuestros hijos, lo que sea que *tuviéramo* fuera de esta prisión es algo *mu* lejano, a lo que no podremos *regresá jamá*. Esto —abrió los brazos y miró de izquierda a derecha la prisión— es lo único que *tenemo*. *Amos*, compadre. Hay que aceptarlo.

—Si sigo aquí mucho tiempo esos georgianos me matarán. ¿Qué vida tengo yo aquí dentro?

El Manco suspiró y cerró el libro, dejándolo en el banco, donde estaba en un principio. Luego miró a Gabarra.

—Les estamos plantando cara, ¿no es cierto?

—No podré matarlos a todos —dijo recordando las palabras de Mayordomo—. Tú lo sabes mejor que nadie.

El gitano puso las manos sobre los hombros de Gabarra.

—Compadre, no estás solo.

—¿No conocías un lugar más hortera? —preguntó Jon, observando la decoración de aquel local—. Ni más recóndito —añadió—, llevo un rato dando vueltas.

Laura no lo escuchó. No podía dejar de sonreír y se levantó de su taburete para abrazarlo. Fue durante escasos instantes, pero en ese momento se sintió la mujer más estúpida del mundo por haberlo abandonado.

—Me encanta verle tan gruñón como siempre, señor comisario —le dijo al oído justo antes de soltarse.

Él sonrió e hizo un gesto al camarero. Intentaba evitarlo pero no podía dejar de mirarla: su sonrisa, su pelo largo y ondulado que le caía por los hombros, y esos ojos pardos que reflejaban una mezcla de tristeza y desilusión, y una gran carga; como si esta no fuese la primera vida que vivía, como si estuviese viviendo por segunda vez y todo lo que le ocurría la hiciera sumirse más y más en su ya permanente tristeza, heredada de su pasado. Volvió a abrazarla.

—Joder. Qué alegría volver a verte. Tú sí que estás igual —dijo sin desviar los ojos de ella—.

Aunque al mirarte sigue pareciendo que soportas el peso del mundo sobre tus hombros.

—Siempre dices eso, y yo creo que soy una persona bastante alegre y divertida.

—Bueno. Yo diría que más bien eres triste y nostálgica, irónica y sarcástica...

—Alegre y divertida.

El camarero trajo las cervezas, y Jon prefirió no decir nada más y tomar un largo trago de la suya.

—¿Encontraste lo que te pedí?

—Y siempre directa al grano.

—Ya tendremos tiempo de hablar de nosotros, pero estoy nerviosa. ¿Qué has descubierto?

—Como ordene. Jaime Andradas. Tiene una investigación anterior. Un asunto que se quedó en nada. Solo le incoaron el expediente pero se archivó. Y otro en marcha por una queja absurda.

Las primeras notas de *The Best* de Tina Turner fueron lo único que se escuchó por unos instantes, antes de que Laura bufara.

—Ya son tres. Demasiadas.

—¿Tres? —dijo él sorprendido.

—Sí, con esta son tres. Demasiada casualidad.

—Laura, si no ha sido sancionado nunca, son simples sospechas.

—Una sospecha, tras otra sospecha, tras otra sospecha, nos da a un más que probable culpable.

—¿Es así como funciona la justicia ahora? Pues vaya. ¿Y aquello de la presunción de inocencia? Será que estoy demasiado viejo.

—Un poco mayor sí estás, y muy corporativista, por lo que veo.

—También hay otras cosas interesantes en su expediente, si es que a su ilustrísima le gusta examinar todo en su conjunto. Claro que si quiere usted quedarse solo con una parte de la historia, por mí encantado.

—No se trata de eso. Hay que ser consciente de lo que ocurre. Los expedientes muchas veces se archivan. Son como las diligencias que nosotros llevamos. Hay veces que acaban sobreeséidas o incluso con sentencia absolutoria, pero eso no significa que los procesados sean inocentes. Muchas veces por problemas con la prueba o incluso por defectos de forma, no se les puede condenar.

—Bueno, si quieres puedo conseguirlos y así los examinas a fondo. Pero si te fías de mí, que los he hojeado, no es ninguno de esos casos de los que hablas. Ni problemas de prueba ni de forma, es que no cometió infracción alguna. Punto.

—Entonces alguien le quiere mal dentro del cuerpo, si no, ¿cómo te explicas tres expedientes?

—La queja y la denuncia es libre. ¿Tú tienes tu hoja de servicio impoluta?

—Por supuesto —aseguró ella muy seria.

—Claro, hablo con la perfección hecha fiscal. Discúlpeme la pregunta, ilustrísima. Pero convendrás conmigo en que los policías, los jueces, los fiscales... estamos muy expuestos. El trato con el público, y por desgracia no suele ser del mejor, nos pone en la palestra.

—Deja de llamarme «ilustrísima» y de criticarme. Consígueme esos expedientes, por favor. Si no, estarás obligado a venir a visitarme a Madrid todos los meses, y soy muy difícil de soportar.

—Sonrió—. Y sí, te reconozco que alguna queja me han puesto.

—¡Ja! —gritó Jon—. Lo sabía.

—Pero se ha archivado de plano. Tu compañero está siendo investigado por Asuntos Internos. Por algo será. Y eso no tiene nada que ver con las quejas que algún loco te pueda poner, se trata de un policía que comete un delito en el ejercicio de sus funciones.

—De acuerdo, te conseguiré ese expediente, pero me apena que dudes de mí. Antes me seguías casi a ciegas.

—Eras un experto en la lucha contra *esos*, yo ahí no tenía nada que hacer. No compares.

—Era y soy.

—Claro, utilicé el pasado porque yo ya no estoy en ella.

—Laura, todos seguimos en esa lucha, queramos o no.

—Que sí, que tienes razón. Me refiero a que yo ya no vivo *allí* ni hago lo que hacía. No es lo mismo.

—Sí, te entiendo, tranquila —dijo mientras cogía su cerveza y esperaba unos instantes, como si pensara—. Se te echa de menos —añadió al fin, y la vació de un trago, sin dejar de mirarla.

—No pienso volver ni por todo el oro del mundo. Ahora tengo otra vida. Tengo una vida, diría. Dista mucho de ser perfecta pero no renunciaré a ella. Ni siquiera para detener a *esos bastardos*, por mucha satisfacción que aquello me produjera.

«Ni por estar contigo», pensó, aunque eso no lo dijo.

—Apenas llevas cuatro años en Madrid y ya te has convertido en una finolis de la capital. Qué lástima, qué pérdida.

—Y qué imbécil —añadió ella y le dio un codazo—. No me gustaba aquello, Jon. Es verdad que al principio todo parecía correcto. Legal y correcto, pero llegó un momento en el que yo...

Él no la dejó acabar.

—Ya lo sé. No tienes que dar explicaciones, y menos a mí. De todas formas, te vuelvo a repetir que nada fue tan grave como tu cabecita de niña terca y preocupada por cumplir la legalidad se ha imaginado. Además, yo te hice de parapeto. Bueno, de parapeto y de muchas otras cosas.

—Sí, sí. Mi héroe, fuiste mi héroe —se burló ella.

Mientras él se reía y señalaba al camarero haciendo un dos con su mano para que les sirviese otra ronda, Laura respiró hondo y, por fin, se decidió a hablar.

—Jon... —titubeó—, hay algo más.

—¿Algo más? Soy todo oídos.

—Estoy atascada. A mi día a día habitual, que ya es bastante duro como tú bien sabes, se han sumado dos asuntos que me tienen muy preocupada. Y lo peor: estoy asustada.

Él esperó a que el camarero dejase los tercios sobre la mesa.

—¿Asustada por qué?

—Creo que alguien me sigue. Eso o me estoy volviendo loca.

—Es imposible. Ya han pasado cuatro años. Te puse vigilancia durante el primer año y nada. No puede ser. Bueno, no es que no pueda ser, pero sería muy raro, yo...

—No creo que sean *ellos*, Jon —lo interrumpió—. En realidad, estoy casi segura de que son... otras personas.

—¿Otras personas? ¿Persiguiéndote? ¿Y cómo es eso posible?

Laura le contó la historia desde el principio. Desde que Jaime entró en la sala de vistas para tantear al juez y la visitó en la guardia, hasta que alguien fue tras ella hasta el callejón aquel. Jon no la interrumpió ni una sola vez.

—De ahí este lugar tan maravilloso. —Abrió los brazos y alzó la vista por todos los rincones del bar—. Quería asegurarme de que estuviese lejos y escondido. Y de que ninguna persona normal vendría aquí a tomar algo. Intenté marcar tu número, pero me quedé sin batería enseguida.

»Debí haberte llamado antes, cuando las cosas se empezaron a poner feas. Más que feas, extrañas. Nada tiene sentido. Cuando me enteré de lo de Jaime, estuve a punto de hacerlo, tuve el teléfono en las manos, pero al final lo pensé mejor y lo dejé pasar, hasta que me siguieron. Ahora tengo miedo y no sabía a quién recurrir.

—Esto es muy grave. ¿Tienes idea de quién ha podido ser?

—No pude verlo. Estaba demasiado oscuro. Solo pude oler el humo de su cigarro negro, precisamente el que fuma uno de los oficiales que trabaja con Jaime: Rodrigo Olivares. Pero no creo que sea él, no puede ser él. Sería tan... extraño. Además, es solo tabaco. A saber cuántas personas lo fuman. No sé qué más puedo decirte.

—Cuando lo has nombrado, será por algo.

—De verdad que no lo creo, Jon.

—Te diré lo que haremos. Tú sigue como si nada. Deberás fingir, pero eso ya lo has hecho otras veces con personas mucho más peligrosas y no hace tanto tiempo. Mientras, yo me ocuparé de investigarlos a todos en condiciones. Utilizaré mis contactos. Y, bueno, imagino que tendré que hablar con los de mi hotel.

—¿Vas a quedarte? —preguntó con los ojos humedecidos. Él calló unos instantes que ella aprovechó para levantarse y abrazarlo—. ¿En serio? Gracias —le susurró al oído.

—Laura... —La sujetó del brazo e intentó separarla—. Laura, tranquilízate. Sabías que me tenías. Siempre. Solucionaremos esto. Yo te ayudaré.

—Puedes quedarte en mi casa, tengo sitio de sobra. No aceptaré un no.

Él suspiró.

—Prefiero quedarme en el hotel, aunque te lo agradezco. Y si algún día te ocurre algo, tienes miedo o lo que sea, me llamas y me planto allí en diez minutos.

—Apúntate esta, porque te la debo.

Él negó con la cabeza.

—Me duele oír que te ha costado tanto decidirte a llamarme y que soy tu último recurso. No debiste haber esperado tanto.

—Jon, no es por ti. Ambos prometimos no volver a vernos. No quería ponerte en...

—De acuerdo —la interrumpió con un gesto—. Eso ahora no es lo importante. Te acompañaré a casa y ya hablaremos con calma. No creas que estoy tan mayor. Sé que has dicho que dos asuntos te tienen preocupada y solo me has contado uno.

Laura sonrió.

Había personas que te hacían esclava de tus palabras.

Jon era una de ellas.

Ana

*La corriente de aquel río peinaba su cabello, los juncos y la vegetación. Los tres se hacían uno y se confundían, formando las mismas ondas. Además, todos bailaban al mismo ritmo. Un ritmo marcado por el agua que, al caer sobre las piedras situadas a lo largo del cauce, rompía el silencio serrano, ayudado por el pío de algún pájaro y del viento, que aullaba al soplar en esa zona con una fuerza especial. Esos eran los pocos sonidos que la naturaleza ofrecía a cualquiera que estuviera por allí.*

*Pero la pequeña no los escuchaba. Hacía mucho tiempo que no oía nada. Atada y amordazada, creía que sus oídos eran el único sentido de su cuerpo que podía utilizar. Sin embargo, y por motivos que le eran desconocidos, no captaban ningún sonido. Tampoco podía ver. Tenía los ojos cerrados y, aunque nada se los tapaba, no era capaz de abrirlos. Mojada, fría, encajada entre dos piedras y asustada, se dejaba mecer por la corriente que la arrastraba río abajo. No podía hacer otra cosa; o, al menos, eso creía.*

*Decidió imaginar que se encontraba en una cuna y que su mamá la mecía, como cuando era un bebé. De repente sintió algo: unas manos se extendieron sobre su cuerpo, la agarraron y tiraron de ella.*

*Le hubiera gustado echarse hacia atrás y esquivarlas pero no fue capaz de moverse.*

*Hasta que se dio cuenta de algo.*

*Esas manos lo único que querían era sacarla de aquel río.*

## Capítulo 15

Lunes, 6 de diciembre de 2004

Edmundo Muñoz exhaló la última calada de su puro. El humo, en forma de O, se alejó cielo arriba hasta que se disipó como una neblina. El calor húmedo le hacía sudar demasiado y su camisa blanca de lino estaba empapada. Arrojó el cigarro al suelo y consultó su reloj. Eran las doce y diez. Su contacto se retrasaba. Estaba convencido de que había tenido algún problema. Demasiada carga para un solo viaje. Además, no estaba seguro de que los camiones militares en los que querían transportar la droga fuesen a pasar tan desapercibidos como ellos aseguraban.

Mientras los demás reservaban los esfuerzos importantes para trasladar la mercancía hasta Europa a través del Atlántico, a él le preocupaba más salvar el escollo del transporte terrestre desde Colombia hasta Venezuela. Entre otras cosas porque no dependía de él y, a la vez, era parte de su responsabilidad.

Puerto Cabello lucía espléndido esa mañana de diciembre, con sus gaviotas, su humedad y su bruma, que se había instalado en lontananza como si no quisiera dejar de rozar el horizonte sobre el mar. El tráfico marítimo era denso en esos momentos y la cantidad de barcos que poblaban el puerto le daban un aspecto próspero y atractivo. La hora punta era un arma de doble filo; por un lado, provocaba que los controles no fuesen tan exhaustivos, pero por otro colapsaba la partida de los buques, y la espera a veces ocasionaba que a alguien lo traicionasen los nervios.

No a él, por supuesto. Edmundo estaba muy por encima de nervios, de colapsos y hasta de controles. Aun así, no podía dejar de consultar su teléfono móvil.

Antes de que se pusiese más nervioso, al fin sonó.

—Jefe. —Escuchó—. Nos damos la vuelta.

A la vez que confirmaba sus peores sospechas, Edmundo notaba aumentar la rabia en su interior.

—Pero ¿cómo que os dais la vuelta? ¡La verga! —gritó mientras se movía de un lado a otro y hacía como si se peinara su inexistente pelo con la mano izquierda, cuyos dedos llevaba llenos de anillos de oro.

—Está todo controlado. Volveremos la semana que viene —replicó con tranquilidad su interlocutor.

—¡Épale! Tengo aquí el buque atracado esperando la carga para zarpar.

—Nos han parado, a unos cinco kilómetros de Araure. Han abierto los seis camiones y los han registrado enteros, incluido el contenido de las cajas. —Edmundo se sentó en un pequeño saliente del muelle—. Como ya sabe, no han encontrado nada —continuó el hombre—. Aunque es una paliza porque son muchos kilómetros, volveremos otra vez solo con las muñecas. Si tampoco nos



sale bien, volveremos de nuevo. Llegará un momento en el que ni siquiera nos pararán, solo nos saludarán y nos dejarán pasar sin problemas.

»Se correrá la voz y todos oirán hablar de los militares colombianos que llevan días cargando muñecas para una organización no gubernamental española, y que no cejan en su empeño a pesar de las sospechas y dificultades. Sé que es un traspies y que lo pactado era que el señuelo saliese hoy, pero... hay que adaptarse a los reveses, jefe.

No era mal plan. Edmundo tenía que reconocerlo. Pero él esperaba cargar ese buque. De hecho, necesitaba cargar ese buque. Y, por otro lado, no tenía tanto tiempo. En dos semanas la cocaína tenía que estar en el Atlántico. Para eso se había preocupado de llevarles las muñecas a los colombianos durante meses. Para que su plan saliese bien, es decir, como él lo había planeado. Los reveses le daban mala espina. Ese buque tenía que zarpar. Las estaban esperando en España. Era lo acordado.

—Las muñecas son venezolanas, tenlo en cuenta —dijo Edmundo.

—No. Hay muñecas de todo tipo. ¿O qué se cree, que en Colombia no nos preocupamos por los juegos de nuestros niños?

—Te he llevado miles de muñecas, no necesitamos más —insistió el venezolano.

—Créame que sí. No son tan grandes. Necesitamos muchas, tanto para guardar la droga como para hacer los viajes a modo de señuelo.

—He tocado unos hilos aquí, a los que les he ido con la vaina de que vamos a mandar muñecas venezolanas a Europa, por orden del comandante, para regalar a los niños pobres de allí por Navidad. Para que vean en todo el mundo que el régimen de Chávez es solidario y que se puede permitir este tipo de actos.

»Les ha gustado mucho la idea y no han hecho demasiadas preguntas. Además, he conseguido que me las metan en un cargamento de plátanos y cocos de una conocida empresa de fruta para que pasen más desapercibidas, pero como se les ocurra inspeccionar una caja y se encuentren bailaoras de esas vuestras, a ver qué les digo.

—Eso es problema suyo.

—No. Eso es problema de los dos. Si no sale bien, no tendrás tus armas. Ni tu dinero. — Edmundo no pudo evitar elevar la voz.

—De acuerdo, jefe, mejor no amenacemos, ¿le parece? Somos compinches.

—Sí, somos socios, pero yo ahora mismo tengo un barco listo para llenar de carga y zarpar en dos horas. Este marrón es mío y tengo que solucionarlo. Lo pactado era que hoy enviaríamos una remesa de muñecas vacías a modo de señuelo, y no lo vamos a hacer. Yo he dado mi palabra y aquí estamos todos preparados, al igual que allí, en España. ¡Lo están esperando!

»Ahora tengo un problema. Y todo porque tú no has cumplido con tu parte. Solo quedan dos semanas para que llegue la fecha del envío de la cocaína. ¿O crees que podemos estar aquí a tu merced, para que hagas cuantos viajecitos te vengan en gana? Desde luego que no. Cumple con tu parte.

—Preferiría intentarlo más veces, al menos hasta que nos saliera bien. Déjeme al menos probar otra vez con las muñecas vacías. De lo de hoy no puedo decirle más. Nos han parado. Y precisamente en su maldito país. —El colombiano reprimió el insulto que vino a su cabeza.

—Y si no han encontrado nada, ¿por qué no habéis seguido?

—Porque nos han destrozado la carga.

—¡El coño de tu madre! Lo arruinaste con esa mamarrachada de los camiones militares.

—Confíe en mí. El lunes que viene a la misma hora. Y dígales a los españoles que el señuelo llegará una semana más tarde.

—Ya conoces las normas. Una vez que la operación está en marcha, no hay posibilidad de ponerse en contacto con los destinatarios. Habrá que solucionarlo de otra forma.

—Haga una excepción. Es necesario.

—¿Y que nos descubran? Ni hablar. Ya no hay señuelo. Vuelve la próxima semana, pero con la cocaína.

—Se equivoca, mi amigo. Lo del señuelo era una gran idea. Pero usted manda. Yo tengo que irme. Suerte con su buque.

El colombiano, sin más, colgó. Se quitó la gorra de militar con el escudo de su país y la arrojó al suelo. Sacó de su bolsillo un pañuelo con el escudo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y se lo ató al cuello. Era un detalle estúpido, y él lo sabía, pero le hacía sentirse mejor. Como si ese pañuelo le recordara por lo que en realidad estaba luchando. «Jodidos venezolanos, como si sus muñecas y su droga me importaran una mierda», pensó.

Se sentó en una piedra y observó el desastre una vez más. Las cajas esparcidas por el suelo y la mayoría de las muñecas destrozadas. Y todo por un estúpido militar venezolano que se había querido hacer el gracioso. Aunque ya no tenía sentido seguir lamentándose. En poco más de media hora el desastre ya no era tal. Sus hombres se habían esmerado y las pocas muñecas que todavía podrían servirles estaban de nuevo en los camiones. El suelo de aquella inhóspita carretera había recuperado su forma inicial y volvía a ser lo mismo que antes: un camino desierto por donde no pasaba casi nadie, y los que pasaban eran saqueados por militares corruptos o por guerrilleros como él. Más o menos lo mismo que ocurría en su país. «Aunque en su caso, con mucho más estilo que las fuerzas legítimas del presidente Uribe», pensaba mientras se permitía sonreír por primera vez en toda la mañana y le daba la última calada a su cigarro.

Se levantó, hizo un gesto con la mano a sus hombres. Todos obedecieron al instante su orden y subieron a los camiones.

El camino de vuelta transcurrió sin novedad. Pasaron la frontera de Venezuela sin problemas y una vez en Colombia, aunque llamaban la atención, nadie pararía a un grupo de militares que se dirigían al centro del país. Y si los paraban, tampoco tendrían que dar demasiadas explicaciones. O eso creía. El campamento base, oculto en el corazón de la selva verde colombiana, no los esperaba tan pronto, por lo que el comandante silbó tres veces, sacó el brazo por la ventanilla del copiloto del camión en el que viajaba, el primero, y golpeó las mismas veces su techo. El centinela que les apuntaba desde lo alto de un árbol devolvió el silbido y bajó su Kalashnikov.

Tenían una semana. Apenas les dejaba tiempo para seguir ocupándose de lo importante: llenar las muñecas que iban a viajar con la cocaína. Debían darse prisa. Se introdujo en la cueva donde su segunda, la guerrillera Milena, lo esperaba con impaciencia para saber por qué habían regresado tan pronto. Las noticias le parecieron igual de malas que a su socio Edmundo Muñoz.

—Aquí tengo todo muy avanzado —dijo ella enfadada—. Casi mil muñecas preparadas. No me digas que no has sido capaz de hacer la parte más fácil.

—El señuelo, como la carga real, hay que organizarlo bien. Además, en todas las operaciones hay contratiempos y hay que saber sobreponerse. Vamos a tranquilizarnos.

—Yo estoy muy tranquila, pero no quiero tener aquí todo este lío montado mucho más tiempo. —Señaló hacia fuera, al laboratorio de cocaína—. Tenemos que movernos más rápido, Carlos. El venezolano tiene razón. La cocaína debe salir en el próximo viaje.

—Anda, ven aquí. —La agarró del trasero y la apretó contra él—. Sabes que tu hombre lo tiene todo bajo control. Y ahora, calla y bésame, que el olor a coca me ha puesto cachondo.

Acarició su cuello con los labios y continuó hasta llegar a la boca. Le mordió el labio inferior y notó cómo ella gemía y tiraba de sus caderas hacia él mientras le desabrochaba el pantalón. De pronto, ella lo soltó y se arrodilló. Él cerró los ojos. El dinero, el poder, la patria... pero nada como esa sensación de calor húmedo que era capaz de llevarlo hasta el cielo.

## Capítulo 16

Viernes, 10 de diciembre de 2004

Laura sentía cómo su estómago se encogía cada vez más según se acercaba a las nueve la manecilla pequeña del enorme reloj de madera que ocupaba la esquina opuesta a la mesa donde tenía preparada la cena. Dos copas de vino, esperando a que un Ribera del Duero las bañara, aguardaban a su vez sobre la mesa baja del salón, donde solo había preparado, como aperitivo, un plato de jamón ibérico acompañado de un pan candeal que había calentado unos minutos en el horno, sin llegar a dejar que se tostase, y que había impregnado el ambiente de un peculiar aroma.

Jon era una de las personas más puntuales que conocía. De esas que, incluso molestas, podían llegar a las citas diez minutos antes de la hora. Por eso ya lo tenía todo organizado. Lo único que le estaba resultando complicado era no probar el vino. Se levantó para coger una cerveza de la nevera y así tranquilizarse, pero el sonido del telefonillo la obligó a pararse a medio camino.

Después de abrir, esperó a que subiera con la puerta abierta. Su sonrisa la saludó y provocó que se estremeciera.

—Traigo vino. —Agitó una botella que sostenía con la mano izquierda mientras subía el último tramo de las escaleras—. Y es del que te gusta —añadió cuando llegó al marco de la puerta.

Ella le devolvió la sonrisa y él le dio un beso en la mejilla.

—No tenías que traer nada. Cuando te invitan a cenar es evidente que cuentan con que vas a beber vino, Jon.

—Bla, bla, bla —se burló él.

—Ven, deja el abrigo por ahí y siéntate aquí, que quiero que pruebes el jamón con el pan calentito.

Él obedeció y se sentó a su lado en el sofá sin decir nada. Sirvió dos copas, brindaron y bebió, todavía en silencio.

—Tienes mala cara, ¿ocurre algo?

—No. Es solo que estoy cansado. Antes de ayer por la tarde tuve que subir a San Sebastián y he vuelto hoy.

—Mientes mal.

La sonrisa forzada de él, mientras dejaba la copa sobre la mesa, confirmó sus sospechas.

—Laura, confía en mí. Te he dicho que estoy bien. Y he venido a disfrutar una cena tranquila con mi preciosa fiscal. ¿Sería posible no estropearlo?

Laura resopló y pensó que no, pero no lo dijo.

—Tenemos que hablar de lo que has averiguado sobre Jaime y Rodrigo, así que hay muchas posibilidades de que se estropee.

—Esperemos que no. Por cierto, estás muy guapa. Creo que es el pelo, ¿qué te has hecho?

—Se llama peluquería. Deberías probarla. Y ¿sabes?, hasta te pueden arreglar la barba esa que me traes —dijo mientras la agarraba y agitaba la barbilla.

—¿Has ido a la peluquería para esta cena?

Ella sonrió.

—Cumplés cuarenta y nueve años y lo vamos a celebrar. ¿Tan raro te parece? —Él no dijo nada —. Anda, come jamón, que eso sí lo he comprado para esta cena y me ha costado una pasta. Y no olvides que soy funcionaria.

Consiguió que él se riese, pero en unos instantes el silencio regresó. Laura, incómoda y en un gesto absurdo, pulsó el botón de encendido del mando de la televisión. Eran las nueve en punto; el telediario acababa de empezar. La imagen con la que abrió hizo que soltara el mando, que golpeó la mesa. Giró la cara hacia él, que había bajado la cabeza.

—No puede ser. Dime que no es verdad.

—Por eso me tuve que ir.

—¿Cómo es posible que no me hayas avisado?

—No me pareció oportuno, Laura. Bastante tienes ya.

—¿Cómo ha sido? No lo han dicho.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que está muerto. Fue nada más salir de casa. Lo peor es que Rebeca lo vio desde la ventana.

—¿Y su escolta? ¿No iba con escolta?

—En ese momento no. Eran las ocho de la mañana... solo salió un segundo para comprar el periódico en el quiosco de al lado.

—A quién se le ocurre. Él siempre ha de ir con escolta, aunque sea a la esquina. ¡A quién se le ocurre! —repitió mientras una lágrima recorría su mejilla.

—Laura, ya no se puede hacer nada. Si hubiese ido con escolta, lo más probable es que ahora tuviésemos dos muertos en vez de uno. Es mejor no darle vueltas —dijo mientras le rozaba la cara con el dedo gordo para secarle la lágrima. Miró de nuevo hacia la pantalla del televisor y se fijó en una fotografía que había sobre un estante. La señaló—. Ahí estamos los cuatro.

»Recuerdo esa foto como si nos la hubiésemos hecho esta misma mañana. Nunca superaste el asesinato de la jueza Arranz. Sé que fue la causa de tu huida, aunque nunca lo hemos hablado. Y ahora... ahora ya solo quedamos tú y yo —añadió y rompió a llorar.

En ese momento Laura no pudo evitar que su pasado se hiciese presente y que la carne de gallina, la soledad y el frío la golpeasen como si estuviese atravesando la tormenta perfecta. Se levantó, se acercó a él y le elevó la barbilla. Pensó que quizá, si tocaba las teclas adecuadas, podría conseguir que el calor volviera. Se sentó sobre él, abriendo las piernas y abrazando su cuerpo con ellas. Le sujetó la cara con las manos y lo besó. Él al principio se dejó hacer, como si no fuese capaz de dirigir sus movimientos hacia otro lugar que no fuesen los deseos de ella, que se detuvo unos instantes para quitarle el jersey y luego la camisa, botón tras botón. Pero luego se levantó, sosteniéndola entre sus brazos mientras ella le rodeaba la cintura con sus piernas y lo

besaba. La llevó hacia la pared, la colocó contra ella, y de pronto pareció como si toda la rabia que tenía en su interior saliese afuera y se convirtiese en deseo. Le rompió la camisa y el sujetador de un tirón, y dejó que su lengua jugase con sus pezones que, erectos con el contacto, la hicieron arquearse.

—Siempre te gustó sentir mis labios en tus pechos —le susurró al oído.

Ella sonrió con los ojos cerrados y le acarició la nuca. Se besaron y, de nuevo a horcajadas, la llevó a la habitación. La dejó en la cama y, de rodillas, la miró fijamente, disfrutando la manera en la que ella se quitaba el resto de la ropa. Cuando acabó, le besó los dedos de los pies y fue subiendo poco a poco. Se dirigió primero hacia la parte interna de sus muslos y después a su sexo, donde se detuvo y jugó con su lengua, tomándose su tiempo, recorriendo el laberinto de sus pliegues que siempre lo llevaba al mismo lugar, a lo más profundo de su ser. Y lo besó hasta que la sintió estremecerse.

Tras mirarla unos instantes, se desnudó y, tumbándose sobre ella, la penetró, dejándose llevar, olvidándolo todo, como si nada más que su cuerpo existiese en ese momento, como si sus curvas fuesen un refugio blindado e inmune a todo dolor. En definitiva, como si un miembro de ETA no hubiese asesinado de dos tiros en la nuca a su mejor amigo.

Al cabo de unas horas seguían compartiendo su calor bajo las sábanas, ajenos a la madrugada que se había adentrado en la ciudad acompañada del frío invernal de los últimos días. Con las luces del alba, Laura despertó. Se encontraba tumbada con la cabeza sobre el pecho de Jon, que la abrazaba. Le dio la sensación de que él aún dormía, por lo que decidió no moverse.

—¿Estás despierta?

—Sí. —Laura se incorporó y lo miró apoyando la barbilla en su pecho, sobre las manos que puso debajo—. Creía que tú dormías.

—En realidad, no entiendo por qué estoy despierto, me has dejado agotado.

—Seguro... Te conozco y no sería la primera vez que nos pasamos el día entero en la cama.

Jon la despeinó y sonrió.

—Me temo que hoy no podrá ser. Tenemos que hablar de lo que me ha traído aquí.

—Jon... he tomado una decisión. Voy a confiar en ellos.

Él se incorporó y Laura se vio obligada a retirarse.

—¿A confiar? ¿En los policías?

Ella asintió.

—Pero si me he quedado en Madrid porque estabas asustada. ¿Qué ha ocurrido para que cambies de opinión?

Laura se sentó en la cama y abrazó la almohada.

—Lo he estado pensando mucho. He repasado todo el expediente y he intentado atar cabos. Hay algo que no encaja.

Él enarcó las cejas y la invitó a continuar.

—Es todo demasiado evidente y raya lo absurdo.

—De acuerdo —concedió él y se levantó—. Pongo la cafetera en el fuego, nos duchamos juntos y después, con una taza de café entre nuestras manos, me cuentas los detalles.

—Será mejor que te duches tú mientras yo preparo el desayuno. Como bien sabes, un café no es suficiente para hacerme hablar.

Jon torció el gesto.

—¿Me acabas de rechazar? Porque es lo que me ha parecido.

—Anda. —Se puso en pie y lo golpeó con cariño en el hombro—. Ve y dúchate. Luego ya tendrás tiempo de ponerte ñoño.

Se dirigió a la cocina a hacer el desayuno. Quince minutos después la mesa estaba servida y Jon aparecía con el cabello aún húmedo y con cara de no haber comido en varios días. Laura se sentó en la mesa y empezó a comer, mientras le explicaba los motivos de su cambio de parecer.

—Y lo peor es que ahora sospechamos del inspector jefe, Joaquín Gutiérrez. ¿Te suena?

—Me suena, pero no por haber trabajado con él, sino porque he investigado a Jaime, y resulta que fue él quien puso a Andradas en el puesto que ocupa.

—¿Que lo puso? No entiendo. ¿Esos puestos se otorgan a dedo?

—A veces sí, a veces no. Esta vez, por lo visto, sí.

—Pues no me da la sensación de que se lleven muy bien.

—Había otros mejor preparados para asumir ese puesto, pero Gutiérrez insistió en que lo ocupase él. Y de ahí viene el recelo del resto del grupo, excepto del tal Rodrigo porque vinieron a la vez. Uno como jefe de grupo y el otro como un oficial de policía más.

—¿Y Gálvez?

Jon se extrañó.

—¿Quién?

—Nadie. Es igual. Oye, tengo que contarte otra cosa, ¿recuerdas? —Él asintió—. Pensarás que estoy loca pero tengo un... digamos... un mal presentimiento sobre un asunto.

Jon no dijo nada. Untó mantequilla en una tostada y le dio un mordisco.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, pero quiero solucionar primero lo de los policías. Si no te importa, tu presentimiento lo dejamos para después, ¿de acuerdo?

Laura asintió mientras bebía un sorbo de café.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? Puedo seguir investigándolos. Tengo un contacto en el aeropuerto, puedo preguntar.

—¿En el aeropuerto?

—Sí. Fue el primer destino de Jaime. En el Grupo Operativo de Fronteras. Ahí lo tienes, he traído el expediente. Léelo. ¿Por qué lo preguntas?

Cuando Laura se lo iba a explicar, sonó el teléfono de Jon, que se giró y miró la pantalla. Su gesto tornó a la seriedad y a la preocupación.

—Perdona. Debo contestar.

Desapareció tras darle un beso en la frente. Cuando regresó, vio en su cara que se iba a marchar.

—Tengo que irme. Luego te cuento.

Cuando escuchó la puerta cerrarse, se quedó con la misma sensación de soledad que durante dos años vivió en *aquel lugar* y que casi había olvidado. Y sin darse cuenta, notó cómo sus lágrimas

brotaban. Las mismas que entonces derramaba un día tras otro, cuando él no venía a casa a dormir, o cuando cogía su arma y se marchaba con ese rostro serio con el que acababa de irse y sin decir siquiera adónde iba, ni con quién, ni si era peligroso, ni si debía prepararse porque algo podría salir mal.

Lágrimas que le recordaron de nuevo, y una vez más, que lo suyo era imposible.

Lunes, 13 de diciembre de 2004

Hacía tiempo que no visitaba su barrio favorito de Madrid: Chamberí. Se decidió pese a la lluvia y, tras unas pocas paradas de metro, salió frente a la cafetería Santander, en la plaza de Santa Bárbara. Las letras naranjas de la fachada que anunciaban su nombre le sacaron una sonrisa al evocar el recuerdo de las tortitas con nata que merendó el día que aprobó las oposiciones. Recordó aquella tarde en la que fue allí con sus padres. El Tribunal Supremo, donde se examinó, estaba situado a escasos cinco minutos de ese lugar; cuando por aquel entonces pasó por allí, después de años de angustia, le pareció una idea brillante desquitarse con una de esas meriendas que no solía permitirse. El olor que le devolvió la estancia nada más abrir la puerta le confirmó que regresar a aquel lugar había sido una excelente elección.

Cuando aún conservaba en la boca la sonrisa provocada por evocar el recuerdo, lo que vio se la quitó de sopetón. «¿Cómo era posible encontrárselo hasta cuando huía de él?», se preguntó.

Rodrigo se aproximaba a su mesa.

—Qué causalidad verla. He ido al juzgado a llevar unos oficios de nuestro asunto, pero vivo aquí al lado. Qué sorpresa. Sobre todo porque... bueno —dudó—, ¿cómo está? ¿Sigue enfadada?

Ella no le contestó. El mero hecho de escucharlo le arrancaba un grito de rabia. Grito que llevaba ahogando varios días y que ahora, a su lado, estaba intentando reprimir, aunque sentía que estaba más cerca que nunca de exteriorizarlo.

—Imagino que con esto —continuó el oficial, poniendo frente a ella unos papeles que había protegido de la lluvia con una carpeta de plástico—, cuando entremos en el almacén podremos darle un buen avance a la investigación. Es el mandamiento de entrada y registro —añadió al ver que ella no le prestaba atención ni seguía la carpeta con la mirada.

Laura lo miró a los ojos por fin.

—Por supuesto que sigo enfadada. Es que me han engañado desde el principio. Yo creía que formábamos un equipo. Cada uno en nuestro sitio, es evidente, pero un equipo. Y me siento traicionada. Ya no sé qué pensar. Estoy confusa. Necesito tiempo, pero también sé que no lo tengo.

»Así que sí, ya sé lo de la entrada y registro. —Señaló con los ojos la carpeta que Rodrigo llevaba en la mano—. Imagino que usted solo tiene el mandamiento, pero la diligencia la he informado yo. Si le soy sincera, no creo que encontremos nada. Solo lo he hecho porque tengo la estúpida corazonada de que merece la pena arriesgarse por este asunto y porque, a pesar de todo, creo en ustedes.

Rodrigo le sostuvo la mirada sin conseguir articular palabra. Y por primera vez desde que comenzó la investigación —con sus ojos verdes perdidos en los ojos pardos de ella, más brillantes de lo habitual quizá por estar bañados en lágrimas; o puede que por la compañía de sus



labios, que esbozaban una triste pero sincera sonrisa que le recordaba a tiempos pasados y, desde luego, mucho mejores— tuvo la corazonada de poder conseguirlo.

—Tengo ahí el coche —dijo mientras se giraba hacia la calle y señalaba la acera de la izquierda, intentando recuperar una calma que le resultaba esquiva—. Si quiere la dejo en casa y así podrá descansar.

No le importó quedarse sin merienda porque se le había quitado el hambre y, sin embargo, un cansancio la golpeó de pronto, como si alguien le hubiese puesto sobre los hombros un saco lleno de piedras. Aceptó. Caminaron despacio, los dos bajo el mismo paraguas. Laura respiraba hondo e intentaba dejar la mente en blanco. Atravesaron la calle Sagasta hasta llegar a Francisco de Rojas sin decir nada. De repente, Laura se paró frente a una residencia de la tercera edad. A través de una ventana vio cómo un hombre con una chaqueta azul marino sostenía la mano de una anciana y le sonreía. Ella parecía hablarle con la mirada. Los veía a ambos de perfil. Si no fuese por la diferencia de edad, hubiese jurado que se trataba de dos enamorados. Estaban demasiado lejos como para poder identificar sus caras, pero él le resultaba familiar. Tras pedirle a Rodrigo que la acompañara, decidió cruzar la calle para intentar reconocerlo, y por fin creyó hacerlo. Hubiera jurado que se trataba del inspector Carvajal. El ruido del seguro del vehículo del oficial la sacó de su trance.

—No vivo lejos, en la plaza del Perú —dijo—. En quince minutos estaremos en casa. Le agradezco que me acerque. ¿Sabe dónde es?

—Claro.

—Estoy helada. —Se acurrucó en el asiento.

—Póngase esto. —Le ofreció su chaqueta y encendió la calefacción del coche—. Está forrada. Ya verá cómo abriga más de lo que parece a simple vista.

Llegaron en algo más de tiempo porque el atasco de la hora del fin de la jornada, unido a la lluvia que había empezado a caer con contundencia, los tuvo un rato parados en el paseo de la Castellana hasta que enfilaron la calle Mateo Inurria. Tras pasar un pequeño parque rodeado de rejas negras, un edificio amplio, recién restaurado a juzgar por el blanco de su fachada, llamó la atención de la copiloto.

—Es aquí —dijo Laura—. Muchas gracias. Y, por favor, no más secretos, ¿de acuerdo? En cuanto entren en ese taller me llaman para contarme lo ocurrido. Que no tenga que ser la última en enterarme.

—Descuide —aseguró Rodrigo. Ella salió del coche y cerró la puerta—. Por cierto —añadió él—, ¿tiene usted una cuenta en Facebook? Ya sabe, la red social.

Laura apenas lo había escuchado y se habría dirigido hacia el portal de su casa, de no ser porque vio que Rodrigo comenzaba a bajar la ventanilla del lado del copiloto. Se agachó y se asomó por la ventanilla.

—¿Cómo dice? ¿Que si tengo Facebook?

—Sí, eso le he preguntado.

—¿Quiere que seamos amigos en Facebook? No entiendo nada, Rodrigo.

—¡Claro que no! Pero hay tutoriales muy interesantes. Por ejemplo, ayer vi uno que te explicaba cómo hacer trenzas. En apariencia es fácil, pero intenté hacerme una yo mismo y fue un absoluto

desastre.

Laura, agachada, con la cabeza asomada por la ventanilla y mojándose, porque la lluvia pese a que se había calmado aún caía, no se podía creer lo que estaba oyendo.

—Lo digo por su asunto de la niña —aclaró él—. Comentó que cuando la encontraron muerta llevaba una trenza, ¿verdad? Y que ese no era el peinado con el que había desaparecido días atrás.

Laura asintió sin entender adónde quería llegar.

—Puede que no sea nada pero, dígame, ¿qué tipo de trenza era? Recuerdo que me enseñó una fotografía donde no se veía bien.

—Era una trenza de raíz —dijo aún más incrédula si cabe.

—¿Cuántos años tiene el autor del crimen?

—Unos sesenta años.

—¿Profesión?

—Mecánico y guardés. En Colmenar Viejo.

—¿Y de verdad piensa que un hombre de sesenta años, de pueblo, que se dedica a arreglar coches y a guardar fincas, sabe hacer trenzas de raíz? Tenía usted razón. Ese señor tiene un cómplice. Y estoy casi convencido de que es una mujer.

Miércoles, 15 de diciembre de 2004

No encontraron nada. Fueron al taller antes de que cerrase, casi a las ocho de la tarde. Movilizaron a toda la unidad, que registró palmo a palmo aquel lugar, donde solo había coches y herramientas. La planta sótano, a la que se accedía por una escalera situada al fondo, daba especial sensación de inmensidad. Se extendía más de quinientos metros, estaba casi vacía y una puerta de hierro con un enorme candado la separaba de miradas extrañas. Eso les dio esperanzas, pero pronto descubrieron que no ocultaba nada relacionado con el tráfico de sustancias, y mucho menos droga. Según le contó Jaime, Gutiérrez había decidido abandonar. Eso les había roto los esquemas y empezaban a pensar que no se trataba más que de una operación fallida en la que el jefe, o quien fuera, había cometido un error o recibido una información inexacta. Podía ocurrir; solía ocurrir. Querían verla para decidir qué hacer, si concluir por fin el asunto o si hacer un último intento.

Rodrigo había insistido en ir a buscarla. Ella se había negado y al final, para evitarlo, decidió organizar la reunión en su casa. Tras las reticencias esperadas, todos accedieron. Incluido Gálvez. Y lo mejor es que tenía pensado presentarles a Jon, para lo cual otro lugar hubiera resultado imposible.

Puso la mesa, cocinó, disfrutó de una ducha larga y se preparó para tomar una decisión. No quería tenerla adoptada de antemano. Prefería escucharlos a todos antes de nada, pero había una cosa que no se quitaba de la cabeza y que todavía ni siquiera había podido contarle a Jon: su niña asesinada.

Justo cuando se había planteado abandonar por lo que le había contado César sobre «el señor de los gatos», Rodrigo descubrió lo de la trenza. Sentía que debía hacer algo, pero no sabía qué. No involucraría a Carvajal, era demasiado. Aunque por otro lado, y por una vez que había descubierto algo que no encajaba de verdad, puede que lo mejor fuese comentárselo.

Quizá lo de la trenza era una señal, no ya solo para continuar investigando el asunto de la niña, sino también para abandonar definitivamente el del tráfico de drogas. Excepto por una cosa: lo de Asuntos Internos. Eso seguía sin cuadrar, y más ahora que había encontrado un pequeño punto de conexión entre el inspector y el aeropuerto. Pero si todo era mentira, ¿por qué alguien quería incriminar a Jaime en el narcotráfico? Y, por otro lado, ¿por qué iba a estar ese asunto relacionado con su investigación?

Quedaban por responder demasiadas preguntas y pocos lugares donde buscar respuestas. Tenía que hablarlo con todos. Ya no había tiempo para secretos. Seguía ensimismada cuando sonó el timbre de la puerta. Eran ellos tres. Jaime traía bajo el brazo la carpeta voluminosa en la que se había convertido la investigación.

—Deje eso ahí. —Laura señaló la mesa baja del salón—. Tengo ya todo preparado para el almuerzo en la mesa principal. Si les parece, primero hablamos y comemos después. Además, estoy esperando a alguien que quiero que conozcan.

Las caras de los tres policías se pusieron en guardia.

—¿A quién? —preguntó por fin Jaime.

—No se preocupen. Es policía también, concretamente comisario. Y es íntimo amigo mío desde hace muchos años. No les voy a engañar. He comentado con él los pormenores del caso y creo que puede ayudarnos.

—¿Ha dicho comisario? Que Dios nos asista —bufó Gálvez.

Los ojos de Laura se fijaron en los suyos y lo fulminaron.

—Bueno, vamos a empezar sin él. Se retrasa y tenemos mucho pendiente. No he hablado con el fiscal jefe porque antes quiero saber qué vamos a hacer. Ya sé que su jefe quiere archivar el asunto y me consta que Gálvez también. —Lo miró indecisa, por si él decía o hacía algo que denotara un cambio de opinión, pero no vio nada—. ¿O ha hablado usted finalmente con Gutiérrez?

—No. He pensado que ya no era necesario. ¿Alguien opina que lo es?

—Yo creo que debemos continuar investigando.

El que había hablado era Jaime. Rodrigo emitió un leve suspiro y se le escapó un gesto hacia el lado derecho. Parecía que no estaba de acuerdo.

—¿Rodrigo? —preguntó.

—Sí. Bien, yo quiero seguir. ¿Usted cómo lo ve?

—Las intervenciones telefónicas han concluido y no hemos pedido más prórrogas. Hemos puesto todas nuestras esperanzas en el taller, y la entrada y registro ha sido un desastre. El asunto ha quedado reducido a lo que hemos encontrado en casa de la Paca. La pregunta que tengo que formularles es esta: ¿hay algo más que se pueda hacer? Si la respuesta es no, es evidente que debemos archivar esto, o quedarnos con la Paca, que para el caso es lo mismo. —Hizo una pausa y, pensativa, fijó sus ojos en Jaime—. Salvo por una cosa.

Todos la miraron. Ella aguardó unos instantes en silencio.

—Jaime está siendo investigado por Asuntos Internos. He comprobado que es una investigación en la que intentan implicarlo en el narcotráfico. No sé si está relacionada con nuestro asunto o si

no lo está, pero data de la misma fecha, y creo que hay posibilidades porque esto es un suma y sigue. No podemos dejar ese cabo suelto.

El inspector se quedó paralizado. No fue capaz de articular palabra mientras soportaba las miradas sorprendidas de Gálvez y Olivares.

—En mi juzgado llevamos un asunto que vinieron a explicarme compañeros suyos justo el mismo día en el que el fiscal jefe me llamó para alertarme de nuestro caso. Tanto es así que yo al principio me confundí y pensé que mi jefe me hablaba de él. Se trata de unas diligencias en las que tenemos indicios suficientes para imputar a un inspector de policía que, en connivencia con un compañero de la Guardia Civil, introduce droga por el aeropuerto de Barajas, en vuelos procedentes de Venezuela. Y, según los papeles, ese policía es usted.

Jaime apenas podía hablar.

—No sé de qué me habla —acertó a decir por fin.

—Miente. De hecho, ¿no le han llamado a declarar como investigado?

—No y no. Estoy descolocado, eso sí. Dígame qué pruebas tiene, por favor.

Ella negó.

—Lo lamento.

—Entonces me temo que no puedo ayudarla. Haga lo que tenga que hacer. Siga adelante con sus pruebas. Yo me defenderé cuando las conozca.

—Digo yo que al menos tendrás alguna explicación que darnos, ¿no? ¿Esto ha salido así de pronto, de la nada, o ya tenías algo abierto? —preguntó Gálvez. Rodrigo solo miraba al suelo, intentando asimilar las palabras de Laura y evitando recordar las de Torres aquel día en Valdemingómez.

—Perfecto, ahora el sospechoso soy yo. ¿Qué queréis que os explique?

—Aquí tengo el número de su carnet profesional y de su teléfono móvil. A finales de octubre efectuó tres llamadas. En ellas hablaba de un cargamento de cocaína. Las llamadas eran de madrugada, por el cambio de hora con Venezuela. Las cuatro hora española.

»Lo llaman por su cargo y su apellido: inspector Andradas. Eso fue lo primero que me llamó la atención. Sería la primera vez en la historia de los narcotraficantes que se muestran tan confiados. Lo segundo fue... —Se detuvo unos instantes, pensando, mientras lo miraba a los ojos. Jaime le sostuvo la mirada, expectante.

—Lo segundo fue... —decidió animarla Gálvez.

—La jovialidad. Jaime no es jovial. El juez Ramírez me mostró la transcripción de las llamadas. Bromeaba demasiado y usted es bastante serio y sombrío.

Jaime se sorprendió.

—¿Me está diciendo que me cree?

—Jaime Andradas no era quien hablaba por ese teléfono. Ahora bien, lo que no sé es quién se hacía pasar por usted. Necesito que piense. Vamos a retroceder al 26 de octubre. La primera llamada. Recuerdo que por esa época ya nos conocíamos y yo intentaba contactar con usted para que me pusiese al corriente de los avances de la investigación.

»Lo llamé dos días seguidos en varias ocasiones, pero no conseguí localizarlo. De hecho, el teléfono ni siquiera me daba señal. ¿No es extraño? Así que fui a las dependencias de la UDYCO

para hablar con usted y su jefe me remitió a Gálvez.

Jaime dio un respingo.

—Ya lo tengo. Perdí el teléfono aquel día, o por aquella fecha. Recuerdo que estuve llamando a Rodrigo desde una cabina.

—O puede que se lo quitaran.

—Eso ni siquiera me lo planteé.

—Ahora imagino que sí. Resulta curioso que perdiese el móvil y que alguien lo utilizase y se hiciese pasar por usted para llamar a un narcotraficante venezolano, ¿no le parece? Hoy sabemos que lo que ocurrió fue que se lo quitaron.

—De acuerdo —concedió Jaime—. Puede que tenga razón. Sobre todo porque el teléfono apareció tiempo después, en el primer cajón de mi escritorio. ¿Quién haría eso? Y lo que es más grave, ¿para qué? Quiero decir, ¿quién me iba a querer incriminar en un asunto de narcotráfico?

Laura enarcó las cejas.

—Haremos lo siguiente, no hablarán de esto a nadie. Yo seguiré investigando. Tengo un contacto al que puedo acudir. Es de total confianza.

—No lo sé. Necesito pensar. ¿Qué posibilidades hay de que yo pueda tener acceso a esas diligencias?

—Ninguna. Además, eso no es lo importante. Lo importante es empezar a atar cabos. ¿Creen que será otra de mis teorías conspiratorias el creer que es posible que todo esto esté relacionado con nuestro asunto? Demasiadas cosas raras a la vez, ¿no les parece?

—¿Y en qué sentido dice usted que ambos asuntos podrían estar relacionados? —preguntó Rodrigo.

—Pues no lo sé. Creo que alguien se ha fijado en nosotros pensando que somos un grupo fácil de manipular. Es solo una teoría.

Jaime se tocó la boca con la mano y meditó unos instantes.

—Que nos están manipulando parece cada vez más evidente. Pero no le veo sentido a que me hayan metido como sospechoso en una operación de narcotráfico. ¿Para qué?

—No lo sé. La causa la llevo yo y me encargaré de archivarla a su debido tiempo. Mientras esté abierta será más fácil descubrir quién lo ha orquestado todo y qué relación tiene con nuestro asunto —explicó.

—Si es que la tiene...

—Si es que la tiene.

—Ahora quiero saber dónde podemos buscar o alguna diligencia que ustedes puedan practicar sin que parezca que nos hemos vuelto locos. ¿Dónde podríamos investigar? Ustedes son los expertos en ese campo. Lo mío es otra cosa.

—¿Habla de continuar la investigación en contra de la orden de nuestro inspector jefe? —preguntó Gálvez.

—Hablo de continuar, aunque sea de forma extraoficial. Si me dan algo a lo que agarrarme y si todos estamos de acuerdo.

—Entonces, votemos —dijo Gálvez—. Mi voto es no. Hale, ya podemos sentarnos a comer.

—Joder, Gálvez, eres el único que quiere dejarlo —repuso Rodrigo—. No nos jodas el asunto. Yo quizá pueda mover algunos hilos, pero no me pidáis que concrete porque no lo haré. Y se me ocurre que Gálvez investigue lo de Asuntos Internos.

—¿Hilos en la DEA? —preguntó Laura.

—Menos mal que acabo de decirle que no me pregunte qué hilos.

Laura apretó los dientes.

—Bien. Me pide que confíe en usted. Y lo haré.

Jaime se estrujó el labio inferior con la mano derecha.

—Se me ocurre una cosa. Podemos montar un dispositivo de vigilancia en Valdemingómez.

—¿Un dispositivo? —soltó Gálvez—. Vamos, jefe, no me hagas reír. ¿Quieres que nos pongamos a parar yonquis en la Cañada? ¿Y eso para qué?

—Porque el trabajo de campo es el que da más frutos.

—Pero ¿qué frutos nos va a dar?

—No lo sé. Puede que alguien haya oído algo por ahí. Recuerda quién regenta el taller y dónde vive.

—¿El taller en el que no hemos encontrado nada? —Gálvez negó con la cabeza—. Estupendo —se burló—. Entonces, decidido. Hagamos un control de documentación a la entrada del poblado. De vehículos. Vamos a ver qué se cuece por ese paraíso. Puede que en algún coche encontremos algo. Seamos optimistas. Laura, ¿qué le parece?

—El día que estuve vigilando la casa de la Paca vi algo. Allí no solo van yonquis a por su dosis. Algunos de los que pasan por esa casa llevan maletines y zapatos caros, ¿me explico? —dijo Rodrigo—. Insisto, dejadme tocar mis hilos.

—No mucho. ¿Quiere decir que pueden ser los que han implicado a Jaime en este asunto? —preguntó Laura.

—No. Quiero decir que no es lo habitual y que convendría investigarlo.

—De acuerdo. Espero sus noticias entonces. Quédense a comer. He preparado algo. Sería una pena que se estropease —dijo ella, pero sus ojos no acompañaban ese ofrecimiento y Jaime se dio cuenta.

—Se lo agradecemos, pero tenemos mucho que hacer y poco tiempo. En otra ocasión.

—¿Y su amigo? —preguntó Gálvez—. Me he quedado con las ganas de conocer al señor comisario.

—Estará al llegar.

—Laura, tengo que recordarle algo. —El rostro de Jaime era duro y frío—. Ahora estamos fuera del procedimiento habitual y, en consecuencia, oficialmente el caso está cerrado. Eso le diremos a Gutiérrez. Así que, por favor, le ruego mesura con el juez... y con el fiscal jefe.

—Descuide. Yo me ocupo de arreglarlo todo en lo que a mí respecta.

Cuando los tres policías se marcharon, Laura se sentó en el suelo del salón, con la espalda apoyada en la pared y el teléfono móvil en la mano. Lo consultó por enésima vez. Nada. Ni siquiera un mísero mensaje excusándose por darle plantón.

De nuevo sola, como siempre.

Aunque ahora había una pequeña diferencia, se sentía más estúpida que nunca.

Ana

*Otra vez esa oscura habitación. ¿Oscura? Y ella qué sabía, si no podía abrir los ojos. A lo mejor, si se esforzaba, conseguiría ver algo, aunque fuese solo un destello. Pero no lo hizo. Prefirió escuchar. Silencio. Pensó que los gritos de aquel hombre la asustaban, pero hacía ya mucho tiempo (aunque no podía precisar cuánto) que allí no se oía nada.*

*Y ese silencio, mucho más aterrador que cualquier grito, solo roto por el repiqueteo de la lluvia y los truenos los días de tormenta, era su única y terrorífica compañía. Por no hablar de esos maullidos intermitentes.*

*Estaba convencida de que tenía períodos de inconsciencia, o al menos de sueño continuo que se prolongaba más de veinticuatro horas. Aunque no estaba segura de lo que era. Pero había días en los que ni siquiera abrían la pequeña portezuela para darle un plato de comida; de eso no le cabía duda. La debilidad se había apoderado de su cuerpo y ni siquiera sus párpados la obedecían. Si no fuese por la cantidad de veces que había llovido, dudaría incluso de conservar el oído. Pero no; los truenos se escuchaban allí dentro como latigazos. Y lo peor, su cuarto tenía goteras, y hacía mucho tiempo ya que nadie iba allí a cambiar los cubos que, rebosados, se situaban estratégicamente a lo largo de la estancia. Esa sucia, mojada y oscura estancia. Aunque gracias a eso el agua para beber no le faltaba.*

*De repente le pareció escuchar algo. Se enderezó apenas unos centímetros. Parecía una mujer cantando una nana. ¿Mamá? Su imaginación la estaba traicionando.*

*Sacudió su melena, se la intentó peinar un poco con las manos, pero se tocó una trenza en uno de los lados. Se extrañó.*

*Después se encogió de hombros y se volvió a recostar en el colchón situado en el suelo.*

## Capítulo 17

Jueves, 16 de diciembre de 2004

Se le ocurrió volver al lugar donde se había encontrado el cadáver de la pequeña. Pensó que a lo mejor, al estar allí, algo le venía a la mente o se percataba de cualquier detalle que hubieran pasado por alto. Y decidió hacerlo sin Carvajal. La idea de volver a suplicarle para que la acompañara se le antojaba imposible; y un incordio. En realidad, no lo necesitaba. Lo malo era que sabía que no debía ir sola. Seguía sin noticias de Jon, lo que le había dejado una única y arriesgada opción: Rodrigo. Lo peor fue que el oficial se presentó a la cita con Jaime, lo que por un momento le provocó ganas de abandonar la idea. Al fin y al cabo, ¿para qué iba a servir? Aun así, fueron. Pasaron una tarde absurda en la que solo encontraron agua, piedras, lodo, truenos y recuerdos.

Otra vez la muerte la asió con sus brazos en medio de la tormenta y la empujó un poco más, si cabe, hacia el fondo del pozo en el que se encontraba hundida.

Sábado, 18 de diciembre de 2004

Las luces de neón brillaban aquella noche a pesar de la niebla. Una pugna entre rosas, azules y blancos cegaban a cualquiera que se acercase a ese lugar, y acentuaban la silueta de mujer que lo presidía; excepto las luces violetas, que reflejaban solo uno de los pechos de la dama al estar las del otro, al parecer, fundidas. Rodrigo conocía sitios mucho más acogedores en los que pasar una velada de sábado, pero no podía arriesgarse. Necesitaba respuestas y sabía dónde encontrarlas, y a quién debía hacerle las preguntas; o, al menos, eso creía. Al entrar en el local, los primeros acordes de *Round Midnight*, emitidos por el saxofón de Eric Dolphy, lo hicieron viajar en el tiempo, como si volviese a ser aquel joven que diez años atrás pisaba ese tugurio por primera vez en busca de algo que ni siquiera sabía que necesitaba.

Se acercó a la barra, que se extendía de un lado a otro del local, solo interrumpida en el centro por un grifo de cerveza con forma de Venus de Milo de un tamaño exagerado. Se giró a medio camino, en apariencia para ver los reservados y en realidad para comprobar que nadie lo había seguido. Se sentó en uno de los taburetes de la esquina, desde donde podía ver casi todo el local, y pidió un *whisky* solo con hielo. Decidió esperar porque sabía que, tarde o temprano, ella aparecería. Se fijó en los clientes. Todos de la década de los sesenta, o casi todos, lo cual le resultó curioso porque él la primera vez que entró allí era mucho más joven. ¿Qué fue lo que le hizo frecuentar un lugar como aquel? Nunca lo supo y tampoco creía que lo fuese a descubrir ahora.



El olor de su perfume le llegó igual que ella, por detrás, y por un instante deseó no haber pisado ese antro, no solo hoy sino nunca en su vida.

—Mi policía preferido. —La escuchó decir, aún sin poder verla—. He necesitado observarte con calma para asegurarme de que eras tú.

—¿Tanto he cambiado? —preguntó Rodrigo sin girarse.

—No, bueno... —dudó ella—, no demasiado. Pero tu presencia aquí... no me esperaba que volvieras jamás.

—Ya ves —dijo Rodrigo mientras se levantaba del taburete y, al fin, se giraba—. La vida muchas veces te lleva por caminos insospechados. O hace que vuelvas a ellos.

Ella sonrió sin ganas y se acercó a él para darle un suave beso en la mejilla. Luego se sentó en un taburete, a su lado.

—¿Qué ha ocurrido? Tiene que ser grave para que te arriesgues a venir a verme.

—Más que grave es que estoy bloqueado.

—Sigo siendo tu último recurso. —La mujer esbozó una sonrisa forzada.

—No. Entonces no lo eras, aunque te empeñaste en pensar lo contrario.

—Pero ahora... ahora sí, ¿no es cierto?

El piano de Duke Ellington congeló ese momento y el saxofón de John Coltrane le devolvió a la conversación segundos después.

—*In a sentimental mood, I can see the stars come trough my room.*

—¿Cómo dices? —se sorprendió ella.

—Nada. Me preguntaba por qué suena este tipo de música aquí. ¿Por qué jazz?

—Bueno, transmite tristeza, es pura melancolía. Sentimientos que invitan a aferrarse a lo que sea. O a quien sea; incluso a nosotras. Es una simple cuestión de *marketing*. ¿Recuerdas cuando tocaban en directo? Fue una buena época.

Rodrigo sintió como si acabasen de mancillar una de las mejores piezas musicales, para su gusto, de la historia. Incluso todo un estilo musical.

—Lo recuerdo. Por supuesto que lo recuerdo. Pero no he venido por eso, Yumei. Quiero decir que no he venido a hablar de nosotros. Ni mucho menos del pasado.

—¿Nos sentamos? En la barra estoy muy incómoda y, además, no tenemos intimidad.

Se fijó en que la mujer, al hablar de incomodidad, había dirigido los ojos hacia sus piernas, totalmente al descubierto por su escueto vestido, que le colgaban y se balanceaban ya que los pies apenas le llegaban al suelo por estar casi encaramada en el taburete.

Asintió. Luego cogió su copa y siguió a la mujer, que lo dirigió hacia uno de los reservados que había en el fondo. Para llegar tuvieron que atravesar el escenario, rodeado de luces brillantes en forma de estrellas y con una enorme plataforma en el centro, vacía en esos momentos. Otras plataformas más pequeñas se distribuían a lo largo del local y en ellas varias mujeres, todas desnudas de cintura para arriba, bailaban sin parar al son de la música.

—Así solo parecerá que eres uno más que viene a buscar mis servicios —le dijo seria y expectante.

—No es mala idea. Te lo agradezco —contestó Rodrigo sin mirarla.

Se sentó y, sin más preámbulo, le contó la operación.

—Cuando trabajaba con vosotros, os ayudé bastante, ¿verdad? Aquella operación, la última, Traviata creo que la llamabais, no la hubierais sacado adelante si no hubiese sido por mí, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Siempre me lo he preguntado. ¿Cómo lo supiste? Quiero decir, ese empresario venezolano que frecuentaba aquel prostíbulo y siempre se acostaba con el mismo joven, ¿cómo pudo llegar aquello a tus oídos?

—Te podrá parecer una estupidez, pero en este mundillo nos conocemos todos.

—Lo es, desde luego. La mayor estupidez que he oído en la vida.

Yumei rasgó más de lo habitual sus ojos con una sonrisa que, esta vez sí, Rodrigo le devolvió.

—Eso ya no importa. Es el pasado. Tienes que centrarte en el presente. Aunque en casos como el que me has contado yo te diría que tampoco deberías dejar de mirar atrás. Pero mucho más atrás. Vuelve a los orígenes y lo entenderás todo. Cuando la bola se ha hecho grande ya no puede empequeñecerse, pero si echas la vista atrás, cuando la bola aún era pequeñita, estoy segura de que...

—Joder —la interrumpió—. Déjate de metáforas y de bolas grandes y pequeñas, Yumei. Estoy jodido... estamos jodidos, ¿me entiendes? Y necesito que me ayudes. Cuéntame lo que sepas de Gutiérrez.

Yumei se permitió coger la copa de Rodrigo y mojarse los labios. Luego la dejó en su sitio, una mesa pequeña y baja con bordes dorados, y se recostó en el asiento de cuero morado.

—Yo con quien trataba era contigo. Los confidentes eran cosa tuya, si no recuerdo mal. Incluso eras tú el que me pagaba. ¿Y quieres que te hable de Gutiérrez, ni más ni menos que de tu jefe?

—No. Los confidentes eran cosa de todos. Yo tenía los míos, igual que los demás tenían los suyos. Resultó que tú y yo tuvimos una relación más fluida. —No pudo evitar que le temblara la voz—. Me refiero a profesionalmente hablando. Y ya está. Mis compañeros tienen sus propios confidentes. Básicamente porque, y como muy bien sabes, en el tráfico de estupefacientes sin unos buenos confidentes no te comes una rosca.

—Sí, eso ya lo sé.

—Lo que creo es que tú sabes mucho más de lo que dices. De hecho, estoy seguro. Me engañaste entonces y me engañas ahora. ¿No es cierto?

Rodrigo vio cómo ella desviaba la mirada y daba pequeños golpecitos con los dedos de la mano derecha en su muslo, lo cual sirvió para disipar sus escasas dudas.

—De acuerdo. —Se puso de pie—. Me he equivocado. Me marchó.

—No, Rodrigo. Espera, por favor. Es que has venido de repente y yo... ¿No podrías haber avisado? Lo único que he recibido de ti en todos estos años han sido dos llamadas de teléfono y ni siquiera me has preguntado cómo estoy. No estaba preparada para verte ni para hablar contigo. No lo estoy. Yo...

—Solo te pido la verdad —le dijo él agarrándola de ambas muñecas—, y no eres capaz de decirme una sola palabra que pueda servirme para algo. Dime, ¿a quién cojones encubres?

—Suéltame, por favor. Me haces daño.

—¿Qué sabes, Yumei? Y, lo que es peor, ¿por qué no me lo cuentas?

Ella se masajeó las muñecas para aliviarse el dolor. Rodrigo la miró de reojo, pensando que tampoco la había agarrado tan fuerte.

—Oye, lo siento, no quería hacerte daño. Solo es que...

—El taller —lo interrumpió—. No es lo que crees que es. No habéis buscado bien. Vuelve y te darás cuenta. Ve atrás, Rodrigo, te lo estoy diciendo. E interpreta las pistas de nuevo.

—¿El taller? —se sorprendió él—. Es una tapadera. Allí guardan droga, no hay duda. Lo escuché en una intervención telefónica. Aunque quizá no es el mismo que hemos encontrado. Tendrán otro, vete tú a saber.

—Te repito que te equivocas. Vuelve allí.

—Joder, Yumei, habla claro, por favor.

—Olvídate del taller.

—Me estás volviendo loco, ¿te das cuenta? Como siempre, vaya.

Yumei se levantó y le susurró al oído:

—El taller no tiene nada que ver en esto, Rodrigo. Y si oyes algo sobre tu compañero Jaime Andradas, olvídale. Lo has escuchado, ¿verdad? Os han engañado para que no lleguéis hasta ellos. Sabían que tú querías investigar a unos policías corruptos y, para que no lo hicieras, se han inventado todo este tinglado para teneros entretenidos. En el fondo ni siquiera les importa que esta operación les salga mal y trinquéis la cocaína... siempre que no los descubráis, claro.

—Vamos, no me jodas. ¿Y tú lo sabías? ¿Por qué no me lo has contado antes?

—¿Estás loco? ¿Y que me maten?

—¿Y cómo sé que es ahora cuando me estás diciendo la verdad?

—No lo sabes. Debes confiar en mí.

—¿Confiar en ti? Si sigues sin darme ni un nombre. ¿Es cosa de Gutiérrez? Él dice que le pidieron desde arriba que no investigase ese chivatazo. Mi fuente me habla de un jefazo, pero no sabe de quién se trata.

Yumei bajó la mirada al suelo. Rodrigo creyó que iba a sincerarse del todo, pero la punzada de dolor que reflejaron sus ojos cuando volvieron a mirarlo cercenó sus últimas esperanzas.

—Ya no te importo, ¿verdad? Solo quieres que hable.

—Joder, Yumei.

Ella no consiguió reprimir las lágrimas.

—¿Por qué yo? —le dijo él girándose justo antes de irse—. Con la cantidad de hombres que entran aquí cada noche, ¿por qué te fijaste en mí aquel día?

—Te equivocas otra vez, Rodrigo. En realidad, fuiste tú el que se fijó en mí.

«Vamos, no me jodas», pensó, pero decidió no decir nada y continuar su camino. Deseaba salir lo antes posible de ese lugar y no volver a pisarlo jamás. Fuera ya había entrado la madrugada y el frío era intenso. Por suerte, en aquel tugurio habían considerado todo y había un taxi libre parado en la puerta. Se subió y se alejó de allí.

Acto seguido, y aunque él no pudo verlo, otro hombre, oculto tras un contenedor de basura, esperó hasta que el taxi desapareció en la oscuridad y entonces entró en el local. Pidió una cita con la Asiática y dijo que la esperaría en la habitación de siempre. Ella no tardó demasiado en llegar, quizá concedora de su destino, o quizá ignorante, el hombre no lo sabía. De lo único que

sí estaba seguro era de lo que iba a pasar a continuación. El primer golpe le arrancó un diente. Desde el suelo, Yumei intentó ponerse en pie, pero el hombre la doblaba de tamaño y ella sabía que no lo conseguiría. El segundo golpe la hizo volar sobre la cama y aterrizar contra una pequeña cómoda que había en la habitación.

—Vamos a ver, puta. Dime lo que le has contado.

Yumei intentó hablar, pero los músculos de la boca no le respondieron.

—Te dije que no hablaras con nadie, ¿y justo te reúnes con Olivares? Eres increíble. Levántate —le ordenó elevando la voz.

Ella consiguió ponerse en pie tras un gran esfuerzo. La luz estaba apagada y en la habitación, iluminada por el tenue resplandor de una farola situada frente a la ventana, reinaba la oscuridad. Yumei lo prefirió así. No quería ver la cara de ese hombre, y también prefería que él no pudiera ver el terror reflejado en la suya.

—No le he dicho nada, yo... —balbuceó—. No le he dicho nada.

Carcajadas. La única respuesta que obtuvo fueron carcajadas. Fuertes y terroríficas. Como solo se reiría un loco asesino como aquel hombre.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —preguntó—. Vamos a follar antes de que me lo cuentes todo. Luego te mataré.

—No. Las cosas no funcionan así. Sabes que para conseguir que hable debes darme esperanzas —se atrevió a contradecir Yumei. Un instante más tarde se arrepintió de su atrevimiento, justo en el momento en el que el hombre la agarró por el pelo desde atrás y la subió a la altura de su boca.

—Qué esperanzas ni qué cojones. No me hagas reír. En media hora estarás muerta, aunque tendrás la suerte de poder disfrutar de mi compañía y de sentirme muy dentro de ti justo antes de cerrar los ojos para siempre. ¿Eso no te parece suficiente?

Y el hombre, tras pronunciar esas palabras, volvió a reír. Tan fuerte y tan profundamente que a Yumei se le cortó la respiración. La colocó contra la pared y, metiéndole la mano bajo el vestido, le rasgó la ropa interior. Después la penetró una y otra vez. Ella apretó los puños e intentó aguantar las acometidas, imaginando que era uno más, uno de tantos que había tenido que soportar en sus años de trabajo. De vez en cuando la agarraba del pelo y le golpeaba la cabeza contra la pared, provocando que ella comenzase a perder la consciencia.

—Ah, no. Eso sí que no —dijo al notar que se desvanecía—. Aún es pronto para que te desmayes. Si acabamos de empezar y no has abierto la boca. Y hablando de boca —añadió mientras le daba la vuelta y la hacía arrodillarse—, necesito que la abras un poco. Estoy convencido de que ahora sí vas a disfrutar.

Las acometidas continuaron. Con los ojos cerrados, Yumei intentaba respirar, pero el ritmo con el que aquel hombre la penetraba en su boca y la sangre que le caía por la cara se lo estaban poniendo muy difícil. De repente paró, la subió de nuevo y se lo volvió a preguntar: «dime lo que le has contado». Pero Yumei ya había tomado su decisión y no pensaba revelarle nada a aquella bestia. Y solo rezaba para que todo acabara lo antes posible. Si iba a morir, al menos lo haría con dignidad, y qué mayor dignidad que morir en silencio, protegiendo al hombre al que amaba.

La lanzó de nuevo por lo alto de la cama y frenó de golpe al chocar contra la pared. Notó cómo su cuerpo se quebraba. Escuchó que él decía algo bajo, como en un susurro, y se sorprendió

porque ni siquiera se había dado cuenta de cómo había llegado tan rápido adonde ella se encontraba. Creyó estar perdiendo la noción del tiempo y eso solo podía significar una cosa. El final estaba cerca.

—Te voy a dejar descansar un rato porque parece que estás en baja forma... o mayor. Te veo mayor, Yumei... y eso implica que has perdido facultades. Con lo bien que lo pasábamos tú y yo hace unos años, ¿verdad?

Ella no respondió. Decidió reservar sus energías para mantenerse en pie. Durante unos instantes el silencio reinó en la habitación, solo interrumpido por los jadeos de Yumei intentando recuperar el aliento. Se puso en pie, apoyó ambas manos sobre las rodillas y respiró despacio. Se dio cuenta de que la farola de afuera la alumbraba y de que el hombre la estaba mirando. Entonces reunió todas las fuerzas que le quedaban y las dirigió a sus labios para esbozar una sonrisa. El hombre se puso serio por primera vez y, extrañado, torció el gesto.

—¿De qué coño te ríes, puta?

—De que no sirves ni para follar.

El hombre sonrió. Se aproximó a la Asiática con calma y, tras asegurarse de que veía su rostro impasible, la lanzó de nuevo contra la pared. Esta vez lo hizo con tal fuerza que provocó que la sangre comenzase a brotar por su frente. Luego la levantó y volvió a golpearla. La tumbó en la cama, bocabajo, y la penetró de nuevo, una y otra vez. De vez en cuando se acercaba a su oído para susurrarle «¿estás segura, zorra?» y cosas similares, pero Yumei ya no lo escuchaba. Sabía que, aunque no la guerra, sí al menos había ganado una batalla. Había conseguido que dejase de preguntarle lo que le había contado a Rodrigo.

Mientras aguantaba sus acometidas, solo se arrepintió de una cosa: no haberle dado esos nombres. Y ese sentimiento la invadió por completo y dejó de sentir dolor físico. Incluso, los movimientos oscilantes le hicieron cerrar los ojos, mecida, y se sintió libre para dejarse ir.

El hombre tardó unos minutos en darse cuenta de que la Asiática estaba muerta. Y tampoco parecía importarle si vivía o no, hasta que se sintió saciado. «Al fin y al cabo, no había mucha diferencia», pensó. La dejó tendida sobre la cama con la sábana cubriendo parcialmente su cuerpo y se dispuso a salir de la habitación. Cuando ya se iba miró hacia atrás y mientras la veía allí tumbada, bocabajo, sin vida, con el brazo izquierdo colgando de la cama, inmóvil, se dio cuenta de que quizá esa muerte había sido prescindible. «Aunque, ¿qué importa?», se dijo. En realidad, no era más que una vulgar puta asiática. ¿Acaso alguien la iba a echar de menos?

Lunes, 20 de diciembre de 2004

Un olor a quemado lo asaltó e inundó sus fosas nasales. Dirigió los ojos hacia la puerta del taller, que estaba abierta, y vio cómo uno de los empleados se afanaba con el soplete. Dio unos golpes, a modo de llamada, pero el operario no podía escucharlo y decidió entrar. Una vez dentro, se dio cuenta de que no había nadie más trabajando allí, y pensó que todo iba a ser mucho más fácil de lo que había creído en un principio.

—Buenos días —elevó la voz para que se le escuchara pese al ruido. El hombre apagó el soplete y se quitó las gafas protectoras—. UDYCO central —añadió enseñándole la placa—, oficial Olivares. Necesito hacerle unas preguntas.

El hombre lo observó con recelo. Era la segunda vez en una semana que la policía venía a interesarse.

—¿Y ahora qué cojones ocurre?

Rodrigo miró hacia un lado y sonrió. Vio cómo el otro se secaba el sudor de su frente con el brazo a la vez que resoplaba.

—Ocurre lo que tú me quieras contar que ocurre.

—Pero ¿qué coño...?

No le dio tiempo a decir nada más. Rodrigo lo empotró contra la pared y lo agarró por el cuello, subiéndolo unos centímetros para ponerlo a la altura de sus ojos. Y así, mirándolo de cerca, insistió.

—Necesito hacerte unas preguntas, ¿acaso eres sordo?

Rodrigo se dio cuenta de que el miedo era la emoción que reflejaban los ojos de aquel hombre y de que, en realidad, solo era un chaval. Decidió aflojar la mano de su cuello.

—De acuerdo —dijo mientras le colocaba la camiseta—. Tú y yo nos vamos a llevar muy bien, ¿verdad? Además, como puedes ver esta vez he venido solo. Olvida el asalto multitudinario del otro día.

El hombre asintió con la cabeza.

—Muy bien. Así me gusta. Respiras, te calmas y hablamos.

—Yo no sé nada.

Rodrigo volvió a cogerlo del cuello, esta vez sin apretar, aunque movía los dedos uno tras otro, en abanico, dándole ligeros golpes.

—¿Cómo te llamas?

—Antonio.

—Muy bien, Antonio, y dime, ¿cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Vaya, pues sí que eres joven. Yo me llamo Rodrigo y, como te he dicho antes, soy policía. Mi edad imagino que no te interesa. He vuelto porque estoy investigando al clan de los Pacos, que trafica en Valdemingómez. ¿Qué es lo que sabes?

—No he oído nada, yo...

Un golpe en el mentón le impidió acabar la frase.

—Ay, Antonio. Así no. No, no y no. Definitivamente no.

Antonio se reincorporó.

—Te juro que no sé nada, tío.

Rodrigo torció la boca.

—Lo primero, no te creo. Y lo segundo —volvió a agarrarlo y a empotrarlo, esta vez sobre el capó del vehículo en el que estaba trabajando antes— no soy tu tío.

—Joder, te estoy diciendo la verdad. Yo solo reparo vehículos aquí. Soy un simple trabajador. Te lo juro.

—Entonces, ¿por qué será que no te creo?

—No lo sé, tío, será porque eres madero.

Rodrigo se subió sobre él, le agarró la cabeza e hizo ademán de empotrársela sobre el parabrisas del vehículo.

—Te he dicho que no soy tu tío, joder. ¿Dónde escondéis la droga? Habla de una vez o no saldrás vivo de esta, ¿me entiendes?

—Aquí no hay droga.

—¿Pues dónde está?

—Yo solo soy un simple mecánico, joder, piensa que... —El puño en alto de Rodrigo le hizo cambiar de opinión—. Está bien, está bien. Te lo contaré todo, pero no me pegues más. Por favor, no me pegues.

Rodrigo lo levantó del capó y le miró la cabeza. Parecía estar bien.

—De acuerdo, chaval. Soy todo oídos.

Señaló la parte trasera de una furgoneta y pidió permiso para acercarse. Rodrigo asintió y lo siguió. Luego abrió el portón y se introdujo dentro, haciéndole un gesto al oficial para que lo siguiera. Después desmontó los dos asientos traseros.

—Caletas. Caletamos los vehículos para ocultar dentro la droga y dinero. A veces aquí, otras en huecos que practicamos en el salpicadero, bajos... ya sabes.

—Sí, ya sé —confirmó Rodrigo—. ¿Y me dices que todos estos coches están caleteados? —añadió mientras señalaba con el dedo a través de la ventanilla de la furgoneta el resto de los vehículos que se distribuían a lo largo del local.

Antonio negó con la cabeza.

—¿Estás loco? Los coches entran y salen en el mismo día. Ahora estoy trabajando solo en este. Con los demás hacemos el trabajo normal de un taller. Por eso no encontrasteis nada el otro día. —Se le escapó una sonrisa que enseguida torció—. ¿Ves? Este hueco de aquí podría ocultar hasta diecisiete kilos de droga.

»Y según las necesidades, también fajos de billetes —explicó metiendo las manos en el agujero—. Luego he confeccionado un cierre electrónico, de forma que una vez activado quede oculto por completo y se camufle con el vehículo. Y claro, los asientos van encima. Es bastante difícil descubrirlo y yo lo considero mi creación estrella.

La nueva sonrisa de Antonio, con el labio ya hinchado, a la vez que remataba su explicación, encendió los ánimos de Olivares.

—¿Se puede saber de qué cojones te ríes? Más te valdría ponerte a estudiar. Eres un fracasado. Un asqueroso delincuente que trafica con drogas. ¿De verdad tienes ganas de reírte y de sentirte orgulloso?

Antonio no contestó. Se dio la vuelta y salió de la furgoneta. Rodrigo fue tras él.

—Aún no he acabado contigo. Solo me has contado la mitad.

—¿La mitad? Es todo lo que sé, debes creerme.

—Vamos, no me jodas. Háblame de la droga. Sé que estáis esperando un envío de Venezuela. Cuándo llega y quién os lo enviará.

Antonio negó con la cabeza. El golpe de Rodrigo, esta vez en el estómago, no se hizo esperar.

—Creí que íbamos a llevarnos bien, chaval —le dijo enderezándolo—. Cuándo y quién —repitió.

Antonio se tomó unos instantes para recuperar el aliento. Tosió y, poco a poco, volvió a la normalidad, aunque sus ojos comenzaban a destilar un odio que a Rodrigo no le pasó desapercibido.

—Nunca y nadie —aseguró.

Rodrigo miró a aquel chaval a los ojos. Había notado, por su experiencia, que en todo interrogatorio había un punto de inflexión, y también una raya. El punto lo dominaba el interrogado y la raya el interrogador. Una vez llegado al punto, el interrogado comenzaba a perder el miedo; a veces el dolor y el mismo amor propio comenzaban a ganar al terror, y entonces ya no hablaría. Es cuando entraba en juego la raya, en el sentido de hasta dónde estaba dispuesto a cruzarla el interrogador o, en otras palabras, cuál era el límite al que estaba dispuesto a llegar. Lo siguiente que sintió Antonio en su frente fue el acero de su semiautomática.

—Joder, tío —acertó a decir—, que aquí nadie envía droga. Solo caleteamos vehículos. Tienes que creerme, no te estoy mintiendo, de verdad. Tienes que creerme —repitió el chaval que, a modo de acto reflejo, había subido las manos sobre su cabeza.

—Respuesta errónea. Prueba otra vez.

Un charco apareció a sus pies.

—¿Te has meado? Vamos, no me jodas, Antonio. Eres el primer narcotraficante que se hace pis de miedo por el mero hecho de ver un arma. No vas a llegar muy lejos. Como te dije antes, lo mejor es que vuelvas a estudiar.

Rodrigo esbozó una sonrisa que Antonio interpretó como una burla.

—De verdad que yo no sé nada de ese envío. No niego que exista, pero yo no lo sé.

—Venga, joder, habla de una vez. Tengo cinco balas en esta pistola. Me gustaría conservarlas todas.

Una lágrima resbaló por la mejilla del chaval.

—Tendrás que esmerarte más, porque sigo sin creerte —insistió con tal tranquilidad que el otro, cada vez más nervioso y asustado, rompió a llorar.

Rodrigo elevó los ojos al cielo y pensó que a lo largo de su carrera profesional también se había topado alguna vez con otro tipo de interrogados, aquellos que no hablarían de ninguna de las maneras. Dudó por un segundo pero, por suerte, Antonio no pertenecía a este último grupo.

—Nos han untado para que lo hagamos. Vinieron unos tipos amenazándonos y... esto es un taller, joder, qué tapadera ni hostias. ¿Acaso estás ciego?

Rodrigo se tomó unos segundos.

—¿Quién ha sido?

El chaval dudó.

—Eso no lo sé.

Rodrigo agitó de nuevo su pistola.

—¡Que no lo sé, lo juro! Te repito que yo solo soy un simple mecánico. Habla con mi jefe. Aunque... yo juraría que eran maderos. De la UDYCO esa en la que creo que trabajas.

La puerta chirrió. Rodrigo agarró a Antonio con rapidez y lo llevó contra una pared tras una columna.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurró mientras le apuntaba con el arma en la sien.



—Será uno de mis compañeros. No trabajo solo.

—De acuerdo. Te diré lo que haremos. Nos esconderemos aquí sin hacer ruido hasta que podamos salir sin ser vistos. Después, cada uno se irá por su lado y tú y yo nunca hemos hablado. Pero antes necesito un nombre. Haz memoria, chaval.

—Yo solo digo que parecían maderos. Ni siquiera estoy seguro. Nos dieron pasta para que hiciésemos las caletas, sin más. Raro pero... lucrativo —susurró.

Rodrigo negó por pura impotencia, convencido de que no le iba a sacar nada más. Incluso dudaba de que lo supiese. Además, ya no tenía tiempo. El trabajador se dirigió al piso de abajo, lo que les dio el margen suficiente para abandonar el taller.

Una vez fuera y antes de dejar que se marchara, Rodrigo se aseguró del silencio del chaval y le conminó a que lo guardara enseñándole de nuevo su arma.

## Capítulo 18

Lunes, 20 de diciembre de 2004

Entró en el despacho de Jaime sin llamar. Gálvez, que estaba sentado de espaldas a la puerta, ni siquiera se volvió al ver la mirada paciente que el inspector le dedicó al visitante.

—Llego tarde. *Mea culpa* —dijo Rodrigo mientras se acomodaba en la silla vacía que había al lado de Gálvez.

—Rodrigo... —empezó a decir Jaime, que no pudo acabar la frase.

—Coño, ¿qué te ha pasado en la mano? —preguntó Gálvez agarrando la mano derecha del oficial, enrojecida e inflamada—. Ya me ha contado el jefe que habéis estado intentando atar cabos sobre no sé qué asesinato de una niña en el río Manzanares. ¿Te has hecho pupita en el monte ayudando a nuestra querida fiscal?

La forma en la que rio Gálvez mermó su paciencia, pero decidió ignorar el sentimiento.

—No ha sido nada. Un pequeño... contratiempo —aseguró soltándose y restregándose la mano. Acto seguido la escondió bajo el escritorio—. He movido unos hilos y he vuelto al taller. He descubierto algo.

Jaime enarcó las cejas.

—Veréis. Nos están jodiendo. Resulta que han untado a los del taller para que caleteen vehículos.

La cara de sorpresa se reflejó en sus dos interlocutores por igual.

—¿Cómo? ¿De qué cojones estás hablando, Olivares? —preguntó Gálvez.

—Lo que oyes. Policías corruptos que intentan entretenernos con talleres tapadera que no existen. Se supone que es lo que tendríamos que haber descubierto en la entrada: vehículos caleteados. Pero trabajan solo en un coche y enseguida le dan salida. Era difícil dar con ello. En los demás hacen labores reales de mecánica. Por eso el otro día no encontramos nada.

—¿Y eso quién te lo ha contado?

—Había allí un chaval, uno de los operarios. Le he apretado un poco —dijo al tiempo que carraspeaba y se volvía a tocar de forma inconsciente su mano derecha—. No me ha mentado.

Gálvez rio de forma exagerada.

—Joder, el Olivares le ha dado candela a ese mamón. Pero qué grande eres —dijo sin parar de reír y golpeándolo en la espalda.

Sin embargo, frente a ellos, el rostro de Jaime permanecía imperturbable.

—Hay algo más. Lo tuyo —miró a Jaime— es otra triquiñuela. Te están involucrando en esta maraña para despistarnos. Todo es mentira, Jaime. Cuando te digo todo, es todo. Una maniobra de

distracción. Por eso los de arriba no me han dejado investigar el chivatazo de los policías corruptos, porque era cierto, y nos han metido en toda esta operación de mierda para tenernos ocupados. ¿Te suena?

—La Operación Traviata —dijo Jaime en voz tan baja que casi no lo oyó nadie.

—Menudos hijos de puta. Lo malo es que no he podido arrancarle ningún nombre. ¿Qué opinas? —preguntó Rodrigo al fin.

Jaime se levantó. Dio un par de vueltas por el pequeño despacho y, después, se volvió a sentar.

—Que tenemos que tirar de este hilo como sea.

Tras unos toques en la puerta, Elena apareció en el despacho acompañada de Joaquín Gutiérrez. Los tres policías no consiguieron ocultar su sorpresa.

—Coño, mis mejores hombres conspirando a mis espaldas. ¡Tremendo! —Guiñó un ojo y golpeó a Gálvez en la espalda—. Tenemos que hablar. A solas. Ven a mi despacho.

Cuando Gálvez se estaba levantando, Gutiérrez lo paró poniéndole la mano en el hombro.

—Espera. Estoy pensando que mejor hablamos más tarde. He de contaros algo a todos. —Sonrió, se subió los pantalones y sacudió ambas piernas. Después sacó un folio del bolsillo, que estaba doblado en cuatro, lo desdobló y lo puso sobre la mesa, alisándolo con las manos—. Mirad lo que os traigo. Y calentito, que Elena acaba de comprobar el fax. —Ella asintió—. La DEA ha ampliado la información. El agente encubierto ha conseguido los datos del barco que transportará la droga. Llegará dentro de una semana. Al final, justo cuando creíamos que no encontraríamos nada, llegan los frutos de tanto trabajo. —Se rascó el bigote—. Sé que ya habíais dado carpetazo al asunto. Cambio de planes. Olvidad lo relativo al archivo y preparadlo todo. El lunes que viene partimos para Vigo. Quiero montar un dispositivo en condiciones.

El silencio de los demás, que lo miraban perplejos, le dio pie a continuar.

—Hemos cerrado el asunto del cártel de Cali en la Audiencia Nacional, así que todo el grupo se desplazará con nosotros. Ya los he puesto al día de lo importante. Confío en que vosotros les explicaréis los detalles. Elena me ha confirmado que ella ya había investigado lo relativo a la búsqueda de aquel taller, por lo que está casi al día, pero los demás necesitan profundizar un poco más en el caso. Aseguraos de que lo hacen.

—Elena encontró el taller en un santiamén, jefe —acertó a decir Gálvez.

Sus palabras provocaron que los otros dos policías reaccionasen. Rodrigo dejó que hablase Jaime. Se limitó a escuchar mirando hacia el lado opuesto de la estancia al que ocupaba Gutiérrez para evitar que el jefe pudiera ver su rostro descolocado.

—Jefe, hemos vuelto al taller. No es lo que creíamos. Es... no sé cómo explicárselo. Parece parte de una conspiración. En realidad, es una pista falsa. Imagino que como lo de la Paca. Alguien quiere que no investiguemos algo. El chivatazo que recibió Olivares sobre que tenemos a un corrupto en la unidad es cierto. Y, además, bien arriba. Creemos que es un jefazo. Nos están manipulando.

Gutiérrez forzó una sonrisa, que más bien parecía una mueca, juntó las manos tras la espalda y dio unos pasos hacia el final del despacho. Luego se giró y regresó a su lugar de partida.

—Olivares, ¿por qué has continuado investigando eso si yo te ordené que te centrases en este asunto? Además, ¿no os mandé que le dieseis carpetazo a este caso? ¿Por qué siempre hacéis lo

que os sale de los cojones? Estáis todos fuera de la investigación. Gálvez, ¡a mi despacho ahora mismo!

La culata de madera de su rifle Sako descansaba entre las bellotas esparcidas por el suelo. El sol había desaparecido hacía pocos minutos tras el pico más alto de la sierra madrileña en la que se encontraba y el frío nocturno empezaba a teñir el campo de blanco. Un mirlo, quizás asustado, adelantó con su canto algo que se movía en el monte, y una rama crujió a su izquierda. Se giró, sin hacer ruido, y dirigió su mirada hacia el lugar de donde procedía el sonido. La serenidad del campo, el silencio más absoluto, solo se vio perturbado por sus latidos que, preso del nerviosismo, escuchaba en la sien. Nada era comparable con esa sensación, la del cazador en una espera. Con sus poros empapados de una soledad que lo único que ansía por unos instantes es la compañía de un animal antes de ser abatido, y con sus cinco sentidos alertas por la posibilidad de que aparezca en cualquier momento. Respiró despacio y sintió cómo su corazón se calmaba. Decidió encararse el rifle para apuntar al lugar y así asomarse al visor a ver si diferenciaba alguna silueta, pero no vio nada. Tampoco parecía que los matorrales de la zona se moviesen. Quizá se trataba de una falsa alarma.

Los últimos acontecimientos le habían afectado mucho. Lo que iba a ser otra operación más, se había torcido sobremanera. La cabezonería de Jaime y Rodrigo, alimentada por las ínfulas de esa joven fiscal, habían tirado todo por tierra, o eso parecía. Habían encontrado el taller, la casa de la Paca con droga, dinero... en definitiva, material suficiente para dismantelar un clan entero dedicado al narcotráfico. ¿Acaso no era bastante?

Se acordó de la Operación Traviata. Ganaron una cantidad vergonzosa de dinero y todo salió a la perfección. Ese confidente bien pagado al que los condujo aquella asiática dijo exactamente lo que tenía que decir. Ni una palabra más ni una menos. Es verdad que tuvieron que sacrificar alrededor de veinte kilos de cocaína y que esta vez solo se habían quedado con un clan de gitanos de Valdemingómez. Debería haber sido suficiente y, sobre todo, deberían haber obedecido. ¿Por qué ahora no?

Estaba convencido de que era por la fiscal. Una rebelde dentro de un cuerpo jerarquizado es lo peor que puede existir, siempre con sus ideas libertinas, negándose a acatar órdenes. Y eso que se habían preocupado de darle algún que otro susto, sobre todo aquella noche en los alrededores de la Puerta del Sol. Habría que hacer algo y mucho más drástico.

Una ligera pero firme brisa le acariciaba el rostro e impedía que se delatase su presencia en el cercano cebadero, situado justo enfrente. La dirección del aire es un detalle imprescindible en toda espera que se precie. En términos cinegéticos, si el guarro te huele estás muerto. Creyó ver algo, un poco hacia la izquierda. Otra vez el corazón acelerado y el semiautomático encarado, buscando al animal. Imaginaba que el jabalí aún se ocultaba entre las jaras, aunque su experiencia le decía que saldría. Solo necesitaba esperar. Paciencia.

La misma que había tenido durante estos dos meses de investigación para que todo resultara como debía. Las intervenciones telefónicas, la información de la DEA, el agente encubierto... todo inventado y estudiado con minuciosidad para lo que necesitaba, crear el señuelo perfecto. Y lo había conseguido. Los había dirigido justo adonde quería, pero algo había salido mal y todo estaba a punto de derrumbarse. Aunque eso no era lo peor. Lo más grave no era una posible

operación fallida, sino que hubieran llegado a sospechar de él o, incluso, que pudieran haberlo descubierto. El maldito chivatazo de Olivares. Hablaban de un jefazo y habían entrado en su despacho. ¿Acaso no era evidente?

El jabalí apareció de pronto, sin previo aviso. No se lo esperaba, sus pensamientos le habían distraído, pero en menos de un segundo ya tenía el rifle encarado y había apretado el gatillo. Se preparó para un segundo disparo, pero no fue necesario. El animal yacía tumbado en el suelo, con el único movimiento de una de las patas, leve y repetitivo como un espasmo. La sangre corría camino abajo y el pelaje áspero y blanquecino del animal también se tiñó de rojo oscuro.

Joaquín Gutiérrez sonrió satisfecho y, entonces, lo supo.

Solo se podía hacer una cosa para frenarlos. Había que matarlos.

No llegaban noticias de Madrid. Eso era sospechoso. Si bien existía una regla —que nunca se rompía una vez la operación estaba en marcha— que consistía en no mantener contacto, y mucho menos telefónico, le pareció imprescindible alertar a los responsables en España sobre los problemas con la llegada a Vigo del señuelo. Pero no lo había conseguido. O, al menos, no le habían confirmado la recepción del mensaje. Y ya no había tiempo, había perdido otra semana con eso y había provocado que llegase la fecha acordada para enviar la cocaína. No era lo pactado. Los señuelos siempre facilitaban la posterior recepción de la droga. Le vino a la cabeza su conversación con el colombiano. «¡A la verga!», gritó y golpeó la mesa con el puño.

Edmundo quiso abortar la misión. Nada estaba saliendo conforme a lo planeado. Además, había muchas otras formas de colocar esa droga y a él le importaba muy poco que los españoles hubiesen pagado la mitad de la mercancía si luego no eran capaces de recibir el envío. ¿De qué servía eso? Pero pensar en las consecuencias y, sobre todo, en las demás personas implicadas en la operación —gente peligrosa y que no se andaba con miramientos a la hora de actuar en caso de que alguien cometiese un error o en el caso de que pensasen que había cometido un error— lo había convencido, tras sopesar pros y contras, para continuar pese a las dificultades.

Llegó el momento. La humedad de Puerto Cabello era la misma. Sentado en el muelle desde donde partiría el buque, intentaba mostrarse sereno mientras esperaba noticias. Noticias que, por fin, fueron buenas. Los de las FARC, que traían la droga en los camiones haciéndose pasar por militares, habían conseguido llegar a la frontera de Venezuela, esta vez sin problemas, y se habían adentrado en el país. El venezolano no cabía en sí de dicha. Se levantó de un bote, aplaudió, y después miró hacia los lados y volvió a sentarse. Consultó su reloj. Ya solo quedaban un par de horas para que los camiones llegasen a puerto. Calculaba otra hora más para cargar el buque y, si sus contactos en puerto no le fallaban, la droga estaría rumbo a España hacia las trece horas. Iba escondida en alrededor de tres mil muñecas, metidas en ciento cincuenta cajas, que contenían el siguiente mensaje pegado por fuera a modo de etiqueta: «El comandante Hugo Chávez, en nombre de todo el pueblo venezolano, les desea a los niños españoles una Feliz Navidad».

El éxito final de la operación ya solo dependía de sus socios españoles.

Martes, 21 de diciembre de 2004

El Manco quería que Gabarra lo escuchara leer en voz alta para que se diera cuenta de lo mucho que había aprovechado las noches de insomnio en la celda, pero Ricardo estaba empeñado en no quitarles ojo a los georgianos, como cada mañana y cada tarde a la hora del patio.

—Coño, compadre, que no me haces ni caso. ¿Ves lo que he *avanzao*?

Gabarra suspiró. Empezaba a arrepentirse de la idea de enseñar a leer al Manco.

—Vas un poco lento, Manco. No es por joderte.

El otro dio un salto.

—Joder, compadre, ¡que tienes que animarme!

—Siéntate, Manco, que no veo.

El Manco se giró y observó al grupo de los georgianos.

—Relájate, joder. Así no *podemo* estar. Ya te he dicho que mis *hombres* los tienen *controlaos*. Fíate de nosotros.

—No es tan fácil. Es mi vida la que está en juego.

—De acuerdo. —El Manco se levantó y se puso frente a él—. Dame de hostias. Ahora. Pero bien fuerte, ¿eh? Déjame medio gilipollas. Así te devolverán a aislamiento y podrás *descansa* al menos una semana.

Gabarra dejó de mirar a los georgianos y se enfrentó a él.

—No digas gilipollecés.

El Manco empezó a dar saltitos y a rodear a Gabarra con los puños en alto.

—*Amos*, compadre, dame una hostia. *Mia*, me estreno yo.

Le metió tal puñetazo que Gabarra preparó su puño. Cuando se iba a levantar para golpearlo se paró de sopetón. Alguien se acercaba.

—*Ay, lere lerele, tacatá. Ay, lere lerele, tacatá.*

—Ey, ese Giralda, ¡*tacatá!* —gritó el Manco al verlo venir.

El Giralda se acercaba chasqueando los dedos y dando palmas, y no paraba de cantar.

—*Aaaaaaaay, lerelelele lerelelele.*

El Manco se giró y le hizo dos quiebros cuando llegó a su altura, acompañados de una palmada contra su muñón. El Giralda dio una vuelta completa y taconeó sin dejar de cantar.

—¿Y qué pasa contigo, payo, que no bailas? —le preguntó Giralda a Ricardo—. *Ay, lerelelele... ay, lereleeeee, tacatá.*

En la última sílaba de cada *tacatá* el Giralda hacía un quiebro y cambiaba las manos de un lado de la cadera al otro. Y luego al otro, y al otro.

—Hay que ver qué poca *lache* tienes tú, qué poca gitanería. Mira que no querer bailar con el Giralda... *Ay lere lerele...* —le dijo a Ricardo, golpeándolo en el hombro tras el quiebro y el taconeo de rigor.

Gabarra miró al Manco que, entusiasmado, bailaba ajeno a su poca paciencia. Pensó que entre el *lerele* y el *tacatá* tendría tiempo para golpear al Giralda con el puño en el mentón y con la fuerza suficiente para que aterrizase en su celda. Incluso, si ponía todo su empeño, quizá podría meterlo dentro, pese a que la puerta estuviese cerrada. Así de paso se abriría la cabeza. Lo llamaban dos pájaros de un tiro. Cuando se iba a levantar para pararle los pies, el Giralda chasqueó los dedos, se agachó y le dijo:

—No salgas por donde siempre. Nikolov y Mijail están esperándote. *Creemo* que han conseguido sacar un tenedor de la cocina. *Tenemo* ahí al Motos y al Vargas controlándolos y a otros *do* hombres un poco más *alejaos* para darles cobertura, pero nos gustaría *evitá* el enfrentamiento. Busca la salida opuesta, que está despejada. —Se enderezó con un giro completo, saltó, taconeó y continuó—: *Ayyyyyyy, lerelerele, lerelerele*, ese payo, *vamo, lerelerele*, ¿que no?

Gabarra se quedó paralizado.

Ricardo no conseguía reaccionar. Seguía sentado, observando al Giralda, que fruncía el ceño y enarcaba las cejas, intentando captar si le había comprendido. Por fin miró al Manco, que le sostuvo la mirada sin dejar de cantar y asintió, dándole a entender que también estaba al tanto, y le hizo un gesto hacia la derecha. Gabarra siguió la dirección de su mirada y vio a Celestino. Si quería morir, ahí tenía su oportunidad. Solo debía ir adonde le habían dicho que no fuera. ¿Eso era lo que realmente quería hacer? ¿Acabar con su vida? El mero hecho de dudar le afectó profundamente. Nunca pensó que llegaría el momento en el que abandonaría. Sobre todo, después de lo que había pasado. Pero ahora, quizá precisamente por eso, sentía que no tenía fuerzas suficientes para continuar. Miró de nuevo al Manco, que seguía bailando y cantando con el Giralda, y se dio cuenta de que no podía permitir que aquellos gitanos, que estaban arriesgando su vida por él, la perdieran.

Se levantó, le hizo un gesto al Manco, que volvió a asentir, y se dirigió hacia Celestino, situado de espaldas a la salida norte del patio, la que le había dicho el Giralda que estaba limpia.

—Celestino, necesito que me saques por aquí. Tengo problemas con la otra puerta. Me han contado que dos de los georgianos me están esperando.

—Vamos.

Ricardo caminó hacia Celestino. Intentó hacerlo como si nada, como si en realidad estuviera dando un paseo, como si su deseo no fuese encontrarse con él. Dejó atrás al Manco y al Giralda. Sin poder quitarse de la cabeza a Nikolov y Mijail, a quienes imaginaba al acecho en la puerta opuesta con un tenedor bajo la manga, vio cómo Celestino se daba la vuelta y se dirigía hacia la puerta. Un instante antes le había hecho un gesto con la cabeza casi imperceptible para que Gabarra lo siguiera. Caminaron. Daba la sensación de que no iban juntos hasta que atravesaron la puerta del patio. Entonces fue cuando Celestino lo agarró del brazo y, tras susurrarle al oído que lo siguiera en silencio, lo condujo a través de la prisión. Ricardo veía cómo se abría una puerta, pasaban, esperaban hasta que se cerrara, y aguardaban de nuevo hasta que se abriera la siguiente. De vez en cuando el funcionario saludaba a un compañero con el que se cruzaban o alzaba el brazo en dirección a las cámaras situadas, casi rozando el techo, en la parte alta de la pared. Ricardo estaba desconcertado, ¿adónde iban?

Salieron al exterior de la prisión. Celestino aún lo sujetaba por el brazo y caminaba pegado a él. No iban demasiado rápido hasta que en los aparcamientos algo debió de ponerle nervioso.

—Súbete al coche. Deprisa. —Abrió la puerta del copiloto de un Renault Laguna.

Ricardo obedeció sin atreverse a preguntar nada. Miraba constantemente a Celestino, que actuaba como si estuviese solo y sin apenas dirigirle la palabra, con la única obsesión de tomar precauciones para asegurarse de que nadie los sorprendiera. Condujo apenas dos kilómetros y en

un repecho oculto por un pequeño árbol, detuvo el vehículo y se apeó. Se dirigió al maletero y cogió algo que Ricardo, aún dentro, no pudo distinguir a través del retrovisor.

—Sal. Rápido. —Abrió la puerta de nuevo—. Quiero que me escuches con atención. Ponte este abrigo y estas botas, y coge la mochila que hay dentro del coche. Tienes que seguir a pie tú solo desde aquí. Yo no puedo continuar contigo. ¿Conoces la zona? —Ricardo negó con la cabeza—. Debes dirigirte hacia la montaña y ocultarte en ella al menos una semana. ¿Ves? —Señaló hacia ella—, es La Pedriza. Está plagada de rocas, riscos... pero conseguirás esconderte allí hasta que se calmen los ánimos. Después, intenta refugiarte en una población donde puedas pasar desapercibido.

»El pueblo más cercano es Manzanares el Real. Llegarás allí si sigues por esta carretera. Como puedes comprobar desde aquí, no hay demasiada vegetación y es fácil que te descubran. Pégate a los árboles que rodean la carretera y a las tapias que delimitan las fincas. Hay unos seis kilómetros. Solo te lo digo para situarte, porque allí es donde primero te van a buscar, así que no debes quedarte. Y mucho menos en Soto, allí te detendrían en unas horas.

»Eso de ahí —señaló— es el embalse de Santillana. Más hacia el este está Cerceda y después Moralzarzal. Al sur Colmenar Viejo y mucho más al norte Miraflores de la Sierra y Navacerrada. Bueno, creo que con eso es suficiente. Lo suyo hubiese sido traerte un mapa, pero no he podido. Ve a la montaña, ocúltate y sobrevive. Sé que tienes experiencia en ello, por lo que estoy seguro de que lo conseguirás. Dirígete hacia el norte y busca refugios; los hay. En concreto, a unos treinta kilómetros al norte encontrarás uno que suele estar vacío porque parece una cabaña abandonada, pero no lo es.

Ricardo intentaba asimilar todo aquello.

—Pero... ¿y tú? ¿Qué dirás tú?

Celestino sonrió.

—Tu peor defecto es que te preocupas más por los demás que por ti mismo. Lo que ocurra conmigo es mi problema.

—Pero te van a detener. Celestino...

—Dentro de una semana un remitente desconocido ingresará en mi cuenta bancaria diez mil euros en un solo pago. Es el importe de mi soborno. Lo tengo todo organizado. No te preocupes y márchate.

Ricardo seguía desconcertado.

—Se hace tarde. Tengo que volver a la prisión. Huye. —Abrió la puerta del copiloto y cogió una funda de la guantera—. Coge esto. Llévatela.

—¿Qué es?

—Un arma. Úsala si la necesitas. Quería haberte traído más cosas, pero todo se ha precipitado. Tendrás que salir adelante con los víveres que contiene la mochila. También tienes agua, una brújula, un encendedor, una linterna y un machete.

—¿Qué es lo que se ha precipitado? No lo entiendo.

—Todo. Ahora no puedo explicártelo. Huye. Atraviesa La Pedriza, dirígete hacia el norte y escóndete. Piensa en ti y en tu mujer. Es tu última oportunidad. Y recuerda una cosa: nunca dejarán de buscarte.



## Capítulo 19

Martes, 21 de diciembre de 2004

Aunque temía llamar la atención, no podía dejar de correr. Estaba huyendo de prisión... ¡él! Los seis kilómetros que lo separaban de Manzanares el Real los había recorrido en media hora. La descarga de adrenalina provocada por la carrera le sirvió para tranquilizarse y pararse a pensar, por fin, que era lo que necesitaba.

La Pedriza le pareció una pesadilla. Esas moles de granito con sus contornos curvos o con sus aristas irregulares le resultaron tan curiosas como descorazonadoras. Además, se agrupaban unas junto a otras sin dar apenas tregua a la tierra y a la vegetación; y mucho menos a él. Subió hacia el norte, como le había recomendado Celestino, y anduvo varios kilómetros, ocultándose, con la respiración entrecortada no por el frío o el miedo a lo desconocido, sino por el único pensamiento recurrente que le afligía: la posibilidad de regresar a la prisión.

El primer valle que encontró al lado de un collado estaba inundado de pinos, y pequeñas jaras pringosas le golpeaban las piernas según se adentraba en él. Siguió su línea natural, que culminaba en el risco más grande de cuantos había encontrado en su camino hasta entonces. No sería capaz de atravesarlo. Al menos no sin material de escalada. Además, y aunque hacía frío, acertó a identificar a dos hombres colgados de su pared. No podía arriesgarse y decidió rodearlo desviándose un poco hacia el oeste. La noche se acercaba. Aunque había encontrado uno de los refugios a los que se había referido Celestino, estaba ocupado y le dio miedo que lo viera alguien, por lo que continuó atravesando lanchas y berrocales. A veces también encontraba piedras inmensas apoyadas en pedestales en un llamativo equilibrio que transmitía una de las sensaciones de inseguridad más intensas que había sentido jamás.

Cuando la única luz que resistía era la del rastro del sol, ya escondido tras las montañas, halló un bosque de encinas y enebros. Al atravesarlo, tras detenerse a descansar y sentir su aliento gélido en el brazo al pasárselo por la cara, vio una cueva. No eran más que piedras de ese granito que le rodeaba, pero se había formado una pequeña oquedad dentro de ellas. Apiló troncos de encina y, en cuestión de minutos, encendió un fuego. Miró hacia la salida y vio que estaba oculta tras los árboles, que se habían convertido en su mejor aliado.

Y allí fue donde Ricardo decidió ocultarse, tras un día agotador huyendo hacia ningún lugar.

Miércoles y jueves, 22 y 23 de diciembre de 2004

Las horas transcurrían despacio. El sol se ponía temprano y la noche, demasiado larga y demasiado oscura, se le hacía insoportable. No había sufrido percance alguno con animales

salvajes. En realidad, sabía que el único animal que podría hacerle daño era de su misma especie. Por otro lado, el fuego había ahuyentado el único peligro que lo había acechado durante todo ese tiempo: el frío. Lo que no conseguía dejar de sentir era un miedo recurrente, el de volver a perder la libertad. Había abandonado su refugio improvisado hacía unas horas, y ahora, agazapado entre la maleza, intentaba recuperar el aliento.

«Nunca dejarán de buscarte». Las palabras del funcionario asaltaban su mente una y otra vez, provocando un estado de alarma tan constante como agotador. Cerró los ojos para que sus oídos pudiesen captar hasta el más mínimo sonido, y escuchó el silencio. La noche se había apoderado de ese lugar, pero desde la cima en la que se encontraba, rodeada de pinos que tenía bajo sus pies dado lo elevado de aquella montaña, podía ver los millones de lucecitas que iluminaban Madrid. Se imaginó una vida en la gran urbe, una vida normal, con su mujer, quizá hasta con hijos, y consiguió sonreír.

Ese día había helado y la hierba estaba recubierta de frío invernal. Horas atrás, sus pisadas se habían confundido con crujidos sordos y su aliento con el humo de cualquier cigarro. Se planteó descansar hasta que saliese el sol. Antes del mediodía se había topado con un arroyo donde se hidrató y rellenó sus botellas de agua, y ahora estaba bastante cubierto por las jaras. Se levantó por última vez para comprobar el terreno, confirmar que lo protegía y ocultaba lo suficiente, y situarse. Para alumbrarlo utilizó la linterna.

Entonces la vio. Enseguida se dio cuenta de que no se trataba de un refugio corriente. Una cabaña con una sola luz intermitente se alzaba a unos quinientos metros de distancia. Dudó. Esa luz le confirmaba que estaba habitada —imaginaba que la mantenía encendida algún tipo de batería o generador, porque no parecía que por allí llegase la corriente eléctrica—, y el aspecto y las dimensiones de la cabaña le daban la esperanza de que por muy poca gente. ¿Sería el lugar al que se había referido Celestino? ¿Habría alguien dentro?

Decidió acercarse. Lo hizo muy despacio y sin hacer ningún movimiento brusco. La oscuridad lo protegía, pero ese silencio, solo roto por un búho insistente, podía delatarlo en cualquier momento. Los minutos que tardó en llegar se le hicieron eternos. La cabaña era de piedra, rectangular y de una sola altura. El tejado, de tejas rojas, no parecía en buen estado. Se pegó a la pared y comenzó a dar pasos cortos muy despacio, agachándose al pasar por la única ventana que le separaba de la puerta. La ventana, con rejas, estaba cubierta por una mosquitera con varios agujeros. Alcanzó el pomo con la mano izquierda, pero no tuvo que hacer mucho más. La puerta estaba abierta.

Su sentido común le recordó la luz que ahora estaba casi sobre su cabeza. Y pensó si no sería una trampa para atraparlo. Encender una luz en la única cabaña que había en decenas de kilómetros a la redonda para atraerlo y detenerlo dentro. Una luz que lucía gracias a un generador. Todo apuntaba a que alguien la había encendido para algo. ¿Llamar su atención? Entonces se dio cuenta de que había cometido un error. Debió haber sido más cauto. No había examinado el terreno con calma. Guiado por la idea de que se tratase del refugio al que había hecho referencia Celestino, por el frío y por el hambre, ni siquiera se había dado la vuelta para ver si había alguien tras la casa, o un vehículo, o peor aún: una furgoneta de la Guardia Civil. Aunque si estaban allí no entendía a qué diablos estaban esperando... a no ser que estuviesen dentro.

Pero ya no había vuelta atrás.

Empujó la puerta procurando no hacer ruido, pero el chirrido se escuchó como un grito. Esperó... nada más que el molesto sonido del generador. Entró en la casa sin apenas respirar y moviéndose con sigilo. Una vez dentro, se agachó e intentó ver algo. La luz de fuera alumbraba un pequeño salón que parecía vacío. El suelo tenía tanta suciedad que era imposible distinguir su color y las paredes no eran más que el reflejo de la misma oscuridad. La luz no alumbraba tanto como para ver la habitación entera así que, más confiado por lo descubierto, se adentró un poco más. Si eso era un refugio, llevaba mucho tiempo abandonado.

En ese momento, sintió un fognazo. Otra luz, esta vez muy potente y que procedía de la derecha de la habitación, lo iluminó por completo.

—Ni se te ocurra moverte, Gabarra.

Escuchar su apellido le confirmó sus peores sospechas. Pensó en darse la vuelta y huir, pero se dio cuenta de que no tendría tiempo ni para dar el primer paso. Esperó. Se giró muy despacio hacia la luz, tan potente que apenas le permitía abrir los ojos, y alzó la mano para protegerse.

—Que no te muevas. No seas estúpido y obedece. Tengo un revólver apuntándote con el que te podría matar antes de que dijese una sola palabra. Aunque pensándolo bien, si lo que quieres es morir yo estaría encantado. Tu cadáver me traería muchos aplausos, incluso un ascenso, quién sabe. ¿Vas armado?

Se le entendía mal. Su voz sonaba distorsionada. ¿Mi cadáver le traería un ascenso? «Es policía. ¿Por qué no me detiene ya?», pensó Gabarra.

—Me ha encontrado, enhorabuena. ¿Es ahora cuando me detiene, o me va a tener aquí, de pie, toda la noche? —preguntó.

La risa de aquel hombre le sobrecogió.

—No tienes ni idea de quién soy, ¿verdad? Acércate, toma asiento y contesta a mi pregunta. ¿Vas armado? —repitió.

—No, solo llevo un pequeño machete —dijo mientras sacaba el cuchillo de su bota y lo sostenía en alto. No pensaba darle su pistola. No se lo iba a poner tan fácil. Como no veía ninguna silla comenzó a andar hacia aquel hombre hasta que tropezó con una y con la pequeña mesa de madera que había enfrente.

—Pon el cuchillo en el suelo y empújalo con el pie hacia mí. Sobre la mesa hay dos carpetas. Ábrelas.

Ricardo dudó unos instantes.

—He dicho que me lances el cuchillo y las abras.

Puso el cuchillo en el suelo y le dio una patada hacia la luz.

—Fíjate bien. En cada carpeta hay un resumen de su vida, sus rutinas y todo lo que puedes necesitar. Son dos. Un hombre y una mujer.

Gabarra se sentó y comenzó a pasar hojas. En efecto, la vida de aquellas dos personas estaba narrada hasta el más mínimo detalle: horarios, aficiones, familia... todo.

—¿Y a mí qué me importa esta gente? —concluyó.

—¿A ti? —Otra vez esa risa—. A ti, nada. Me imagino que así te resultará más fácil eliminarlos. Tienes una semana.

Levantó la vista de aquellas fotos.

—¿Eliminarlos? Yo no voy a eliminar a nadie, y menos a dos personas que no conozco porque me lo pida un hombre que se oculta tras un foco —dijo—. Usted está loco.

—Creo que no me has entendido. No te lo estoy pidiendo. Es una orden.

Sacudió la cabeza y se levantó. Se fue a girar para salir de allí, pero una bala le rozó la oreja.

—¡Siéntate, joder! He dicho que, si te mueves, te mato.

Con la mano tapándose la oreja, Ricardo ni siquiera pudo escuchar lo que dijo aquel hombre, pero el disparo fue suficiente para entender lo que quería. Se volvió a sentar. Notaba cómo brotaba la sangre y se deslizaba, caliente, cuello abajo. Se maldijo por su estupidez.

—Ahora te daré todo lo que necesitas para llegar a Madrid, además de un arma. Incluso te devolveré tu cuchillo, si quieres. Luego te marcharás y ni se te pasará por la cabeza volver a esta cabaña, ¿lo has entendido? Yo seguiré aquí, armado. No te daría tiempo ni a abrir la puerta —dijo.

Fingió leer otra vez esas carpetas por unos instantes y las cerró de golpe.

—No lo haré. Puede matarme si quiere.

—No me hagas reír. Y no me lo pongas tan fácil, porque no te imaginas lo que me apetece apretar el gatillo.

—¿Y qué saco yo de esto?

—¿Tú? ¿Que qué sacas tú? Tú no sacas nada. Que no te mate ahora mismo y que no te entregue a las autoridades, ¿te parece poco?

—Sí.

Esta vez no hubo risa alguna.

—No seas gilipollas, Gabarra. Sé quién eres. Te he vigilado. Matas sin inmutarte, como al Georgiano aquel en las duchas de la prisión. Y esa no fue la primera vez, ¿me equivoco?

—Se equivoca. Yo no mato sin inmutarme, yo mato si me veo obligado a ello. Hay una gran diferencia, aunque no estoy seguro de que usted pueda entenderla.

—Ya —dijo el hombre riéndose de nuevo—. Esa gran diferencia que hace que los hombres buenos también podáis matar. ¿Es esa la diferencia de la que me hablas? ¿Es así como puedes dormir por las noches?

—No, no duermo por las noches. Recuerdo todas y cada una de las vidas que he segado. Y me pesan en la conciencia. Porque los hombres buenos, como usted nos llama, tenemos conciencia. Supongo que no sabe ni de lo que le estoy hablando.

Ricardo necesitaba ganar tiempo. Intentaba mostrarse sereno. Debía disimular sus gestos, que quedaban tan expuestos por ese foco que imaginaba su fracaso, aunque seguiría intentándolo. La sola idea de que ese hombre percibiese su desolación, mientras lo observaba allí sentado y oculto, le provocaba náuseas.

—Eso de la conciencia es tan relativo... más o menos como la bondad. Por ejemplo, ¿si yo te mato ahora me convierto en alguien malo o en alguien bueno? El asesinato es un acto deleznable pero, al fin y al cabo, tú eres un asesino fugado. Puede que, si vuelvo a Madrid con tu cadáver, hasta me lo agradezcan. Incluso podría salir en uno de esos programas de televisión como un

héroe. «El héroe que, arriesgando su vida, mató al asesino Ricardo Gabarra». ¿Qué te parece? ¿Hacemos eso? Es mi plan B. De ti depende.

—Usted no tiene conciencia, de eso no hay duda. Y si me mata no se convertirá en nada. Seguirá siendo la misma escoria que ha sido hasta ahora.

—¿Eso crees? ¿En serio? Pues me temo que las cosas no son así. O, si no, ¿por qué eres tú y no yo el que sale en todos los telediarios como un asesino fugado y peligroso? ¿Por qué es tu foto y no la mía la que inunda las comisarías de toda España? Hay cientos de carteles, ¿lo sabías?

»No pone que se te busca vivo o muerto porque ya conoces el *buenismo* absurdo de este país. Es más, si te fijas, si la humanidad a lo largo de los siglos hubiese matado más, la civilización hubiese progresado mucho mejor, aunque eso ya es una causa perdida. Pero que no te quepa la menor duda de que cualquier policía que se cruce contigo lo primero que va a hacer es abatirte a tiros.

—En eso se equivoca. Los miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado no son como usted. Usted es un policía corrupto. De hecho, usted no puede llamarse policía. En realidad, es un delincuente camuflado en la policía. Y si algo falla en el cuerpo es ese empeño en no cuidar los nombramientos en los puestos más altos. Y, por cierto, yo no soy un hombre bueno. Como puede comprobar, se equivoca usted mucho.

—Tienes demasiada fe en la policía, Gabarra. Y en tu situación ya deberías haber espabilado, joder. ¿En los puestos más altos? No me hagas reír. ¿Crees que si yo estuviera en la cúpula del cuerpo habría venido en pleno mes de diciembre a una cabaña inmunda y de mala muerte, y me hubiese pasado horas esperándote?

»Eres un iluso o un imbécil, aún no estoy seguro. De todas formas, ¿qué más da lo que sea yo? De hecho, ahora mismo solo soy el hombre que te apunta con un revólver y que tiene muchas ganas de matarte. Aunque sabe que no debe... al menos, por el momento.

Ricardo notaba aún la sangre en su oreja y se temía que esa bala hubiese hecho más daño del esperado en un principio. Le dolía y comenzaba a marearse.

—Si mato a esas personas, quiero que me prometan inmunidad.

Esa risa estridente resonó entre las piedras de la cabaña. Ricardo no era una persona fácilmente impresionable, pero una sensación se estaba apoderando de él. Tenía miedo.

—Creo que no te enteras. No estás en posición de exigir nada, ¿me explico?

—Yo creo que sí —repuso reuniendo las últimas fuerzas y la poca valentía que le quedaban, mientras observaba el rostro de aquella joven a la que habría de dar muerte, que con el pelo ondulado y los ojos pardos sonreía mirando a alguien que no salía en la instantánea—. De hecho, estoy seguro de ello. No tienen a nadie más para hacer el trabajito. Si fuese así, no hubieran corrido tantos riesgos. Porque son ustedes los que me han sacado de la cárcel, ¿verdad?

—Pero ¿tú crees que yo puedo prometerte inmunidad? ¿Piensas que soy el que maneja los hilos? Y, aunque así fuera, ¿por qué iba a hacerlo? No eres tan listo como me habían contado. Teníamos que haber buscado a otro. Tampoco me habían dicho que tenías principios, porque tienes principios, ¿verdad? Ah, no, que ahora estás de acuerdo en matar siempre que te aseguren salvar el culo. Vaya decepción, Gabarra, si te oyera tu mujer...

Esa última palabra provocó que saltara de la silla. El hombre tuvo que volver a disparar para que todo volviese a su sitio, pero esta vez, por suerte para Gabarra, unos pequeños trozos de teja cayeron sobre sus pies.

—Una tontería más y te meto cinco tiros. Te lo digo en serio. Estoy empezando a cansarme.

—Si los mato, quiero que la prensa publique que la policía me ha encontrado y me ha abatido a tiros. Ese es el trato. Si no, ya puede apretar el gatillo. Yo también me estoy cansando y no tenía planeado ningún juegucito para hoy. Esto ha sido cosa suya.

El hombre guardó silencio. Durante unos instantes, Ricardo se esperó lo peor. Si ese era el final, se sentía satisfecho porque, al menos, lo había intentado. Había pasado mucho tiempo entre rejas y había sacrificado su vida, pero eso ahora no importaba. Un pensamiento le reconfortaba: esa pareja se salvaría. O, al menos, tendría una oportunidad. El silencio se prolongaba y los disparos no llegaban. Entornó los ojos y respiró despacio. Despejó su mente de todo pensamiento mientras esperaba, excepto de uno: Sara.

—De acuerdo —dijo aquel hombre sacándolo de su agonía—. Tú los matas y tú estás muerto. Recoge las carpetas. Lo demás está enterrado a doscientos metros al sur, bajo una gran piedra que sabrás distinguir. Si me engañas, lo sabré; si no cumples tu cometido, lo sabré; y si me buscas, me encontrarás y te meteré esos cinco tiros que parece que te empeñas en recibir. ¿Lo has entendido? Márchate.

—¿Y mi cuchillo? —se atrevió a preguntar mientras recuperaba el aliento.

—He cambiado de idea. Tu cuchillo agrandará mi colección. Vete y piensa una cosa. Todo el país conoce tu cara. Estate alerta.

El hombre no dijo nada más. Ricardo se levantó de la silla, cogió las carpetas y se dirigió hacia la puerta. Aquella luz potente se movía con él, pero no hubiera hecho falta. No tenía la más mínima intención de verle la cara.

Y mientras se alejaba, un pensamiento absurdo lo alentó. Ese hombre tampoco tenía ni idea de quién era Ricardo Gabarra.

Cuando salió de la cabaña aún era noche cerrada; había perdido la noción del tiempo. La oreja le sangraba bastante y se sentía aturdido y agotado. El mismo búho se empeñaba en seguir cantando o quizá era otro, quién sabe. El caso es que ese «buh, buh, buh» ya formaba parte de su pesadilla.

Se dirigió hacia el sur. «Doscientos metros», pensó. «Una piedra grande que reconocerás», recordó. Pero no la veía. Movía nervioso la linterna para encontrar lo antes posible lo que quiera que aquel hombre le hubiese dejado allí, pensando que, con un poco de suerte, quizá hubiese un botiquín o al menos unas vendas y un analgésico. Tuvo que pararse a descansar y notó que el sueño lo vencía. Pero no quería quedarse dormido tan cerca de esa cabaña y se obligó a espabilarse. Sacó la última botella de su mochila y se echó un poco de agua encima. Después bebió un trago y se puso en pie. Puede que fuese por haberse espabilado gracias al agua fría pero, de repente, vio algo. Una extraña roca con forma de S a poco más de cien metros de donde se encontraba. «Tiene que ser esa», pensó.

Llegó rápido. Estudió el terreno que la rodeaba hasta que encontró una zona en la que la tierra había sido movida. Excavó con las manos. La bolsa no estaba demasiado enterrada. La sacó sin

problemas y fue a situarse detrás de la piedra. Se preguntaba si ese hombre estaría vigilándolo. Abrió la bolsa con impaciencia y alumbró. Un sobre con varios billetes, un mapa, unas vendas, agua oxigenada, unas tijeras, una navaja, unas botellas de agua, bebidas isotónicas, unas barras energéticas, una 9 mm Parabellum y un Documento Nacional de Identidad a nombre de Leopoldo Torres Núñez. Pensó que cada vez le ponían nombres más bonitos. Se sorprendió al verse en la foto del documento. Curiosamente, recordó el momento en el que le habían hecho la instantánea, aquel fatídico 20 de agosto de 1997. No tardó ni dos segundos en tomarse una de las barritas; estaba desfallecido. Después se limpió la herida y se la vendó. Aunque no había analgésicos, la comida le hizo sentirse mucho mejor. Al ver que el primer rayo del alba parecía vencer con timidez la oscuridad, se dispuso a partir.

Conforme se acercara a la ciudad, el follaje sería menos intenso, y eso era una mala noticia. Se le vería demasiado. Debía ir con cuidado, pero sin olvidar lo importante. Solo tenía una semana para... terminar el encargo. Eso pasaba por ir a una población, descansar al menos un día entero en un hostel, estudiar la información a conciencia, cambiar de aspecto y dirigirse a Madrid.

Así, en vez de un camino hacia la capital, buscó de nuevo un lugar alto para otear la zona, aunque recapacitó un momento antes de escalar de nuevo. Lo mejor sería regresar a Manzanares el Real. Ya conocía el terreno y eso era una enorme ventaja. ¿Para qué complicarse buscando cualquier otro pueblo? En realidad, cuanto más lejos de la cárcel, más seguro estaría. Pero esas montañas entrañaban casi el mismo peligro que sus perseguidores. Desanduvo sus pasos. Lo hizo durante minutos, horas, con la sola compañía de la humedad del alba otoñal superando su piel y su carne y adentrándose hacia todos los huesos de su cuerpo; y de sus amaneceres sombríos dándole los buenos días, o lo que quiera que dijeran esas luces anaranjadas. Se abría paso campo a través con una pisada firme, a un ritmo lento pero constante, casi como el de la brisa intentando atravesar las pequeñas hojas de los pinares que inundaban la montaña, alternándose con el granito anaranjado de La Pedriza.

Y con el pensamiento recurrente de dos caras que se le habían grabado en la mente. Dos caras que dentro de una semana estarían en un plástico cerrado con una cremallera, o mirando con unos ojos sin vida la tierra inerte de cualquier descampado, esperando a ser descubiertas por un valiente corredor o por un borracho trasnochado. Matar a dos personas para salvar su propia vida no era correcto, pero morir por no hacerlo no parecía una opción para un hombre como él ni, de hecho, para ningún tipo de hombre. Habría que buscar el mal menor, o el bien mayor: salvar su vida. Al fin y al cabo, bastante tiempo la había hipotecado ya.

Había llegado la hora de que otros sostuvieran su carga; una carga pesada, sin solución, sin sentido.

Una carga que, en realidad, no era tan suya como había pensado en un principio.

La niebla y el resplandor del sol ocultaban la población casi por completo. Si acaso solo se veían los tejados más altos, formados de tejas anaranjadas. «Es como un manto blanco», pensó. Sin embargo, Manzanares el Real era inconfundible gracias al castillo de los Mendoza. La simétrica fortaleza cuadrangular con sus inmensas torres resaltaba sobre el pueblo, y desde donde él se encontraba destacaba sobre el fondo azul del embalse de Santillana. Sintió una punzada al visualizar de nuevo la torre de la prisión a escasos kilómetros; sin embargo, se centró en lo que

iba a ser su próximo objetivo: el pueblo. No le había resultado complicado desandar sus pasos y regresar a su lugar de partida. Decidió, eso sí, descansar un día entero en la cueva que había encontrado en el camino de ida para reunir fuerzas. Comió, bebió y se curó cada dos horas la herida de la oreja. No debía infectarse. Aun así, no consiguió que se cerrara. Utilizando la navaja como espejo observó que necesitaba puntos de sutura. No iba a realizar ningún acto heroico cosiéndose con lo que quiera que pudiese encontrar por ahí, así que se limitó a mantenerla limpia con la esperanza de que fuese suficiente hasta que pudiera cosérsela en condiciones. Se fijó en que también necesitaría algún medicamento para los labios. Empezaba a tener unas grietas preocupantes. Guardó el arma blanca y elevó los ojos. Ver tan cerca el pueblo y tan lejos Madrid le provocó la tentación de arriesgarse a no cumplir su misión; imaginar su rostro en todas las comisarías españolas, el impulso de matar lo antes posible a esas dos personas.

Se deslizó con cautela y dejó atrás el granito que le restaba por superar. La modesta iglesia de Manzanares, coronada por tres cigüeñas cuyos respectivos nidos ocupaban el campanario, lo guio al centro de la población. Cuando se aproximó a la plaza vio un hostel y, frente a él, una tienda de artículos diversos. No buscaría más. Compró un tinte oscuro para el pelo, cepillo, tijeras, jabón y maquinillas de afeitar. También ropa. Se desharía de la que llevaba puesta. Sonrió a la dueña del bazar y se encogió de hombros cuando ella se aperció de que realmente necesitaba esa compra. La suerte se había aliado con él, por fin, porque vio una farmacia a escasos metros. Sin embargo, decidió esperar a asearse antes de avituallarse de todo lo necesario para curar sus heridas. En el hostel contrató una habitación para dos noches. Se disculpó por su aspecto ante el hostelero, un hombre huraño que, al principio, no dejaba de mirarlo con cara de asco, pero que apenas se detuvo en la foto de su nuevo documento identificativo, y que se relajó definitivamente al comprobar que pagaba la habitación en efectivo y por adelantado.

No tenía demasiado tiempo. Sin embargo, necesitaba descansar. Lo primero que hizo fue disfrutar de un gran baño y, después, cambiar de aspecto. Verse moreno le impresionó, aunque no tanto como el aspecto de su bigote y de su barba tras casi una semana de vida salvaje. Le gustó cómo le cambiaban la cara, así que se los arregló pero no se los afeitó. Lo que sí necesitó fue cortarse el pelo. Después se dirigió a la farmacia, se curó y acabó en el restaurante del hostel. La cena, los medicamentos, la cordialidad de la camarera y las pocas personas que lo acompañaron esa noche en el restaurante, ninguna de las cuales siquiera lo miró a los ojos, le causaron una relajación que alcanzó su punto cumbre tras doce horas de sueño en una cama cuyo colchón, antiguo y de muelles, a él le pareció del mejor látex.

Había llegado la hora de dirigirse a Madrid. Necesitaba un coche. Se había fijado en que un Opel Kadett antiguo llevaba aparcado en las proximidades de la plaza desde que llegó. No quería llamar la atención así que, si era posible, evitaría preguntar. Aún le quedaba un día para encontrar vehículo. Se quedaría alerta hasta que llegase su dueño. Entró en un bar que quedaba enfrente y se tomó una cerveza. Pidió una ración de jamón ibérico de bellota. A veinticinco euros. El mamón ese de la cabaña le había tratado como a un perro pero, paradójicamente, le había metido en esa bolsa un sobre con una cantidad de dinero excesiva. «Y ya que lo obligaban a ser un asesino y a esconderse como un animal, al menos se fundiría la pasta como Dios manda», pensó. Y de repente



se vio a sí mismo allí, solo pero libre, con una rubia en la mano y llenando el estómago de uno de los mejores manjares que existían. No pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

—Amigo, ¿se encuentra bien?

Ricardo elevó la mano y asintió al hombre que había tras la barra, sin ser capaz de articular palabra. Levantó la cerveza vacía y el otro se dispuso a servirle otra.

—Necesito un coche de segunda mano, ¿sabría decirme dónde podría comprarlo? Algo sencillo. Como ese Kadett.

—¿Ese Kadett que está ahí aparcado? Es mío. No lo uso. Tiene ya unos diez años. No estoy seguro ni de que arranque.

Pero arrancó. Y a la primera. Los mil euros en efectivo que se llevó el dueño de aquel bar por un coche viejo le inquietaron en el sentido de que pudieran levantar sospechas. Sin embargo, la forma en la que aquel individuo se metió el dinero en sus partes íntimas le devolvió la calma.

Al día siguiente se marchó de aquel lugar.

Tenía claro su destino.

El hombre sería el primero en morir.

Viernes, 24 de diciembre de 2004. 13.00 horas

La mesa de la esquina de siempre del bar Timón la ocupaban los tres policías que, cabizbajos, llevaban más de dos semanas perdidos.

—Esquivad a la fiscal. He hablado con ella y le he contado que seguimos investigando, pero nada en concreto. Vosotros evitad el contacto, no sea que nos contradigamos.

Rodrigo no tenía ganas de hablar. Asintió y siguió dando buena cuenta de su cerveza. Gálvez lo que no tenía era sed.

—Vaya ridículo de los cojones lo de Vigo. Menos mal que no nos dejaron ir. Para lo único que nos ha servido es para descartar a Gutiérrez de la lista de sospechosos. Por cierto, ¿dónde está? Espero que no haya recibido otro fax.

—Desaparecido —continuó Jaime—. Creí que tú lo sabrías.

—¿Yo? ¿Después de la bronca que me comí a solas en su despacho? Estoy convencido de que está informando mi expediente disciplinario.

Jaime suspiró.

—Es posible que entre en razón y nos deje tirar del hilo de manera oficial.

—Nuestras ganas.

—Ahora que ha comprobado que el buque en el que se supone que iba a llegar la droga no traía ni un gramo de coca, sabe que tenemos a alguien dentro que está cantando. Recapacitará.

—No conoces al jefe. Parece mentira después de tantos años. Sigue empeñado en buscar ese alijo de los cojones. A mí me está volviendo loco. El otro día pensaba que iba a entrar en parada cardiorrespiratoria en su despacho, venga a subirse los pantalones hasta las axilas.

—Démosle un tiempo. Después del control, hablaremos con él —dijo Jaime—. Quedamos aquí a las cuatro. —Ambos asintieron.

Dos mesas más allá Ricardo Gabarra —que había decidido arriesgarse dirigiéndose a un bar de policías, cubierto con una sudadera con capucha, y frente a un café solo y un cuaderno— anotó

todo lo necesario para no faltar a esa cita.

## Capítulo 20

Viernes, 24 de diciembre de 2004. 17.00 horas

El olor a humedad presagiaba que la tormenta no tardaría en llegar. Rodrigo esperaba apoyado en la puerta del conductor de su C3 mientras aplastaba su quinto cigarro contra el suelo. La vigilancia no daba frutos. Más de cincuenta vehículos habrían pasado por el dispositivo, pero no habían identificado a nadie interesante.

Rodrigo giró la palma de su mano hacia arriba y miró al cielo. Después volvió a fijar su atención en el control. Jaime acababa de parar un Peugeot blanco cuando la lluvia comenzó a caer de forma tenue. Vio cómo comprobaba los papeles que el conductor le había facilitado, decía algo a través de la emisora, y en escasos segundos se los devolvía. De repente, la lluvia se hizo más intensa. Tras unos minutos, Jaime se sacudió el pelo, que ya tenía empapado, hacia un lado. Después hizo una señal con la mano, dando a entender que concluían, que Rodrigo agradeció. Se adelantó para hacerle la misma señal a Gálvez, que colocaba unos conos que se habían movido por causa del viento que empezaba a soplar cada vez más fuerte. Lo vio quejarse señalando el cielo. Rodrigo se encogió de hombros y señaló a su vez a Jaime que, pese a lo que acababa de indicarle, estaba esperando a que un Opel Kadett se acercara hasta su posición.

Un 24 de diciembre buscando narcotraficantes en la entrada de la Cañada Real. No podía creérselo. Un barrizal empezó a formarse bajo sus pies y sintió cómo las gotas le caían por las sienes. Se distrajo unos instantes para secárselas con el brazo y volvió a observar el Kadett. El vehículo aminoró hasta que, por fin, se paró justo donde le había indicado Jaime. El conductor le facilitó a través de la ventanilla algo que Rodrigo no pudo ver, pero imaginó que sería la documentación correspondiente.

Un sonido lo dejó paralizado y un fognazo sin aliento. Vio cómo Jaime caía despacio hacia atrás, como si todo se sucediera a cámara lenta tras el disparo. Notó que los ojos se le abrían desmesuradamente mientras intentaba tragar la escasa saliva que su boca había conseguido conservar porque se le había quedado seca, áspera. Corrió hacia él a la vez que sacaba su arma, pero todos sus movimientos parecían ralentizados, y se dio cuenta de que apenas había dado unos pasos. El Opel Kadett pasó por su lado a gran velocidad levantando el agua que, acumulada en el barro, formaba un enorme charco que la tierra no había podido absorber y que, al salpicarlo, le impidió ver quién conducía. Ni siquiera fue capaz de distinguir su sexo. Pero Gálvez sí. Se había subido al Citroën y con el lanzadestellos activado, que había fijado en el techo de un golpe seco, iba tras él. Se paró un instante y bajó la ventanilla.

—Rodrigo, vete con Jaime. Yo voy tras ese hijo de puta. ¡Muévete, coño!

Por fin, reaccionó. Corrió hacia su compañero, que yacía tendido bocarriba con la mano derecha en el hombro izquierdo. La sangre se deslizaba por el barro hacia un charco, acompañada por el agua torrencial que desembocaba en el mismo sitio.

—Jaime, ¿estás bien? Dime algo, joder.

No obtuvo respuesta. Pese a que el inspector estaba consciente parecía en estado de *shock*, sin ser capaz de articular palabra.

—Gálvez ha ido tras él. Lo cogemos. Voy a llamar a una ambulancia y a pedir refuerzos. Déjame ver.

Rodrigo le quitó la mano de la herida.

—Es el hombro —añadió—. Parece que solo te ha dado en el hombro. Menos mal. No te muevas y presiona aquí. —Le volvió a coger la mano y se la puso donde tenía el disparo—. Hay que parar la hemorragia. Estás perdiendo mucha sangre.

Cogió el *pocket* y pulsó el botón.

—H 50 para Chacal 14. Agente herido por arma de fuego. Urgente. Manden una ambulancia a la entrada de Valdemingómez. El herido se encuentra consciente. Tiene un disparo en el hombro y pierde mucha sangre. —Hubo una pausa—. A todos los indicativos. Aquí Chacal 14. Un individuo se ha dado a la fuga de un control en Valdemingómez. Circula por la M-40 dirección A-6 en un Opel Kadett granate matrícula M-2362-SB. Ha salido en su persecución Chacal 13. Extremen precauciones. Va armado y ha disparado a mi compañero.

—Limpiar nuestra casa —farfulló Jaime.

—¿Qué dices? —preguntó Rodrigo acercando la oreja a la boca de su compañero—. ¿Lo has reconocido? ¿Quién es?

—No. Me ha dicho que antes de buscar fuera, limpiemos nuestra casa —repitió Jaime, esforzándose para hacerse entender.

—De acuerdo, no hables. Intenta descansar. La ambulancia llegará enseguida.

El Citroën de Gálvez marcaba los cien kilómetros por hora. No había perdido de vista al Opel. Se fijó en que seguía los letreros que lo conducían hacia la carretera de La Coruña. Una vez allí iba a ser más difícil alcanzarlo, por lo que no tenía mucho tiempo. Aceleró más, sorteó vehículos y semáforos, e intentó ponerse en paralelo con el Kadett, que cada vez iba más rápido. Cuando se aproximaban a los arcos de Moncloa, lo perdió de vista. Creyó que sería cuestión de un giro o un despiste pero el caso es que, de repente, había desaparecido. Gálvez continuó circulando, con la certeza de que volvería a aparecer. Y lo hizo. Aceleró de nuevo hacia la desviación de la carretera A-6 y se incorporó. Había tráfico, pero no tan intenso como para impedirle avanzar, aunque fuera zigzagueando. Lo peor era la lluvia. El limpiaparabrisas trabajaba a máxima velocidad y, aun así, lo que veía era una cortina de agua bajando por el cristal.

A la altura del kilómetro dieciséis, quizá por la velocidad o por el agua, el Kadett hizo un trompo y se salió de la vía. Gálvez redujo y se aproximó hasta que pudo detener su vehículo en el arcén, aunque tardó más de lo previsto porque el tráfico se había intensificado bastante.

Se apeó con la pistola en la mano y apuntó al vehículo. Se agachó y se asomó al asiento del conductor. No había nadie dentro. Se giró. No era posible, ¿dónde estaba? Se dirigió unos metros hacia atrás. Nada. Escuchó sirenas. Decidió subirse de nuevo al coche y tomar la primera

desviación hacia la vía de servicio. Estuvo dando vueltas alrededor de diez minutos. No podía haber ido demasiado lejos.

Y entonces lo vio, tumbado bocabajo, pegado al quitamiedos de la carretera, con un guardia civil apuntándole con su arma en la nuca.

«Maldita sea, he perdido mi oportunidad de matarte, cabrón», pensó.

—Lo tienen ahí dentro. No deberías pasar. Rodrigo y Gálvez están con él. Has hecho bien en llamarme. Deja que yo me encargue. —Jon esbozaba su mejor sonrisa, pero sabía que no tenía mucho que hacer—. ¿De acuerdo? Luego te lo cuento todo, de verdad —añadió.

—Ni lo sueñes. Voy entrar.

—Laura... —comenzó, pero no pudo añadir nada más.

—¿Quién es ese desgraciado? ¿Ha dicho algo? —Se puso de puntillas para intentar ver detrás de Jon, donde se suponía que estaba aquel hombre.

—Acabo de llegar, en concreto cinco minutos antes que tú. He conseguido que lo traigan aquí. Querían llevarlo a los calabozos de la comandancia de Las Rozas. Tus amigos también han llegado y están dentro. Confía en nosotros y quédate al margen.

La miraba con comprensión pero su petición era firme. Sabía qué interrogatorio se estaba produciendo detrás de esas paredes y no era del tipo al que Laura estaba acostumbrada en los juzgados, donde lo peor que te podía pasar era que un juez te interrumpiese para declarar una pregunta improcedente. El problema era que ella no lo escuchaba.

—Déjate de monsergas. Voy a entrar. Lo sabemos los dos. Abre la puerta —dijo segura—. Por favor, Jon. —Lo agarró de los brazos—. Abre la puerta.

En la sala de interrogatorios, Rodrigo intentaba no partirle la cara a Gabarra.

—No tengo todo el día. Habla. ¿Quién eres? Te hemos cogido. Estás acabado, pero si hablas... bueno, lo de siempre. Venga, sabes que lo descubriremos. Sería suficiente con comprobar tus huellas.

Con la espalda y el pie derecho apoyados en una de las paredes de la estancia, Gálvez le dedicaba una mirada de repulsa, y esperaba con paciencia su turno para interrogar, o lo que fuera que la situación requiriera.

Gabarra tardó unos segundos en contestar. No porque no supiese la respuesta. Por supuesto que la sabía. Solo que no estaba seguro de lo que debía hacer. Al fin y al cabo, ¿quiénes eran ese grupo tan variopinto de policías? ¿Por qué insistían en preguntarle sobre su identidad? Lo estaban buscando. Su fotografía estaba en todas las comisarías y cuarteles del país. Y pese al bigote, la barba y el tinte, su cara no dejaba de ser la misma de siempre. ¿Acaso no lo habían reconocido aún? No le parecía creíble y no le daba buena espina.

¿Y si no eran policías? O, peor, ¿y si eran policías corruptos? A estas alturas de la película ya dudaba de todo; y de todos. Lo detiene la Guardia Civil y, en vez de llevarlo a un cuartel, lo dirigen a un cuartucho de vete tú a saber dónde, en medio de la nada.

La puerta abriéndose lo sacó de sus pensamientos y, a la vez, de sus dudas.

—Me toma usted por tonto —repuso. Y, a continuación, murmuró algo ininteligible.

—¿Quién coño eres, cabrón? —gritó Rodrigo. El golpe que le asestó en la cara con el revés de la mano lo tiró de la silla—. Y lo más importante, ¿quién te envía? Habla de una vez.

Jon miró a Laura para asegurarse de que se daba cuenta de que no la había engañado cuando instantes antes le había dicho que Rodrigo se estaba ocupando de él. Ella contemplaba la escena con los ojos muy abiertos y se tapaba la boca con una mano, como intentando ocultar una mueca que Jon no conseguía descifrar.

—Ya sabes quién soy —empezó a decir Gabarra—. Ahí tiene mi DNI. Leopoldo Torres Núñez.

—Por supuesto. Eres un asesino —interrumpió Rodrigo.

Habló con las manos apoyadas sobre la mesa. La mirada fija en el hombre que tenía delante, altiva, desafiante. Pero el otro, que en un principio se la sostuvo, decidió dirigirla hacia Laura.

—Usted me conoce. Dígales quién soy.

La perplejidad hizo que los tres policías también la mirasen al mismo tiempo. Ocho ojos se posaron en ella, expectantes, recelosos y, en el caso de Rodrigo, con una evidente sombra de decepción. Laura seguía inmóvil con la mano en la boca. Dudó. No por miedo a decir lo que sabía, sino por si se equivocaba. No parecía el mismo hombre con el que había coincidido aquel día en el juzgado.

—Es un presidiario... creo —balbuceó mientras él la miraba. Sus ojos azules sin dar tregua a los suyos pardos, retándose, con un pequeño atisbo de intimidación—. O, al menos, lo era. La última vez que lo vi regresaba a Soto del Real por haber cometido un homicidio. Y no era el primero. Y por lo que veo, tampoco el último.

—¿Ahora cree que soy culpable? —consiguió decir Gabarra justo antes de que Rodrigo le diese otro golpe idéntico al anterior, esta vez en el otro lado de la cara—. Joder, deja de pegarme, cabrón —añadió desde el suelo.

Gálvez se separó de la pared con intención de continuar el trabajo de Rodrigo, pero Jon lo paró con la mano.

—Laura, ¿de qué va todo esto? No entiendo nada —preguntó Rodrigo, aún a la defensiva—. ¿Qué homicidios? ¿Homicidios relacionados con nuestro caso?

—No —aseguró ella—. Le tomé declaración por un homicidio que cometió en la cárcel, en concreto en Soto del Real. Y, según pude comprobar en sus antecedentes, tiene un largo historial delictivo por delitos de sangre.

En ese momento se abrió la puerta y un hombre vestido con el uniforme de la Guardia Civil se dirigió hacia Jon, a quien facilitó una carpeta. Acto seguido, se marchó. Por la expresión del comisario, lo que tenía entre las manos era lo que llevaba esperando desde que había entrado en esa habitación. Un gesto de extrañeza pobló el rostro de todos los demás.

—Bien. Aquí pone señor... Gabarra. Ricardo Gabarra, ¿verdad? —preguntó acercándose a la silla que había al otro lado de la mesa para quedarse frente a Ricardo. Consultaba los papeles que tenía delante—. El DNI que usted llevaba es falso. Ha sido detenido por la Guardia Civil en la carretera de La Coruña. Estaba escondido tras el quitamiedos y acababa de dispararle a un hombre. A un compañero. Creo que podríamos empezar por aquí. ¿Es cierto lo que digo?

Ricardo había conseguido sentarse de nuevo en la silla con una pequeña ayuda por parte de Rodrigo, que tuvo que volver a colocarla en su lugar después del último golpe.

—¿Y eso quién lo dice?

—¿Qué parte, la de la detención? Esa la dice la Guardia Civil. ¿La del disparo a mi compañero? Esa, el cirujano que ahora mismo lo está interviniendo para salvar su vida.

—Yo no quería matarlo. Es más, acabo de salvarle la vida.

La carcajada de Rodrigo se escuchó con más fuerza que el nuevo golpe que le asestó en la cabeza.

—Rodrigo. —Jon lo miró con seriedad—. Tranquilízate. Entiendo lo que sientes, pero necesito que te controles, ¿es posible?

Rodrigo asintió con un esfuerzo excesivo para tratarse de una sencilla inclinación de cabeza y se alejó, quedándose pegado a la pared de enfrente.

—Circulaba usted en un vehículo Opel Kadett matrícula M-2362-SB. ¿Cómo lo consiguió?

—Lo compré. A un particular cuyo nombre no recuerdo.

—Bueno, tampoco me importa demasiado dónde lo ha conseguido. Lo que me gustaría saber es cómo y para qué. Quiero que comencemos desde el principio. ¿Estaba preso en Soto del Real? ¿Es eso cierto? Porque usted no tiene pinta de preso... —Jon arqueó las cejas dando pie a una respuesta.

Gabarra sonrió. Era evidente que le estaban tomando el pelo. Lo sabían todo y se hacían los tontos.

—Usted tiene los papeles ahí. —Los señaló con la mirada—. Busque las respuestas.

Jon le alcanzó la carpeta.

—Lea.

Ricardo no se lo esperaba. Su gesto se volvió serio y, pese a los grilletes, comenzó a pasar hojas. Era su historial. Lo que dijeron que pondría. Su nueva identidad. Los asesinatos que supuestamente había cometido. Todo. Ahí. En cuatro páginas. Y, de pronto, sin poder evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas. Jon lo miraba imperturbable.

—Y bien, señor Gabarra... —lo invitó de nuevo a hablar.

—Ese no es mi nombre real. Tampoco el de Leopoldo, como usted ya sabe. Me llamo Antonio Caballero de la Rúa y soy o, bueno, un día fui agente de la Guardia Civil. Pertenece al Grupo de Acción Rápida.

El silencio se apoderó de aquel lugar y hubo unos segundos en los que nadie reaccionó. Ni siquiera Jon.

—¿Ahora nos vas a contar un cuento para no dormir? —preguntó Gálvez—. He estado aquí, quieto, escuchando paciente, y todos los que nos acompañan en esta habitación saben que no es mi estilo, pero me he esforzado mucho para darte una oportunidad. Y ahora, cuando más tranquilo estaba, cuando ya veía que era lo que yo pensaba desde el primer momento, que no eres más que otro hijo de la gran puta asesino de policías, ahora nos sales con que eres un policía de élite, un guardia de esos del GAR.

»Vamos, no me hagas reír. Lo cierto es que yo te miro, ¿y sabes lo que pienso, además de que tienes cara de gilipollas? Que nos estás tomando el pelo mientras mi compañero se debate entre la vida y la muerte. No te mereces nada. —Se le acercó, lo cogió del pecho y lo empotró contra la pared, al mismo tiempo que le apuntaba con su arma reglamentaria en la barbilla—. Te voy a matar.

Sonó un disparo. Jon estaba lejos de ellos y lo único que pudo hacer fue colocarse sobre Laura, situada a su lado, para protegerla. Pero Rodrigo se abalanzó sobre Gálvez, lo agarró de la muñeca e intentó quitarle el arma. Jon pudo ver cómo ambos caían al suelo encima de Gabarra, que yacía desplomado, sin moverse, y eso lo hizo reaccionar.

—Laura, sal de aquí.

Laura obedeció sin rechistar esta vez. Y cuando Jon vio que estaba a salvo, se dirigió hacia Gálvez. Consiguió separarlo de Gabarra antes de lo esperado, ya que no quería pelear, y había dejado que Rodrigo cogiese su arma.

—No lo he matado, joder. Solo quería que nos tomara en serio, eh, cabrón —dijo golpeando a Ricardo con la pierna mientras seguía tirado en el suelo, bocabajo—. Levántate, coño —añadió.

El esfuerzo y el susto hicieron que Rodrigo tardase en ponerse en pie.

—Pero, joder, Gálvez, ¿te has vuelto loco? —logró decir jadeando—. Esa bala podría haber alcanzado a cualquiera. Cálmate.

Jon consiguió levantar a Gabarra, que lo miraba con los ojos desorbitados. Intentó encararse con Gálvez al verlo desarmado, pero Jon se lo impidió.

—Siéntate. Ahora. —Ricardo obedeció—. A ver, vosotros —se dirigió a Gálvez y a Rodrigo—, quiero que me dejéis a solas con él. Salís, os tranquilizáis, y luego yo os cuento lo que consiga averiguar.

Los otros negaban con la cabeza.

—Laura está muy asustada. —Miró a Rodrigo—. Necesito que salgáis, os quedéis con ella y que os intereséis por cómo está Jaime. ¿De acuerdo?

—Pero ¿quién coño te has creído que eres? —dijo Gálvez—. Vienes aquí de la nada, asegurando que eres comisario, que trabajas con la Fiscalía y no nos das más que órdenes. Y ahora, encima, nos pides que te dejemos a solas con ese cabrón, del que lo único que sabemos es lo que pone en cuatro folios que te han entregado a ti directamente no sabemos quién. ¿Te das cuenta de lo que nos pides?

—Gálvez, salgamos un rato —intervino Rodrigo—, es lo mejor. Tienes razón en lo que dices, pero creo que necesitamos tranquilizarnos. Los dos.

—Sal tú. Yo me quedo.

—Piensa, Raúl, este tío hablará antes con él —insistió Rodrigo señalando a Jon— que con cualquiera de nosotros dos, por razones obvias. Yo no he hecho más que pegarle y tú le has disparado.

Gálvez suspiró. Tuvo que asumir que no le quedaba otra opción. Y, sin más, se dirigió a la puerta acompañado de Rodrigo.

Antes de salir, mirando a Gabarra y señalándolo con el dedo índice, añadió:

—Como tu identidad de picoletto no me salte en el sistema cuando compruebe tus huellas, date por jodido.

Jon esperó a que se cerrara la puerta. Después se sentó frente a Ricardo. No tuvo más que mirarlo para que empezara a hablar.

—Mi nombre real es Antonio Caballero de la Rúa, pero desde el día 20 de agosto de 1997 me hago llamar Ricardo Gabarra y estoy preso en Soto del Real por todo eso que usted ha leído ahí,



que es mentira. Es un personaje inventado exclusivamente para mí. Yo era Guardia Civil en el GAR y a raíz de un problema me hicieron desaparecer para siempre. O, más bien, me encerraron para siempre, que es más o menos lo mismo. Ahora me he fugado.

Sabiendo que solo había contado lo fácil, Ricardo se detuvo. Los detalles que seguían a esa historia eran los más difíciles de asimilar. Escrutó el rostro de su interlocutor. Un comisario, según había dicho el tal Gálvez. Que trabaja para la Fiscalía. Que ha aparecido de repente. Al que le entregan unos papeles sin que los demás supieran nada. Unos papeles sobre él. Que ha dejado que lo golpeen y que lleva más de media hora intentando sonsacarle su identidad en vez de comprobarla directamente con sus huellas. No le cuadraba. Tenía miedo de que fuese otro de ellos pero, a la vez, se daba cuenta de que no podía hacer nada más que hablar. No esta vez.

—He tenido problemas en prisión con un georgiano y... bueno, tuve que matarlo. A raíz de ese episodio, me he visto obligado a fugarme. Todo su grupo iba a por mí. Me hubiesen asesinado en menos de una semana. Y lo hice. Conseguí huir y salí hacia el monte. Allí fue donde me obligaron a matar a su compañero.

Jon suspiró y se separó un poco de la mesa. No entendía nada. Se levantó de aquella silla y se dio un pequeño paseo alrededor de la pequeña habitación. De vez en cuando se paraba y lo miraba, como intentando advertir el más mínimo gesto que demostrase que mentía, pero no lo encontraba.

—Bien —dijo al fin y volvió a tomar asiento—. Voy a preguntarle yo, si no le importa, porque quizá usted está dando por hecho muchas cosas, y eso provoca que no me esté enterando de nada. ¿Qué hizo usted para que lo encerraran y tiraran la llave?

—Maté a dos personas en una operación antiterrorista. Me confundí. Me puse nervioso y disparé.

El gesto de extrañeza de Jon lo animó a continuar.

—Sitúese en el año 1997 y en el País Vasco. Buscábamos a Ortega Lara, ¿lo recuerda? —Jon asintió—. Llevaba casi un año secuestrado y nuestra misión era encontrarlo. Una semana antes de conseguirlo, en una de las operaciones que realizamos buscándolo, yo disparé a unos jóvenes. Y los maté. Escuché un grito, un ruido... y apreté el gatillo.

»Los de arriba me cubrieron. Algo como aquello no podía salir de allí. Fue un error, un tremendo error. En realidad, fue un accidente. Yo disparé sin querer... Nadie se enteró. Los dieron por desaparecidos o algo similar. Al día siguiente yo ya estaba preso y me llamaba Ricardo Gabarra.

Jon intentaba asimilar aquello. Recordaba esa época, claro que la recordaba. Él mismo estuvo al tanto de esa operación. Pero no había oído nada de lo que le contaba ese hombre.

—Así que una operación fallida del GAR; dos vidas y media menos, por así decirlo. —A Ricardo le hizo gracia eso de su media vida menos y sonrió—. ¿No tenía usted familia, nadie preguntó?

Esa pregunta le borró la sonrisa de golpe. Sara... no estaba seguro de si debía hablarle de ella a aquel hombre. Pero los segundos de duda respondieron a Jon.

—Ya veo que sí —dijo sin esperar más respuesta por su parte—. Pero usted era un guardia de élite, ¿cómo es posible que matase a dos personas así como me dice y sin querer? Hay algo que no

encaja.

—Ya se lo he contado. Era una cueva, ¿sabe? No se veía bien. Me pareció oír que alguien llevaba un arma, luego se escuchó un fuerte ruido, como un disparo, y yo respondí de forma automática. Después entré en pánico. Tuvieron que darme algo para tranquilizarme.

»No recuerdo demasiado lo que ocurrió más tarde, hasta que me llevaron en un furgón al cuartel y, de ahí, a Madrid. No pude ni despedirme. La versión oficial es que caí en esa operación, que soy una víctima del terrorismo. Antonio Caballero de la Rúa murió oficialmente ese día, el mismo día en el que nació Ricardo Gabarra.

—¿Y qué ganaba usted con eso? ¿No hubiera sido más fácil asumir su error y cumplir la condena? Dos homicidios por imprudencia... No creo que le hubiesen caído más de cuatro años.

Gabarra sonrió con incredulidad.

—¿Y perder mi honor? Entonces yo formaba parte de un grupo de élite de la Guardia Civil que luchaba contra ETA. Era la década de los noventa. José María Aldaya, Ortega Lara, Miguel Ángel Blanco... La sociedad estaba orgullosa de nosotros. ¿Sabe lo que significaba eso para un chaval de treinta años que siempre había soñado con ser guardia?

—¿Y qué más?

Gabarra esperó. Ese tipo era más listo de lo que había creído en un principio.

—De acuerdo. Por un lado, mi mujer. Se quedaría sin pensión. El mero hecho de que ella pensara que yo era un fraude me convenció. Así al menos cree que soy un héroe de la lucha antiterrorista que murió protegiendo a su país. Y, bueno, luego estaban ellos.

Jon enarcó las cejas.

—¿Ellos?

—Ellos. Mis jefes. Me comieron la cabeza con todo esto. Pero yo no era gilipollas. Joven, sí, pero no tonto. Y dudé, claro que dudé. ¡Se trataba de sacrificar mi vida! Ellos me dieron a entender que era mi única opción si quería salir vivo de todo aquello. Por si largaba, ya sabe.

Por desgracia, Jon sabía perfectamente a lo que se refería ese hombre.

—De acuerdo. Dejemos eso. Pasemos a lo siguiente. ¿Cómo se pudo fugar usted de prisión? No se ofenda, pero eso se me antoja ciencia ficción.

Ricardo cerró los ojos con fuerza. Ese hombre tenía razón. Fugarse de un centro penitenciario. Él jamás lo hubiera hecho, de no ser por... una punzada de dolor lo atravesó.

—Me ayudaron desde dentro. Me lo pusieron en bandeja. No me abrieron la puerta y salí, pero casi. Y me fui. Entiéndalo. En ese momento me pareció extraño, pero ¿qué tenía que perder?

—¿Cree que lo han sacado ellos? ¿Para qué?

El aire de ese lugar empezaba a hacerse demasiado denso y Ricardo estaba exhausto. Alzó los ojos. Los focos lo deslumbraron y le vino a la cabeza aquella noche, aquella cabaña, aquel hombre... Necesitaba descansar y ese comisario no parecía ser tan cabronazo como los otros dos. Decidió intentarlo.

—¿Podría refrescarme un poco y beber algo? Estoy...

—Lo siento, aún no —lo interrumpió Jon—. Necesito aclararlo todo cuanto antes. En realidad es por su bien, señor Gabarra.

—De acuerdo. No sé si ellos. Pero alguien me ha sacado de allí, eso es evidente —confirmó Ricardo e intentó restregarse los ojos con las manos engrilladas—. Verá. Una vez fuera no tenía nada. Monte, frío, hambre... casi muero. Me pidieron que huyera hacia el norte, que había refugios, en concreto uno que encontré tras mucho esfuerzo y que parecía una cabaña.

Jon abrió las manos y asintió en señal de que continuara.

—Entré con cuidado. No voy a mentir, tenía mucho frío y necesitaba descansar. Y... bueno, relajé la seguridad. Ni siquiera saqué mi arma. —Jon hizo un gesto de extrañeza—. El funcionario que me ayudó a fugarme me dio un arma, creo que no lo mencioné antes. Pero lo importante: había un hombre dentro esperándome. Él fue quien me ordenó que debía matar al inspector. Y a la fiscal, Laura Lizaurz.

Jon no pudo evitar dar un salto en la silla. ¡A Laura! No podía ser posible. El susto le cerró la garganta y, por primera vez en todo el interrogatorio aquel, el terror lo invadió y se apoderó de él.

—Era un tipo que se ocultaba tras una potente luz —continuó Ricardo al notar que Jon no reaccionaba. Su actitud cada vez le convencía más de que no sabía nada de todo aquello—. Voz distorsionada. No pude verlo. Me dijo que o los mataba o me mataba en ese instante. Me disparó una vez. —Señaló su oreja izquierda—. Hizo que me fuera con la promesa de cumplir mi palabra, so pena de asesinarme más tarde. Me amenazó, me dijo que todas las comisarías me estaban buscando.

»Yo al principio me opuse, pero no iba a conseguir salir de allí con vida negándome a matarlos, así que le dije que lo haría a cambio de inmunidad, para comenzar una nueva vida con otra identidad. Me confirmó que así sería, pero solo si los mataba. Y me fui solo de nuevo por el monte, aunque esta vez con un destino y con algo con lo que poder sobrevivir. Me dejó material de supervivencia y un DNI falso. Y con eso conseguí llegar a Madrid y todo lo demás.

—Le mintieron. Nadie lo busca. Su rostro no está en ninguna comisaría. Hubiera sido una locura porque alguien podría haberlo reconocido. —Ricardo bajó la cabeza apenado y abrumado—. Pero no me da ninguna pena. Iba a matarlos —dijo Jon.

Ricardo se tomó su tiempo, porque hubo momentos en los que tuvo la tentación de hacerlo. Dos muertes y, por fin, su vida. Pero sabía que no sería capaz. Y tampoco confiaba en la palabra de ese hombre.

—El inspector sobrevivirá. Le disparé en el hombro y lo avisé. Le dije que querían verlo muerto, que limpiase su casa.

—¿Su casa?

—Estoy seguro de que el hombre de la cabaña era policía.

Domingo, 26 de diciembre de 2004

Madrid amaneció blanca. Los peores pronósticos se habían hecho realidad y las máquinas quitanieves no trabajaban lo bastante rápido, al menos a juzgar por la nieve que seguía acumulada sobre el asfalto. Era demasiado pronto y hacía demasiado frío, pero a Jon siempre le había gustado madrugar. Y no le asustaban las inclemencias del tiempo. En realidad, había pocas cosas que a su edad, y tras vivir lo que había vivido, asustaran a Jon.

Se agachó con todo el disimulo que pudo y comprobó que no había nada sospechoso bajo su Volvo. Lo rodeó. Examinó con cautela puertas y ventanas. La nieve no ayudaba demasiado. Intentó quitarla con cuidado prestando especial atención a las palancas de las puertas. Aún recordaba a un compañero que, en un acto inconsciente y absurdo, cogió un pequeño *tetrabrik* de zumo que alguien había colocado en la palanca del conductor. La explosión le voló tres dedos de una mano. Y tuvo suerte. Si la bomba hubiese sido un poco más potente lo habría matado. Observó con atención el maletero. Después lo abrió, miró en su interior, y lo volvió a cerrar. Se giró sobre sus pasos. Nadie. Aun así, se separó unos metros más del coche y asomó con cuidado la cabeza por la calle que cruzaba la de Palafox, donde tenía aparcado el vehículo. Nada. Nadie. La glorieta de Bilbao, la calle Luchana y sus alrededores estaban blancos y desiertos.

Sabía dónde encontrarlo. El problema era que él no tenía ni la menor idea de que fuese a recibir esa visita y seguro que no le iba a gustar. Y menos en su casa. Pero se lo debía. Y lo iba a recibir. Eso Jon lo tenía muy claro. Condujo Fuencarral abajo y, al dejar a la derecha el mercado de San Ildefonso, encontró la pequeña calle de Colón. El edificio tenía el mismo aspecto de siempre. Rodeado de una bodega y una tienda de ropa, tres persianas estaban echadas hasta abajo y una multitud de coloridos grafitis las cubrían. Pero al alzar la vista se podían ver unas terrazas acristaladas con rejas de hierro negro que formaban dibujos decorativos, lo que mejoraba la calidad del inmueble, que por lo demás lucía descuidado y en parte abandonado; perfectamente camuflado para él.

El portal estaba abierto. Entró sin dificultad y el domingo el conserje libraba, por lo que continuó sin problemas. Subió al segundo piso y se paró frente a la puerta A. Se tomó un pequeño instante para respirar hondo y, a continuación, tocó el timbre. Escuchó unos pasos que se acercaban. No le parecieron los de él. Al abrirse la puerta, el olor a azucena de su perfume y su melena rubia se lo confirmaron. Era la esposa de José.

Ella tardó en reaccionar. La boca abierta y la mano sujetando la puerta obligaron a Jon a dar el primer paso. O, al menos, a decir la primera palabra. Un «hola» seco rompió aquel instante y una sonrisa se dibujó en los labios de la mujer.

—No es posible. Pero ¿cuánto tiempo hace? ¿Cinco años? ¿Seis?

—En realidad, siete años —la corrigió Jon—, pero parece que fue ayer. Estás igual que siempre. Igual de guapa, quiero decir.

—Tú siempre tan adulador. —Rio la mujer—. Anda, pasa, José está en su despacho. Le diré que has venido. Se va a llevar una gran sorpresa. —Lo besó en la mejilla y se alejó casa adentro.

Era curioso. Lo que parecía un edificio cutre y medio abandonado se convertía en una mansión de lujo tras cruzar una sola puerta. Las alfombras, muebles antiguos y cuadros se distribuían por toda la estancia, dispuestos con gusto y elegancia en casi trescientos metros cuadrados de casa. «A José lo había tratado bien la vida, lo cual no dejaba de ser extraño para un funcionario», pensó Jon.

Ella regresó sola. Su rostro había tornado a la contrariedad. Jon se lo esperaba.

—Verás. José está muy ocupado, creo que deberías haber avisado de que ibas a venir.

—Beatriz —la interrumpió—, como supondrás, no estaría aquí si no fuera importante. Es imprescindible que lo vea hoy. El futuro de una persona está en juego. Por favor... —dijo

cogiéndole la mano.

—De acuerdo. Dame un minuto.

Y volvió a desaparecer, pero esta vez regresó acompañada.

—Joder, Jon, ¿se puede saber qué demonios haces aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Podemos hablar en privado? —preguntó señalando a la mujer con los ojos.

—Todo lo que necesites decirme puedes hacerlo delante de Beatriz. Siempre ha sido así.

—Me temo que esta vez es diferente.

El rostro de José dibujó una mueca de preocupación.

—De acuerdo, sígueme. Vayamos a mi despacho.

Jon dirigió una pequeña reverencia a la mujer agachando la cabeza en señal de disculpa y se giró hacia donde caminaba José.

—¿Tienes una chimenea en el despacho? —preguntó Jon sorprendido.

José miró al suelo en señal de modestia. Se dirigió a un globo terráqueo de madera que descansaba sobre cuatro pequeñas patas que dibujaban un rizo curioso. Lo abrió y en su interior había dispuestas en círculo tres botellas con los correspondientes vasos. Cogió dos y se giró.

—¿Whisky?

—Solo.

Mientras José servía la bebida, Jon decidió tomar asiento. Era una de esas sillas elegantes y señoriales, revestida de tela de terciopelo con bordes dorados. Bonita para decorar, incómoda para sentarse. José le acercó la copa de *whisky* y tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Tú dirás. —Dio un sorbo y esbozó una mueca al sentir el alcohol bajar por su garganta.

—¿Y esta opulencia? Ya solo la mesa te ha debido de costar una fortuna. —Observó los ribetes de madera que la adornaban trazando surcos y florituras—. ¿De dónde sale? Del sueldo de un guardia civil no creo.

—No tengo mucho tiempo. Dejémonos de preguntas absurdas, ¿te parece?

—Ricardo Gabarra. O quizá deba llamarlo Antonio Caballero de la Rúa.

José se paralizó un instante hasta que el segundo trago de *whisky*, más largo y más amargo que el primero, devoró su garganta.

—Me temo que no tengo el placer.

—José, te conozco. A mí no puedes engañarme.

Tras levantarse, se acercó de nuevo al globo y se sirvió otra copa.

—¿Por qué habría de contarte nada? Desapareciste hace muchos años. Te marchaste sin más. ¿Quién me dice que eres el de antes? —preguntó dándole la espalda mientras acababa de guardar la botella en su sitio.

Jon recordó a su viejo amigo. Un hombre que lo había dado todo por la lucha antiterrorista hasta que se dejó llevar por la venganza y por la avaricia. Y dejó de sujetarse a la ley. Así de simple. Y Jon no era de esos. Jon era policía antes que vengador o avaricioso, por muchos amigos muertos y mutilados que hubiese dejado en el camino. Y por mucho terrorista que no hubiese podido meter entre rejas.

—Me lo debes. Descubrí a lo que te dedicabas y no dije nada. Jamás te he pedido ni siquiera una explicación. Y ahora necesito esta. Creo que no es demasiado.

José volvió a tomar asiento. Miró a Jon. Sus ojos lo convencieron de que mentir era inútil.

—Año 1997, buscábamos a Ortega Lara desde el día en el que fue secuestrado por ETA, el 17 de enero de 1996. Fue una época jodida, José María Aldaya continuaba secuestrado desde el año anterior. Los secuestros se alargaban y tuvimos que trabajar día y noche. La operación de la Guardia Civil fue un éxito. Detuvimos a los cuatro secuestradores y Ortega Lara fue hallado vivo.

—Lo sé, estuve al tanto.

—Sí, pero no fue tan sencillo. Los días previos estábamos todos nerviosos. El operativo buscaba sin tregua y al cansancio se unió la presión por encontrarlo con vida. Una semana antes tuvimos una falsa alarma. En una zona boscosa descubrimos lo que parecía un zulo y vimos que era frecuentado por jóvenes de estética *abertzale*. Organicé una vigilancia porque debíamos comprobarlo y todo apuntaba a que podría haber alguien encerrado allí.

»Me llevé a toda la caballería, ya sabes, incluso decidí poner tiradores en las copas de los árboles por si había algún problema. Y lo hubo. Un chaval del Grupo de Acción Rápida se puso nervioso y abrió fuego. Dos disparos; dos muertos. Nos acercamos y comprobamos el zulo. Era una simple cueva. Imagino que se trataba de dos chavales dando un paseo por el monte.

—Y le cargasteis el muerto al chico.

—Sí. No es que se lo cargásemos, es que los mató él. Pero sí, le hicimos pagar el pato. No podíamos permitirnos que eso saliera a la luz. Después de todo lo que ocurrió con el GAL, ahora que habíamos empezado a hacer las cosas bien y conseguido que la sociedad olvidase aquellos excesos, lo último que necesitábamos era que este error se conociera. Entiéndelo. Y era evidente que él no iba a guardar el secreto.

Jon lo miró tranquilo. Sabía que José necesitaba su tiempo y estaba decidido a dárselo. Cruzó la pierna izquierda sobre la rodilla derecha y se sujetó el tobillo, esperando. José se frotaba los labios, sin dejar de mirarlo, como pensando si debía continuar. Resolvió darle un pequeño empujón.

—Pero hay más, ¿verdad?

José se levantó. Comenzó a dar pequeños paseos por la estancia, pisando despacio la alfombra que había traído de su primer viaje a la India, y que conservaba impoluta desde entonces. Jon esperaba paciente. Al cabo del rato, se volvió a sentar. Se incorporó en la silla apoyando los brazos en la mesa.

—Lo encerramos y tiramos la llave. O lo que es lo mismo, le dimos una nueva identidad, le falsificamos un historial delictivo como si de un asesino en serie se tratase, de forma que fuese casi imposible que volviese a ver la luz, y lo metimos de por vida en Soto del Real. El director del centro penitenciario estaba con nosotros y yo confiaba plenamente en él. No tuve otra salida.

—¿Y los cadáveres?

—Enterrados. Fuera del país. Ya sabes que tengo muchos amigos. No me resultó difícil. Lo más complicado fue venderle a la viuda un entierro sin cuerpo. Pero conseguí ingeniármelas.

—Joder, José.

—Al chaval lo convencimos de que era por su bien y pareció comprenderlo. Estaba muy asustado y el sentimiento de culpa hizo el resto. No ha abierto la boca durante todos estos años y

oficialmente está muerto. Pero ahora llegas tú y me hablas de él. Es más, me dices que el futuro de alguien depende de lo que te estoy contando. ¿El futuro de quién? ¿El tuyo? ¿El de él?

—Puede que el tuyo. Me parece que tu amigo, el director de Soto del Real, no ha sido del todo sincero contigo.

—Continúa.

—Ricardo Gabarra se fugó de la cárcel hace unos días.

—Eso es imposible.

—Moreno, con barba y bigote, pero seguro que lo reconoces. —Le acercó la foto que le habían hecho al detenerlo.

Y José lo reconoció, pese a que habían pasado siete años y que la vida en la cárcel le había cambiado la mirada.

—¿Qué ha dicho? ¿Ha recordado lo que ocurrió?

Jon se sorprendió.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que recuerde lo que ocurrió? Él dice lo mismo que tú, que mató a dos personas y que lo encerraron para tapar el asunto. Incluso se siente agradecido, al menos en parte, porque piensa lo mismo que yo, que ha tenido suerte de que no lo asesinaseis. Ah, no, que vosotros solo asesináis terroristas, ¿verdad?

José le sostuvo la mirada, pero no parecía verlo a él, sino haber retrocedido a aquel instante. Fue fugaz, pero el recuerdo le marcó el rostro con una expresión de culpa. Y entonces Jon lo supo. Su amigo no había sido todo lo sincero que debería.

—¿Qué es lo que temes que recuerde?

José reflejó la duda en sus ojos.

—Es todo, Jon, créeme.

—En realidad, con esto tengo más que suficiente. Así que el señor Gabarra no miente y lo han utilizado de una forma bastante miserable. No sé por qué, pero no me sorprende. Quizá en otro momento, hace años, en otra época... pero, después de lo que pasó, no me sorprende de ti.

—No pasó nada. Lo único que ocurrió fue que yo quise seguir arriesgando, mientras tú preferiste quedarte con tu ley y tu justicia *Disney*. Esto es el mundo real y no vamos a seguir poniendo la nuca siempre los mismos.

—El chaval no mató a aquellos chicos, ¿verdad?

José abrió los ojos de forma desmesurada.

—Pero qué...

—Sí, eso creo yo. La caballería, los tiradores en los árboles... ¿Querías que disparasen pasara lo que pasara? ¿Diste la orden de abrir fuego creyendo que eran los que habían secuestrado a Ortega y te equivocaste?

—Fuera de mi casa. Ya es suficiente.

—Por supuesto que lo es. Pero aclárame una cosa, ¿para qué lo habéis encerrado durante siete años si lo ibais a sacar? ¿Por eso no lo matasteis? ¿Por si lo necesitabais para algún otro trabajito? Como lo teníais cogido por los huevos... o eso pensabais.

—¿A sacar? ¿A Caballero? No sabes lo que dices. Tú mismo acabas de explicarme que se ha fugado de la prisión.

—Sí, se ha fugado con un arma que le ha dado un funcionario de prisiones y ha salido por la puerta. Curioso, ¿no? Llama a tu amigo el director y pregúntale por Leopoldo Torres Núñez. Pero lo que más me preocupa es que asegura que lo habéis obligado a matar a un policía. ¿De qué va todo esto, José? Sabes que lo averiguaré, con tu ayuda o sin ella.

—Quiero que te vayas, Jon. Por favor, vete sin decir nada más, y no hables con Beatriz, te lo ruego.

Jon esbozó una sonrisa forzada y se levantó de la silla. Echó un último vistazo al despacho del que fue su amigo y sintió asco de pensar cuántos delitos y traiciones más debió de haber cometido en el pasado para poder pagar esas malditas maderas de lujo.

—Sentí mucho lo de Manolo. Era un hombre extraordinario.

Jon no se lo esperaba. Caminaba de espaldas hacia la puerta y, sin volverse, asintió.

—La nuca. Siempre me decía lo mismo: «No soy capaz de evitar que hasta la más ligera brisa me haga sentir desprotegida la nuca». Por eso siempre llevaba una bufanda. No le sirvió de mucho. Sé que es una estupidez, pero no se me quita esa imagen de la cabeza, la de la bufanda llena de sangre rodeando su cuello.

—No sabes hasta qué punto lo lamento. Tenemos que espabilar, joder. Y más después de los atentados del 11 de marzo. El terrorismo nos come, Jon. Necesitamos pasta, joder. Con dinero y menos cogémosla con papel de fumar acabaremos con ellos.

El comisario no dijo nada. Se quedó unos instantes paralizado con la mirada perdida.

De pronto, José golpeó la mesa con las palmas de las manos, lo que hizo que Jon se girara de forma abrupta.

—¡Joder! Todos esos putos *abertzales* son la misma mierda. Hay que acabar con ellos como sea. ¡Tú lo sabes! Los conociste. A muchos de ellos. A saber lo que estaban tramando esos dos cabrones en la cueva esa. ¡Por supuesto que yo di la orden! Grité que iban armados y disparé al aire. No hizo falta nada más.

El que golpeó entonces la mesa fue Jon.

—Has llegado a ser coronel de la Guardia Civil. Luchamos codo a codo en operaciones conjuntas, los tuyos con los míos. De hecho, hubiera dado mi vida por ti en aquella época. No me puedo creer lo que acabo de oír.

—Oh, vamos, Jon. ¿Que no te lo puedes creer? ¡Claro que te lo puedes creer! ¿Acaso piensas que fueron los primeros? ¿O los últimos? Tuvimos que dejar los remilgos para otros. Otros como tú. Por eso pensaba que te habías ido. Entonces eras demasiado joven. Ya no lo eres. Madura, joder. Acabar con ETA provocará daños colaterales. Todos lo hemos asumido. Quizá ya es hora de que lo hagas tú.

Empezó a decirlo enfadado; sin embargo, poco a poco, según hablaba, parecía que se tranquilizaba. Su conciencia ya le había dado el visto bueno.

—El fin justifica los medios, aunque los medios sean asesinatos a sangre fría. Creo que el juramento que hacéis los guardias no incluye nada de esto. O mucho ha cambiado el cuento.

Jon se giró con brusquedad y salió por la puerta sin querer observar a José por última vez.

Tras escuchar el ruido que hizo al cerrarla, descolgó el teléfono y habló con su interlocutor como si hubiese olvidado las últimas frases que había intercambiado con el comisario.



—Dime que no es verdad, Mayordomo.  
«Joder», gritó. Y colgó.

## Capítulo 21

Lunes, 27 de diciembre de 2004

El asesino no tenía aspecto de saber hacer trenzas, tuvo que acabar admitiéndolo, pero de ahí a que eso implicase que había tenido un cómplice... o una cómplice, como aseguraba Laura, existía un abismo. No obstante, Carvajal decidió comprobarlo. Circulaba por la carretera de Colmenar Viejo tras haber llamado a la brigada para decir que se encontraba mal y se tomaba la tarde libre. Calculó que llegaría a su destino en una media hora. Eran las cuatro de la tarde y temía que se le hiciese de noche, aunque no lo creía porque eso significaría que había descubierto algo, y Carvajal tenía muy pocas esperanzas en todo aquello.

Pese a que le había dicho a Laura que no le parecía una pista fiable y que no merecía la pena investigarla, tenía que reconocer que tanto la imaginación como la dedicación de esa mujer a su trabajo eran impresionantes, por no hablar de su cabezonería. Esto último fue lo que acabó por decidirle. Si con este viaje iba a conseguir que no volviese a darle la tabarra con este caso, con ese gato y con esa trenza, merecía la pena comprobar si la mujer existía. Ahora el problema era otro. ¿Dónde buscarla? La primera parada iba a ser Colmenar Viejo. La segunda no existía. Al menos, por el momento.

El acceso al pueblo estaba cortado por obras, lo que le dio mala espina. Decidió dejar el coche en un *parking* público cuyo anuncio acababa de ver en una señal, y realizar el final del trayecto andando. No se dirigió al domicilio del asesino, sino al de su amigo Manuel. El viejo ex guardia civil lo recibió bajo el marco de la puerta con una sonrisa.

—Coño, Carvajal. Si vienes tú en persona tiene que ser grave.

La sonrisa fingida del inspector lo sacó de dudas.

—Pasa y siéntate. Te pondré un café.

Se tomaron dos. Repasaron la vida del asesino. Carvajal no quiso mencionar qué era lo que le había hecho volver a investigar y Manuel no se lo preguntó.

—Háblame de su familia.

—No tiene. Al menos desde que vino a vivir aquí, hace unos dos años. Yo siempre lo he visto solo.

—¿Alguna mujer?

Manuel se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—El otro día me crucé con mi cuñado Paco, ¿te acuerdas de él?

Carvajal asintió.

—Hacía mucho tiempo que no lo veía. Más o menos desde que se separó de mi hermana. Me comentó algo que yo no sabía sobre este tipo, aunque no creo que signifique nada. No solo guardaba la finca de los Vidal. De vez en cuando se daba una vuelta por la de los Tello, allá en la Cuenca Alta. Ellos llevan un año viviendo en Costa Rica y, aunque no han dejado nada de valor, siempre es bueno que haya gente rondando por ahí. Parece que se están asentando allí, no sé qué de un negocio inmobiliario, no van a volver en un tiempo y aquí no tienen más familia.

—Pero, si no recuerdo mal, los Tello tenían su propio guardés. El Charolés creo que se llamaba.

—No, no. El Charolés se jubiló hace unos ocho meses. Por eso.

—Conozco el lugar. A lo mejor me acerco. Aunque en menos de una hora será de noche. Quizá espere a mañana.

—En veinte minutos estás allí. Puede que sea buena idea quitárselo de en medio, inspector.

Carvajal se levantó, sonrió y golpeó con afecto el brazo de Manuel, que también se puso en pie.

—Gracias por tu ayuda, general, como siempre.

Se dirigió a La Dehesilla, la finca de los Tello, una pequeña extensión de unas doscientas cincuenta hectáreas en plena Cuenca Alta del Manzanares, un parque natural protegido donde hacía muchos años que ya no se podía edificar, por lo que las casas construidas lo habían sido por la generación anterior. Creía recordar haber estado allí en una ocasión, aunque no llegó a entrar en la casa. Aún era de día, pero estaba muy nublado y el atardecer se acercaba. Debía darse prisa.

Encontró la entrada sin problemas, tras dejar la carretera M-618 y adentrarse escasos metros en un camino de tierra. Pero la talanquera que delimitaba la finca, de barrotes de hierro y que unía una tapia hecha de piedras, estaba cerrada con candado. Se trataba de uno de esos candados cuyo cierre es una combinación de tres números. Pensó. No tenía ni idea; tampoco conocía tanto a los Tello. Probó unos números al azar... nada. Regresó a su vehículo y cogió unos alicates. Recordó que los tenía porque el grupo de robos se los había incautado a una organización que se dedicaba a reventar candados. Y él, por si acaso, se los había cogido prestados.

Sobre una piedra, a la derecha, algo oculto por unas jaras, un cartel blanco, oxidado y sujeto por un trozo de madera advertía: «Coto privado de caza. Peligro. Ganado suelto». Leerlo le hizo detenerse unos segundos, hasta que decidió que después de dedicar media vida a enfrentarse a asesinos despiadados no iba a asustarse por un par de vacas. Circuló unos doscientos metros hasta llegar a la siguiente talanquera, que estaba abierta. La traspasó y notó cómo el camino giraba hacia la izquierda y después hacia la derecha, cuesta abajo. Tras sortear una encina, se topó con unas impresionantes vistas de la sierra madrileña y de las dos casas que, separadas por una cochera y un pequeño tractor azul, poblaban la finca. La de la izquierda era la del guardés, de paredes blancas y tejas rojas; y la de la derecha la de los Tello, con piedra gris en las paredes, ventanales con verjas negras formando caracoles, y tejado de pizarra. De haber alguien, si él podía verlos a ellos, ellos podían verlo a él, por lo que el factor sorpresa quedó eliminado en ese preciso instante.

Siguió conduciendo hasta dejar el coche junto al tractor, cubierto por una encina cuya copa era tan grande que alcanzaba a dar cobijo a ambos vehículos. Un grupo de palomas alzó el vuelo y se

puso de puntillas para comprobar que había un palomar, circular y con ventanas triangulares, tras el tractor.

Lo ignoró y se dirigió hacia la casa principal, alerta, por si acaso pudiera haber alguien allí, lo que sería absurdo ya que no veía ningún vehículo, a no ser que estuviese aparcado en la cochera. Al aproximarse a la casa el sol, ya muy bajo, quedó oculto tras ella y la sensación de oscuridad le provocó un pinchazo en el pecho, seguido de un suspiro que intentó que fuera tranquilizador pero que produjo el efecto opuesto. Se dirigió hacia la puerta tras atravesar las columnas de piedra del porche y pisar su suelo de azulejos blancos moteados y con surcos que reproducían formas como de flores. La puerta era de madera maciza.

Llamó con los nudillos pensando que allí iba a acabar la excursión, pero se equivocó. Estaba abierta. Eso no se lo esperaba. Palpó su arma para comprobar que la llevaba. Acto seguido, y sin franquear aún la puerta, tocó con la mano izquierda el lugar donde suponía que estarían los interruptores de la luz. Sus peores temores se hicieron realidad. Los activó todos; no funcionó ninguno. Y, de repente, un frío que antes no había sentido y una humedad unida a un olor a tierra mojada hasta entonces desapercibidos le hicieron darse cuenta de que estaba solo, en una casa donde no tenía la menor idea de qué podía encontrar, a oscuras y, quizá lo peor, nadie lo sabía.

Notó cómo la piel de gallina le llegaba hasta el cuello y que un sudor frío lo invadía. Pensó que quizá aún estaba a tiempo de abandonar o, al menos, de volver al vehículo y pedir ayuda por radio. Se levantó un ligero viento y algo en él, no sabría decir qué, lo impulsó a entrar.

Ya en el zaguán sacó su linterna y alumbró. Lo primero que vio fue un largo pasillo que moría en lo que parecía ser un baño por los azulejos de florecitas rosas y por el mueble que colgaba de la pared. Lo segundo, un pequeño aparador con un espejo enmarcado en pan de oro, del que parecía que salía otro pasillo hacia la izquierda. Se adentró. Con cuidado, despacio, pisando un suelo sucio de lo que creyó ser tierra. Escuchó algo. No sabía lo que era. Parecía una voz tenue o débil... y femenina. «Hola», gritó. «¿Hay alguien?», insistió. Nada. «Policía. Voy a entrar».

El silencio continuó. De pronto, un fuerte ruido lo sobresaltó tanto que del susto se le cayó la linterna, que se apagó con el golpe. Escuchó cómo rodaba. «Maldita sea», pensó.

Palpó el suelo para buscarla, pero lo único que consiguió fue mancharse las manos. Decidió levantarse y se dio cuenta de que había llegado a una puerta. Sin ver, sin pensar, y más bien por instinto, la abrió. Vio lo que había provocado el ruido que lo había asustado antes: una ventana abierta. Pam pam, repitió. Un fuerte olor a orín y a cerrado invadió sus fosas nasales. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás y taparse la boca y la nariz con la mano. Y en ese momento la suerte se puso de su parte porque un tremendo rayo iluminó toda la habitación. Se trataba de un gran salón al que seguía un recibidor, y tras él había otra puerta que estaba cerrada. A la izquierda, el salón tenía un mueble bar y una mesa pequeña; al frente, una mesa de comedor grande, rectangular y de madera, rodeada de sillas; y tres inmensos ventanales. No le dio tiempo a ver más. El trueno que siguió al rayo lo sobrecogió.

—Duérmete niña, duérmete ya...

No sabía si se lo había imaginado, pero juraría que había escuchado una voz de mujer cantando esa famosa nana. Giró la cabeza hacia la derecha, de donde creyó que procedía, pero todo seguía oscuro y en silencio. Pensó en darse la vuelta, pero un nuevo rayo le permitió ver un sillón situado

frente a una enorme chimenea. Aunque nadie asomaba por su respaldo, sí acertó a ver una mano sobre el reposabrazos. Era una mano anciana, con dedos largos y huesudos, que tenía un anillo en el dedo anular.

La ventana pam, pam.

Y otro trueno.

Sacó su arma. Seguía sin moverse, solo apuntaba a esa anciana. Decidió hablar.

—Señora, ¿puede oírme? Soy Ignacio Carvajal, inspector de la Policía Nacional. Homicidios. ¿Qué hace ahí sentada a oscuras? ¿Está sola?

—Que viene el coco y te comerá —cantó ella despacio y en un susurro, como si saborease cada sílaba.

Carvajal sabía que debía avanzar hacia esa mujer. Llegaría a su altura, la tranquilizaría y hablaría con ella. Un nuevo rayo iluminó la estancia. No podía ser tan difícil. Al final, había encontrado una aliada en la tormenta. Así que respiró hondo y se dispuso a hacerlo. Decidió seguir hablando, sobre todo para evitar que ella continuase con la maldita nana.

—Señora, ¿no me oye? Le digo que soy policía. No quiero que se asuste, pero esto está muy oscuro y...

Una risa estridente lo dejó paralizado.

—Duérmete niña, duérmete ya...

Tragó saliva. Un nuevo rayo volvió a iluminarlo todo y pudo ver cómo un gato montés disecado le enseñaba los dientes desde una repisa situada al lado de la chimenea. Algo lo golpeó en la cabeza. Y la ventana pam, pam. «Joder», pensó. Empezaba a sentirse agotado y superado por la situación. Respiró hondo y dio dos pasos. Un trueno le puso los pelos de punta.

—Escúcheme. Me estoy acercando. Solo quiero hacerle unas preguntas. No se mueva, ¿de acuerdo? Y no haga nada. No cante. Voy armado y no queremos que nadie salga herido, ¿a que no?

Contuvo la respiración mientras caminaba despacio. Transcurrieron unos segundos y calculó que ya estaría casi al lado del sillón. Y justo en ese preciso instante otro rayo iluminó a la mujer. Se había levantado y, alzando ambos brazos, se abalanzaba sobre él. No le dio tiempo a reaccionar, ambos se fueron al suelo y a Carvajal se le cayó la pistola.

—Maldita sea. ¿Qué hace?

De nuevo el silencio. Y la ventana pam, pam. Carvajal se rehízo y se levantó, pero no notaba a la señora alrededor. Buscó su arma. Rezó para que ella no la hubiera encontrado. Sonó otro trueno. Él necesitaba un rayo. O marcharse de una vez de aquel lugar.

—Duérmete niña, duérmete ya...

La voz, que sonaba al otro lado del salón, lo sobresaltó. No la había escuchado andar, ¿estaría descalza? Se giró hacia ella.

—Señora, hágame caso, no se mueva.

Otra vez esa risa. Después la ventana pam, pam. A continuación un rayo que le permitió ver, tras los colmillos de un jabalí cuya cabeza colgaba de la pared que ahora quedaba a su izquierda, una sonrisa desquiciada y unos ojos a punto de salirse de sus órbitas. El pelo gris de la mujer contrastaba con su cara, que no aparentaba más de sesenta años.

—¿Quién es usted?

Entonces sí escuchó que la mujer echaba a correr y se marchaba por la puerta que al entrar había visto cerrada, la que salía del recibidor, situada en esos momentos a la derecha de Carvajal. Él decidió esperar unos instantes, tras los cuales se dirigió a la puerta por donde había entrado. Un último rayo le situó y le mostró dos enormes águilas sobre el mueble bar que mantenían abiertas sus alas y dejaban tras ellas una sombra fantasmagórica.

Desanduvo sus pasos y salió del comedor. La ventana lo despidió y su pam pam hizo que girara la cabeza hacia la izquierda y viera una pequeña luz. Se dirigió hacia ella. Era el haz de su linterna. Había rodado por otro pasillo que se abría por ese lugar, al que daban tres puertas. Sabía que no debía, pero se adentró. Las dos del fondo estaban abiertas y eran simples dormitorios. Se giró y regresó a la entrada. A la derecha había un armero con dos rifles y una escopeta, bajo el cual, en el suelo, encontró tres cartuchos. Cogió la escopeta, la cargó y se dirigió a la otra puerta que quedaba enfrente y, esta sí, estaba cerrada. La luz de su linterna le hizo sentir más seguro, aunque no podía evitar pensar en la posibilidad de que su pistola estuviese en manos de esa mujer ni en que no sabía adónde lo conduciría esa puerta. Solo estaba cerrada con un simple cerrojo. Era abrirlo y entrar. Alumbraría unos segundos para ver lo que había, y nada más. Luego se iría.

Escuchó algo, como un quejido. Se acercó más y pegó la oreja. Entre trueno y trueno solo reinaba el silencio. Ni siquiera el rugir del viento llegaba a ese pasillo. Otra vez ese ruido, era más bien como un maullido, pero tan tenue que apenas llegaba a sus oídos. Abrió el cerrojo. Había sobre él un pomo negro con forma redonda. Solo tenía que girarlo. Lo hizo y empujó. Pronto se dio cuenta de que la puerta se abría hacia afuera. Tiró. Le costó moverla. Era pesada y parecía de hierro. O como si la hubieran hecho para insonorizar la habitación. Tiró con más fuerza, pero estaba mal encajada y necesitó las dos manos para subirla un poco. Y, de repente, se le vino encima una cantidad ingente de felinos. Los gatos, emitiendo unos maullidos ensordecedores, salieron de aquel lugar corriendo como si huyeran del mismísimo demonio y se dispersaron por la casa, excepto tres o cuatro que se empeñaron en rodearle y arañarle las piernas, y que ahuyentó a patadas. En ese momento y solo durante unos instantes, le vino Laura a la cabeza, y pensó en que por fin su gato tenía cierto protagonismo en esta siniestra historia.

Alumbró la habitación y de pronto sintió que se estaba mojando. Elevó la linterna hacia arriba y, efectivamente, no había techo. Se trataba de un patio reducido que solo tenía una pequeña parte cubierta en el centro, bajo la cual había un calentador y a los pies una de esas bombonas de gas naranja; a la derecha una nevera, vieja y oxidada, tenía encima una parrilla; y a la izquierda había cajas de cervezas, unas encima de las otras, y tres botijos blancos que el moho había recubierto de verde casi por completo. Y luego había excrementos de felino por todo el suelo. Ya no oía nada. Además, recordó que la mujer estaría ahí fuera, a saber dónde, y que debía encontrarla, al igual que su arma, por lo que se dirigió a la salida.

Cuando iba a cruzar la puerta otro rayo iluminó el patio y se dio la vuelta en un gesto inconsciente, alzando la vista para observar el cielo. Le pareció ver una puerta. Alumbró. Lo que él creyó que era un techo en realidad era, a su vez, el suelo de un pequeño habitáculo de unos tres metros cuadrados, sin ventanas, con una sola puerta y un tejado de tejas grises. No podía subir. Dos metros y medio era demasiada altura. Además, aunque consiguiese llegar de un salto, no tendría dónde apoyarse para abrir la puerta. O quizá sí... Alumbró un poco hacia la derecha y vio

algo parecido a un poyete. Pensó en las cajas de cerveza. Pensó en la anciana. Sintió la lluvia que ya comenzaba a empaparle y sonó otro trueno.

Concluyó que, pese a todo, no podía irse sin mirar. Apiló las cajas bajo la entrada de aquel peculiar cuarto y subió. No aguantaron y cayó al suelo tras dar el segundo paso. No se hizo daño, pero se ensució de barro, excrementos y mil formas de suciedad que en ese momento se le vinieron a la cabeza. Pensó que si aquello era un habitáculo practicable, por allí tendría que haber algo para subir. Buscó por todos los rincones del patio y tras la nevera encontró una pequeña escalera de tres peldaños. Suficiente. Subió. Llegó a la altura de la puerta. Era de madera pero estaba pasada. Dio dos toques con los nudillos. Nadie contestó. Se sintió idiota.

El cerrojo era igual que el de la puerta de entrada, pero mucho más pequeño. Lo giró. No había pomo. La puerta se abrió. Cedió por su peso y la caída que tenía el lugar, chirriando mientras se abría paso a través de la oscuridad. El hedor le provocó una arcada y alzó su brazo derecho para taparse. Otros tres o cuatro gatos salieron despavoridos del lugar y, tras cruzar la puerta, cayeron al suelo del patio. El habitáculo, por lo demás, estaba vacío. Decidió dejar la escopeta apoyada en la pared y así alumbrar mejor con una mano mientras se tapaba la boca y la nariz con la otra.

Vio algo en la pared opuesta. Se acercó. Eran papeles. No, al aproximarse unos pasos descubrió que eran fotos y papeles. Solo alcanzó a ver retratos de niñas. Unos en viejos y arrugados recortes de periódicos, tachados con una única cruz realizada en rojo; otros en fotos en blanco y negro. Los de periódicos eran noticias. Se acercó a leerlas. Serían una docena y todas iguales. Informaban sobre las circunstancias de la desaparición de pequeñas; niñas de siete años. No todas en Madrid, sino en diferentes partes del territorio nacional.

Se detuvo en una.

Era su niña, Claudia Fernández.

Siguió leyendo.

La más antigua databa de cinco años atrás.

Buscó la más reciente. Ana, secuestrada hacía varios meses, el día 12 de abril, en la zona de Cea Bermúdez. Su madre había aparcado su vehículo Volvo frente a una panadería llamada Orio y bajó un segundo a comprar el pan. Cuando salió se encontró la puerta abierta y la muñeca de la pequeña tirada en el suelo, junto con un zapato azul. Ese recorte, además, tenía otra peculiaridad; no estaba tachado. Recordó haber leído aquello, pero jamás lo relacionó con su caso. También se acordó de que esa misma tarde detuvieron al asesino de Claudia.

Lo más curioso era que alrededor de los recortes había multitud de fotografías de otra pequeña, pero sin tachar. Solo eran fotos, sin dato alguno que pudiera ofrecer una pista sobre la identidad de la niña. Se acercó un poco más para darle la vuelta a una a ver si por detrás ponía algo. Al fin y al cabo, lo habitual era escribir tras la foto el lugar o alguna circunstancia relativa al fotografiado. Pisó algo más o menos duro que le hizo levantar el pie. Le dio una patada por si fuera un animal muerto, seguramente un gato. Decidió agacharse para comprobarlo y quitarlo de en medio. Alumbró. Lo que quiera que fuese estaba cubierto con una manta. La levantó.

Los rizos oscuros y la pequeña mano de la niña sobre el suelo lo dejaron paralizado.

«Joder, no puede ser posible», pensó. La cogió en brazos. No se movía. Le tomó el pulso, no se lo encontraba. Se acercó a su boca, ¿respiraba? Con su dedo índice sintió, por fin, unos débiles

latidos. La levantó, la cogió en sus brazos y descendió por las escaleras. Lo único que se llevó fue su linterna, y olvidó todo lo relativo a la escopeta, a la mujer y a su arma.

Hizo el recorrido inverso hasta llegar a la puerta de entrada de la vivienda que, pese a que él recordaba haber dejado abierta, ahora se encontraba cerrada. Temió que aquella mujer lo hubiera dejado encerrado. Abrió dos cerrojos negros y gruesos, y tiró del pomo. Si la puerta no se abría era evidente que alguien habría echado la llave. Y se abrió. Carvajal respiró hondo. Afuera la noche ya era cerrada. Eso se lo esperaba. Lo que no sabía qué esperar era nada relativo a esa mujer. No sabía si estaría por ahí, al acecho, con su arma. Pero no tenía tiempo para pensar. Decidió ir a oscuras, pegado a la pared de la casa, porque con la linterna encendida eran un blanco fácil. Andaba unos pasos, se paraba, escuchaba y continuaba. Cogió a la niña como si fuera un saco de patatas. No era la mejor postura para ella, pero él se sentía más seguro porque avanzaba mejor y tenía una mano libre; además, apenas faltaban unos metros para llegar al coche.

Cuando dejó el porche atrás, que estaba cubierto, se dio cuenta de que caía una lluvia torrencial. Ya no había truenos ni rayos. Solo agua. Llegó a la esquina de la casa y un pensamiento lo asaltó de repente: «¿Y si se ha llevado el coche?». Lo descartó al instante al palpar la llave en su bolsillo. Las paranoias. Reconocía que alguna vez le habían salvado la vida; pero otras le habían hecho sucumbir ante verdaderas estupideces. Así que las desechó, respiró y avanzó. A medida que se acercaba al vehículo apresuraba el paso, hasta que por fin lo tocó. Abrió la puerta de uno de los asientos de atrás y, en una nueva paranoia absurda, comprobó que estaban vacíos. Tumbó a la niña sobre ellos. No pudo evitar comprobar también el maletero. Después, se subió y arrancó.

No quería que sus nervios le hiciesen perder el control del vehículo en algún barrizal y se obligó a ir despacio. Cogió el camino de tierra de vuelta. Pasó la primera talanquera. Después llegó a la segunda, que había dejado abierta, al haber roto el candado. Lo malo era que tenía un pequeño cierre superior que se abría solo levantándolo, y que sí se había preocupado de bajar, lo que lo obligó a apearse del vehículo. Lo hizo rápido tras cerrarlo con llave y mirando a su alrededor. Regresó, se subió y aceleró.

Cuando dejó el camino de tierra y se incorporó a la carretera, cogió el lanzadestellos de la guantera, lo encendió, lo puso en lo alto del vehículo y siguió acelerando. El hospital más cercano no lo estaba tanto, y si esa pequeña moría ni el miedo, ni el frío, ni el asco... en definitiva, nada de lo que había pasado en la última hora tendría jamás sentido alguno. La carretera estaba desierta y, al ser secundaria, poco iluminada. Y sabía que esa mujer jamás podría alcanzarlo, aunque la sensación de desasosiego no cesó. No sabía por qué. Al fin y al cabo, ya estaba a salvo, huyendo de aquella pesadilla.

Pero se sentía distinto, como si un temor oscuro y perpetuo lo hubiese invadido.

Miró por el retrovisor y vio el cuerpo inerte de la pequeña.

Entonces se dio cuenta de que no había marcha atrás.

Si esa niña moría, él jamás volvería a ser el mismo.

Martes, 28 de diciembre de 2004

Tenía ocho llamadas perdidas de Carvajal. En alguna ocasión había sentido vibrar su teléfono mientras intentaba descansar en una especie de duermevela, pero la preocupación por Jaime y ese



interrogatorio del tal Gabarra habían hecho que lo recordase como si hubiese sido un sueño. Ocho llamadas eran demasiadas, era evidente que algo grave había ocurrido. Cogió el teléfono y lo llamó. Sin éxito. Al colgar le entró una del juez Ramírez, que cogió sin querer al tener el teléfono en la mano. Empezó por explicarle que no era un buen momento; sin embargo, él no le dio ninguna opción con un simple «Nos vemos donde siempre. Ha ocurrido algo». Ella intentó pedirle explicaciones pero a la segunda palabra se dio cuenta de que él había colgado.

Jamás había corrido tanto para llegar a los juzgados de plaza de Castilla. Entre saltos y saludos subió las escasas escaleras que separaban el edificio del control de seguridad y los cinco pisos de siempre. Irrumpió en el despacho del magistrado sin aliento.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Carvajal está bien?

—Siéntate, Laura.

—Joder, César. Déjate de asientos y habla de una vez.

—Han disparado al inspector Jaime Andradas.

Laura, que había apoyado las dos manos sobre el escritorio del magistrado, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no levantarse y abofetearlo.

—¿Para eso me has hecho venir?

—¿No te parece importante?

—Por supuesto que es importante. Pero ya lo sé, César —aclaró, intentando tranquilizarse mientras tomaba asiento—. Creía que le había ocurrido algo a Carvajal porque tengo ocho llamadas perdidas tuyas en el móvil y ahora no me coge el teléfono.

—En realidad, imaginaba que sabrías lo de Andradas. Solo quería asegurarme. Te he hecho venir por otra cosa. El inspector Carvajal ha estado aquí. Hay novedades en el caso de la niña. Y son importantes.

El magistrado se quitó las gafas, que quedaron enganchadas del cordón que se las sujetaba al cuello. Después se levantó y se acercó a su chaqueta, colgada en un perchero negro situado al fondo del despacho.

—Voy a fumar. Lo lamento.

Laura elevó los ojos al techo.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero cuéntame de una vez lo que ha ocurrido.

—Bien —continuó él mientras regresaba a su asiento—. El inspector, movido por no sé muy bien qué o quién —la miró con ojos severos—, regresó a Colmenar Viejo, a la casa del asesino, o eso pensó hacer en un principio, según me ha dicho. Allí realizó no sé qué otras pesquisas que lo dirigieron hacia una finca situada a pocos kilómetros del pueblo.

Hizo una pausa para encenderse el cigarro, del que aspiró dos veces seguidas. Luego expulsó el humo, cerrando los ojos y respirando profundamente, lo que provocó que las ganas de golpearlo regresaran a Laura.

—Había otra niña. Otra pequeña allí encerrada. Secuestrada.

Ella se quedó sin habla y no fue capaz de mover ni un solo músculo de su cuerpo.

—Ha conseguido salvarla. Estaba casi deshidratada pero sobrevivirá. Incluso ha dicho algo. Se llama Ana. La secuestraron y encerraron en un cuartucho inmundo. Ahora estamos calculando cuánto tiempo podría llevar allí. Después de examinarlo con Carvajal, creemos que las fechas

cuadran. Por poco, pero cuadran. La secuestró escasas horas antes de que lo pilláramos. Aunque eso debemos estudiarlo y cerrarlo bien.

—Las dieciséis horas del día doce de abril.

—¿Cómo?

—El día y la hora de la detención. Las dieciséis horas del día doce de abril.

—Sí, sí. Lo sé. Lo que tenemos que cuadrar es el momento exacto del secuestro. Según la niña, fue ese mismo día a las doce del mediodía. Pero se encuentra en estado de *shock* y Carvajal está en estos momentos entrevistando a la madre y recabando todos los datos. La denuncia, la investigación y todo lo demás. En unas horas lo sabremos con seguridad.

—No lo entiendo. ¿Cómo ha podido sobrevivir encerrada en un cuartucho durante ocho meses?

—Eso es lo que aún no te he contado. Había una mujer en esa casa. Tenía un cómplice. Tú tenías razón.

Los ojos de Laura duplicaron su tamaño.

—Pero...

—Y hay más —la interrumpió el magistrado—. Había recortes de periódico en las paredes del cuartucho. De doce niñas desaparecidas. Están comprobándolo, pero todo indica que eran secuestradores en serie, por así decirlo. O, más bien, asesinos. Asesinos en serie. Secuestraron a once niñas, incluida la nuestra, y las mataron a todas de la misma forma.

»La duodécima tuvo la suerte de que trincáramos a ese cabrón. Parece que la mujer enloqueció y no fue capaz de matarla. Carvajal ha interrogado al asesino. Aquí tienes su declaración.

Le ofreció un papel escrito por ambas caras. En él había una relación: niña uno, niña dos, niña tres... así hasta doce. Explicaba cómo las había secuestrado y, después de tenerlas en casa tres o cuatro días, cómo las había matado. A todas de la misma forma. Les cubría la cabeza, excepto los ojos, las ataba de pies y manos y dejaba que se ahogaran. Se fijó en que las únicas dos que habían sucedido en Madrid eran la suya y la que se había salvado. Las demás muertes se habían producido en otros lugares del país. Lo habían hecho él y su mujer juntos.

—Pero no acabo de comprender, ¿cómo es posible que hayan realizado estos hechos con tanta impunidad? ¿Qué ocurrió con los otros casos? ¿Qué investigaciones desarrollaron?

—Estaban cerrados. No había pistas. No consiguieron nada. Solo en uno, el de la niña gallega, identificaron al asesino y le tomaron declaración, pero porque se encontraba en las inmediaciones del lugar cuando desapareció la pequeña. Nada más.

—Y otra cosa. En nuestro asunto, Carvajal me comentó que él no tenía familia.

—Y no la tiene. O no la tenía, al menos oficialmente. Sigue leyendo. —Apuntó con sus ojos la declaración que Laura aún sostenía entre sus manos—. Cambiaron de nombre en cada asesinato y se movieron por todo el país con una filiación diferente. En ningún momento consta que estuviesen casados. La mujer, pese a que está algo ida, dice que no fue capaz de matar a la niña, aunque lo intentó. Un día incluso la llevó al río pero, al final, la sacó y la llevó de nuevo al habitáculo.

»La niña lo recuerda, al menos en parte. Dice que sintió que se hundía pero, de repente, unos brazos la sacaron de allí. No recuerda mucho más. Cuenta que al principio la alimentaban y cuidaban, pero que después la encerraron y dejaron de darle de comer. Escuchaba que alguien entraba pero lo único que hacía era alimentar a los gatos y rellenarles la comida. Actuaba como si

ella no existiera. Eso le salvó la vida. Bebió y comió como un gato más. Eso y las goteras. Al parecer el cuartucho estaba repleto de cubos para recoger el agua de la lluvia.

—¡Gatos! Ahí estaban. Los malditos gatos.

—Sí. Y son los culpables de todo lo ocurrido.

—¿Los culpables? No entiendo.

—Sigue leyendo la declaración.

Y Laura leyó el último párrafo que le faltaba, que era la respuesta a la pregunta clave, esa que ella se había estado haciendo durante todos estos meses: «¿Por qué?».

«Cuando vivíamos en Galicia éramos una familia feliz. Teníamos una hija, se llamaba Elena. Le encantaban los gatos. Se podía pasar horas jugando con ellos. Y yo, que quería que fuera feliz, le compré al menos una docena. Una hembra tuvo cachorros. Ella estaba como loca. Pero un día uno se escapó. Ella fue tras él. Recorrió varios kilómetros hasta dar con un río. El gatito cayó. Ella saltó para salvarlo, pero no consiguió salir. Al día siguiente, la encontramos ahogada. No pudimos superarlo. Con el paso del tiempo, yo veía a tantos y tantos padres felices con sus niñas que llegó un momento en el que me di cuenta de que debía hacer algo. Las mataría. A todas las que pudiese. Y lo hice. Utilicé un gatito para secuestrarlas y luego, simplemente, las ahogué. María, mi mujer, no estaba de acuerdo, pero no hizo nada para impedírmelo. En el fondo quería verlas morir. Como yo. Secuestrábamos a una y pasábamos tres o cuatro días con ella, como si fuese nuestra propia hija. María la peinaba y vestía con la ropa de nuestra niña, hasta que llegaba un momento en el que nos dábamos cuenta de que nuestra hija era única. Entonces, yo la llevaba al río y la ahogaba. Si nosotros no podíamos ser felices, ninguno de los padres ni de las niñas con la que nos encontrásemos lo sería jamás. Y eso nos ayudó. Al menos teníamos algo por lo que levantarnos cada mañana».

Una lágrima rodó por la mejilla de Laura cuando acabó de leer la confesión. El magistrado, que se había anticipado a ese desenlace, tenía la mano sobre su hombro, solo para acompañarla. Y se quedó allí, a su lado, intentando comprender lo incomprensible.

—Es curioso cómo pequeños detalles pueden llegar a resolver grandes crímenes, ¿verdad? —preguntó el magistrado.

—Dame un cigarro, haz el favor. A ver si el veneno ese que os metéis en los pulmones de verdad sirve para algo.

Domingo, 2 de enero de 2005

El hombre repasó una vez más los que iban a ser sus próximos movimientos mientras observaba el mar desde su terraza y fijaba los ojos en el faro, que cada tres segundos dirigía justo hacia donde se encontraba su característico destello.

La noche le traía bellos recuerdos que, unidos a la luna llena y al sonido de las olas, multiplicaban su emoción y sus ganas de resolver este asunto. Desde que había decidido caminar solo, temía la llegada de este momento. Aunque, por otro lado, se sentía tan agotado que la mera idea de poner punto final a esta operación le ilusionaba más que imaginarse la cantidad de dinero que podía obtener vendiendo esa droga en el mercado negro. O casi.

La oscuridad era absoluta excepto por ligeras zonas que entonaban el gris marengo gracias a la exigua luz de la luna que, eso sí, dejaba su estela profundamente marcada en la negrura del mar. Los farolillos del porche de su casa de tres alturas eran la única luz artificial que alumbraba sus vistas y lo separaba del muelle y del pequeño embarcadero.

El sonido de las olas no era interrumpido por ningún otro ruido porque había dejado de llover y, además, la mar estaba en calma. Para primeros de enero y en Ferrol era más de lo que podía pedir. Ya solo quedaba que la suerte lo acompañara dos horas más. Lo había planeado todo al milímetro, ¿qué podía salir mal? En realidad, todo: el mar, la noche, la Guardia Civil... y, lo peor, ellos, sus compañeros de operación, los narcotraficantes venezolanos. Todos podían frustrar sus planes, cada uno a su manera. Por no hablar de los de Vigilancia Aduanera, esos marineros metidos a policías.

Se puso el traje de neopreno. Cogió la bombona de oxígeno y las gafas de bucear, aunque no creía que las fuese a necesitar, y se dirigió hacia el muelle. Tenía un pequeño embarcadero privado. Era una de esas joyitas de las que se sentía muy orgulloso, pero que no podía compartir con nadie porque en el Cuerpo Nacional de Policía podría levantar sospechas. Y recelos. Y envidias. O puede que alguien se sorprendiese de cómo con el exiguo sueldo de un funcionario podía haber comprado y mantenido aquello, y comenzase a hacer preguntas y a indagar.

Subió a la semirrígida y soltó amarras. Sintió cómo el motor fueraborda rugía y el sonido de las olas golpeaba la proa. Si sus cálculos eran correctos, se encontraría con la embarcación en apenas treinta minutos. Según se adentraba en el mar, el salitre en su cara y la neblina en el ambiente se hacían más presentes, y por un momento dudó si llegaría a su destino.

Había acordado con los venezolanos que lo esperasen con las luces apagadas. Estaría alerta. No era difícil darse cuenta de si la embarcación había sido interceptada por las fuerzas del orden porque el escándalo que provocaban era tremendo. Lo que sí le asustaba era que se apercibiese de su presencia cuando ya fuese demasiado tarde para darse la vuelta y regresar. Después de todo lo que había tenido que superar para lograr encontrarse en el lugar en el que ahora se hallaba, no iba a permitir que lo detuvieran.

Por fin llegó al sitio acordado. Repasó las coordenadas. Esperó. Cuando el faro alumbró hacia el horizonte, agudizó su vista en esa dirección. Nada. Cogió los prismáticos de visión nocturna. Ahí estaba. Debía darse prisa. Sacó la linterna e hizo los destellos programados. Esperó lo acordado. En cinco segundos obtuvo su respuesta. Sonrió. Encendió el motor y, a la prudente velocidad de cinco nudos, se dirigió hacia ella. Cuando alcanzó la amura de estribor vio que todo iba conforme al plan. Lo único que los acompañaba era el silencio y algún que otro sonido del crepitar de las olas. Subió por la escala.

—¿Araña? —Escuchó desde cubierta.

—El mismo —confirmó.

—¿Te has puesto el traje de buzo? —Rio el venezolano y le ofreció la mano para ayudarlo a subir—. ¿En qué cojones estabas pensando? Ni que viniésemos en submarino.

Al hombre le disgustó la burla.

—¿Cuántos sois? —preguntó ignorándola.

—Solo tres. ¿Y vosotros? Mis compañeros están en proa. Debes acercar la semirrígida allí. Ellos os ayudarán a cargar las cajas.

—Me temo que vengo solo.

—Pero... ¡la verga! Habíamos quedado en que vendrían al menos tres hombres y tres embarcaciones. Hay mucho que cargar y cada una de estas cajas pesa por lo menos treinta kilos. ¿En qué estaban pensando?

El venezolano se giró y se le encaró. El hombre imaginó que cuanto antes, mejor. Se agachó y sacó un cuchillo de la parte de atrás de su pierna izquierda. Al elevarse, entre la noche y la sorpresa, el venezolano lo único que sintió fue un tirón de pelo hacia el lado derecho y el frío acero en la yugular. Después, se desplomó.

«Uno menos», pensó mientras se dirigía a popa limpiando el cuchillo en el muslo. A los otros debía matarlos rápido, pues se sorprenderían al ver que no iba con el venezolano. Y eran dos.

—Qué pasa —dijo, a modo de saludo, a las dos sombras que ocupaban la popa.

—Joder, tenías que haber acercado el barco a proa. ¿No habíamos quedado en eso? Tenemos todo el cargamento allí preparado. El Sapo y yo te esperaremos allí. —Vio que movía la cabeza como intentando ver a alguien detrás de él—. ¿Y el Negro?

—¿El Negro?

—Nuestro compañero, pingo. Ha ido a recibirte.

—Ah. Ahora viene.

Se hizo un silencio. El hombre pudo ver cómo los dos individuos se miraban dubitativos. Era el momento. Con un movimiento rápido sacó la semiautomática. Los venezolanos se echaron mano a la cintura, pero no pudieron sacar su arma. Un disparo en el pecho, recibido tras escuchar un leve sonido aplacado por el silenciador, se lo impidió. A los dos.

Cayeron casi al unísono. El hombre lamentó no haber aprovechado a los venezolanos para cargar la embarcación. Otra de las lecciones que le había enseñado su doble vida. No se puede tener todo. Acercó la semirrígida a proa. Decidió lanzar las cajas desde cubierta, ya que había poco francobordo. Si alguna se rompía, tiraría otra y arrojaría después la rota por la borda. No podía llevarse todas. Otra de las lecciones de la vida. No seas avaricioso.

Cuando terminó, notó que el sudor había provocado que su traje de neopreno se pegase todavía más a su piel. Al menos no tenía frío. Descendió hasta su pequeña embarcación, se sentó y se tomó unos instantes para recuperar el aliento. Respiró varias veces, hondo, despacio, mientras dudaba si debía lanzar todas las cajas que no había podido cagar porque no tardarían en encontrar la embarcación a la deriva. Decidió que era lo mejor y volvió a subir. Cuando cogió la última caja se sorprendió al leer: «El comandante Hugo Chávez, en nombre de todo el pueblo venezolano, les desea a los niños españoles una Feliz Navidad». La lanzó.

Al oírla chocar contra el mar, y pese al esfuerzo y al agotamiento, dijo en alto: «Los narcotraficantes españoles te deseamos Feliz Navidad, comandante hijo de la gran puta». Su carcajada retumbó en el casco del barco.

## Capítulo 22

Lunes, 3 de enero de 2005

Amancio Soller examinaba los documentos apilados sobre su escritorio. La oscuridad acechaba allá afuera, en la ciudad, pese a que solo eran las seis de la tarde. Las gotas de lluvia ensuciaban el cristal de la ventana de su despacho, situado en la planta undécima del edificio que albergaba la Audiencia Provincial, y provocaban que las luces del exterior parecieran meros esbozos de destellos sin matizar, como borrones brillantes sobre un fondo negro.

Cogió la taza de café, se apoyó en el respaldo de la silla revestido de terciopelo verde y, mientras vislumbraba de lejos la sierra madrileña intentando relajarse, meditaba en si lo que iba a hacer sería lo correcto. Unos golpes en la puerta lo alejaron de sus pensamientos.

—Don Amancio, disculpe, la señora Lizaurz ya está aquí.

—Hágala pasar —le dijo a su secretaria.

En unos segundos, Laura apareció tras la mujer.

—Buenas tardes. Pasa y siéntate. ¿Te apetece un café?

Negó con la cabeza. Se quitó el abrigo, lo dejó junto con el paraguas en la silla de al lado y, sin decir nada, tomó asiento frente al fiscal jefe y fijó sus ojos sobre los de él.

—Te he hecho venir por un asunto muy grave que no podíamos hablar por teléfono. He descubierto que has tomado decisiones a mis espaldas y que me has ocultado información. Ya no es que hayas incumplido tu obligación general de darme cuenta de los asuntos importantes que llevas, es que has desobedecido mis órdenes por sistema. —Alzó la mano al ver que Laura hacía ademán de negarlo—. Escúchame, no digas nada.

—¿No me vas a dejar explicarme? —repuso ella en un vano intento de conseguir detener aquello.

—No. Por el momento lo que quiero es que me escuches.

Amancio se incorporó, cogió unos papeles de la carpeta que tenía abierta frente a él y los giró para que ella pudiera leerlos.

—¿Qué es esto?

No necesitó más de medio minuto para hojear aquellos poco más de cien folios que ya conocía casi de memoria.

—Es parte de la investigación del asunto contra la salud pública —concluyó.

—No —dijo él—. Es parte de la investigación del asunto contra la salud pública de la que nunca se me ha dado cuenta y no será por falta de interés. Curiosamente, data del mes de diciembre. A primeros de ese mes te ordené que pidieras el archivo de las actuaciones porque no

habíamos encontrado nada, y no podíamos mantener una causa abierta y teléfonos intervenidos por más tiempo. Por no hablar de la gitana presa, cuya causa está viciada de origen a tenor del resultado posterior de la investigación.

»Y, ¡oh, sorpresa! No es lo único que hay —continuó mientras le mostraba más folios—. El asunto ha seguido vivo hasta Navidades y has hecho lo que te ha dado la gana mientras a mí me asegurabas que estaba archivado. Por Dios, ¡Laura! Ahora es cuando puedes hablar y decirme algo que, si no justificar, porque esto es injustificable, pueda al menos explicar qué diablos ha ocurrido —terminó intentando no elevar demasiado el tono de voz pero sin poder evitar dar un golpe sobre la mesa.

—Amancio, no es lo que parece —titubeó.

—¿Que no es lo que parece? ¡Es mucho peor de lo que parece! —gritó mientras alargaba el brazo para coger otra carpeta y se la ponía enfrente—. Ábrela. Haz el favor.

Laura obedeció. Esos folios no los conocía.

—No sabía nada de esto. ¿Lo has pedido tú? ¿Quién lo ha elaborado? —preguntó con voz entrecortada.

—No —dijo tras retirar la carpeta y colocarla a su lado—. Este informe me lo remitió el inspector jefe de la UDYCO, al que ya conoces, cuando se enteró de que te fuiste a buscar pistas por el monte junto con dos de sus hombres que, curiosamente, son los mismos que han llevado el asunto del tráfico de drogas —añadió con cara interrogante—. ¿Y bien? Llevo un rato esperando esa explicación que tenías tantas ganas de darme y que ahora no llega.

—Hemos evitado la muerte de una niña. Creo que eso lo explica, incluso lo justifica todo —dijo Laura mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja.

—No. Te equivocas. El fin jamás justifica los medios. No te puedes saltar, ya no solo mis órdenes, sino la ley a la torera según te convenga, ni seguir pistas estúpidas que a saber de dónde habrás sacado. Eso solo ha sido un golpe de suerte. Pero has incumplido la ley y mis órdenes. Me explicaste el asunto, te escuché una y otra vez, y te pedí que acusaras.

»Sabes que las causas con preso son preferentes, no se pueden paralizar por meras fantasías, ni tuyas ni de nadie. Pediste diligencias y el juez te las denegó. En contra de mi criterio recurríste, y la Audiencia Provincial te las volvió a denegar. Aun así, has decidido investigar por tu cuenta no sé qué corazonada. Hay un hombre que lleva cerca de nueve meses en prisión sin ser juzgado por ese asesinato y que no tiene ninguna implicación en el secuestro de esta niña.

—¿Qué no tiene ninguna implicación? —lo interrumpió Laura. Cerró el puño tras el escritorio de Soller, clavándose las uñas en la palma de su mano.

—Las demás desapariciones se están investigando. —Él la ignoró—. Aún no se han encontrado los cuerpos. No tenemos nada para acusarlo de ellas. Ni sabemos a ciencia cierta si lo tendremos. ¿En qué afectaba eso a tu caso? Piensa también en los padres de la menor, ¿y su derecho a que se haga justicia?

—¿Justicia? ¿De qué justicia me hablas? La niña está muerta, ¿no te das cuenta? Pero gracias a todo esto hemos encontrado a una pequeña que iba a ser asesinada. No me puedo creer que no lo entiendas. ¿Y qué es esa estupidez de que no tenemos pruebas? ¡Si han confesado!

—¿Ahora sí te resulta suficiente una mera confesión para condenar? No podemos probarlo. Están estudiando las fechas. Resulta que la niña fue secuestrada el mismo día en el que fue detenido nuestro asesino.

—Cuatro horas antes. La niña fue secuestrada cuatro horas antes de la detención. Lo he estudiado. ¿Y de la mujer no dices nada? Ya te comenté que estaba casi segura de que tenía un cómplice. Y si no hubiera sido por esta corazonada, como tú la llamas, aunque no es más que puro y simple trabajo, no la hubiésemos atrapado. Los hemos frenado a tiempo, Amancio, ¿qué más quieres?

—Lo que quiero es que una fiscal a mi cargo olvide sus delirios, supersticiones y manías y que se haga justicia con un asesino.

—Otra vez con tu justicia. Es tan curioso que tú, que te pasas aquí todo el día mirando por la ventana la sierra madrileña mientras atiendes por teléfono a la prensa o al fiscal general del Estado, que hace años que no te pones una toga y que lo único que te importa es lo que digan los periódicos, me hables a mí de justicia. A mí, que me parto la cara día a día para sacar adelante las causas.

—Ya basta —la interrumpió Amancio. Pero Laura no lo escuchaba.

—¿De verdad piensas que nos puedes dirigir a todos ahí sentado y a golpe de teléfono para que impartamos tu justicia? ¿Hace cuánto no vas a un levantamiento de un cadáver? ¿Hace cuánto no celebras un juicio con una menor que ha sido abusada sistemáticamente por su propio padre y la interrogas intentando contener las lágrimas y que no se te note el nudo que tienes en la garganta? Dime, Amancio, ¿cuánto tiempo hace que no eres fiscal?

—Creo que ya es suficiente.

Laura miró hacia la ventana y suspiró, intentando calmarse. Pero todo había adquirido un cariz difícil de frenar. Cuando iba a volver a hablar, Amancio la frenó con la mano.

—Laura, no voy a discutir. Ni tampoco permitiré que la conversación se vaya por otros derroteros. Pero tienes que darte cuenta de la gravedad de lo que has hecho y, lo peor, de a quién has arrastrado.

—¿Arrastrado? —Se incorporó—. Explícate.

—El inspector Jaime Andradas tiene abiertas unas informativas.

—Eso no puede ser. No es justo. —Sintió que, por primera vez, su voz se quebraba—. ¿Y dónde se lo vais a notificar, en el hospital? ¿O tendréis la mínima decencia de esperar a que le den el alta? No sé si habéis pensado que casi pierde la vida por investigar vuestro asunto fantasma.

—Laura, por favor. Él recibió ese disparo en un control de vehículos que decidió hacer por su cuenta con solo dos agentes más y con la única aprobación de una fiscal, que da la casualidad de que eres tú.

—¿Desde cuándo la policía para investigar un delito necesita aprobación alguna para vigilar lo que le venga en gana? Él... ellos estaban intentando avanzar en una investigación policial que ya se había judicializado y que, según sus superiores y los míos, era de suma importancia. Tanto que mi jefe me llamó para que les diera manga ancha cuando no había nada. Mi jefe... que da la casualidad de que eres tú.

Pero Amancio seguía sin pensar en entrar al trapo.



—Y eso no es todo. El grupo V de Homicidios me ha remitido otro informe. Al parecer, has intentado una y otra vez que el inspector Carvajal reabriera la investigación del asunto de la niña. Quizá lo expedienten también a él. Y Laura... —carraspeó—, hoy he hablado con el fiscal superior, te hemos incoado un expediente disciplinario. Se te notificará mañana de forma oficial.

—¿El inspector Carvajal? ¿El mismo que ha salvado la vida de una niña arriesgando la suya? —Respiró profundamente mientras su interlocutor la observaba—. Reabrir la investigación, ¿te has oído? ¡Si es que esa investigación nunca debió cerrarse!

Él guardó silencio y Laura decidió cambiar de tercio.

—Amancio, haced lo que queráis conmigo, pero a los inspectores no, por favor. Ellos solo han cumplido mis órdenes.

—Eso no es cosa mía. Asuntos Internos es quien lo tiene que decidir. Y en el caso del inspector Andradas sabes que ya tenía una investigación en curso. No pinta bien para él, Laura, lo lamento.

—¿Una investigación? ¿La de las intervenciones telefónicas? No es él, Amancio. Perdió su móvil, le han tendido una trampa, ¿no te das cuenta?

—Laura...

—De acuerdo. Piensa otra cosa. Ellos son policías, ¿qué podían hacer ante mis peticiones? Nosotros somos autoridades judiciales, ellos están obligados a obedecer. Amancio, te lo ruego, házselo saber a los de Asuntos Internos o al inspector jefe de la UDYCO. Y sobre Carvajal... lo llamé, sí, le insistí, también, pero él solo se limitó a atenderme y a decirme de forma muy cortés que para ellos el caso estaba cerrado.

—Te repito que no está en mi mano. Aunque —respiró cansado— de acuerdo. Intentaré que conste de alguna manera en sus informativas.

—Te lo agradezco.

—Laura, yo te aprecio. En serio. Aunque ahora no me creas. Has llevado asuntos complicadísimos y los has resuelto de forma excepcional, ¿por qué arriesgar así tu carrera?

—El Código Penal y la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Esas son las herramientas que tenemos, Amancio, es de chiste.

—Se llama principio de legalidad.

—Sí, y nosotros somos sus garantes. Pero la sociedad necesita personas implicadas en conseguir que se haga justicia, no meros aplicadores de leyes decimonónicas.

Tras decir esto, evitó mirar a Amancio, se puso en pie, cogió su abrigo y su paraguas y se dirigió hacia la puerta. Tras despedirse de la secretaria con un gesto, se fue hacia los ascensores. Mientras esperaba, solo deseaba que él no fuese a su encuentro. Quería regresar a casa, descansar y asimilar todo aquello. Debía pensar cómo enfrentarse ahora a los policías cuyas carreras habían quedado, si no hundidas, sí bastante tocadas después de todo aquello. Se sentía culpable. Era culpable.

El ascensor de la derecha se abrió justo cuando ella se encontraba en el de la izquierda, más cercano al despacho del fiscal jefe. Dio unos rápidos pasos para evitar que se cerrara la puerta y se lo encontró de sopetón. Joaquín Gutiérrez salía de él con una carpeta bajo el brazo y mirando al suelo distraído.

—Vaya. Qué sorpresa, inspector. ¿No vendrá usted a hablar con mi jefe? ¿Van a abatir algún animal y trae usted ahí los planos del lugar? ¿O han decidido fijar otro blanco?

La sonrisa descolocada y nerviosa de Gutiérrez la sacó de sus escasas dudas.

Martes, 4 de enero de 2005. 12.00 horas

El sol se reflejaba en el agua del estanque del Retiro e inundaba la mañana de brillo. La inmensidad de los árboles, que aún mantenían sus tonos cobrizos y anaranjados del otoño, rodeaba el lugar y lo dotaba de una atmósfera especial. Laura estaba distraída observando a una pareja en una barquita y sonreía al comprobar la torpeza de él con los remos. Pasaban cinco minutos de las doce, hora en la que habían quedado, así que se giró, buscándolo, y por fin lo vio llegar desde lejos.

Él saludó con la mano izquierda porque con la derecha sujetaba el teléfono móvil que tenía pegado a la oreja. Ella intentaba mantener el tipo respirando profundamente mientras lo veía acercarse, aunque notaba que su nerviosismo era más que evidente. ¿Cómo ocultarlo? ¿Cómo evitar derrumbarse? Sabía que sería imposible, pero tampoco quería montarle una escenita de esas suyas, y tenía que reconocer que últimamente se sucedían con una repetición alarmante.

Ignacio Carvajal, jefe del Grupo V de Homicidios de la Brigada Provincial de la Policía Judicial —que había resuelto crímenes inexplicables sin apenas una pista, a veces incluso sin cuerpo, que había atrapado a cientos de asesinos, ese hombre que en realidad no disfrutaba con mucho más en su vida que con su trabajo, que incluso en algunos momentos parecía que no le quedaba otra cosa—, tenía un borrón en su expediente. Y todo gracias a ella. ¿Él lo sabría? No paraba de preguntárselo. Imaginaba que sí. A lo mejor la odiaba. Sería lógico. Ella tenía la culpa de todo. Sabía que la vida de esa niña era más valiosa que cualquier carrera profesional, lo que no entendía era por qué ese pensamiento no conseguía consolarla ni que dejase de darle vueltas a todo aquello.

Carvajal, por fin, llegó a su lado y colgó el teléfono.

—Laura, me alegro de verte. Lo hemos conseguido. Dame un abrazo. —La agarró y la atrajo con cuidado hacia él. Su altura provocaba que la barbilla apenas le rozase el pelo.

Ella se sorprendió y confirmó el peor de sus temores. Todavía no le habían contado nada.

—Sí... bueno —balbuceó intentando soltarse—, eso parece.

Ignacio la agarró de los hombros y la separó de él. Laura jamás había visto esa mirada, fija, sin pestañeo alguno; y, a la vez, inquisitiva y acusadora. Y menos en sus ojos.

—No me digas que ahora no estás contenta porque soy capaz de matarte.

—Eh... sí, claro que lo estoy. Lo dices por la niña, ¿verdad?

Carvajal, que aún la sujetaba por los hombros, la soltó de golpe. Miró hacia un lado, luego hacia el otro, hasta que se puso las manos en la cintura y fijó de nuevo los ojos en ella.

—¿Y ahora qué ocurre? ¿Qué es lo que falla en esa cabeza, siempre pensando y maquinando sin compasión? No habrás tenido otro sueño.

Sus palabras provocaron que ella se derrumbara.

—Lo siento mucho —comenzó a decir, pero las lágrimas que brotaron de sus ojos no le permitieron continuar—. Yo...

—Pero ¿qué cojones pasa?

Laura estaba segura de que era el primer taco que había oído salir de sus labios.

—Joder —el segundo—, me estás asustando. ¿Qué ha pasado? Por favor, Laura, si hay algo que yo...

—Te van a expedientar. Me lo ha contado el fiscal jefe. Dime que no lo sabes y que aún puedes mentir. —Se recompuso pensando que quizá podría solucionarlo—. Yo no he dicho nada. Solo que te llamé para que me ayudaras a seguir investigando pero que te negaste. Con eso no te pueden hacer nada. Es cierto que fuiste a aquella casa, eso no podemos negarlo, pero diremos que yo...

La amplia sonrisa de Carvajal provocó que parara en seco.

—Pero ¿qué diablos te ocurre, Ignacio? Esto es muy grave.

—¿Estás llorando por eso? —le preguntó sin dejar de sonreír—. No me lo creo. Claro que me van a expedientar, y por supuesto que me lo han notificado. Y no, no he mentido. Y no, tampoco me importa. Nada en absoluto.

Laura dudó unos instantes, intentando descubrir qué era lo que fallaba. Lo conocía y era imposible que lo que estaba ocurriendo no le afectase.

—¿Me vas a seguir mirando así toda la mañana? Me empieza a resultar un poco incómodo.

Laura no respondió y siguió callada frente a él, observándolo, buscando.

—Y si encima no dices nada...

—Me tomas el pelo, ¿verdad? No me mientas —dijo al fin.

—Claro que no. ¿Por qué iba a hacer eso? Ya empiezas con tus tonterías.

—Pero eres uno de los mejores policías que conozco. No solo por tu eficacia, sino por tu entrega y dedicación. Es un borrón en tu expediente. El primero, pero es grave y significativo. No hay derecho. Deberías estar afectado. El Carvajal que yo conozco lo estaría.

La carcajada del inspector la dejó perpleja. Ni la estatua ecuestre de bronce del rey Alfonso XII que presidía aquel estanque, a los lomos de su caballo y a unos treinta metros del suelo, lucía más victoriosa que él.

—Hay vida después del trabajo. Y, sobre todo, hay una vida mucho más plena tras haber salvado a esa niña: la mía. —Le guiñó un ojo y después enarcó las cejas en señal de complicidad—. Ya sabes que lo habitual es que yo empiece a trabajar tras encontrar un cadáver, buscando al autor del homicidio. Y en este caso, sin embargo, hemos salvado una vida. Eso hace que todo lo demás no importe.

La sonrisa de Laura por fin lució y se fundieron en un abrazo. En otro abrazo, pero esta vez mutuo y cómplice.

—¿Por qué no te has casado? —preguntó, de pronto, Laura, separándose un poco para mirarlo a la cara.

Él suspiró, pero no dijo nada. Lo único que hizo fue apoyarse en la barandilla que le separaba del agua. Laura, que aguardaba paciente, enarcó las cejas, aunque enseguida se dio cuenta de que debía cambiar de tema.

—Pues sí. Hay por ahí una niña que, pese a que ha sufrido, no lo vamos a negar, te debe la vida. Nunca lo olvides. Eres un héroe. Aunque, bueno, para mí ya lo eras antes de todo esto.

—Tú tampoco te has casado, así que no entiendo muy bien la pregunta.

Unos instantes de embarazoso silencio siguieron a las últimas palabras de él, que rompió, por fin, cuando añadió:

—Lo estuve. Se llamaba Carmen. Murió.

La incomodidad del silencio dio paso a una angustia que a Laura le secó la garganta.

—Lo lamento muchísimo —dijo sintiéndose la peor persona sobre la faz de la tierra.

—No, tranquila. Estuvimos muchos años juntos y fuimos felices. En el fondo imagino que soy un privilegiado. He conocido el amor. Lo único de lo que me arrepiento es de no haber tenido hijos. Ella estaba deseándolo pero para mí nunca llegaba el momento oportuno. Me pasaba el día trabajando también entonces, porque me acababan de nombrar jefe de grupo y quería corresponder.

»Lo único que me sigue atormentando es que ella murió sola. Yo ese día hacía el turno de noche y cuando regresé me la encontré... Muerte súbita, me dijeron. Ocurre a veces. En este caso tenía un defecto congénito del corazón no diagnosticado. Me aseguraron que no sufrió, así que otro motivo para no estar triste. —Se pasó la mano por la frente y se calló unos instantes—. En fin, eso es todo... más o menos. Mi psicólogo dice que ya han pasado los suficientes años como para enfrentarme a ello y que es bueno que hable. Tú eres la primera persona con la que lo hago, ¿qué te parece?

Laura ocultó su desconcierto como pudo.

—Que esto se merece uno de nuestros homenajes de arroz con bogavante acompañado de un buen vino...

—¡Blanco! —se adelantó él—. Déjame pedir un vino en condiciones, que soy un pobre viudo.

—¡Tendrás cara! —Laura sonreía con miedo, sin saber cómo tomarse esa respuesta—. Pero, bueno, en estas circunstancias te dejaré elegir.

—Jamás imaginé que fueses de esas.

—¿De cuáles?

—De esas que se dejan manipular con tanta facilidad. Si lo llego a saber, te digo que soy viudo el día que nos conocimos, cuando me llamaste por teléfono contándome aquella historia para no dormir hace alrededor de un siglo, ¿lo recuerdas?

—Era un asunto de vital importancia. Teníamos un asesino que había confesado matar a una mujer tras violarla y luego la había descuartizado; además, aseguraba que había arrojado el cuerpo en el estanque del Retiro. Ahí delante, ¡en el estanque! ¿Qué querías...? —Laura se paró de sopetón al ver la cara burlona de Carvajal.

—No me irás a contar otra vez la historia... Mírate, si parece que lo estuvieras viviendo de nuevo. Siempre me ha fascinado eso de ti.

—¿Eso?

—Tu pasión. No la pierdes a pesar de los años. Eso no es habitual. Y te admiro por ello.

Laura apretó los labios, se puso la mano derecha en la barbilla y lo observó unos instantes.

—¿Me permites una pregunta?

—Mientras sea antes del vino, lo que sea. —Rio—. Dispara.

—Te vi un día tras una ventana de una residencia de mayores. Con una anciana. No es que te estuviese siguiendo ni mucho menos espionando, pero... por esa zona vive parte de mi familia y te

vi.

—Vaya. Ahora conoces mi secreto.

—¿Era tu madre?

—No. Se llama Manuela y es mi suegra. Yo la cuido. Bueno, más bien la cuidan en la residencia. Yo solo voy a verla y me gusta pasar los domingos enteros allí, en su compañía. Está enferma de Alzheimer y tiene noventa y tres años, pero es igual que mi mujer.

»Es más, cuando era más joven y me la presentó Carmen, supe exactamente cómo envejecería. Y ahora, a veces, cuando me mira, pese a que ya solo son dos pequeños ojos negros rodeados de arrugas, me pierdo y me olvido. Incluso muchas veces siento que estoy mirando a mi mujer. Soy un egoísta, como puedes comprobar.

—¿Egoísta? Estás loco.

—Egoísta porque me gasto gran parte de mi sueldo para que una anciana pueda estar cómoda en una de las mejores residencias de Madrid, pero no por ella sino que, en realidad, lo hago porque así aún mantengo vivo el espíritu de mi mujer y a una parte de ella misma.

—No seas bobo. Es lo más bonito que he oído en toda mi vida.

Carvajal sonrió.

—Tú también te enamorarás, Laura.

Una ráfaga de decepción y angustia la asaltó, y el corazón le dio un vuelco al recordar a Jon.

—¿Yo? No digas eso.

—Tú. Y compadezco al pobre al que le toque la china.

Tras esquivar con agilidad la patada que le dio Laura, le pasó el brazo por los hombros.

—Anda, sonrío. Hoy es un gran día, señora fiscal.

Y se dirigieron hacia el final del estanque, caminando con libertad, sin que ningún asesino ni ninguna niña muerta o desaparecida les ralentizase el paso.

Sin obstáculos en el camino.

## Capítulo 23

Martes, 4 de enero de 2005. 20.00 horas

Laura llevaba media hora dando vueltas alrededor de su salón. Los escasos diez metros cuadrados de la estancia lo único que provocaban era la desesperación de Jon que, sentado en un sillón y con los codos apoyados en las rodillas, la escuchaba con toda la paciencia que era capaz de reunir, que a estas alturas de la conversación era poca.

—No me lo creo. ¿Cómo puede ser verdad lo que decía aquel hombre? No es posible que le hicieran eso. Quizá te haya tomado el pelo, ¿no crees?

Jon resopló.

—Que no, Laura. Todo cuadra. Hemos comprobado las huellas y, en efecto, pertenecen a un tal Antonio Caballero de la Rúa, fallecido. Y José no me ha mentado. Sabe que no puede. Hubo una época en la que nada era tan legal como parecía. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Esa es otra. No me puedo creer que hayas visitado a ese desgraciado. ¿Estás seguro de que él no tiene nada que ver en lo del disparo?

—Seguro. Confía en mí. Se puso pálido cuando le conté que Gabarra no se había fugado de prisión, sino que lo habían sacado desde dentro.

—Por no hablar de *esos*. Me persiguen. Estoy harta. Me mudo a Madrid para olvidarme de *todo aquello* y tras apenas cuatro años tranquila, o casi tranquila porque me hiciste pasar un primer año en el que tenía que ir acompañada hasta a comprar el pan, me cae esto encima.

—Te dije que no podrías huir, que era un error.

—Oh, vamos, Jon. ¿Que no podía huir? Claro que podía huir. Tú eres el que no puede huir de esa medio vida que llevas allí. La lucha antiterrorista. Menuda mierda de eufemismo para referirse a dejar la nuca descubierta por si algún etarra desalmado quiere reventártela.

El reproche se reflejó en la cara del hombre con una mueca, tras la cual se echó hacia atrás y se tocó la barbilla, pellizcándose el labio antes de bajar la mano.

—Sí, quizá no debí meterte ahí. En la Brigada de Información me lo pidieron para completar el grupo. Necesitábamos a una fiscal joven, sin prejuicios, lista... y que tuviera buena relación con la jueza Arranz.

»Lo que no imaginé es que me enamoraría de ti. Pero, bueno, ahora no estamos hablando de mí —zanjó—. Lo que quiero saber es qué vas a hacer tú. Tú y tus amigos de la UDYCO. Han sacado de prisión a un guardia del GAR para matar a Jaime. Háblame del asunto del narcotráfico, ¿qué tenéis?

Laura se sentó e intentó asimilar las últimas palabras de él.

—Eso es lo peor. No tenemos nada. No lo entiendo. Y hay otra cosa. Me están esquivando.

Él sonrió con desgana.

—¿Los policías?

—Sí. Me temo que no habrá buenas noticias. Me parece que tendré que conformarme con algo de droga y dinero en una chabola de esas de la Cañada Real, que no es lo que estábamos buscando, como creo que sabes.

—Has pasado algo por alto. Piensa.

—¿Que piense? Llevo más de tres meses pensando. Estoy agotada. Quiero dejarlo. Cerrar el caso y olvidarme. Esperar a que Jaime se recupere y meterme en mi rutina. Ha sido una pesadilla. Y yo no soy policía. Que sigan investigando ellos si quieren y a mí que me dejen en paz. Además, estamos en Navidades. Debería estar de vacaciones y relajada.

—Lo que me desconcierta es la orden de matar a Jaime.

—¿Y si eso fue cosa de Gabarra? Al verse sorprendido en el control de vehículos, y creer que iban a detenerlo de nuevo, disparó. Y ahora intenta cargarle el muerto a un hombre misterioso. Porque tienes que reconocer que lo de la cabaña en el monte... —Negó varias veces con la cabeza.

Jon se quedó pensativo.

—No lo sé. Pero por Gabarra no te preocupes, ha vuelto a Soto del Real. Aunque te repito que yo lo creo y, en realidad, ha salvado la vida de tu inspector.

«Y la tuya», pensó. Pero no lo dijo.

—¿Lo han vuelto a encerrar? No puede ser. Hay que hacer algo. Es injusto. Ese hombre no ha cometido ningún crimen. Al menos no ha cometido el crimen por el que se le ha metido en la cárcel.

—Ah, no, no. De eso nada. Esa decisión no nos corresponde a nosotros. Además, recuerda una cosa. Por mucho que yo crea sus razones y con independencia de ello, los hechos son tozudos, objetivos y hablan por sí solos. Ha disparado a un policía. En concreto, a tu amigo. Y ha matado a otro presidiario.

Laura calló. Necesitaba tiempo para pensar cómo solucionar aquello. Decidió cambiar de tema.

—Ha pasado algo maravilloso. —Él se sorprendió—. ¿Recuerdas que te mencioné que había otro asunto que me perturbaba? Pues lo he solucionado y esta vez ha salido todo mejor de lo esperado. Al menos tengo algo por lo que estar contenta.

Jon sonrió, sin preguntar qué era lo que había ocurrido. Le tocó el cabello y le acarició la mejilla.

—Cómo me gusta verte feliz. —Ella le devolvió la sonrisa—. Al principio, cuando nos conocimos, eras así siempre. Feliz. Fue una época maravillosa.

De repente, Laura se sintió triste. No sabía si quería conocer la respuesta.

—¿De verdad me has querido alguna vez?

Él frunció el ceño.

—Te quise. No hace tanto estábamos juntos y teníamos una relación. Convivíamos. Yo creía que éramos felices, aunque hablaré por mí, yo era feliz. Y, de pronto, me dejaste. Me quedé solo, abandonado, dolido... No sé si te has sentido así alguna vez ni si sabes lo que significa.

Laura lo miró con una dureza excesiva durante unos segundos, quizá demasiados. Luego dirigió la vista al frente y, para zanjar la conversación, añadió:

—Significa que ya no me quieres.

Jueves, 6 de enero de 2005

El tráfico era demasiado denso para ser seis de enero y las nueve de la mañana. No creía que a ninguna familia le hubiese dado tiempo a levantarse, ver los regalos que habían traído los Reyes Magos, desayunar, ducharse, arreglarse y salir de casa. Pero era posible que sí o, al menos, eso parecía a juzgar por la cantidad de coches que poblaban la M-30. O quizá fuese que las tradiciones se iban perdiendo y los Reyes Magos ya no eran tan reyes ni tan magos.

La desviación hacia el cementerio de la Almudena estaba mucho más despejada. No era el mejor día para ir a un lugar donde la muerte era la protagonista. Tuvo que dar vueltas con su vehículo por aquellas calles inmensas llenas de lápidas. Los crucifijos y las estatuas de mármol que atestaban aquel lugar la hicieron retroceder en el tiempo. Los muertos, tan presentes a lo largo de su vida, incluso más que los propios vivos.

Se solía decir que ese cementerio era como una gran ciudad y ella había conocido pueblos más pequeños, de eso no le cabía la menor duda. Al girar por la zona que se situaba más hacia el este, por fin, la vio. Sección diecinueve, al lado de la capilla. Aparcó y se apeó con rapidez de su coche aprovechando que las nubes aún aguantaban el tirón.

Según ascendía hacia el norte, el número de las lápidas disminuía. Cincuenta y seis, cincuenta y cinco, cincuenta y cuatro... Levantó la cabeza para hacerse una idea de lo que le faltaba para llegar a la número cuarenta y ocho. Se apercibió de que no se veía porque había que hacer una curva hacia la izquierda porque había un semicírculo dibujado en el suelo. Continuó andando unos metros. Fue entonces cuando comprobó que no era la única loca que se encontraba allí esa mañana. Una esbelta mujer, rubia y con el pelo recogido en un moño alto, pañuelo al cuello, gafas de sol y gabardina, se encontraba frente a una lápida, al parecer rezando.

Por fin llegó. Lápida cuarenta y ocho. Antonio Caballero de la Rúa. 06-01-1965/20-08-1997. Giró la cara hacia la izquierda y se dio cuenta de que la mujer rezaba ante la misma lápida. Devolvió la mirada al frente para disimular. Pensó en irse un par de lápidas más allá, pero ya era tarde.

—¿Conoció usted a mi marido? —preguntó la mujer, que se había girado para verla de frente, dejando al descubierto a una pequeña de unos seis años que sujetaba de la mano y que antes no había podido ver—. Porque estaba usted mirando su lápida, ¿o me equivoco?

—No se equivoca —decidió reconocer Laura—. Y sí, lo conocí, hace tiempo ya.

Un trueno anunció lo inevitable y en unos segundos empezó a llover con fuerza. El manto de agua hacía de aquel lugar un sitio aún más inhóspito, si es que eso era posible, pero la lluvia dio una tregua a Laura, que se pudo parapetar tras su paraguas.

—¿De qué lo conocía, trabajaba con él? No se ofenda, pero no tiene usted aspecto de guardia civil —dijo la señora.

—Me llamo Laura Lizaurz, soy fiscal y coincidí con su marido en algún caso que llevé cuando estuve destinada en el País Vasco —mintió con la seguridad de que a la mujer le gustaría esa



respuesta y de que le daría confianza.

—Ah, vaya, qué casualidad, encantada de conocerla. —Le estrechó la mano—. Es todo un detalle que se haya acercado a la tumba de Antonio el día de su cumpleaños. Nosotras venimos todos los años. Me llamo Sara Azcúe y Antonio era mi marido. Esta es Sara, nuestra hija. Antonio no llegó a conocerla, murió cuando yo ni siquiera sabía que estaba embarazada. Caprichos del destino, supongo.

—Más que caprichos, yo diría que fatalidades. Lo lamento muchísimo, señora Azcúe —respondió Laura con una tristeza sincera reflejada en su rostro.

—Se lo agradezco. —La mujer se quitó las gafas de sol y mostró unos intensos ojos de color verde esmeralda aún más llamativos al estar bañados en lágrimas—. Ya ve, la vida a veces duele. Pero, por lo menos, tengo a Sara. Dios me quitó a mi marido pero me dio a nuestra hija en el último momento. Imagino que, en el fondo, debo estar agradecida. Además, él murió por su país, luchando contra el terrorismo. Eso es digno de orgullo —añadió aunque, por el gesto de su cara, no parecía creérselo del todo.

—Debió de ser un gran hombre.

—Lo fue. Es muy duro, ¿sabe? El día a día es muy duro. Al principio todo son atenciones y muestras de cariño pero, según va pasando el tiempo, te das cuenta de que estás sola y de que lo estarás para siempre. Y lo peor, te das cuenta de que aún lo quieres, y de que también es para siempre. Eso de que el tiempo lo cura todo está muy bien para consolarse en los momentos difíciles, pero es mentira.

Laura no supo qué decir ante tales palabras. Se limitó a asentir cerrando los ojos. Y ambas mujeres permanecieron en silencio, frente a la lápida, junto a la pequeña Sara, que con su paraguas de Hello Kitty era la única que animaba un poco aquella desolación.

Le hubiese encantado decirle a aquella mujer toda la verdad. Que su marido estaba vivo, que aún había esperanza para ellos, que le habían tendido una trampa, pero que había vuelta atrás, que se podía intentar. Le hubiese gustado abrazarla y llorar con ella de alegría ante la impresionante noticia, ver los ojos de esa pequeña que, de repente, había recuperado a su padre así sin más, sin esfuerzo alguno, de un día para otro, tal y como lo perdió. Pero no lo hizo.

—¿Qué es eso que hay al lado del nombre de su marido, sobre la tumba? —preguntó Laura mientras señalaba hacia lo que parecía ser un papel mojado.

—Es una foto en la que estoy con Sara, la dejo todos los años, para que vea cómo crece. Qué estupidez —dijo la mujer. Se tapó la cara con ambas manos y rompió a llorar. Laura tampoco pudo evitar las lágrimas pero, al ver que la pequeña Sara sí lo hacía, se recompuso casi de inmediato—. Nos vamos a ir ya —continuó intentando recuperar la compostura—. Hace frío y Sara acaba de salir de un fuerte resfriado.

—De acuerdo. Oiga, yo no estoy muy segura de poder ayudarla en algo, pero si se le ocurre cualquier cosa, lo que sea... no dude en llamarme —dijo mientras le acercaba una tarjeta.

—Se lo agradezco. Ha sido un placer conocerla y poder hablar de mi marido con usted. Ya casi no me queda nadie con quien hacerlo.

Laura tragó saliva mientras la mujer, con una sonrisa forzada, asentía con la cabeza. Después vio cómo se daban la vuelta y se alejaban. La pequeña se giró a medio camino para decirle adiós

con la mano. Laura sonrió y le devolvió el gesto.

Esperó a perderlas de vista. Entonces se agachó y cogió la foto de la niña que la mujer había dejado sobre la tumba. La guardó con cuidado en su cartera. El día iba a ser más ajetreado de lo previsto.

Se subió al coche y se dirigió de nuevo a la carretera. Cuando llegó al centro penitenciario de Soto del Real ya eran las once de la mañana. Pidió que le dejaran ver a Ricardo Gabarra.

—¿Quién es usted? —preguntó el funcionario que la recibió.

—Eso es lo de menos. ¿No estamos en horario de visitas? Al menos eso pone ahí. —Laura señaló un cartel con la cabeza.

—Me temo que ese preso no puede recibir visitas.

Laura no quería hacerlo, pero lo hizo.

—Me llamo Laura Lizaurz, soy fiscal de la Fiscalía Provincial de Madrid —dijo mientras ponía su carnet sobre la mesa—. ¿Me deja ver al preso?

El funcionario miró con desgana el documento. Cogió el teléfono. Tras unos segundos, y sin haber pronunciado apenas dos palabras, colgó.

—Espere ahí. Ahora la aviso.

El funcionario la acompañó a una sala y le señaló una silla. A los cinco minutos regresó.

—Lo siento mucho, pero no va a ser posible. El preso está incomunicado por el momento. Si quiere puede dejarle un recado o regresar otro día, aunque no le prometo nada. No sabría decirle cuánto tiempo estará en aislamiento.

—¿Con quién hay que hablar para ver a este preso? ¿Con el director del centro?

—Señora, ese hombre es peligroso. Está condenado por asesinato, se fugó... Además, yo no pongo aquí las normas, ya me entiende.

—Por supuesto que lo entiendo —concedió sin ganas—. Gracias.

Se dirigió a la salida hablando sola con la cabeza baja. Le parecía increíble. Habían vuelto a encerrarlo y lo tenían aislado. Era intolerable. Alguien la agarró del brazo.

—Disculpe, señora. ¿Qué necesita de Gabarra? Yo puedo hacerle llegar lo que sea.

Laura se giró. Vio que un funcionario de unos cincuenta años miraba hacia todos los lados menos a ella, acercándole el oído a la cara, como esperando una respuesta.

—Eh... de acuerdo —decidió—. Entréguele este sobre, por favor. Es muy importante que le llegue. Si me está engañando, yo...

—Delo por hecho —la interrumpió Celestino—. Yo me encargo. Buenos días, señora.

## Capítulo 24

Domingo, 9 de enero de 2005

Él no lo sabía. Le hubiese gustado, desde luego, pero no tenía ni idea de por qué la cocaína no había llegado a puerto. ¿Qué podía hacer? Por mucho que le preguntasen, lo chantajeasen, lo golpeasen o, incluso, lo matasen, solo podía negar.

Mientras intentaba encontrar una postura un poco más cómoda, Joaquín Gutiérrez pensaba si no hubiera sido mejor inventarse algo, es decir, si quizá mintiendo a aquel hombre no hubiese conseguido tener una oportunidad. Era posible, o al menos eso pensó en algún momento de la madrugada. Aunque claro, él no era nuevo; ni tonto. Quizá en otras circunstancias hubiera funcionado, o quizá incluso en estas, quién sabe. Fuere como fuere, ya era tarde. Mientras se maldecía por no haberlo intentado, se enderezaba apoyando las manos en el suelo y la cabeza contra la pared. Notaba algo cálido que caía por su comisura y, aunque no podía ver lo que era, se lo imaginaba.

Alguien lo había traicionado, era más que evidente. Y no solo eso. Había cavado su tumba. Estaba convencido de saber quién había sido. Lo hubiera matado con sus propias manos. Si no fuera porque se había dado cuenta tan tarde... Suspiró, se volvió a enderezar, e intentó pasarse un brazo por la frente para secarse el sudor, pero no le respondió.

En el fondo se alegraba de su situación actual. Llevaba tantos años fingiendo que se sentía agotado. Por fin podía dejar de dirigir una sección de la UDYCO cuyo trabajo había llegado a detestar, de sonreír al comisario tras sus mil bromas y chistes absurdos, de ponerse ese uniforme con ridículos galones que para él no significaban nada. ¿Acaso alguien en sus cabales podría siquiera plantearse que aguantar todo eso por cuatro duros podría resultar satisfactorio? Incautarse toneladas de droga, ingentes cantidades de dinero, innumerables buques, coches de alta gama, cuentas bancarias rebosantes de euros y él, mirando el euro al final de mes para poder llevar a su mujer a cenar a un restaurante decente. ¿Eso era justo? Solo un necio lo pensaría. El pinchazo que sintió en su estómago le hizo gritar, pero ningún sonido salió de su garganta.

Le decían que la unidad está pasando por un mal momento. Y él sonreía para sus adentros. ¿Qué estupidez era esa? La unidad estaba pasando por uno de sus mejores momentos. En los últimos años con él al frente, habían detenido a decenas de narcotraficantes peligrosos organizados para delinquir alrededor del mundo, y se habían incautado de toneladas de droga y millones de euros y dólares. Otra cosa es que algunas de las operaciones no salieran adelante, sus operaciones y sus señuelos, ¿qué había de malo en eso? ¿El balance no había resultado positivo? ¿Acaso él no tenía derecho a vivir mejor que esos delincuentes a los que detenía? Una vida entera dedicada al

cuerpo, entera, ¿y con qué le habían premiado? Como mucho, y tras un esfuerzo inenarrable, dos palmaditas en la espalda. Del director general de la Policía o del delegado del Gobierno. Dos políticos vendidos al mejor postor. La ira que sentía en esos momentos provocó que diese un golpe con el puño en el suelo, pero ni escuchó ni sintió el más mínimo impacto.

Ver a sus hombres luchando día tras día contra los grandes traficantes de droga sin más medios que cuatro ordenadores, un arma y un chaleco; doblando turnos; jugándose la vida en las vigilancias; aproximándose a esa gentuza peligrosa. Y, por otro lado, sin poder dar un paso sin el visto bueno de un juez que les denegaba intervenciones telefónicas y entradas y registros con medio folio y una firma trazada desde su sillón de terciopelo. Ese mismo juez que no dudaba en procesarlos cuando tenían que golpear a algún traficante para que no escapara y poder detenerlo, o cuando no habían tenido más remedio que sacar su arma reglamentaria. Pero ¿qué clase de justicia era esa? ¿Qué asco de país era este? No podía frenar su cabeza que no dejaba de pensar, pese al dolor que invadía sus sienes y se irradiaba hacia el oído izquierdo.

Fue al recapacitar cuando se dio cuenta de que estaba en el bando equivocado, en el bando perdedor. Y se cambió de bando. Así, sin más. Bueno, algo más sí tuvo que hacer: abrirse cuentas en paraísos fiscales, la vista gorda con buques, coches, camiones... que iban cargados de droga, dejar salir del país a peligrosos narcotraficantes; y, sí, también ordenar alguna que otra muerte. Pero a él solo le había dolido una cosa. Haber traicionado a sus hombres. Se golpeó la cabeza contra la pared con tal rabia que pequeños trozos de yeso y pintura cayeron al suelo, aunque él no los vio. Tampoco se hizo daño, pese a que hilos de sangre resbalaron por su nuca. Ya no le dolía ninguna parte de su cuerpo. No sentía nada.

Intentó mirar al frente pero la oscuridad era casi absoluta. «Sigue siendo de noche», pensó. Pero ya había amanecido en Madrid y los primeros rayos de sol se filtraban por la ventana. Aunque él no lo sabía, era otra oscuridad la que le había invadido. La oscuridad de la muerte, que había penetrado por sus ojos velados y recorrido todo su cuerpo, y que provocó que, justo en ese instante, se desplomara al fin sobre el charco de sangre que se extendía a lo largo del suelo de mármol que recorría el salón de su casa.

Lunes, 10 de enero de 2005

Edmundo Muñoz nunca había estado en Madrid. Después de tantas horas de vuelo, se duchó en el hotel, se cambió de ropa, comió algo ligero y se dirigió a lo que había venido a hacer. La casa del inspector jefe le pareció un refugio perfecto. Un ático en la calle Ayala donde una ancianita muy amable le había abierto el portal. El primer problema solucionado con una sonrisa y una pequeña conversación. Luego ya se las ingenió él para que Gutiérrez le abriese la puerta. No fue difícil, se conocían. Pero Gutiérrez ya sabía a lo que iba y verlo allí, en su casa, tras recorrer miles de kilómetros, activó todas las alarmas de Joaquín. Y quiso cerrarle la puerta en las narices, pero Edmundo no le dejó. La droga no la iba a recuperar; el dinero no lo iba a cobrar, pero no iba a quedar nadie vivo de todo aquello. Años atrás lo habría intentado. Primero habría buscado a sus hijos, después a su mujer, y delante de él los hubiera torturado hasta acabar con su vida. Luego habría obligado a Gutiérrez a darle todo, absolutamente todo lo que tuviera, y después lo habría matado despacio, viéndolo sufrir, y dejando la huella de haber sido torturado durante horas. Por si

a otro se le ocurría burlarse de él; para dar ejemplo. Pero ya estaba mayor para eso y, en realidad, tenía tal cantidad de droga en movimiento que le daba mucha pereza perder el tiempo con tanta muerte. Ese iba a ser el precio que pagaría. Su vida. Y cerrarían el negocio en España.

Se había dado cuenta de que la vieja Europa no le daba más que problemas y que en América todo era mucho más fácil. También en el norte de África. De hecho, entre Méjico y Guinea Bissau podría mantener su nivel de vida sin ningún problema y asegurar el futuro de sus hijos. Y desde allí, que se las arreglasen otros para introducir la droga hacia el norte de América y el sur de Europa, respectivamente. En esos dos países era mucho más fácil sobornar funcionarios, mientras que en España había tenido que esforzarse para ello hasta el hartazgo. Cargos duplicados, jerarquías que se extendían hasta el infinito. El jefe del jefe del jefe. Era imposible que alguno no fallara.

Por su experiencia, Edmundo sabía que eso de que todos tenemos un precio es mentira. Hay gente honrada que no se deja sobornar. Y no es cuestión de tiempo ni de la cifra del soborno. Él se lo había avisado a los responsables en España, se lo había dicho a Gutiérrez, pero este había insistido en que lo tenía todo bajo control. Y ahora, sin droga y con Gutiérrez muerto en el salón de su casa, no podía evitar reírse recordando esas palabras del inspector: «Lo tengo todo bajo control. Yo respondo por mis hombres». Y tanto que respondes. Por tus hombres y por tus errores. Y no digamos por no pagar una droga que se te suministra. «Maldito *jalabolas*», pensó.

Olvidó a Gutiérrez. Chasqueó un dedo y lo sacó de su mente. Pasó a engrosar el montón de los traidores asesinados. Decidió pasear por el parque del Retiro y visitar el museo del Prado. Se atrevió a comer cocido en un restaurante cuya única especialidad era esa y le sentó bien. Al caer la tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse tras los edificios más altos de la ciudad, paró un taxi y se dirigió hacia la calle de Santiago de Compostela. El trayecto fue largo porque el tráfico en Madrid a esas horas era intenso, y cuando llegó a la Audiencia Provincial dudó si el fiscal jefe aún se encontraría allí, pese a que Gutiérrez le había asegurado que tenían una cita. Así solían verse para no levantar sospechas, le había dicho. A última hora, cuando no quedaba más seguridad en el edificio que tres o cuatro guardias en la entrada. Cuando por fin llegó, exhibió la placa del Cuerpo Nacional de Policía que el mismo Gutiérrez le había facilitado meses atrás. No tuvo ningún problema para introducirse en el edificio.

Subió a la undécima planta y siguió las indicaciones, hasta que una señora de cierta edad, tras una mesa, le dio las buenas tardes. No le pasó inadvertida la cara de extrañeza de la mujer, pero Edmundo, con su placa en la mano, insistió en que el fiscal jefe lo esperaba. En realidad no a él, pero al inspector jefe Joaquín Gutiérrez le había surgido un imprevisto y lo había mandado en su lugar, le dijo a la mujer sonriendo con la mayor amabilidad que fue capaz de reunir. Aun así, ella descolgó el teléfono. No quería matarla. Parecía una buena persona que solo hacía su trabajo, pero de buenas personas que se interponían en sus planes estaban los cementerios de medio mundo llenos. Esperó unos instantes dándole tiempo para que hablase con su interlocutor. Sus rizos rubios, sus gafas de pasta y su sonrisa le mantuvieron alrededor de un minuto acariciando el revólver que tenía en la espalda, oculto tras el pantalón. Cuando se estaba decidiendo a usarlo, colgó.

—Es esta misma puerta. —Señaló la estancia que quedaba escasos metros a la derecha de Edmundo—. Dice que lo recibe ahora, así que pase usted.

Edmundo hizo una leve inclinación de cabeza y acto se dirigió adonde le había indicado la mujer. Cerró la puerta al entrar. El despacho del fiscal jefe, una estancia amplia y decorada con sofás de cuero y telas de terciopelo, era más bonito de lo que se esperaba. La cara de Soller, cuando por fin reparó en él tras entornar los ojos en su dirección como si fuera miope, reflejando terror era más acorde con sus expectativas.

—Ilustrísimo señor fiscal jefe. Es un placer volver a verlo. Aquel encuentro en Caracas queda ya tan lejos... ¿No es así?

Amancio solo observaba. En un momento dado hizo ademán de acercar su mano al teléfono. La sonrisa de Edmundo le advirtió.

—Señoría, no toque ese teléfono. Lo digo por su bien y por el de su secretaria, la rubia. Una mujer muy amable y comprensiva. Imagino que querrá volver a verla. Viva, quiero decir.

Amancio apoyó los brazos sobre el escritorio y se quedó inmóvil. Miraba al hombre que tenía delante intentando no transmitir ninguna emoción, sin éxito.

—¿Dónde está la droga, mi señoría?

El fiscal jefe se colocó el nudo de la corbata mientras intentaba explicarse.

—La operación se ha complicado, pero aún conservamos esperanzas. Al menos yo. Gutiérrez es más pesimista, aunque yo insisto en que alguien en tierras españolas ha debido de asaltar el buque que traía la cocaína y robarla, porque cuando mis hombres fueron a su encuentro lo hallaron a la deriva, sin rastro de la droga y con los tripulantes, sus hombres, muertos. Pero estoy seguro de que podremos descubrir quién ha sido y recuperarla.

Edmundo sonrió y bajó la cabeza. Después miró de nuevo a los ojos de Soller. Tomó asiento en una silla que había frente a él. Ya solo los separaba el escritorio, circunstancia que al fiscal provocó, si cabe, más terror.

—La droga, una vez llega a España, es su responsabilidad, desde siempre. Yo he trabajado mucho en Venezuela para que mi parte saliese bien, ¡cónchale!

—El señuelo no llegó y nos desconcertó. Y eso era responsabilidad suya.

—Hubo problemas. Avisé a su inspector jefe, ilustrísima señoría —lo interrumpió—. Tres veces. Y me arriesgué mucho porque ya sabe que no se nos permite comunicarnos una vez la operación está en marcha. No obtuve respuesta.

—Yo no sé nada de eso.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que el cargamento real sí llegó a España poco después, ¿verdad? Se lo voy a preguntar una vez más. ¿Dónde está mi droga, señoría?

—Yo tengo contactos en Galicia. Y con la Fiscalía, evidentemente. Se suponía que ahí no íbamos a tener problemas. Lo demás era cosa de Gutiérrez.

—Se suponía.

—Aún estoy intentando averiguar lo que ha ocurrido.

—No me importa. Me tiene *ladillado*, su ilustrísima señoría. Y yo he cumplido. He trabajado mucho. Pero ¿qué vaina es esta? Devuélvame la droga o págume. Y no me hable de Gutiérrez. Llevo semanas acordándome del coño de su madre. Esta madrugada el huevón ha tenido la bondad

de recibirme en su casa y no he conseguido nada. Me temo que ya no va a poder seguir buscando la cocaína con usted.

Amancio tragó saliva, despacio, como si tuviera tan cerrada la garganta que ni siquiera le cupiera.

—Verá. También estoy en ello. La situación es compleja porque los que me tienen que pagar, al no haber recibido la droga, no me han pagado. Pero mis hombres están trabajando bien. Denos un tiempo, aunque solo sean unos días. Al fin y al cabo, la mitad del dinero sí se lo he abonado.

—Tiempo... ¿Me pide *chance*? —Edmundo se había cruzado de piernas y jugaba con un jabalí de bronce que decoraba el escritorio de Soller—. ¿Sabe quién me ha suministrado a mí la droga? Exacto. Unos hombres muy simpáticos que da la casualidad de que son de las FARC. Ya sabe, allá en Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias, ¿le suenan? Esos son mis compinches.

»Allí son unos huevones muy conocidos. Sobre todo por una característica fundamental: si fallas, te matan. Sin dar tiempo, sin tregua, sin plazos, ¿entendiste? Por eso he venido a Madrid en persona. Y aquí estamos nosotros, que se supone que somos unos de los cabecillas de todo esto, intentando entendernos. Aquí no puede haber *chance*, mi ilustrísima señoría. Tengo que bajar la plata y tengo que hacerlo ya.

—Solo le pido unos días. Ya hemos conseguido pararles los pies a los policías que nos estaban investigando. Sabíamos que acercarlos a la operación era arriesgado, pero descubrieron que hay policías corruptos en la unidad de Gutiérrez. Incluso acabaron sospechando de él. Era necesario hacerlo. Les hemos tenido entretenidos con las intervenciones telefónicas y todo el lío de la Cañada Real. Eso lo hemos conseguido tal y como habíamos acordado.

—He descubierto que han tenido que sacar a un preso peligroso de la cárcel para matarlos —lo interrumpió Edmundo—. ¡A quién se lo ocurre! ¿No podía haberlo hecho usted, ilustrísimo, o alguno de sus hombres? ¿O el otro huevón, Gutiérrez? ¿Cómo es posible tanta torpeza? Así no se gana, señor Soller, arriesgando tan poco lo más normal es perder.

—No se ofenda, pero esto no es Venezuela. Aquí la policía no puede ir pegando tiros. El preso ha cumplido su misión. Disparó a uno de los agentes. No lo mató, pero se han olvidado del asunto. Creo que están asustados.

—Asustados. ¿Y por qué la droga no aparece? Cuando se recuperen querrán saber quién ha intentado asesinar a uno de los suyos y, créame, esos policías suyos se dejan la piel por un compañero herido. Y el miedo se convertirá en rabia. Lo descubrirán. No hay marcha atrás, mi ilustrísima señoría, y es por eso por lo que estoy ahora mismo con usted.

Edmundo se levantó y se dirigió hacia Soller. No lo miraba a él, sino más atrás. El fiscal jefe se dio cuenta y se giró. Detrás de él no había nada, excepto la bandera de España. Edmundo la cogió. Un pie de aluminio dorado con un mástil de más de dos metros, que acababa en una punta afilada en forma de flecha, sujetaba la tela roja y gualda. Amancio comprendió al fin. Miró a través de la ventana que el venezolano acababa de abrir y pensó, al ver las luces, en cuántas personas estarían siendo víctimas de cualquier delito en ese mismo momento, compartiendo su suerte. Personas que, a diferencia de él, eran inocentes. Y se preguntó, mientras Edmundo le clavaba esa especie de lanza en el pecho, si todos habrían sentido el miedo que, con un temblor incontrolable en las manos y en las rodillas, se había apoderado de él en ese preciso instante.

La imagen del fiscal jefe con la bandera de España clavada en el pecho reconfortó a Edmundo. Sentía que se había hecho justicia. A su manera. Se colocó el traje, se dio la vuelta, abrió la puerta y salió.

—Ha sido usted muy amable —le dijo a la secretaria—. Le agradezco muchísimo que haya conseguido que todo un fiscal jefe reciba a un simple policía a estas horas. Seguro que el señor Soller se lo tiene en cuenta para el futuro. Al menos eso me ha dicho. También ha insistido en que no lo moleste porque está hablando por teléfono, y que se vaya usted a casa, que es tarde.

La mujer sonrió, y contenta empezó a recoger sus cosas. Cuando levantó la cabeza de nuevo, Edmundo Muñoz ya estaba dentro del ascensor. Eran las ocho y media de la tarde. Doce horas después la misma mujer abriría la puerta del despacho de su jefe y se desmayaría tras observar su cuerpo recostado en la silla con el mástil de la bandera clavada en el pecho y la roja y gualda ondeando por la brisa que entraba por la ventana abierta.

El Manco quitó una de las sábanas de la cama. Con su única mano, la izquierda, agarró un extremo y, ayudándose con el muñón derecho para sujetarlo, lo ató a la percha que sobresalía de la parte de arriba de la ducha, y tiró con fuerza para asegurarse de que aguantaría. Pasó la sábana por encima del murete que separaba el váter del resto del baño, y después se subió al sanitario, se ató el otro extremo de la sábana al cuello, respiró hondo dos veces, cerró los ojos y se dejó caer. Pasaron solo unos minutos y dejó de respirar. Cuando aún pataleaba, sonaron unos pasos aproximándose poco a poco a la celda, pero él no los escuchó. Era Gabarra que gritó para que le abrieran la puerta de la celda. Entró e intentó sujetar al Manco, que oscilaba colgado de la sábana, y subirlo para evitar que su peso lo ahorcara. Pero ya era tarde. Enseguida entraron dos funcionarios que lo bajaron y le tomaron sus constantes vitales, confirmando su muerte.

Ricardo se sentó en la silla del fondo de la celda y se pasó la mano por la cara. El esfuerzo por levantarlo le había hecho sudar, y su respiración era entrecortada y agitada. Se giró y vio algo sobre la mesa. Era el libro; su libro: *El conde de Montecristo*. Se fijó en que sobresalía parte de un folio en blanco en el que leyó:

*Compadre, no me odies. Celestino me ha enseñado a leer y a escribir. Espero que entiendas mi letra. Han detenido a la Paca y la han metido presa. Mis niños están en los Servicios Sociales. No sé nada de ellos. Hasta han tirado la casa abajo.*

*Sin mi hembra, sin mis niños... no puedo. Tenías razón. La familia es lo más importante. Y estos días, además, sin ti...*

*Eres lo más grande, compadre. Sal de aquí, como sea. Busca a Sara y recupera tu vida.*

*Siento haberte fallado. Gracias por todo.*

El folio marcaba una página del libro donde había una frase subrayada: «¿Seguirás tu camino tal como te lo depara la suerte sin tratar siquiera de combatirla?».



## Capítulo 25

Martes, 11 de enero de 2005

Llegó temprano a la habitación veinticinco del Hospital de La Paz tras una noche agitada. Concluyó que las pesadillas formarían parte de su vida para siempre. Llamó a la puerta, esperó unos segundos y entró sin oír la respuesta que alguien pronunció junto a la ventana, en concreto Gálvez.

—Buenos días. Pensaba venir antes pero, como siempre, estoy hasta arriba.

Tumbado en la cama y con la tez pálida, Jaime sonrió. Rodrigo se levantó del sillón en el que estaba, situado al lado de la cama del paciente, y la abrazó.

—¿Cómo está? —preguntó a Jaime.

—Recuperándome, que es lo importante.

—Qué susto. Y qué absurdo, ¿por qué habrán querido matarlo?

—Cuéntenoslo usted. Seguro que su amigo el comisario solo se anda con secretitos con nosotros —dijo Gálvez, que continuaba de pie junto a la ventana, dándoles la espalda y mirando hacia la calle.

—Me encanta verlo tan cariñoso como de costumbre. —Gálvez se giró y le hizo una reverencia. Después volvió a mirar a través de la ventana—. He venido a ver cómo está Jaime, por supuesto, pero también tengo muchas cosas que contarles.

Jaime respiró hondo. No parecía con demasiadas fuerzas para escuchar lo que quiera que tuviera que contarles Laura. Ella se dio cuenta.

—Si usted está cansado, vuelvo en otro momento.

Él negó con la cabeza. Ella decidió sentarse en una silla que había bajo la televisión y que acercó hasta el sofá que ocupaba Rodrigo. Gálvez se dio la vuelta y se quedó de pie junto a la ventana. Laura se permitió coger una taza que había en una bandeja sobre una mesa y se sirvió café. Dio un primer sorbo y empezó a hablar. Les contó con detalle todo lo relativo a Gabarra: la identidad falsa, la identidad real, los motivos de su cautiverio —endulzados porque no quiso mencionar nada relativo a *esos* y solo les explicó que todo ocurrió por un error en una operación fallida que no podía salir a la luz—, y la supuesta fuga. Lo que no pudo aclarar fue lo del disparo a Jaime ni tampoco quiso hacer elucubraciones. Quizá ellos esperaban más respuestas, o eso parecía por sus rostros, serios y fríos pero, sobre todo, expectantes.

—¿Hay algo por escrito que corrobore todo lo que dice? —preguntó Gálvez.

—Sí, al menos en parte. Sus huellas coinciden.

Gálvez dio unos pasos hacia Laura. Los demás parecían demasiado impactados como para abrir la boca.

—¿Qué ha sido del tal Gabarra?

—Ha vuelto a Soto del Real.

—¿Y qué ha dicho del hombre que lo esperaba en la cabaña? ¿Ni siquiera le sonaba su voz?

—No sabe nada. No pudo verlo y dice que la voz estaba distorsionada. Es imposible que pueda reconocerlo.

—¿Y el funcionario que lo sacó de la prisión? Deberíamos ir a hacerle unas preguntas.

—No —dijo Jaime de pronto—. No haremos nada de eso. De hecho, no haremos nada.

—¿Cómo? ¿Vamos a quedarnos de brazos cruzados cuando han intentado matarte?

—Exacto. Tú lo has dicho. Han intentado matarme a mí y esta decisión me pertenece.

—Joder, Olivares. Dile algo.

Rodrigo tenía las manos entrelazadas bajo la barbilla y los codos apoyados en los brazos del sillón.

—Así que van a rendirse —dijo Laura al ver que Rodrigo no reaccionaba.

—No se trata de eso —se defendió—. No sabemos qué ni quién hay detrás de todo esto. Si han intentado matarme, y no lo han conseguido, es posible que vuelvan a intentarlo. A mí o a alguno de vosotros. No merece la pena correr ese riesgo.

—De puta madre —dijo Gálvez y se giró de nuevo en dirección a la calle—. Nos hacemos nuestras necesidades encima y nos retiramos. ¿Alguien tiene una banderita blanca? Podríamos darnos una vuelta por comisaría, incluso por la Cañada, ondeándola. —Imitó el gesto con la mano.

—Gálvez tiene razón. Retirarnos ahora es un error. Y muy patético. Demuestra que nos pueden parar como les plazca. Y que tenemos miedo.

Las palabras de Rodrigo sobresaltaron a Jaime.

—¿Quieres que te maten? ¿Por unos kilos de coca? Pues adelante. Juégate la vida.

—Ese es precisamente nuestro trabajo —zanjó.

Gálvez se giró de nuevo y se sentó en el borde de la cama de Jaime.

—Tú recupérate. Olivares y yo descubriremos quién es ese cabrón. Si te han pegado un tiro es porque tenemos algo gordo entre manos. Además, sabemos que hay manzanas podridas en las alturas que están involucradas. ¿Lo vamos a dejar así?

—Laura, hay algo que no le hemos contado —empezó Jaime ignorando a Gálvez.

—No —lo interrumpió ella—, Gálvez tenía razón. Esta es una operación policial y yo no soy policía. La decisión, así como la investigación, es cosa suya. Hagan lo que consideren oportuno, pero creo que deberían respetar la decisión de Jaime. —La mirada de Gálvez provocó que se arrepintiera de la última frase que había pronunciado y le dio pie a cambiar de tema—. Y, bueno, luego hay otra cosa. Nos van a expedientar. No sé si a todos, pero al inspector y a mí seguro que sí.

Jaime suspiró.

—Laura, ese es el menor de mis problemas, créame. Por quien sí lo siento es por usted. No se lo merece.

—Bueno, quizá en parte sí. El otro día estuve con el fiscal jefe y, según iba recapitulando y hablando, hay que reconocer que algún motivo puede haber. Pero tengo una gran noticia que darles. —Una sonrisa se dibujó en sus labios—. Por fin hemos resuelto el caso de la niña. Es más increíble aún que la historia de Gabarra. Carvajal, el inspector que dirigía la investigación, ha descubierto que el asesino tenía un cómplice y era su mujer.

»Rodrigo, tenía usted razón. Y lo más sorprendente de todo es que tenía a otra pequeña secuestrada que el inspector ha rescatado sana y salva. Ya les contaré los detalles. ¿A que es increíble?

En ese momento, Laura se giró para servirse otra taza de café aún con la sonrisa en la cara. Sin pretenderlo porque no la estaba viendo, alzó la vista hacia la televisión.

—¡Súbalo! —gritó.

Rodrigo cogió el mando y obedeció desconcertado. La taza de Laura se estrelló contra el suelo. Las noticias informaban de los asesinatos, en extrañas circunstancias, de Gutiérrez y Soller.

Ricardo lo vio venir de lejos y lo miró a los ojos, pero él no fue capaz de sostenerle la mirada más de unos segundos y después la fijó en el suelo. Aun así, se aproximó hacia donde se encontraba.

—¿Qué pasa, Gabarra?

Ricardo intentaba contener su ira, pero la forma en la que su corazón comenzó a latir, y sus manos a sudar, le hicieron presagiar que no lo conseguiría.

—No sé cómo tienes huevos de venir a preguntarme qué pasa. Lárgate. Estoy pensando en mi amigo muerto. El único que he tenido en la vida. Se llamaba Manco. ¿Te suena?

Celestino se sentó junto a él.

—Veo que ahora prefieres sentarte en el suelo con la espalda pegada a la pared, con lo cómodo que es el banco de siempre —observó.

—Es para poder ver de frente a los hijos de puta que vengan a matarme... o a traicionarme.

Celestino guardó silencio durante unos instantes.

—No es lo que crees.

—¿Que no es lo que creo? A ver, ¿qué es lo que crees que creo y no es? Ilústrame.

—Tú no lo entiendes.

Ricardo se giró unos centímetros para poder mirarlo de frente, aunque el funcionario continuaba de perfil, con la vista fija hacia delante.

—Estabas conchabado con esos hijos de puta desde el principio. Sabías quién era yo, fingiste que me entendías, que me ayudabas, en definitiva, que eras mi amigo, pero solo para controlarme y para que, cuando me metieses en la cabeza toda la historia esa de la fuga, yo no dudase ni un solo segundo y te siguiera a ciegas.

»Y me dirigiste hacia un lugar donde me obligarían a matar a dos personas inocentes, o donde me matarían. Y todo eso ha provocado que mi mejor amigo acabase con su vida. Un buen hombre, joder, sabes que el Manco era un buen hombre. ¿Qué coño es lo que no entiendo exactamente?

—Esta gente no se anda con chiquitas. O estás con ellos o estás contra ellos. Y, créeme, que quien teje la madeja de esta historia y mueve los hilos es un pez gordo. En realidad, lo que he

hecho ha sido protegerte durante todo este tiempo. Querían matarte. Los convencí para que te sacaran diciéndoles que en la montaña tú podrías sobrevivir.

»Lo hice por ti, para que escaparas. Estaba seguro de que lo conseguirías y tenía la esperanza de que no encontraras esa cabaña. Y que, si la encontrabas, mataras a ese cabrón con el arma que te di. Del Manco no sé nada, creo que ha sido una triste casualidad, por favor...

—Ni se te ocurra mencionarlo. Yo solo sé que me has traicionado y que por tu culpa mi único amigo se ha ahorcado en su celda, en nuestra celda. Joder, Celestino. Y que si yo hubiese estado aquí... —La rabia le impidió continuar.

—Amenazaron con secuestrar a mi hijo. El pequeño. —Celestino comenzó a llorar—. Me dijeron que, si no hacía exactamente lo que ellos querían, lo matarían. Un día, incluso, cuando mi mujer fue a recogerlo al colegio, se lo encontró con uno de ellos. Yo soy otra víctima más en todo esto, ¿no lo entiendes?

—Haberle echado huevos, Celestino —lo interrumpió Ricardo—. Yo se los llevo echando siete años. Y también he perdido mucho. Es más, lo he perdido todo. Y aquí sigo. Sin doblegarme. Muerto en vida, de acuerdo, pero sin matar a otros. Y sin traicionar a los amigos. ¿Y esos diez mil euros de tu soborno que me comentaste? Ahora me dirás que no llegaron a tu cuenta.

Los sollozos de Celestino, sonoros y compungidos, hicieron que Ricardo solo deseara que se marchara. Sin explicaciones. Sin tirar del hilo. Al fin y al cabo, qué más daba quién y qué era lo que en realidad había ocurrido. El Manco estaba muerto y él, confinado en esa prisión de nuevo, no creía que durase demasiado en manos de los georgianos. Y en realidad era lo que esperaba, que acabaran con su vida lo antes posible, y así poder dejar de sufrir por fin.

—Lárgate, por favor. Si alguna vez has sentido aunque fuera un mínimo aprecio por mí, quiero que te vayas y que jamás vuelvas a dirigirte a mí. Hazme ese único favor.

Celestino se levantó. Ya había conseguido controlarse un poco y, tras secarse con el brazo sus lágrimas, le extendió la mano con un sobre.

—Toma. Esto me lo han dado para ti. Escóndelo. No es ningún truco, te lo juro. Y si a ti te queda al menos el mínimo aprecio por mí del que hablabas antes, me creerás.

Ricardo alzó la vista y dudó. No podía fiarse de él, simplemente no podía. Y estaba cansado. Pensaba y dudaba cada vez más, mientras miraba el sobre que Celestino sostenía a menos de medio metro de su cara.

—Me lo ha dado una fiscal que ha venido a verte pero, claro, no la han dejado pasar. Yo estaba cerca y lo he oído, así que me he ofrecido a entregártelo. Es una fiscal, Ricardo, créeme, no es nada malo. Ella estaba muy ansiosa por dártelo. No sé lo que es, no lo he abierto. Se llama Laura Lizaurz.

Ricardo fijó sus ojos en los de Celestino.

—Me estás mintiendo de nuevo.

Celestino se limitó a mover el sobre hacia su cara. Ricardo lo cogió al fin. No podía quedarse con la duda. ¿Laura? Esa mujer una vez lo creyó. Quizá la única persona que lo había creído desde el principio. Abrió el sobre con celeridad. Una foto de Sara y de... sus ojos se llenaron de lágrimas, no podía ser posible. Leyó la parte de atrás:

*Son tu mujer y tu hija, Ricardo. Las conocí, por casualidad, el día seis de enero porque fui a visitar tu tumba al cementerio y allí estaban ellas.*

*Sara me habló de vosotros y me contó que cuando todo ocurrió ella estaba embarazada, aunque aún no lo sabía. Yo no le he dicho nada, porque la decisión es tuya.*

*¿Qué decides?*

Después había un número de teléfono y el nombre completo de Laura escrito en mayúsculas.

Ricardo se levantó de un salto, agarró a Celestino del abrigo y lo empotró contra la pared.

—Como sea otro de tus miserables trucos, juro que te liquido, aunque sea lo último que haga en esta vida, ¿lo entiendes?

—Tengo otra idea. Para que te fugues, me refiero. —Celestino asintió y lo miró. Ahora sus ojos brillaban ansiosos y sin atisbo de miedo alguno.

Ricardo se limpió la nariz con el brazo. Dudaba. Sin embargo, no consiguió impedir que un sentimiento se fraguara en su interior. Su vida recobraba sentido y sonrió al imaginar su venganza. Pero no por él, ni por su familia, ni para que pagaran por lo que habían hecho, sino con el único propósito de que su amigo muerto pudiera descansar en paz.

«Combatiré mi suerte», pensó. «Combatiré nuestra suerte, amigo mío».

Encendió el televisor. La segunda edición del telediario abrió con la noticia. Escuchó cómo el presentador, con cara de circunstancias, explicaba que el fiscal jefe de la Fiscalía Provincial de Madrid, Amancio Soller, y el inspector jefe de la Unidad de Droga y Crimen Organizado, Joaquín Gutiérrez, habían aparecido asesinados. Explicaban las circunstancias de las muertes, sin dar demasiados detalles, mientras aseguraban que se había decretado el secreto de sumario y que parecía que habían sido ejecutados. Lo único que se había filtrado era que Gutiérrez llevaba muerto más de un día, y que su cuerpo no se había descubierto antes porque su mujer y sus hijos se habían tenido que ausentar del domicilio por la enfermedad de un familiar.

El hombre, sentado frente al aparato y con un Davidoff en la boca, no pudo evitar esbozar una sonrisa mientras jugaba a girar con el dedo índice el cañón de su revólver. Cientos de muñecas decapitadas ocupaban su salón. Ya había sacado la cocaína de su interior. Le parecía una lástima no haber podido llevarse más. «Gajes del oficio», pensó. Trabajar solo tiene sus inconvenientes. Hay que ocuparse de todo con dos manos y una cabeza. Aunque también tiene sus ventajas, porque nadie podría traicionarlo jamás. La confianza en los policías corruptos, en los asesinos y en los traficantes de droga es imposible que exista; su naturaleza la repele.

Cuando los venezolanos descubrieran que el fiscal y el inspector no los habían traicionado y que la droga flotaba en algún lugar del Atlántico... Aunque no creía que lo supieran jamás. En el fondo lo entendía. Habían perdido millones y eso se paga, si no con dinero, con la vida. Esas eran las reglas del juego. Además, esos dos cabrones estaban bien muertos. Al fin y al cabo, y en lo que a Gutiérrez se refería, así se regeneraba un poco el cuerpo. Había jurado quince años atrás lo de «proteger y servir», pues eso, «sirviendo como se puede a la sociedad y protegiéndola de los corruptos», pensó riendo como un niño.

Después de todos los obstáculos que había tenido que vencer y de todos los problemas que había tenido que solucionar, había decidido retirarse. Pero a lo grande. Poner una cámara en el cráneo del animal que presidía el despacho de Gutiérrez había sido su mejor decisión. Cuando vio que Jaime lo registraba, se dio cuenta de que estaban muy cerca de descubrirlo. No podía arriesgarse. En algunos momentos, ver a Gutiérrez descolocado e incluso superado por los reveses de la operación le inspiró sentimientos de compasión. Aunque no le duraron demasiado, solo las escasas horas que tardó en deducir que si Gutiérrez caía, él también.

En el fondo le estaba agradecido. Habían sido muchos años los que habían pasado delinquiendo juntos, lo que se había traducido en una inmensa cantidad de dinero. Aunque, a diferencia de Gutiérrez, él no iba a ser tan torpe como para dejarse atrapar. Él era un triunfador. Y hablando de triunfos, otro éxito del que estaba muy orgulloso era de haber encontrado una caja de seguridad de Gutiérrez y haber eliminado todos esos documentos que le comprometían y que el estúpido de su jefe guardaba, sin que siquiera sospechase de él ni un solo instante.

El esfuerzo había resultado agotador. Jugar a dos bandas; evitar que unos y otros lo descubrieran... Aquella historia que le hicieron inventar sobre Andradas con Asuntos Internos, para lo que le había tenido que robar el móvil, hacer llamadas a Venezuela haciéndose pasar por él, devolvérselo... Por no hablar de la fiscal. Seguirle la corriente tampoco le había resultado fácil. Y vigilarla, perseguirla e intentar convencerla para que hiciese lo que debía... Eso sí, ocultarle a Gutiérrez que los venezolanos se habían puesto en contacto con él por problemas con el envío del señuelo le divirtió. Ahora lo pensaba y la sonrisa regresaba a sus labios. Aunque lo que realmente le hacía esbozarla en plenitud era recordar lo que había ocurrido con la Asiática. Con aquello sí disfrutó. Y ya llevaba muchos contratiempos a sus espaldas. Se lo había merecido.

Apagó el cigarro aplastándolo contra un cenicero y un pensamiento le vino a la cabeza. Si tenía que arrepentirse de algo, solo lo hacía de no haberle metido dos tiros a Gabarra aquella noche en la montaña. Sabía que no cumpliría el encargo y no les había dado más que problemas. El hijo de puta aún tenía alma de picoletto. Soltó una carcajada. Aunque, pensándolo bien, aún tenía su oportunidad. Había regresado a la cárcel. «Pero tenía familia, ¿verdad?», se preguntó con una sonrisa que brillaba más que su revólver plateado.

Se rascó con el cañón la pequeña viuda negra que tenía tatuada en el cuello.

«Siempre hay segundas oportunidades para ajustar cuentas», pensó.

Sobre todo si uno sabe jugar bien sus cartas.

Y Raúl Gálvez sabía.

## Capítulo 26

Tres meses después

La playa de La Concha estaba casi desierta. Un martes laborable del mes abril y la hora del mediodía eran los culpables de que apenas hubiese gente asomada a aquella famosa barandilla blanca. Los reflejos del sol al chocar contra el mar obligaron a Laura a cerrar los ojos. Respiró hondo, dejando que el aroma del salitre la inundara, y liberó la mente. La calma y la paz. Comenzaba a sentir que la felicidad era posible de alcanzar en esa tierra, su tierra; y a la vez, empezaba a pensar que marcharse había sido un error.

Cuatro años atrás su situación en el País Vasco no era la mejor, eso resultaba evidente, pero había otras cosas que en la gran urbe eran imposibles de disfrutar. Y en su mente, su eterna balanza de pros y contras ya no caía del lado de la capital del reino, a pesar de la gran losa que había en esa ciudad; a pesar del terrorismo. No es que en Madrid no hubiese atentados, por supuesto que los había, pero ella solo se había enfrentado cara a cara con *ellos* aquí, donde incluso había tenido que aguantar sus sonrisas de soslayo cuando se cruzaban por la calle, sus insultos susurrados y sus asesinatos. Esos perpetrados sin ningún tipo de sigilo o disimulo. De compañeros, de amigos y de desconocidos que tenían una vida que vivir y que esos desgraciados decidieron truncar porque sí, porque podían hacerlo.

Al final reconoció que fue Jon quien inclinó la balanza hacia el lado de Madrid, hacia el lado de la huida. Cuatrocientos kilómetros más al sur, nada había cambiado. Había seguido queriendo a Jon, había llevado un asunto en el que una pareja asesinaba a niñas inocentes y había sufrido la muerte de otro amigo más por los miserables de siempre. Por eso concluyó que podía conseguirlo; podía mantenerse cerca de sus raíces, cerca de *ellos*, incluso cerca de Jon, y conocer la felicidad enfrentándose a todo. Y podía hacerlo sola.

Había necesitado cuatro años para entenderlo. Por muy lejos que huyas ni los sentimientos se diluyen, ni los muertos desaparecen, ni los asesinos dejan de matar.

Seguía ensimismada mirando el mar cuando escuchó que alguien se le acercaba por la espalda. Se quedó quieta unos instantes y sintió que su mente volvía a experimentar ese terror del que tantas veces había sido presa, hasta que escuchó una voz familiar:

—Estas vistas no las tenemos en Madrid.

Se giró enseguida. Lo había reconocido. Rodrigo Olivares sonrió de inmediato al verla y ella no pudo evitar abrazarlo. Se mantuvieron así unos segundos, hasta que ella se separó.

—¿De verdad eres tú? ¿Aquí? —le preguntó observándolo de arriba abajo.

—Eso parece.

—¿Y dónde está tu coleta? Pero ¿qué has hecho? ¡Te has rapado el pelo! ¿Y el tatuaje? Lo sigues teniendo, ¿verdad?

—Sí. —Él sonrió—. Me temo que ese es para siempre.

Laura no podía dejar de mirarlo, entre sorprendida, extrañada y contenta. Pero sobre todo contenta.

—Hacía mucho tiempo que no venía a San Sebastián y he decidido hacerlo ahora—aclaró él como si estuviera obligado a dar una explicación de su presencia allí, aunque ella no le había preguntado.

—¿Has venido por algo en concreto?

—En realidad, me apetecía verla a usted —carraspeó— y, bueno, ya sabe que a mí me gusta comer y la gastronomía vasca es de mis favoritas. ¿Me dejaría invitarla?

—Rodrigo, hemos atravesado juntos muchas tempestades. Creo que ya es hora de que nos tuteemos.

Él asintió con cierto reparo. Pero la sonrisa y la determinación de ella, cuando se enganchó de su brazo, lo convencieron. Era pronto todavía. Antes de irse a comer, y viendo que el tiempo lo permitía, aprovecharon y dieron un paseo frente a la playa.

—¿Qué tal todo por Madrid? —preguntó Laura.

—Regular —contestó él con la mirada al frente—. Las aguas no han vuelto a su cauce. Lo de Gutiérrez ha sido un golpe muy duro. Llevaba muchos años en la unidad. Hay compañeros que han trabajado con él casi toda su carrera. No acabamos de creérmolo.

—No me extraña. ¿Y Jaime?

—Muy afectado. En el fondo lo apreciaba. Y mira que fue quien más sospechó de él y desde el principio, pero llevaban tanto tiempo trabajando juntos que no puede asimilarlo. Entiéndelo.

—Lo hago.

—Se ha ido a Extranjería. Eso lo sabes, ¿no? —Ella asintió—. Lo echo mucho de menos. Aunque es evidente que allí estará más tranquilo.

—¿Y su hombro?

—Está bien, Laura. Se está recuperando.

Ella sonrió con alivio.

—Oye, yo... —balbuceó—. Ni siquiera os he llamado en estos meses. Creo que te debo una explicación. No quiero que pienses que he huido y os he abandonado, es solo que...

Rodrigo la paró con la mano.

—No tienes que darme explicaciones. Cada uno se ha enfrentado a esto de la mejor manera posible, y poner tierra de por medio y volver a tu casa ha sido la tuya. Nada más que añadir.

—Pero debí decíroslo. Es que todo fue tan rápido... Salió el concurso y apenas dudé. Fue extraño porque jamás pensé que pudiera regresar. Se resolvió en un tiempo récord y aquí estoy.

—Te veo muy bien y eso solo puede significar una cosa, que has tomado la decisión correcta.

Un grupo de chavales con sus monopatines cruzó el paseo haciendo una ese para esquivarlos. Laura se distrajo mirándolos y no se dio cuenta de que Rodrigo se había parado en seco.

—Yo... debí verlo venir, Laura —dijo con la voz entrecortada—. Cuando Gutiérrez se empeñó en que no investigase el chivatazo de la corrupción. —Se pasó la mano por la cabeza—. Quizá



ahora estaría vivo. Lo pienso cada día, por la mañana, por la tarde, por la noche. Me estoy volviendo loco.

Sus ojos se tornaron vidriosos y se tuvo que esforzar para mantener la compostura.

—No digas eso, no es verdad. No paraste de trabajar ni un instante. Yo te vi, no te martirices. Si alguien puso todo su empeño en este asunto fuiste tú.

—Si ya sé que trabajé, pero en la dirección opuesta. No estuve donde tenía que haber estado y eso me machaca cada vez que me viene a la cabeza. No soy capaz de...

—Tienes que entender que en eso consistió su juego —lo interrumpió ella—. En dirigirnos hacia donde querían que estuviéramos, para que así no nos fijásemos en sus fechorías.

Tras un largo suspiro y asentimiento de Rodrigo, comenzaron a andar de nuevo.

—Nos engañaron nuestros jefes. Se dedicaban a eso contra lo que llevábamos luchando media vida. Con mentiras, con manipulaciones, con juego sucio. —Negó con la cabeza y luego miró al frente unos instantes, como ausente, hasta que fijó los ojos de nuevo en ella—. Sé que durante estos meses no te has interesado por los avances en la investigación y no estoy muy seguro de si quieres saberlos.

Ella dudó. Amancio había sido asesinado, todo apuntaba a que por un ajuste de cuentas realizado por una organización criminal dedicada al narcotráfico. Una organización de la que él había formado parte, él... un hombre que había jurado hacer cumplir la ley y que, en su lugar, se había dejado corromper; ese fiscal al que ella había acudido en tantas ocasiones para pedirle ayuda, consejo, apoyo... ¿Quería saber más? Justo ahora que empezaba a superar todo aquello, que había encontrado su sitio, que empezaba a dormir por las noches.

—De lo que sí me he enterado es de que os han condecorado como os merecís.

—Sí, encima eso. No me sentí muy cómodo. No creo que merezca ninguna condecoración.

—Oye, dándole vueltas a todo esto, creo que fue culpa mía, al menos en parte. Me metí demasiado en vuestro trabajo, os obligué a ayudarme con el asunto de la niña, yo...

—No, escucha —la interrumpió—. Colaborar contigo y salvar la vida de esa pequeña ha sido lo más gratificante que he hecho en toda mi vida, créeme. Estoy orgulloso de aquello y te lo debo todo a ti. Me consta que Jaime piensa lo mismo.

Laura no pudo evitar un pequeño sollozo, tras el cual respiró profundamente y sonrió agradecida. Aunque sabía que llevaría clavada esa espina muy profunda durante el resto de su vida.

—He leído la prensa, pero imagino que tú sabes mucho más de lo que ha trascendido. Explícame lo que habéis descubierto.

Rodrigo hizo un gesto de sorpresa, como si no se esperara que ella quisiera saberlo.

—Gutiérrez tenía una caja de seguridad. Allí guardaba muchos documentos que le incriminan en varias operaciones de narcotráfico, por no hablar del dinero... No te puedes imaginar. Le implican a él e implican a Amancio Soller.

»Llevaban años haciendo esto. Debimos ponernos en guardia con la Operación Traviata. Fue igual o más desastrosa que esta y tampoco nos dimos cuenta. Lo extraño es que de nuestra operación no hay ni un solo papel. Es como si alguien los hubiese sacado de allí.

—Entonces, ¿podemos decir que está confirmado definitivamente lo de Amancio y Gutiérrez?

—Eso me temo, Laura. Lo lamento. —Le acarició el brazo—. Sé que apreciabas a Soller. Pero aún quedan muchos cabos sueltos. Tuve una confidente que, según esos papeles, también estaba metida en esto con ellos desde hace tiempo. Fue la que nos dio el chivatazo aquel en la Operación Traviata. ¿Recuerdas que hablamos de ella en nuestra primera reunión?

»Una mujer asiática que trabajaba en un prostíbulo. Por ella le pusimos ese nombre a la operación: La Extraviada. No solo porque el chaval aquel cantase, como te dijimos en aquel momento. Pues, bueno, es la que me avisó de lo del taller y me confirmó lo de la manzana podrida en la unidad. También ha sido asesinada. Imagino que precisamente por lo que me contó. —Laura palideció—. Habían conseguido ocultarlo, pero lo que ha ocurrido ha sido como abrir la caja de Pandora.

»Eso, unido a que aún no hemos cerrado lo del disparo de Jaime, deja muchas preguntas sin resolver. Tenemos que seguir investigando. Ni Gutiérrez ni Soller iban a ir a un prostíbulo a matar a una prostituta. Ni mucho menos los venezolanos con los que se relacionaban para traer la cocaína que, seguramente, serán los autores de sus muertes. Pero hay más gente aquí implicada y no pararé hasta dar con todos. Bueno, no pararemos. Gálvez y yo.

—¿Gálvez! ¿Qué tal está? ¿Sigue tan simpático como de costumbre?

—Más —asintió—. Es lo único bueno que he sacado de todo esto. Descubrir en Gálvez a un buen compañero. Y a un amigo de los de verdad.

—Es curioso cómo nos equivocamos a veces con las personas. Pero no imaginé que seguiríais adelante. Habíamos quedado en dejar las cosas como estaban. O, al menos, ese era el deseo de Jaime.

—Eso fue antes de que Gutiérrez y tu jefe fueran asesinados y resultaran ser narcotraficantes. Y ya te he contado lo de mi confidente. ¿Cómo pretendes que nos crucemos de brazos?

—Bien, haced lo que debáis. Yo ya no estoy allí; no tengo nada que decir. ¿Tú crees que los mataron porque se quedaron con la droga? ¿Por eso nosotros tampoco dábamos con el alijo? Me extrañaría muchísimo.

—No lo sé. Si ha sido así, no tenemos ni idea de dónde lo habrán escondido. Yo me inclino más por otra hipótesis. Puede que perdieran el cargamento.

—Oye, hay otra cosa. Necesito que sepas algo —dijo Laura algo dubitativa—. Ricardo Gabarra está protegido. Olvidaos de él. —La sorpresa hizo que Rodrigo parara en seco—. Por favor, confía en mí. Es un buen hombre. Solo te lo digo porque veo que sigues investigando. Gabarra no supone una amenaza. No puedo contarte más.

Él enarcó las cejas y respiró hondo. Después la observó.

—¿No vas a compartir conmigo esa información?

—Por ahora, no. Pero él no sabe quién le ordenó disparar a Jaime. No sabemos quién está detrás. Más allá de Gutiérrez y Soller, y los mismos venezolanos. Lo sé porque me lo ha contado Jon, ¿lo recuerdas?

Rodrigo asintió.

—Por eso no he sido capaz de hablar con él, porque estaba por medio tu comisario. Debí sospecharlo.

—Hay otra cosa que también sé. —Ignoró las últimas palabras de él—. El Manco era el compañero de celda de Gabarra. Eran como hermanos. Es lo único que le han podido sacar al funcionario de prisiones que lo vigilaba. Porque le habían asignado a alguien que no lo dejaba ni a sol ni a sombra, ¿sabes?

—¿Habría alguna posibilidad de que yo hablase con el Manco o con el funcionario?

—¿Habría alguna posibilidad de que, por una vez en tu vida, hicieras lo que te pido? Olvida a Gabarra. Está... —Se paró un momento para acercarse a él y bajar la voz—. Está con su familia. Se lo merece, pese a lo que ocurrió con Jaime. Lo sabes tan bien como yo. No me preguntes más sobre él, por favor. Y céntrate en lo demás. Sobre todo, en si hay alguien más metido en esto.

—¿Que está con su familia? ¿Cómo es posible? Al menos deja que hable con el Manco.

—No. He dicho que basta. Además, el Manco se ahorcó en su celda. Justo cuando Gabarra regresaba a prisión. Al parecer, no pudo soportar estar sin él y como metimos presa a la Paca, sus hijos en los Servicios Sociales...

—Joder. Encima hemos contribuido a que un pobre diablo se quite la vida.

—Rodrigo, no. Nosotros no. Solo hemos hecho nuestro trabajo. Y ese hombre era miembro de un clan cuya única forma de vida era el tráfico de dogas, igual que su mujer.

—De acuerdo, pero esa información no la tenía y no deja de ser otro revés.

—Si sigues con esto habrá más reveses. Imagino que lo habrás pensado, al igual que Gálvez. Él la miró dubitativo durante un momento.

—El nuevo inspector jefe no ha puesto muchos reparos y estamos investigando a nuestro antojo, aunque ya nos ha dejado caer en más de una ocasión que los de arriba quieren darle carpetazo, que tenemos muchos casos vivos en los que nos debemos centrar. ¿Qué te parece?

—Como Jaime, por lo visto. Y como yo, en realidad. No puedo culparlos. Aunque también te entiendo a ti, no lo dudes.

—La han llamado la era Gutiérrez. —Enarcó las cejas—. Dicen que debemos hacer borrón y cuenta nueva. Y yo solo pienso en investigar hasta las últimas consecuencias, porque creo que sin alguien bien dentro y en las trincheras no hubieran sido capaces de montar todo este tinglado.

Se paró de nuevo y dirigió la vista hacia el mar, sujetándose de la barandilla. Ella se puso a su lado.

—Por lo demás, solo puedo decirte que la secretaria de tu jefe vio la cara del asesino, pero no ha sido capaz de reconocerlo. Y mira que le hemos enseñado fotos. —Laura tragó saliva con dificultad—. Los de seguridad que estaban esa tarde en el edificio dicen que se identificó con una placa de policía, por eso le permitieron pasar sin problemas. Las cámaras no han captado su cara y ellos no se fijaron. De lo de Gutiérrez nadie ha visto nada.

—¿Crees que los mató un policía corrupto?

—No. Bueno, no lo sé. Pero no lo creo, la placa pudiera ser falsa. A saber. Y, por último, los de Asuntos Internos. Están cerrados en banda porque no se olieron la tostada durante años y encima abrieron una investigación contra Jaime. Se han lucido, vaya. Pero no quieren reconocer el error ni facilitar información. Gálvez está encima de ellos.

»En el fondo me dan hasta pena, ya conoces a Raúl. Pero estoy cansado. De hecho, estoy cansado y decepcionado, con todo y con todos. Nuestro cuerpo se ha convertido en algo con lo

que yo no comulgo ni conseguiré comulgar jamás.

Ella le sonrió con cariño a fin de consolarlo, pero él no le correspondió el gesto, y en su lugar hizo una mueca de preocupación.

—Imagínate cómo estaré que hay un pensamiento que ha pasado por mi cabeza de forma recurrente durante estas últimas semanas: dejarlo.

—¿Irte de la UDYCO? ¡Pero eso sería un tremendo error!

—No. Irme de la Policía.

—¿Abandonar? No digas tonterías. Tú has nacido para este trabajo. Si te fueses, como ciudadana yo me sentiría muy defraudada. Es más, ¿sabes lo que creo? Que quizá haya llegado la era Olivares. —Le guiñó un ojo.

Rieron los dos, pero con esos ojos tristes que hacen que la sonrisa parezca pintada en la cara.

—Estoy pensando —dijo Laura— que quizá te apetezca hacer una tontería conmigo. ¿Qué te parece?

La sonrisa de Rodrigo se volvió de verdad.

—Por supuesto. Tú dirás.

—Bajemos a la playa. Mojémonos los pies. Corramos por la orilla. Lo mismo hasta te salpico y tú no podrás hacer nada. Soy una autoridad judicial y estás siempre bajo mis órdenes —concluyó triunfal.

—¿Te refieres a ahora?

—No. El mes que viene. ¡Pues claro que ahora! —Le tiró de la cazadora hacia las escaleras que marcaban el final del paseo marítimo y el inicio de la arena—. ¡Vamos!

Laura bajó corriendo con Rodrigo tras ella, obligado. El oleaje era intenso y por un momento pensó que ella se metería en el mar, pero al llegar a la orilla se paró, se giró y le salpicó. Él realmente no tenía ninguna gana de todo aquello. Y se quedó allí, de pie, mirándola, aguantando el chaparrón e intentando sonreír. A Laura le costó un rato darse cuenta. Por fin, se paró, cansada y jadeante.

—Lo de que tú no podías salpicarme a mí era broma. Aunque no te apetece... al menos por lo que veo.

—Ahora iba, es solo que...

—¿Qué ocurre, Rodrigo? —Se apartó el pelo de la cara, aunque el viento se empeñaba en hacerlo regresar una y otra vez—. No soy estúpida. Hay algo más y tú has venido aquí, precisamente a buscarme a mí, para contármelo. ¿Me equivoco?

—¿Te parece poco todo lo que te he dicho?

—Rodrigo, te conozco más de lo que crees.

Él bajó la mirada. Suspiró y la volvió a alzar.

—Vamos —le dijo dándole un ligero toque en el brazo—, subamos y busquemos un restaurante, que ya es hora de comer.

Eligieron un local pequeño con vistas al mar. La terraza, cubierta por una cristalera, y las mesas redondas con sillas de estilo romántico daban tal calidez al lugar que incluso se podría disfrutar del mismo en pleno mes de enero.

—Pide tú por los dos, ya que eres de aquí.

—Eso está hecho.

Laura se concentró en la carta. Mientras la leía, tamborileaba sobre la mesa con los dedos.

—Perderos a ti y a Jaime a la vez, tras lo de Gutiérrez, para mí ha sido un palo enorme. Me he quedado huérfano. —Carraspeó y le agarró la mano con la que ella golpeaba la mesa. Después se tomó unos instantes durante los cuales ella lo observó confusa—. Tengo que confesarte otra cosa, aun a riesgo de equivocarme, meter la pata hasta el corvejón y echar todo por tierra.

»Tienes razón. Tú siempre tan intuitiva. He venido hasta aquí para decirte una cosa en concreto. Además de contarte cómo va todo, verte y tal. Bueno, yo... siento algo por ti. En realidad, creo que es más grave que todo eso. Me temo que no puedo sacarte de mi cabeza. —Rio nervioso mientras le soltaba la mano de golpe y llamaba al camarero.

Laura se quedó paralizada. Había notado que la trataba con especial cariño desde hacía mucho tiempo, así como ciertas miradas, pero no se esperaba esto.

—Rodrigo, yo...

—Quizá no debería haber venido y menos habértelo soltado así. Pero necesito saberlo. Por si hubiera una pequeña posibilidad. ¿Tú también sientes algo? Estos meses que hemos estado juntos a veces me ha dado esa impresión. Yo sé que son cosas que hay que ir descubriendo poco a poco y que es complicado atreverse y dar el paso. Me conformaría con que me dijeras que lo intentarías conmigo. Sé que una mujer como tú con un simple poli... en fin, sé que es difícil. Pero, dime, de creer que es posible que podríamos tener una oportunidad, ¿serías valiente?

Laura se colocó el pelo tras la oreja mientras aguantaba la mirada de él. Las olas rompían en la arena, y la forma en la que su espuma se escondía volviendo en un instante de nuevo al mar, le provocaron una tremenda envidia y, a la vez, una horrible sensación de desasosiego. Ojalá poder escapar de esa manera.

—Lo siento, Rodrigo, de verdad. Lo siento mucho, pero es que no puedo —dijo con un nudo en la garganta—. Yo... bueno, ya tengo la vida muy hecha, sería imposible.

Se hizo un silencio que solo rompió el sonido de un corcho saliendo de un Rioja que iban a degustar en la mesa de al lado, tras el cual él se limitó a asentir sonrojado.

—¿La vida muy hecha? ¿Esa es tu excusa?

—No es ninguna excusa. Es la verdad. —Rodrigo se removió en su asiento y miró hacia el mar, conteniéndose—. Pero no te preocupes. Has hecho bien en decírmelo. Porque somos amigos y los amigos se cuentan las cosas, por muy complicado que resulte.

Él negó con la cabeza.

—Eso sí que no va a poder ser. Quizá lo éramos, pero ahora es imposible. Te echo... de menos, ¿entiendes? Ese sentimiento no puede sustentar una amistad.

Laura sintió que su respiración se entrecortaba. Intentó que no se le notara soltando poco a poco el aire en un profundo e intenso suspiro.

—El tiempo aplacará esos sentimientos y me verás de nuevo como a una amiga. Es lo que siempre pasa, verás cómo...

—No —la interrumpió y se retiró hacia atrás—. No es posible. Lo siento. Prefiero no volver a verte para intentar olvidarme de ti.

Ella lo miró fijamente, ofendida por su rechazo, lo que provocó que él siguiese hablando.

—¿De verdad piensas que si esto fuese pasajero yo hubiera venido aquí y te lo hubiera dicho? Creo que nunca te has enamorado, entre otras cosas porque el amor no entiende de vidas muy hechas, como al parecer defines la que tú vives.

—¿Enamorado? ¿Ahora resulta que estás enamorado? Pero si no me conoces lo más mínimo. — La ofensa comenzaba a dar paso al enfado—. Yo tengo un pasado que aún no he podido superar. Un pasado duro y que nunca me dejará avanzar o, al menos. hacerlo acompañada, a no ser que sea con... —decidió no nombrar a Jon—. Y estoy cansada. Y tengo... miedo. Tengo miedo, ¿no lo entiendes?

Y mientras Rodrigo la miraba sin comprender, Laura lo recordó todo. Como las escenas de una película, o los capítulos de un libro, pasaron por su cabeza los primeros años en San Sebastián, cómo se metió en la lucha antiterrorista, los sacrificios personales, las noches sin dormir, las detenciones, los muertos del lado de los malos, los atentados, los muertos del lado de los buenos, el dolor, el miedo en cada esquina, las miradas bajo el coche, los sospechosos en cualquier lugar, las rutinas inexistentes, y él, siempre él. Jon, el motivo real por el que se había ido de San Sebastián y por el que había regresado, pero que, a su vez, arrastraba los demás motivos y, en definitiva, toda una forma de vida.

No podía negar que en algún momento había sentido algo por Rodrigo cuando estuvieron juntos en Madrid. Y que quizá podría haberse arriesgado, haber sido valiente, como decía él, pero ya era tarde. La decisión estaba tomada. Además, Rodrigo no merecía cargar con todo aquello. Ni siquiera debía saberlo. En realidad, nadie merecía cargar con todo aquello. Aquello era suyo. Suyo y de su soledad. Aunque eso supusiese perderlo como amigo. Amigo. Una palabra a la que hacía mucho tiempo que no asociaba un rostro. Le hubiera gustado decirle todo lo que ella había aprendido desde que se marchó a Madrid, haberle aconsejado, convencerlo para que no huyera, para que se enfrentara a sus sentimientos y no se dejara llevar por la amargura y el rechazo. En definitiva, para que no cometiese los mismos errores que había cometido ella. Hubiera querido decirle tantas cosas... pero no le dijo nada. No fue capaz de articular una sola palabra, aun sabiendo que, de no hacerlo, lo perdería para siempre.

Notó que las lágrimas asomaban por sus ojos, pero no podía llorar, no era justo para él. Así que miró hacia abajo y se tomó unos instantes. Cuando se creyó capaz de afrontarlo y levantó la vista, la tristeza con la que Rodrigo la miraba la rompió y las lágrimas empezaron a caer, una tras otra, con ese silencio de quien llora desde dentro.

Pero él, paradójicamente, le cogió la mano y sonrió, como el que intenta mantener el tipo por el momento, para no hacer más daño, para evitar un sufrimiento que en el fondo sabía que había provocado él, pensando en que luego, en la habitación de su hotel, ya tendría tiempo para derrumbarse solo.

## EPÍLOGO

El día 1 de junio de 2005, cientos de muñecas llegaron a una playa en las proximidades del Ferrol arrastradas por las corrientes marinas. Las autoridades tuvieron que acordonar la zona tras el aviso de un bañista. Comprobaron que estaban llenas de cocaína. El Instituto Español de Oceanografía, tras el correspondiente estudio, emitió un informe pericial donde confirmó que se trataba de un cargamento que tuvo que haberse aproximado a las cercanías de la costa gallega unos cinco meses atrás.

Los protagonistas de esta historia, aunque leyeron la noticia, nunca lo relacionaron con su caso.

Excepto Edmundo Muñoz, que maldijo su mala suerte, y Raúl Gálvez, que sonrió sujetando un Davidoff entre sus labios.

## AGRADECIMIENTOS

Como casi todas las novelas, esta tampoco termina con la palabra fin. Necesito dar las gracias a muchas personas que me han ayudado no solo a rellenar estas páginas, sino también a luchar para que mi libro vea la luz.

Gracias a mis amigas Nereida y Yoshiko, por haberme apoyado a diario mientras escribía esta novela (bueno, desde que me atreví a contároslo). Sin vosotras hubiese sido imposible.

Gracias a David Jimenez “El Tito”, también escritor, por tu sinceridad, por poner tantas pegas al manuscrito que te mandé hace ya mil siglos, porque me hiciste darme cuenta de que aún tenía que trabajar mucho, cuando yo creía que tenía una novela entre las manos.

Hay varias personas a las que he recurrido para informarme sobre algunos detalles técnicos de la trama, como Eva de la Cavada, médico forense; Juan, para conocer cuestiones relativas a suicidios en las prisiones; Eduardo Vírgala, para concretar pequeños apuntes sobre *jazz*, y tantos otros. Con vuestro pequeño grano de arena me habéis ayudado más de lo que creéis. Debo hacer una mención especial a Álvaro Mesa y a Germán, ambos policías. Sé que os he vuelto locos con mis dudas sobre el cuerpo nacional. Es curioso que, trabajando como trabajo con vosotros, supiera tan poco sobre vuestro día a día, jerarquía, instalaciones... Quiero recalcar que si en el texto hay algún error sobre este particular o sobre cualquier otro, es solo mío. Aunque también debo recordar que esta novela es una obra de ficción, y como tal me he permitido ciertas licencias.

Gracias a mi amigo Rubén Sánchez Fernández, también escritor, por animarme a lanzarme a este mundo de las letras, prevenirme sobre los obstáculos que encontraría en el camino y por tu apoyo constante.

Gracias a los lectores beta de este libro, por vuestros consejos y por ayudarme a encontrar meteduras de pata y errores varios: Nereida, Yoshiko, Álvaro, David, Rubén, Emilio, mi hermano Javier, mi cuñada Olalla, mi tío Luis, mamá y papá. Nunca olvidaremos (sobre todo tú, papá) a ese Manco que se llegó a restregar las palmas de las manos, una contra la otra.

Gracias a mis compañeras Toñi y Alma, por vuestro interés en leer la novela y la pasión con la que me contasteis que os había encantado, justo en los momentos bajos en los que veía imposible su publicación.



Gracias a Lector Cero, por tu profesionalidad y, en particular, a Montse, mi correctora, por tu entrega, cercanía y cariño. No solo hemos compartido letras estos últimos meses.

Gracias a mi marido, Víctor, y a mis hijos, Rocío y Javier, por respetar mis horas de escritura, aguantar mis charlas interminables sobre el particular, y por un largo etcétera que sería imposible reproducir en solo unas líneas. Merece un recuerdo especial aquella visita a la cárcel de Soto del Real (gracias a mis suegros también por venir y aguantarme ese día). Gracias por estar a mi lado y por creer en mí siempre, sin excepción.

Gracias a mis seguidores en redes sociales: Twitter, Facebook, Instagram, Youtube... Lleváis varios años oyendo hablar de este libro y, lejos de cansaros, seguís ahí. Es increíble el apoyo que he recibido de personas que apenas conocía y que se han convertido en amigos con quienes es un placer compartir rutinas de escritura, novelas, personajes... Paco Medina, te mereces una mención especial. No hay publicación que no hayas comentado. No sé si podrías intentar entrar en el libro Guinness de los records o algo así. Yo solo puedo decir gracias, gracias y gracias.

Gracias a ti, lector, porque le das sentido a todo este sueño que es para mí la literatura.

No sé si en este texto lo he conseguido reflejar, pero solo puedo sentir respeto y admiración por todas y cada una de las personas que integran la carrera fiscal a la que pertenezco. Nuestros principios y el juramento que hicimos nos definen en nuestra lucha por la justicia en defensa de la legalidad. Porque al final este libro no deja de ser eso: un libro sobre un fiscal que nunca deja de luchar para que se haga justicia.